



Bajo la Luz  
de la  
Luna

ARYAM SHIELDS

Bajo la Luz  
de la  
Luna

ARYAM SHIELDS

Copyright © 2019 Aryam Shields  
Todos los derechos reservados.  
Diseño de portada por: Isabel Quintín  
Primera Edición: abril 2019

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

*Busco una pobre excusa, alguna ilusa manera de llegar a ti  
Aunque que sea imaginativa, tonta, ingenua, estúpida,  
Alguna palabra para sentir tu corazón latir.  
Absorber los horizontes de tu mente,  
Ser en quien piensas  
Cuesta tanto apartar el fuego de mi fuego interior.  
Amado mío, ardo  
Me quemo  
Soy de papel, viento, hielo y ardo  
Fuego y más fuego  
Sensación imperfecta de este mortal cuerpo  
Se consumen las palabras  
Se nubla el autocontrol  
La piel expuesta pide a gritos el deseo de ese glorioso encuentro  
Gritos desgarradores que se vuelven los aullidos más fervientes  
Suspiros, incoherencias, fuego, calor, pasión, deseo  
Lujuria, todos conteniéndose en el interior  
El rozar de sus cuerpos, el ser uno bajo la luz de la luna  
Era la entrega necesaria que padecían.*

**Fuego calor  
Autor: Tannia Ga.**

## **DEDICATORIA**

*Para mi abuela Odi.  
Gracias por 32 años de cariño.  
Solo se muere quien es olvidado y yo, te llevare en mi  
corazón hasta que los años no me permitan recordarte.  
Te amare por siempre.*

## AGRADECIMIENTOS

Esta vez empezaré agradeciendo a todas aquellas personas que me han dado la oportunidad de estar aquí, desde que Maximiliano dejó la timidez y se dejó leer. Gracias por darme ánimos, por alentarme a seguir, gracias a ti, que estás leyendo esto, solo por ti pude escribir esta novela, gracias, mil gracias por darme tu confianza y tu tiempo. No importa si apenas empiezas a leerme o si estás conmigo desde Enséñame, gracias.

Gracias, gracias, gracias.

Gracias Dios, por permitirme terminar una vez más, por darme la paciencia necesaria para no dejarme caer, a pesar de los bloqueos y la rutina propia de la vida diaria.

Gracias padres, por dejarme hacer algo que me apasiona, por alentarme a seguir haciéndolo.

Gracias familia, por emocionarse cuando les cuento lo nuevo que voy a escribir.

Gracias a mi Harem, porque son mi familia, mi hermandad, sin su apoyo no sería nada.

Gracias a Isa Quintín, quien es la encargada de la portada de esta obra.

Mil gracias a mi querida amiga y colega Lily Perozo. Fuiste quien le puso alma a esta historia cuando yo ya me había dado por vencida. Cubriste mis inseguridades con confianza, cariño y amistad. Eso no lo olvido nunca, gracias por ofrecerme toda tu experiencia, todos tus consejos y todo tu tiempo

A Salem, Sole, Tania e Ivy porque nunca perdieron la fe.

A Santa, porque es una santa conmigo y mis errores de niño de primaria, gracias por tu paciencia para conmigo.

Y por último y, no menos importante, Gracias Isabel, eres una mujer única, una amiga ejemplar, una escritora maravillosa y una de las mejores amigas que Dios puso en mi camino, gracias por emocionarte conmigo cada vez, gracias por estar ahí en cada ocasión que necesito una relectura u opinión, gracias por emocionarte, por cada locura nueva, por escucharme cuando te cuento sobre una novela nueva, por soportarme en tu casa todas las semanas, por estar ahí siempre dándome consejos. Si algo tengo claro, es que cuando

sea grande quiero ser como tú.





# TABLA DE CONTENIDO

CAPÍTULO

1

CAPÍTULO

2

CAPÍTULO

3

CAPÍTULO

4

CAPÍTULO

5

CAPÍTULO

6

CAPÍTULO

7

CAPÍTULO

8

CAPÍTULO

9

CAPÍTULO

10

CAPÍTULO

11

CAPÍTULO

12

CAPÍTULO

13

CAPÍTULO

14

CAPÍTULO

15

CAPÍTULO

16

CAPÍTULO

17

CAPÍTULO

18

CAPÍTULO

19

CAPÍTULO

20

CAPÍTULO

21

CAPÍTULO

22

CAPÍTULO

23

CAPÍTULO

24

CAPÍTULO

25

CAPÍTULO

26

EPÍLOGO.

CAPÍTULO EXTRA.

SOBRE LA AUTORA

## SINOPSIS.

Para Anderson Scott, la luna era todo lo que tenía, era su confidente, lo único constante en su vida, la que entendía su naturaleza, él la amaba como se ama a una amante que siempre lo consuela, lo conoce y lo acaricia.

La luna, la noche y él... Él, un hombre solitario que fue marcado a fuego por el destino, recluido en su casa donde nadie entraba o salía, la razón no era, precisamente, que se avergonzara de la cicatriz en su rostro, ni del terrible humor del hombre huraño en el que se había convertido con los años.

La verdadera razón residía, en que cada noche, en cuanto el reloj marcaba las doce campanadas, Anderson, se transformaba, su rostro se desfiguraba y su cuerpo se retorcía hasta adquirir otra forma, era cuando el monstruo cobraba vida, ese que en su ser dormía durante el día.

No podía evitar que el peligroso descontrol se apoderara de él, de sus actos y que sus instintos lo dominaran, el bosque volvía a ser su hogar, la oscuridad su mejor camuflaje y el placer de cazar, su mayor adicción.

Gabriella Wilson, tras ser una víctima más del amor, las malas decisiones y la falta de apoyo de su familia, llegará a Whitehorse, buscando la libertad que le fue negada y el valor que había perdido.

Una nevada, una chica en busca de su destino y el peligro asechando en todo momento.

¿Podrá el hombre resistirse?

¿Podrá el animal esconder su naturaleza?

¿Podrán resguardarse bajo la luz de la luna?

# CAPÍTULO

## 1

Gabriella gritaba en su mente una y otra vez «¡Ya basta!», mientras golpeaba fuertemente el volante del coche. Tenía que dejarlo ir, arrancarlo de una vez por todas de su memoria. Olvidarlo, porque si ella no había significado nada para él, ¿para qué entonces seguir dándole tanta importancia?

Apagó la radio, sintiéndose molesta consigo misma, porque ya estaba harta de llorar, harta de sentirse estancada y que el pecho le doliera, ya no quería que hasta respirar significara un sufrimiento.

Por la radio solo se habían estado reproduciendo estúpidas canciones románticas, que le hacían recordar que el amor era una falacia que se habían inventado algunos cuantos para creer que eran felices.

Limpió sus lágrimas una vez más, decidida a dejar de llorar, ya no quería seguir haciéndolo, ese hombre no merecía sus lágrimas ni sus sentimientos.

Fue a comienzos de noviembre cuando toda su vida se redujo en pequeños pedazos, a consecuencia de eso, decidió huir y dejar todo atrás.

Detuvo el coche porque las lágrimas seguían saliendo sin control y empañaban su visión, llevaba más de nueve horas conduciendo y todavía le faltaba mucho camino para llegar a su destino, que eran los cálidos brazos de su abuela Ela.

La única persona con la que aún tenía contacto en su familia. Necesitaba dejar de sangrar internamente, para eso requería paz, silencio y aislarse del mundo, sabía que, en ese lugar, en el que pasó mucho tiempo de niña, donde fue muy feliz, podría conseguir su objetivo, por el momento solo tenía que dejar de llorar de una maldita vez.

—¡No más, Gabriella Wilson! —gritó golpeando, una vez más, el volante de la vieja Ford F 150 azul que había alquilado.

Solo eso había conseguido tras la odisea que le tocó enfrentar al llegar al aeropuerto de Vancouver y no encontrar vuelos ni autos que alquilar, debido a la nevada que se anunciaba; sin embargo, necesitaba llegar cuanto antes a Whitehorse, así que fue en busca de un taxi que la llevara, pero ninguno quiso prestarle el servicio, por la naciente nevada; por lo menos, uno de los choferes

le dijo que si estaba dispuesta a conducir, podría llevarla a un negocio de alquiler de autos que pertenecía a su hermano, sin titubear, aceptó la oferta; pero lo único que había encontrado al llegar al lugar, eran autos viejos que, según el dueño del alquiler, eran “clásicos” lo había tomado en un intento desesperado por llegar a la casa de su querida abuela.

Se limpió el rostro una vez más con las manos y estrelló su cabeza contra la silla, al recordar cómo lo había abandonado todo... ¡Todo! Por un hombre que nunca la amó; en ese punto, estaba segura de que ni siquiera la había estimado ni un poco.

Había recreado el mundo perfecto y de fantasía con el que había soñado desde que era una niña, era feliz enterrada en su mundo de libros, sus investigaciones, su carrera. Cambió su relajado modo de vida, su auto último modelo, la comodidad de su casa, sus amigos y había partido de su mundo perfecto en Londres, con la cabeza llena de ilusiones y el corazón roto, nada de lo que había perdido por seguir a Alec, le había dolido más que perder a Jackson, su hermano mayor.

Y todo lo había hecho por él, había dejado de ser Gabriella Wilson para ser la futura Señora Le Blanc.

«Ceguera, falacia, amor... Maldita estupidez.»

Dolía mucho saber que había arriesgado tanto para nada, que su padre, al final de cuentas, había tenido razón, que lo había dejado todo por un hombre que no valía la pena.

Cuando vio a Alec Le Blanc, había sido un flechazo a primera vista... Amor, amor, amor.

Tres años de noviazgo, un matrimonio en puertas... Londres, todos sus ahorros a nombre de su gran proyecto y, el maldito se había esfumado como si de un acto de magia se tratase.

Le había visto la cara de estúpida.

—¡Basta! —gritó una vez más—. Basta, basta, basta —susurró mientras las lágrimas se derramaban sin cesar.

Habían pasado casi tres semanas desde que había dejado la comodidad de lo que suponía era su nuevo hogar en Nueva York, para instalarse en el pequeño apartamento de su amiga Mía en Queens. La primera semana lloró, la segunda se atiborró con litros de helado *Ben & Jerry's* de chocolate, mientras veía películas de adaptaciones de los libros de *Nicholas Sparks*.

Cuando tomó la botella de *Black and White* que Mía guardaba detrás de la alacena, supo que era el momento para detenerse. De decir: basta a tres

semanas de llanto.

Basta a la vieja Gabriella Wilson.

Basta a Alec Le Blanc y sus «te amo» falsos.

Basta a todo.

Levantó la cabeza y miró hacia ambos lados, sabiendo que aún tenía que conducir durante más de quince horas para llegar a Whitehorse, a la casa de su abuela Ela. Empezaba a oscurecer y sabía que lo mejor era pasar la noche en un hotel al lado de la carretera y en la mañana volver a conducir.

Luego de más de veinte minutos conduciendo, detuvo el coche frente a uno de los hoteles que se encontraba en la vía. Canadá siempre le había parecido un gran bloque de hielo, la nieve comenzaba a caer y la oscuridad ya había cubierto el cielo con su manto, se registró sin siquiera preguntar el valor de la noche, entró a la habitación con la mochila que había preparado, cuando decidió dejar todo atrás, no lo pensó, solo tomó su teléfono y su computadora, compró un boleto de avión, empacó un par de *jeans* y camisas en una mochila y se fue sin decir adiós.

La habitación del hotel era sencilla pero organizada y limpia, tenía una cama doble, una mesa a un lado y un televisor colgado frente la cama, el baño era pequeño, *toilette*, lavamanos y una ducha en la que solo entraba una persona. Bostezó con fuerza y meneó su cabeza de un lado a otro, intentando liberar la tensión en su cuello y espalda, se desnudó, dispuesta a darse una ducha y volver a tratar de dejar al maldito de Alec en donde debía estar.

En el pasado.

Graduó el agua y se introdujo bajo la alcachofa, suspiró mientras el agua caliente cubría su cuerpo e inevitablemente, las lágrimas y el sentimiento de fracaso volvieron a ella, por lo que se permitió llorar, diciéndose a sí misma, que era la última vez y que ahora sí sería cierto.

Cerró la llave de la ducha, se envolvió en la toalla, regresó a la habitación, donde buscó en su mochila una camisa vieja y se la puso, se dejó caer en la cama, perdiéndose en el único mundo que le daba la tranquilidad y paz que tanto ansiaba, el mundo de los sueños.

Despertó con el rostro perlado en sudor, el corazón latiendo desahogado y la respiración acelerada, se sentó en la cama y encendió la lámpara de la mesa de noche, se pasó las manos por el rostro, intentando calmar sus latidos desesperados con respiraciones profundas.

Miró el reloj en la mesa y notó que eran más de las cinco, quería volver a dormir, pero sabía que no lo haría, además, tenía que levantarse y continuar

con su camino. Mientras se duchaba, volvió a recordar el sueño que cada noche se filtraba en su memoria.

Ojos negros como el ónix, cabello rubio, largo, cuerpo musculoso y fornido. Siempre feroz, con una mirada que erizaba su piel y ponía alerta a sus sentidos.

Siempre en la punta del acantilado que colindaba con el espeso bosque.

Él la llamaba sin emitir sonido, mientras su cuerpo se contraía ante cada respiración agónica y marchita que él daba.

¿Quién era ese hombre que estaba colándose en su subconsciente?

Cerró la llave y salió del baño buscando entre su mochila algo con que vestirse, tomó unos vaqueros y un suéter cuello alto, los guantes y ató su cabello a una coleta alta, debía cortarlo, a Alec siempre le había gustado que ella lo tuviese largo para poder enterrar sus manos en el mientras hacían el amor.

Sí, definitivamente iba a cortarlo..., y mucho.

Negó con la cabeza, si no había recuerdos, no habría llanto. Guardó las llaves del coche en uno de sus bolsillos y salió de la habitación, canceló en la recepción del hotel y se subió en el coche rentado, encendió el trasto llamado camioneta y observó cómo el cielo en vez de aclarar se oscurecía, suspiró sonoramente juntando sus manos para darse calor.

Hoy tenía la firme convicción de dejar a Alec y a la puta de Ailine atrás, no volver a llorar y, tomar este viaje como lo que era. Una aventura, encendió la radio colocando una emisora local, tarareando la canción que se reproducía en el momento.

Se detuvo varias veces, para comer y estirarse, al final supo que ese día tampoco llegaría.

Al caer la noche aparcó en un hotel, a pesar de que le faltaban poco menos de seis horas para llegar a Whitehorse, según las indicaciones del GPS en su celular.

La habitación; no estaba tan organizada como la de la noche anterior, sin embargo, decidió quedarse porque necesitaba descansar, se acostó bajo las sábanas, aparentemente, limpias, con la resolución de despertar lo suficientemente descansada en la mañana, pero un par de horas después, se despertó sobresaltada.

Mismo sueño, mismo hombre. Esta vez no tenía dudas.

Él la llamaba.





# CAPÍTULO

## 2

Gabriella se despertó pasada las once de la mañana, debido al sueño que la había asechado durante gran parte de la noche, cada vez que cerraba los ojos, ese hombre y su mirada oscura aparecía en su memoria, haciendo que se despertara sobresaltada.

Se dio una ducha rápida y desayunó panqueques con miel de arce en la cafetería del hotel, salió del lugar cuando el reloj marcaba la 1:17 minutos, definitivamente, ese extraño y recurrente sueño le había hecho perder toda la mañana.

El camino hasta Whitehorse se daba tranquilo a pesar de la ventisca y los copos de nieve. Subió el volumen a la radio cuando *Mr. Know It All* de Kelly Clarkson se reproducía y empezó a cantar en voz alta, a ratos se reía de ella misma y, de lo bien que le quedaba la letra a su situación. De repente rompió en risas cuando se dio cuenta de que después de tres semanas de llanto, era la primera vez que se reía, que se sentía bien, quizá solo estaba enloqueciendo, pero si así era, estaba disfrutando del proceso.

En ese momento la canción fue interrumpida para dar paso a un extra de noticias.

*Informamos a todos los habitantes de Whitehorse, Dawson City, Watson Lake, Carcross, Old Crow y, poblaciones aledañas, que la Nevada Sally, tocará tierra en ocho horas, aproximadamente. Les recomendamos, tomar las medidas necesarias, ya que será una puesta de sol muy fría, los que lo necesiten, deben dirigirse a los refugios asignados por el gobierno federal.*

La información había sido clara y concisa, luego siguieron con la música, esta vez, *Try* de *Pink* llenó la cabina. Sabía que era peligroso seguir en la carretera, pero no podía parar, mucho menos cuando estaba a menos de dos horas, para refugiarse en los cálidos brazos del único familiar que le quedaba.

Cuando huyó de Londres, su padre Jack, le dejó claro que estaría por su cuenta, la mayoría del tiempo Jackson, era autoritario e inflexible, aunque la amaba y lo sabía, también era consciente de que ella era la fiel sombra de su padre y por eso toleraba su forma de ser.

Decidió seguir en el camino a pesar de la alerta, quizá si se hacía muy fuerte la nevada, podría quedarse en el pueblo a esperar a que pasara el mal clima, pero su prioridad en ese momento era llegar cuanto antes a Whitehorse.

A medida que avanzaba, el viento empezó a golpear fuerte contra la carrocería, provocando un silbido tenebroso, que hizo que se sobresaltara, luego no pudo evitar reír, al sentirse idiota por asustarse ante esa nimiedad, ya no era una niña, ya no le daba miedo el mal clima; además, estaba a treinta minutos de entrar al pueblo, ese mismo que no visitaba desde que era una niña.

Colocó la dirección de la cabaña de su abuela en el GPS, esperando no extraviarse, como la última vez que había estado en el lugar.

Whitehorse le daba la bienvenida, con el río Yukón franqueando el camino, seguía tan frío, blanco y gris como lo recordaba. Había dejado de venir cuando cumplió diecisiete años y la nieve en vez de parecerle divertida, se volvió un impedimento para salir. Cuando cambió el chocolate caliente con malvaviscos por un Cosmopolitan y, las auroras boreales ya no eran lo más impresionante que sus ojos habían apreciado.

Dejó de visitar a su abuela cuando el pueblo ya no tenía nada que ver con su estilo de vida, entonces, fue su abuela la que viajó a Londres en cada Navidad, pero hacía tres años que no sabía de ella. Ahora necesitaba el gris y el blanco para equilibrar su vida, necesitaba los brazos confortables de su abuela y la paz que un pueblo tranquilo podría brindarle.

En la calle principal del pueblo estaba la pastelería de Anette, su estómago gruñó con fuerza, al recordar el aroma a canela de los bollos del lugar. Sabía que su abuela también los adoraba, así que decidió comprar para llevar. Detuvo el coche frente a esa pastelería que traía tantas memorias de su niñez.

Quizá podría comer una rebanada de *pie* de limón de Anette Griff, abrió la puerta del coche, acomodó su chaqueta y bufanda, al bajar se percató de que el frío era tan intenso que le hacía sentir que podría congelarle la punta de los dedos, por lo que sacó sus guantes del bolsillo de la chaqueta y se los puso mientras caminaba en dirección a la entrada.

La pastelería de Anette, olía exactamente igual a como ella lo recordaba, solo que su dueña, no se encontraba allí. Detrás de la barra, con la cabeza

gacha y, aparentemente, riéndose por alguna broma, se encontraba su hija, Ania.

Dudaba que la reconociera, puesto que de la chica flacucha con la que jugaba a hacer muñecos de nieve en la plaza, no quedaba nada. Ania también había cambiado mucho, su cuerpo se había formado tal cual como lo soñaban años atrás y, ahora, algo adicional lo adornaba, sonrió como tonta, al ver la pancita que se asomaba tímida en el cuerpo de su amiga de la infancia.

Movió su cabeza provocando que algunas vertebras tronaran, eso la relajó un poco, porque el viaje la tenía exhausta; sin embargo, estaba tan hambrienta y decidida a comerse una buena rebanada de *pie*.

Se acercó sin vacilaciones hasta llegar a la barra de la pastelería, Ania levantó la cabeza, al verla y, Gabriella se detuvo observándola curiosa, faltaba algo en su mirada, ese brillo que siempre había visto, pero cuando le sonrió, le mostró que era la misma Ania de cuando eran niñas.

—¿Gabs? —preguntó mirándola con incredulidad—. ¡No puede ser! Gabriella Wilson —confirmó y de inmediato salió de detrás de la barra y casi corrió hasta ella.

—Sí, ¿cómo estás, Ann? —Usó ese diminutivo de la niñez, y aceptó de muy buen agrado ese abrazo estrecho que le daba Ania.

—Estoy bien... ¡Gabriella Wilson, hace mucho tiempo no te veía, mujer! —hablaba casi balanceándose en el abrazo—. ¿Qué haces por aquí? Pensé nunca más volvería a verte —dijo alejándose para mirarla a la cara.

—Sí, han pasado muchos años, Ann. Estoy de vacaciones y decidí venir a visitar a mi abuela. —Nadie tenía que enterarse que el hombre por el cual había dejado todo, se había ido dejándola en la calle—. Solo que no pude resistirme a llegar primero aquí, ¿aún tu madre cocina ese *pie* de limón que tanto me gusta?

Por el rostro de Ania cruzó una mueca de dolor, suspiró fuertemente antes de contestar.

—Mi madre murió hace siete meses, Gabs. —Su voz se quebró.

En ese momento un hombre alto y corpulento salió de la cocina de la pastelería que quedaba detrás de la barra y abrazó a su amiga de la niñez por la espalda.

Gabriella no pudo evitar sentirse inquieta cuando esos ojos negros como el carbón la miraron fijamente.

«¿Por qué ese hombre me mira como si me conociera?» —pensó, tratando de ocultar su turbación.

—Ania, yo... —expresó sin saber qué decir mientras miraba al corpulento hombre que abrazaba a la menuda Ania Griff.

—Tranquila, no tenías por qué saber, tu abuela estuvo allí y, gracias a Dios, Paul ya estaba junto a mí. —Acarició el brazo del hombre que seguía abrazándola—. ¡Dios, qué tonta! —dijo golpeándose en la frente—. Amor, ella es Gabriella, una amiga de la infancia. Gabs, él es mi esposo, Paul Walker.

Gabriella observó a Paul detenidamente, era alto muy alto, intuía que sobrepasaba el metro noventa, tenía el cabello negro cortado de manera militar, el rostro redondo y cejas pobladas, algunas pecas surcaban el puente de su nariz y toda su mandíbula estaba cubierta por una espesa capa de pelo negro.

El hombre estiró una de sus manos hacia la chica, mientras su mirada la escudriñaba. Había algo en él que le parecía familiar, pero estaba tan segura como que su nombre era Gabriella Wilson que nunca lo había visto.

—Ella... —susurró Paul, sosteniéndole la mano—, hermosa Ella.

Gabriella arqueó una ceja ante las palabras del marido de Ania, sobre todo por la propiedad con la que la había llamado.

Ania le tocó el brazo a su esposo, sacándolo de su trance momentáneo, y pudo ver cómo Gabriella zafaba su mano del saludo y lo miraba extrañada.

—Yo, lo lamento... —Se disculpó, mostrándose avergonzado por su desacierto.

—No ha sucedido nada —dijo Gabriella, intentando aminorar la tensión del incómodo momento; sin embargo, no podía negar que la mirada de ese hombre la hacía temblar, era una sensación de posesión mezclada con peligro—. Gabriella Wilson.

—Un placer —dijo con menos pertenencia en el tono de su voz. Miró a Ania a su lado—. Nena, tengo que ir al cobertizo por más leña, sería bueno que enviaras a los comensales a casa, la nevada está cerca.

Ania afirmó y Paul le dio una última mirada a Gabriella, quien sentía cómo su cuerpo se tensaba ante el disimulado escrutinio del hombre.

—Gabs, Gabriella. —Chasqueó sus dedos delante de ella—. ¿Debería ponerme celosa por la manera en que observas a mi esposo? —Enarcó una ceja y Gabriella se sonrojó.

—Yo, yo lo...

—No seas tonta, era una broma... —Sonrió Ania, negando con la cabeza—. Ven, te daré una rebanada, pero te la pondré para llevar, porque será mejor

que vayas a casa de tu abuela pronto, dicen que esta nevada será muy intensa y no te gustará para nada quedarte en el camino.

Gabriella negó con la cabeza, no quería verse atrapada en medio de una nevada, porque ya había pasado por eso.

Recordaba que de niña se perdió una vez en el bosque que colindaba detrás de la casa de su abuela, sin duda, había sido una noche horrible, la peor de su vida, si lo pensaba bien, porque como si fuese poco, cuando la hallaron su padre además de mostrarse muy preocupado, también le dio una reprimenda.

No pudo evitar pensar, que, para ese momento, seguramente, ya su padre se había enterado de todo lo ocurrido con Alec y existía la alta probabilidad de que lo estuviera buscando por cielo, mar y tierra para cobrarle por lo que le había hecho, por supuesto, después de que prácticamente le escupiera a ella a la cara de que siempre tuvo razón.

Había pasado mucho tiempo sentada conduciendo, así que prefirió seguir de pie para que su sangre circulara.

—Espera un minuto, le avisaré a los clientes que voy cerrar.

—No lo hagas por mí —dijo sonriente.

—Aunque de niña siempre pareciste una tormenta, lo cierto es que no lo eres... —mencionó sonriente—. Necesito cerrar antes de que el clima empeore.

Gabriella miró cómo Ania iba de mesa en mesa anunciándole a sus clientes que en cinco minutos iban a cerrar, mientras les aconsejaba que fueran a refugiarse en sus hogares.

Luego la vio regresar a la barra y sacó de la vidriera una apetitosa rebanada de *pie* de limón, mientras las personas iban terminando con sus postres y abandonaban la pastelería, incluso, alguno que otro se acercó a la barra pidiendo que pusiera lo que quedaba para llevar.

De repente, una ráfaga de viento hizo que las ventanas chirriaran y que la puerta se abriera dándole un golpe seco a la pared, eso hizo que la pareja que todavía estaba en una mesa, se levantara y se fuera.

—Creo que ese ha sido mi aviso para que parta —dijo Gabriella con el corazón acelerado, debido al fuerte portazo.

—Espera —pidió Ania, al tiempo que guardó un par de bollos de canela en una bolsa—. Dale estos a tu abuela, hace más de cuatro meses que no baja al pueblo, pensé que estaba contigo en Londres —dijo entregándole la bolsa con los postres.

Gabriella no se preocupó por la falta de noticias de su abuela, debido a que ella prefería la soledad de la colina. Igor, su leal sirviente hacía casi todas las compras por ella. Pero sí le mortificaba dejar sola a Ania, sobre todo en su estado y con una tormenta de nieve acechando.

—No quisiera dejarte sola, ¿necesitas que te lleve a algún lugar? Tu esposo, ¿vendrá por ti?

—¿Paul? Seguramente ha de estar en casa ya. No te preocupes por mí, vivo a dos calles. —Sonrió—. Estaré bien. Esta no es la primera nevada en Whitehorse. —Su voz fue tranquila.

Gabriella sabía que debía dirigirse a las faldas de la montaña, donde su abuela vivía en una gran casona y que siempre había sido la envidia de muchas personas, por lo que tenía que estar espantando a los interesados en comprarla.

Salió de la pastelería reticente, por el hecho de tener que dejar ahí a Ania, pero confiaba en que no tendría problemas, una fría ventisca hizo que corriera al coche, desde ahí volvió a decirle adiós con la mano a su amiga de la infancia y arrancó.

Las calles estaban casi desiertas, las pocas personas que vio corrían en busca de refugio, a pesar de las cadenas en los neumáticos de la vieja camioneta, condujo con cuidado porque sabía que el hielo negro<sup>[1]</sup> era demasiado peligroso.

Poco a poco fue dejando el pueblo atrás y la montaña se hacía más poderosa frente a ella, solo debía subir por unos veinte minutos la pendiente y estaría sana y salva en la casona de su abuela.

Nunca entendió por qué su abuela decidió quedarse en esa casa, tras la muerte de su abuelo, si era tan grande, vieja, algo excéntrica debido a su arquitectura gótica y estaba prácticamente inmersa en el bosque.

En la subida solo se podía ver la carretera franqueada por el bosque de altos pinos, todos siendo teñidos rápidamente de blanco por los copos de nieve que se precipitaban y que también eran los culpables de que casi no pudiera ver, a pesar de los limpiaparabrisas, suponía que era por el lento funcionamiento de ese cacharro viejo.

Ver tanta nieve le hizo sentir frío y tuvo que aumentarle un poco más a la calefacción, agarró su teléfono para mirar en el GPS cuánto camino tenía por delante, no era mucho y sintió unas ganas enormes de acelerar, pero hacerlo sobre el hielo negro sería un suicidio seguro, así que tuvo que ser paciente y seguir a paso de tortuga; se dio cuenta de que paulatinamente, la camioneta

bajaba la velocidad, accionó el embrague en primera y aceleró, pero solo pudo avanzar un par de metros hasta que terminó deteniéndose del todo.

—¡Genial! —masculló golpeando el volante.

Dejó que su cabeza cayera sobre sus nudillos y suspiró, era lo último que le faltaba, respiró varias veces para no tener un ataque de pánico o de ira. Segura de que no podía quedarse ahí, porque moriría de hipotermia, levantó la cabeza y como si el universo estuviese en su contra, se dio cuenta de que la nevada tomaba más intensidad.

Movió el limpiaparabrisas quitando los excesos de nieve, giró la llave intentando encender el auto, pero no hizo ningún sonido.

«Triplemente, genial»

Tomó su mochila, el teléfono y bajó del coche, según el GPS, la casa de su abuela estaba del otro lado de la última curva, no tenía opciones, debía caminar, solo esperaba que los lobos y demás animales, que habitaban en ese bosque, también hubiesen buscado refugio por la nevada.

No quería ser el nuevo titular del periódico local, mucho menos, cuando hacía solo dos meses, el comisario Wolf, había sido atacado por un puma, mientras patrullaba por el lugar o, eso había leído, mientras Ania se disculpaba con los comensales.

Le dio una patada a una de las llantas ante su frustración y maldijo un poco para intentar calmarse, si iba a caminar, tenía que empezar ya.

Mientras obligaba a sus pies a moverse intentó recordar las últimas vacaciones que Jackson y ella, habían pasado en ese lugar. Estaba casi segura de que la casa estaba a una caminata de diez minutos, solo que con la ventisca podrían ser más, dobló la última curva y, tal como lo había predicho, ahí estaba la casa.

Solo que así no era como ella la recordaba.

La cabaña de piedra y madera frente a ella se veía incluso más grande que la vieja casa de su abuela. Estaba rodeada por muros grises cubiertos de musgo y nieve, a pesar de ser preciosa, había algo en ella que hizo que su piel se erizara. Como si se estuviese metiendo en algo tenebroso.

Sin embargo, ignoró el presentimiento que la azotaba y caminó los pasos que la separaban de los muros, empujó la reja que se abrió con un chillido fuerte. No pudo evitar sorprenderse al ver los arbustos cubiertos de nieve y el sendero de piedra que guiaba hasta las escalinatas de la casa.

Por muy linda y remodelada que estuviese, había algo en ella que no le gustaba. Necesitaba hablar con su abuela, quizá no era tan buena idea que

pasara sus últimos años en ese lugar, sola con Igor como compañía. La convencería de hacer un viaje juntas a una isla paradisíaca, no se veía pasando más de dos semanas en ese lugar.

Tenía el presentimiento de que Jason Voorhees <sup>[2]</sup>entraría por alguna de las ventanas con todo y machete.

Las esculturas de dos lobos, aparentemente, enojados, custodiaban la entrada, dos esculturas que antes no estaban, al pasar en medio de ellas, una ráfaga de viento heló su cuerpo, por lo que se apresuró a subir los escalones, tocó la puerta un par de veces, pero nadie la atendió.

—¡Abuela, soy yo! —gritó, pero el aullido de la ventisca ahogó su voz—. Igor, abre la puerta... Voy a congelarme el trasero aquí. —Pasó la mano por su cabello en una mala manía adquirida gracias a Alec.

Pateó la puerta frustrada ante la falta de atención y decidió que era mejor encaminarse a la parte trasera de la casa, el viento la golpeaba fuertemente, así que se colocó la capucha que tenía su chaqueta, bajaba los escalones con rapidez cuando otra ráfaga de viento helado la hizo temblar, bordeó los muros hasta llegar al jardín trasero, que evidentemente también había sido remodelado.

Entonces, lo vio.

Un hombre estaba de espaldas, vestía *jeans* a la cadera y estaba sin camisa, sin importar la baja temperatura del lugar y el viento helado de la ventisca. Su cabello era rubio y estaba recogido con un moño en lo alto de su cabeza, alzó los brazos, flexionando el hacha que no había visto y partió en dos un gran pedazo de madera.

Su espalda ancha y musculosa se contraía cada vez que el hacha bajaba y partía la madera, su mirada vagó por aquel trabajado cuerpo, observando los dos orificios que se formaban en su espalda baja, sus vaqueros desgastados se ajustaban a sus muy bien torneadas piernas, su trasero invitaba a tocarlo, pellizcarlo y amasarlo mientras...

Gabriella movió su cabeza de un lado a otro, definitivamente estaba desvariando.

El viento la golpeó con fuerza, empujándola hacia delante y haciéndola caer de rodillas contra el suelo, provocando que hiciera un ruido sordo. El hacha que utilizaba el hombre quedó a mitad de viaje, su cuerpo entero se flexionó como aspirando en el aire y, entonces, se giró.

Gabriella sintió cómo el aire abandonaba su cuerpo, mientras los ojos del extraño se clavaban en su figura, era como si su cuerpo fuese un hierro



ardiente bajo su intensa mirada. Miró las botas de leñador y sus ojos subieron por sus piernas hasta la piel de su abdomen donde había múltiples cicatrices marcando su piel.

El extraño no dijo nada y ella tampoco, siguió subiendo la mirada por sus pectorales, tenía la piel de un extraño bronceado y un tribal tatuado en su bíceps y pectoral izquierdo.

Tragó el nudo en su garganta cuando llegó a su rostro y entonces retrocedió.

Ángulos perfectos y pronunciados, barbilla prominente y partida, cubierta de una barba prolija y descuidada, labios gruesos y carnosos, nariz recta, facciones duras, unos impresionantes ojos verdes rasgados y cubiertos de largas pestañas. Lo más impresionante era la cicatriz que cruzaba desde su frente, trazando su ojo derecho hasta la mitad de su mejilla.

# CAPÍTULO

## 3

Sabía que no debía salir ese día de casa, algo en su memoria se lo recordaba, pero había hecho todo lo humana e inhumanamente posible por mantenerse alejado de ella; sin embargo, tal y como cada cien años, ella lo encontraba.

No tenía que girarse para saber que estaba tras él, no importaba si esta vez era pelirroja, rubia o morena.

Tenía que deshacerse de esa mujer.

Ya había sufrido suficiente por perderla y estaba decidido a no pasar por el infierno de nuevo, a tenerla para que después se le deshiciera en las manos. Sin embargo, se permitió inhalar y su olor lo envolvió, detuvo el hacha en el aire, aspirando fuertemente el aroma dulzón en el ambiente.

Maldito chocolate y su inexplicable esencia... Sintió cómo su cuerpo se tensionó completamente, y dejó de respirar por pocos segundos, tenía que calmarse. Dejó caer el hacha a su lado y se giró con cautela, fijando su mirada en la diminuta figura que estaba frente a él; era ella, nuevamente, como cada cien años, su cuerpo, su mirada, tan distinta pero siempre ella... Su mujer, su vida, su Ella...

—Ella... —susurró entumecido por el olor. Sabía que debía dejar de respirar, debía contenerse, vio cómo la mirada de la mujer recorría su cuerpo hasta toparse con su cicatriz. Negó con la cabeza al tiempo que retrocedía dos pasos y cubriendo su rostro parcialmente con su mano.

¡No!, ella no podía verlo así.

Negó con su cabeza en repetidas ocasiones, porque esa mujer no era su Ella.

Su cabello no era negro, era de un extraño color caramelo, era pequeña y delgada, nada de las exuberantes curvas de la última mujer que tocó su corazón, solo sus ojos seguían siendo los mismos, el color exacto: avellanas.

Quitó la mano de su rostro con rapidez mientras veía cómo la mujer frente a él se levantaba del suelo, inevitablemente, el cosquilleo reconocido en su cuerpo se hizo más intenso, el calor corporal empezaba a aumentar, sentía rabia por seguir creyendo en un maldito espejismo, por continuar creyendo que

ella volvía a él.

—¿Quién eres? —rugió, sintiendo la ya conocida opresión en su pecho, cada cien años ella volvía a él, volvía para luego irse, dejándolo más maldito de lo que ya estaba y, todo ese proceso era como si lo quemaran lentamente en brasas.

La mujer no contestó, solo tenía sus ojos enfrascados en los suyos, y su esencia se volvía más adictiva.

«Maldito chocolate»

Sintió el deseo recorrer sus entrañas, necesitaba calmarse, necesitaba...

«No respire, Anderson»

Su deseo por la mujer que apenas conocía no era sano, quería enterrarse en ella de una vez por todas, anhelaba tomarla con toda esa intensidad que aguardaba desde hacía tantos años, necesitaba aplacar esa terrible sed que le provocaba.

—¿Qué?! ¡No me escuchó! —gritó con dureza—. ¡Le he preguntado quién diablos es y qué demonios está haciendo en mi propiedad! —Ante el tono que usó, ella dio un pequeño salto en su lugar, lo miró de arriba abajo, parecía que estaba luchando para no respirar—. ¡Ethan! —llamó a su amigo y mayordomo.

Gabriella retrocedió dos pasos, el hombre hermoso que ella había admirado hasta hacía unos minutos, parecía intimidante y peligroso, pero con su actitud tan déspota hizo que la rabia estallara en su ser.

—¿Es usted, sorda? —rugió nuevamente, al verla inmóvil.

Gabriella inhaló fuertemente, mientras sentía que el frío congelaría sus huesos; sin embargo, ese hombre hermoso y misterioso estaba apenas con unos vaqueros, parecía no tener ni un ápice de frío, mientras ella, prácticamente, se estaba congelando, aunque no solo soportaba el inclemente clima, sino también el mal humor del tipo.

—¿No me está escuchando, maldita sea?! —El hombre avanzó un par pasos con decisión hacia ella—. Está invadiendo propiedad privada, señorita.

Ineludiblemente su cercanía la hizo salir de la ensoñación de carne y músculos en la que había estado sumergida, para ser consciente de los malos tratos de ese patán.

—¿Propiedad privada? —Negó con la cabeza—. Usted, está equivocado —dijo con contundencia y con el ceño muy fruncido para que notara que le molestaba su actitud amenazante.

—¡Aleluya! La intrusa habla —escupió sarcástico—, y por lo que veo,

también escucha... ¿Quién es y qué hace en mi propiedad? —interrogó con voz gruesa y amenazadora—. ¡Ethan, maldita sea! —gritó nuevamente a su mayordomo.

—Mire, señor... —Ella hizo un ademán para preguntar por su nombre.

—Mi nombre no importa —dijo con desprecio—. ¡La quiero fuera de mi propiedad en este momento! —Exclamó con voz atronadora, caminó hacia su casa pasando al lado de la mujer. Estaba seguro de que, si se quedaba un poco más, no podría responder por sus instintos

«Ethan, maldita sea, ¿dónde diablos te metes?»

Subía los escalones de su casa con fuerza, sin embargo, podía escuchar las pisadas de Gabriella siguiéndolo, inhaló profundo, en busca de paciencia, porque si se giraba y, miraba una vez más sus cautivadores ojos avellana, perdería todo el control sobre su cuerpo.

—Esta no es su casa —gimió Gabriella, tratando de que su voz sonara dura, pero el castaño de sus dientes, hacía la tarea algo difícil—. ¡Esta casa le pertenece a Ela Marie Wilson!

El hombre ni se inmutó, siguió caminando como si nada, atravesó la terraza y la cocina, hasta llegar al recibidor, cosa que Gabriella agradeció en silencio porque afuera hacía un frío de los mil demonios.

—Mi nombre es...

—Ya, cálese, y retírese, no me interesa saber quién es usted. —Su voz perdió la fuerza que había tenido en un momento. Mentía y, le dolía más esa mentira de lo que cualquier persona podía imaginar. Quizá no era su Ella, no en carne y hueso, pero su esencia estaba ahí, su olor, su mirada, toda ella gritaba, a Manuella Sinclair, Isabella Collin y Anabella Brown «su Ella», su nena bonita, pelinegra, pelirroja, rubia, siempre era ella.

—¡Usted, es el que no entiende! —gritó molesta por la manera en que la trataba, era un maldito tirano—. Déjeme decirle que usted es un cavernario, poco caballero, patán de lo peor —escupió con decisión.

—¡Ja! —se burló él—. Pregúnteme si su opinión me importa un poco. —Dejó de escuchar la diatriba de la mujer y prefirió seguir su camino hacia el estudio. Tratando de evitarla, pero esta parecía ser más terca que todas las anteriores, quizá, en cada reencarnación regresaba más incisiva.

Empuñó sus manos, al pensar que faltaban pocas semanas para la luna llena y estaba seguro de que cuando eso pasara, el deseo carnal que se despertaba por poseerla en cuerpo y alma, se apoderaría completamente de sus sentidos, por esa peligrosa razón, necesitaba que se fuera antes de que la

luna se dejara ver en el cielo oscuro de Whitehorse.

—¡Escúcheme! —exigió encolerizada, provocando que por fin él se detuviera abruptamente. Imaginaba que no solo se debió al autoritario tono de voz que había empleado, sino por el objeto que le había lanzado y que terminó estrellándose contra la espalda desnuda. Vio en el influjo de esa musculosa espalda cómo inhalaba con fuerza aire por la boca y empuñaba sus manos peligrosamente, luego se giró amenazante, pero ella se mantuvo firme, aunque su corazón sí estaba muy asustado—. Soy Gabriella Wilson, mi abuela es Ela Wilson y dueña de esta casa...

—¡El dueño de esta casa soy yo! Se la compré a su abuela hace seis meses —expresó con voz dura, sin aflojar los puños apretados que mantenía firmes a los costados—. Así, que, dentro de estas paredes, usted no es más que una visitante no deseada —espetó con desdén—. No pienso pedirselo una vez más, retírese antes de que le haga pasar una noche en la comisaría, por invasión a la propiedad privada y lesiones personales. —Iba a seguir con su afrenta, pero un chasquido lo hizo mirar en otra dirección.

—¿Me buscaba, señor? —Un atlético joven, apareció por una de las puertas casa.

—¿Dónde demonios estabas, Ethan? —Inquirió, vio que intentó explicarse, pero en realidad, no tenía tiempo para eso—. No me importa, mejor acompaña a... —Dio una mirada desdeñosa a la figura de la joven frente a él—. La señorita, a la salida —exigió con contundencia, caminó dejando gran tensión en el ambiente y se fue a encerrarse a una de las habitaciones, porque necesitaba alejarse de Ella.

\*\*\*\*\*

Anderson detuvo el rugido que se había formado en su interior, quería reventar cosas, acabar con su vida como lo había intentado en varias ocasiones, él lo sabía, claro que lo sabía, la sentía venir como sentía la nevada, caminó hacia el bar donde mantenía una gran cantidad de licores, sin detenerse a pensar, tomó una botella de coñac y ni siquiera le importó usar un vaso, bebió directamente de la botella, dejando que el ardor del licor combatiera el propio calor de su cuerpo. Esta vez no iba a perderla, la alejaría de él y así ella podría vivir una vida tranquila y segura, el animal dentro de él la quería, la añoraba porque necesitaba su esencia... Quería marcarla para que fuese suya como él era de ella.

Deseaba fervientemente tenerla bajo su cuerpo, gimiendo de placer con

total desespero. Pero, su parte humana esa que todavía trataba de conservar, le gritaba a viva voz que ella merecía vivir, ella merecía algo mejor que su mundo oscuro y esa adicción a su esencia.

Tanto el hombre como el animal, luchaban en su interior por ese deseo necesario e irrevocable, pero se juraba, que esta vez sería diferente, esta vez cambiaría lo que fuera solo porque viviera más tiempo, aunque eso significara tenerla lejos. Aunque cada día que viviera supiera que ella estaba en algún lugar del mundo.

Respiró trabajosamente el dulce y adictivo aroma a chocolate que desprendía su hembra, aún se percibía en el ambiente, quiso abrazarla y devorar sus labios, tan pronto la había visto, porque inevitablemente el animal reclamaba y el hombre se contenía. Suspiró un par de veces y se desplomó en el sillón de cuero mullido, se pasó las manos por la cara una y otra vez, respirando lentamente en un fiero intento por calmarse.

Sintiéndose un poco más relajado, apoyó los codos sobre sus rodillas y miraba al suelo; sin embargo, el «Yukon News<sup>[3]</sup>» que estaba a un lado en el sofá, llamó su atención con esa imagen del comisario.

Observó la noticia, burlándose internamente.

Pumas, el comisario Richardson, declaraba toque de queda por los pumas que merodeaban en el bosque.

Tiró el informativo a la basura, negó con la cabeza y se presionó el puente de la nariz. Definitivamente, estaba más calmado, pero con el olor de Gabriella Wilson impregnado en su cuerpo torturándolo; cerró los ojos y dejó descansar su cabeza en el sillón.

Escuchó la puerta abrirse e inhaló el aroma, deseando que no fuese ella.

—¿Se ha ido, E? —preguntó sin abrir los ojos. La habitación quedó en silencio por algunos segundos. Anderson tomó de la botella esperando que su empleado y mejor amigo hablara—. Ethan, te he hecho una pregunta y sabes que odio que no me respondas.

—Lo siento, señor —murmuró Ethan—. ¿Es ella de nuevo? —preguntó con cautela.

—¿Me preguntas algo que ya sabes, viejo amigo? —Bebió lo que quedaba en la botella y luego la lanzó con fuerza contra la pared, provocando que una lluvia de partículas de cristal se esparciese por el estudio.

Ethan no se amedrentó a pesar del estropicio, sabía todo lo que Anderson había hecho para que ella no llegara a él, no de nuevo, no cuando la última vez le había dejado cicatrices, que, a pesar del tiempo, seguían abiertas y latiendo.

—No se ha ido, señor —carraspeó—. La nevada está muy fuerte, ella está sin coche y sin un lugar a donde ir, yo considero...

—La quiero fuera de mi casa, Ethan. Es lo único que puedo hacer para que se mantenga viva. —Caminó hacia el bar y tomó otra botella, ni siquiera sabía por qué lo hacía. El alcohol se diluía muy rápido en su cuerpo, se detuvo frente a la ventana dándole la espalda al mayordomo—. Hice todo lo que estuvo en mi alcance, me mudé a este maldito continente, cambio de residencia cada cierto tiempo... ¿Por qué siempre me encuentra? —preguntó.

—¿Por qué nos trasmutamos, señor?... —dijo Ethan—. Quizá, su destino sea estar juntos.

—Destino... —Anderson ríe sardónico—. ¿Crees que personajes como tú o yo, lo tenemos, Ethan? —Nuevamente el silencio absoluto reinó en el ambiente por casi un minuto—. Quiero que se vaya, llama al pueblo, contrata a alguien, paga lo que tengas que pagar, pero la quiero lejos de mí. Sobre todo, la quiero lejos de Paul Walker.

Ethan lo miró con dolor, sabía que debajo del despotismo, la furia y el alcohol, su amigo estaba sufriendo. Respiró fuertemente antes de hablar.

—Ella sigue preguntando por su abuela.

Anderson sonrió al recordar a la señora vivaracha y audaz, le había sacado una buena cantidad de dinero por una propiedad que estaba prácticamente en ruinas, pero que él, en tiempo récord, había remodelado a su gusto.

La casa estaba lejos y él necesitaba ocultarse porque quería paz, tranquilidad, pero, sobre todo, necesitaba estar lejos de ella. ¡Cuán estúpido había sido al pensar eso! Ahora la tenía a menos de un metro de distancia.

—Si se va con esta ventisca, puede suceder cualquier cosa —prosiguió Ethan.

—¡La luna llena se acerca, Ethan! —gritó frenético, girándose hacia él—. ¡No la quiero cerca de mí! No de nuevo, sabes que no lo soportaría.

—No es su culpa, señor, nunca ha sido culpa ni de Paul, es simplemente el destino... —contestó Ethan con frenesí—. Señor, nunca lo he juzgado, siempre le he servido desde aquella vez en esa cacería.

Anderson negó al recordar ese fatídico día, había pasado tanto tiempo, pero el recuerdo continuaba allí, en su memoria, tan fresco como si hubiese sido en la mañana.

—¿Qué es lo que sugieres, Ethan? —Dejó la botella sobre su escritorio de cerezo y se llevó las manos al rostro. Ella apenas llevaba un par de minutos

en su vida y ya se sentía completamente agotado.

—Dejar que el destino siga su curso... —Se acercó a él y tomó un sorbo de la nueva botella. Anderson se volvió hacia la ventana para mirar a través del cristal cómo la nieve cubría todo de blanco—. Dejarla ir ahora, sería condenarla a muerte.

—Tenerla junto a mí también.

—Quizá, la tercera puede ser la vencida, señor.

—Esta es la cuarta... —dijo con pesimismo y el joven a su lado le mostró una sonrisa lobuna.

—Probablemente, necesita una cuarta.

—Estoy tan harto de perderla —confesó quitándole la botella a Ethan.

—Lo sé, señor, estuve con usted esa última vez... Llevo una cicatriz de ese día. Menos visible que la suya, pero cicatriz al final. Ella está tan rota como usted.

—¿Es interesante su mente? —Curioseó enarcando una ceja.

—Es exactamente igual a los últimos trescientos años, señor, solo que... Esta vez. —El chico desvió la mirada.

—¿Qué hay de nuevo esta vez? —Lo alentó a hablar.

—Ya le dije, señor. Ella está rota, está huyendo de alguien que le hizo daño... A pesar de que se mostró muy valiente al lanzarle la escultura de Ming, lo cierto es que, está sufriendo y mucho.

—Al grano Walker... —Casi exigió y vio a su empleado tragar grueso.

—Ella ama a alguien más —aseveró y pudo darse cuenta del sufrimiento que se apoderó de las facciones de Anderson. Suponía que no era fácil para él saber que esta vez no era su Ella, si no de alguien más—. Está dolida... y, al parecer, usted no fue de su total agrado. —Mostró una sonrisa traviesa, esas comunes en los niños malos—. En este momento su mente es un caos, no es más que un revoltijo de pensamientos y emociones sin sentidos, todos ellos llevan a ese hombre que le ha roto el corazón. No puede dejarla ir así, no con su estado emocional y no con esta nevada, no la soportaría —trató de explicar pausadamente.

Anderson, de mundos tenebrosos y adicciones letales cayó en su silla como peso muerto, pasó la mano por su rostro, que parecía haber envejecido, aunque eso no fuese posible, suspiró largamente.

—¿Dónde está ahora? —preguntó, minutos después.

—La he dejado en la cocina, señor, le he dado un té, porque la pobre titiritaba de frío... ¿Su mente no está muy clara, no señor?



Su mente era un sinfín de preguntas sin respuestas, de amores y pérdida, de desengaño y dolor.

—Ubícala en una de las habitaciones de huéspedes, la que quede más retirada de la mía y, ¡por Dios bendito, Ethan! Que se vaya antes de la noche de luna llena, sabes perfectamente que no podré controlarme... La necesito lejos de mí, pero, sobre todo, la necesito lejos de tu hermano. Ahora déjame solo. —Saber que el corazón de Gabriella Wilson latía por otro que no era él, le estaba carcomiendo el alma, aunque era lo mejor; al menos, de esa manera tenía la certeza que ella se iría.

# CAPÍTULO

## 4

Gabriella temblaba como una hoja al viento, nunca le había gustado el frío; en épocas de invierno, su madre la envolvía en metros de frazadas, para que no pescara un resfriado, pero nunca había dado resultado porque en ese entonces, como ahora, terminaba estornudando sin control.

Su vida era un desastre, no solo Alec la había engañado, sino que la única persona que necesitaba y, por la que había atravesado medio mundo para estar ahí con ella, no estaba y, como cereza en el pastel, el mal clima la obligaba a quedarse en la casa, que supuestamente era de ese hombre... hombre que la asustaba y le atraía a partes iguales, sin duda, a ese paso iba a enloquecer.

Sintió unos pasos acercarse y tomó la taza de té de hierbas, que el hombre más joven le había preparado para que entrara en calor.

—Señorita Wilson. —Ethan sonrió, al pararse frente a ella—. El señor Anderson, le concede quedarse mientras mejora el clima.

—El señor Anderson, es la mata de la cordialidad. —Bufó con sarcasmo.

Ethan volvió a ladear la comisura de su boca, dedicándole una sonrisa lobuna y pícara.

—Si gusta acompañarme —solicitó haciendo un ademán.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados, estaba en un dilema. Se quedaba en casa de míster arrogante, cavernícola, maleducado o salía, pescaba una hipotermia y se exponía a que un puma le mordiese el trasero.

No, definitivamente, no quería que un puma le mordiese el culo, se encerraría en la habitación hasta que la nevada pasara y caminaría hasta el pueblo en busca de alguien que le arreglara el coche, después se iría a Tombuctú.

Eso sería suficiente para mantenerse lejos de las recriminaciones de su padre.

Dejó la taza sobre la mesa y siguió al empleado del imbécil.

—¿Sabes algo de mi abuela? —Le preguntó mientras subían las

escaleras.

—Creo que la última vez que la vi, hablaba de estar aburrída del frío y permitirse unos días en un crucero por el Caribe —dijo Ethan, señalando la parte izquierda de la cabaña.

—Eso no suena como mi abuela, créame, ella amaba esta casa.

—Por el precio que se la vendió a mi jefe, seguro que sí —dijo con burla.

—Su jefe es algo egocéntrico, sin contar que es un idiota —murmuró Gabriella mientras observaba las pinturas a blanco y negro que decoraban el corredor del segundo piso, la cabaña parecía mucho más pequeña desde fuera, pero ese nivel le parecía enorme.

Ethan se detuvo frente a la última puerta del pasillo, a un costado, había una vieja pintura de Anderson, sus ojos oscuros se veían mucho más claros, la cicatriz en su rostro no estaba.

—Y ególatra. —susurró.

Él fijó su mirada en ella, era linda y menuda, recordaba a la segunda Ella, solo que aquella era un poco más robusta y su cabello era rubio, esta era completamente diferente, pero su aroma era exactamente el mismo... El mismo que estaba volviendo loco a Anderson.

—Mi jefe es una buena persona, solo que ha tenido golpes muy duros durante toda su vida, mi padre siempre decía que no se puede juzgar a un libro por su tapa. —Gabriella afirmó, si alguien sabía de libros era ella misma. Ethan abrió la puerta y entró siguiendo sus talones—. Si necesita algo más, señorita Wilson, puede bajar y solicitármelo, en esta casa solo somos el señor y yo.

—Gabriella —murmuró, observando la espaciosa habitación—. Mi nombre es Gabriella. —Le recordó con gran énfasis.

—¿Nunca la han llamado, Ella? —preguntó Ethan sonriente.

—¿Cómo mi abuela? —preguntó y el hombre asintió—. Mi abuela no se llama Ella, se llama Manuella, venimos de una gran familia de “Ellas” es como una tradición.

—Lo sé. —Ella enarcó una de sus cejas—. Su abuela lo mencionó.

—Ahora que lo dices... El esposo de mi amiga Ania, también me llamó Ella, igual que el odioso de tu jefe.

Notó cómo el cuerpo de Ethan se tensionó, su rostro adquirió una muestra feroz y carraspeó.

—Le daré un consejo. —A pesar de que el tono de su voz fue brusco, ella

lo alentó a seguir—. Aléjese de Paul Walker.

—¿Lo conoce?

—Es mi hermano... —Caminó hacia la ventana, y la aseguró, afuera la ventisca seguía indomable.

Para Gabriella fue fácil entender que él no quería hablar de ello, pero no por eso se quedaría tranquila, preguntaría más adelante. Quizá Ethan y su hermano tenían el mismo problema que Jackson y ella.

—En el pueblo dicen que el bosque está infectado de pumas —continuó Ethan—. Y estamos en el bosque, así que, mantenga esta ventana con seguro. —Se giró hacia ella y luego se fue a la salida—. En un par de horas la cena será servida. —Ella miró su reloj, eran casi las siete de la noche—. Estoy a su servicio, Gabriella, le recomiendo cambiar su ropa por algo más acorde con el clima, esta noche será helada. —Se giró para observar a Gabriella, su rostro había perdido color y murmuraba suavemente como si hablara con ella misma—. ¿Sucede algo?

—No tengo ropa.

—¿Cómo?

—Me quedé a medio camino. —Trataba de explicar y él la miró sin entender—. El auto en el que venía es más viejo que Matusalén. —Lo vio sonreír, pero continuó con su cuento de lo que había sucedido—. Se averió a mitad de la colina, dejé mi mochila ahí. —Pasó la mano por su cabello, revolviéndolo en el proceso.

—Pues, si no quiere pescar un resfriado será mejor que se cambie esa ropa húmeda, el baño está allí. —Señaló la única puerta en la habitación—. Iré a buscar algo con lo que pueda vestirse, mientras su ropa se seca. — Gabriella esperó a que Ethan la dejara sola para levantarse, respiró profundamente y se acercó a la ventana que daba hacia la parte trasera de la casa, esperaba que fuese una nevada tranquila, pero lo cierto era que se veía bastante intensa.

A su memoria llegaron viejos recuerdos de sus navidades con Jackson, todas las veces que él hizo espacio en su cama cuando ella tenía miedo.

Se odió a sí misma por haber abandonado a su hermano por Alec, su padre podría irse a la punta del Everest, pero Jack... Jackson era lo único que tenía, ahora que su abuela había decidido cambiar el frío por el calor tropical.

Deambuló por la habitación, definitivamente, la casa no era la misma de hace años, los pisos ya no crujían, los muebles eran mucho más modernos, la cama era de madera tallada y estaba adornada con edredones blancos,

esponjosos y suaves. De repente, tocaron suavemente la puerta y luego se abrió, sin esperar a que ella invitara a pasar, dándole paso a Ethan, con toallas y lo que parecía ropa.

—Es lo más pequeño que he encontrado, señorita, eran del señor Anderson, espero le quede bien.

Gabriella lo dudó al instante, porque el señor Anderson le sacaba un par de cabezas y era mucho más fornido que ella.

—Hubiese sido mejor si usase ropa suya, Ethan. No creo que al señor Anderson le agrade que use sus prendas.

—No juzgue al libro por su portada, señorita Wilson. —Le recordó lo que le había dicho minutos atrás —. Puede parecer exigente y ser extremadamente aburrido o viceversa. —Hizo saludo militar con su habitual sonrisa y salió de la habitación.

Sabía que no debía hacer nada que causara el interés de Gabriella por su jefe, pero no podía evitarlo. Anderson, merecía un poco de felicidad y, en estas montañas, ¿qué podría pasarle a Gabriella? Estaba dispuesto a convertirse en su sombra si eso la mantendría con vida hasta la próxima luna llena.

Gabriella decidió quedarse en la tina con el agua tibia cubriendo todo su cuerpo el tiempo que fuera necesario para entrar en calor, mientras pensaba qué hacer con su vida.

Tenía que irse de esa casa, eso era seguro, pero ¿a dónde? Tombuctú, no era una buena idea, a pesar de tener dinero propio, gracias al fidecomiso que su madre le había dejado, tanto a ella como a Jackson, no se veía yéndose a algún lugar en el que no conociera a nadie. Quizá, podría ir a Brasil, donde uno de sus compañeros de universidad le había ofrecido un empleo.

Tras pasar mucho tiempo en el agua, salió, aunque sus pensamientos seguían sin detenerse, se puso un albornoz y con una toalla se envolvió el pelo mojado. Se fue a la habitación y a pesar de que las puertas y ventanas estaban cerradas podía escuchar el viento silbando entre los árboles.

Se sentó en la cama y no pudo evitar pasar su mano por la ropa de Anderson, que Ethan le había llevado. Extrañamente su piel se erizó al contacto con la tela, agarró la camisa verde y, en un loco impulso se la llevó a la nariz, olía a humedad, bosque, tierra. Se sintió como hipnotizada al recordar ese instante en que sus miradas se encontraron, todo fue realmente mágico y fascinante antes de que él abriera la boca e hiciera polvo sus excitantes pensamientos.

\*\*\*\*\*

Había acabado con dos botellas de coñac y una de *whisky*, con la copa en su nariz, intentaba por todos los medios desaparecer la esencia de Gabriella, pero allí seguía, burlándose de él, sometiéndolo y haciéndole daño.

—Señor. —Vio que Ethan entraba al estudio, odiaba que lo llamase así, luego de casi cuatrocientos años viviendo juntos—. La señorita Wilson, se encuentra en la segunda planta, en la dirección opuesta a su habitación, tal como lo indicó, le he dado una muda de ropa suya porque ella olvidó su mochila en el coche.

Anderson sintió el humor de Ethan, el muchachito de cuatrocientos quince años, estaba burlándose de él.

—¿Te parece divertido, Ethan? —murmuró entre dientes.

—Para nada, señor —dijo en tono burlón—. Aunque, la situación es bastante cómica, usted decide huir y ella llega a su puerta.

—¿Eres consciente de que tu ropa le hubiese venido mejor?

—Y hacer que su pareja luzca ropa de este humilde empleado... para nada, señor —dijo aún con burla, provocando que Anderson sonriera.

—Te aprovechas de mi buena estima, Ethan... —comentó un tanto más relajado debido al alcohol. El joven rio más abiertamente—. Que no se te vuelva costumbre. —Anderson suspiró y el aroma a cacao lo hizo gemir internamente. Se giró hacia la ventana y abrió las puertas de vidrio, intentando que el olor a bosque y humedad fuese lo suficientemente fuerte, para neutralizar a la mujer que yacía en la segunda planta de su casa.

La nevada era enérgica, y él había pensado enviarla afuera.

«¿En qué demonios estaba pensando?»

—Me temo que no estaba pensando, señor —dijo Ethan, parándose a su lado.

—Sal de mi cabeza. —Se pasó la mano por el cabello—. O la próxima vez que quieras desfogarte, haré que tu amiguito no reaccione.

Ethan se llevó la mano a su entrepierna, copular era una de las cosas que más le gustaba hacer. Ambos hombres soltaron una carcajada que se detuvo abruptamente al sentir que una presencia extraña llegaba.

—No viene en son de paz —dijo Ethan, mirando a Anderson.

—Nunca lo es en esta época, ¿no, Ethan? Y por alguna extraña razón, castigo divino o, lo que sea, ella siempre viene a mí. —El chico asintió,

mientras Anderson salía por la ventana hacia el balcón que colindaba con el bosque.

A pesar de que ya había anochecido, pudo ver al hombre que se dirigía rápidamente a él.

—Está aquí. —No había sido una pregunta—. No me lo niegues, Anderson, puedo olerla por todo el lugar. —Gimió el hombre entre las sombras.

—Sí, está aquí —confirmó para ver al hombre acercarse con una velocidad impresionante.

—¿Qué le hiciste esta vez? —murmuró entre dientes.

—Simplemente le he dado posada, Paul...

—Aléjate de ella —susurró Paul cada vez más cerca—. Tú le haces mal.

—¿Yo? ¿Solo yo? ¿Somos los dos quienes le hacemos mal! —rumió entre dientes—. Ella se irá tan pronto la nevada haya pasado, ni tú ni yo interferiremos en su vida.

—Arreglemos esto, Anderson. —La voz de Paul era rasposa, Anderson sabía que se estaba conteniendo—. Hiciste una promesa.

—Ve con tu mujer, no es bueno que esté sola con este clima —respondió estoico.

—Deja a mi mujer fuera de esto.

—¿Qué diablos haces persiguiéndome, Paul?, déjame en paz, deja en paz a Ella. Que yo, cumpliré mi palabra.

—No sabes lo que dices, es por tu culpa que estamos en esta situación.

—Llevas cuatrocientos años recriminándomelo, sabes que no era esto lo que quería para nuestras vidas... —Su voz bajó un poco—. Estoy cansado de repetir esta historia cada cien años, estoy cansado de todo, solo quiero tranquilidad, así que te advierto, vete de mi propiedad.

Una sonrisa retumbó desde la espesa oscuridad del bosque.

—Puede que mi hermano haya decidido seguir tras de ti como una sombra, pero eso no significa que yo tenga que obedecer tus órdenes... Hace años dejé de ser tu empleado.

—Quiero que te vayas... Ahora, Paul. —Anderson Apretó la baranda de su balcón—. No me hagas salir.

—No te tengo miedo, ya una vez te gané...

—En este juego absurdo, nadie gana, amigo.

Una risa sardónica se escuchó entre los árboles.

—Tú y yo ya no somos amigos, no te quiero cerca de Ella, Anderson.

—No voy a lanzarla a la nieve, solo para que tú hagas el papel de héroe. Ella llegó hasta mí y, esta vez, pienso protegerla, pienso dejarla ir antes de que tú o yo la dañemos... Te lo diré por última vez, largo de mi casa, vete ahora antes de que haga algo de lo cual pueda arrepentirme. —Su voz era rasposa, grave y amenazante.

Paul gruñó mostrando los dientes puntiagudos, negó fuertemente; luego se perdió entre los árboles.

Anderson temblaba de rabia, intentando por todos los medios controlarse, no sería bueno transmutarse con Gabriella en la misma casa, respiró fuertemente sintiendo cómo su fiel amigo, Ethan, llegaba a su lado.

—Tranquilo, Anderson, se ha ido...

—Volverá... Lo sé y, tú también. —Ethan afirmó—. Encárgate de Gabriella. —Su voz salió distorsionada debido al coraje—. Mantenla a salvo, Ethan, confío en ti —rumió antes de saltar la baranda y perderse en la oscuridad del bosque. Segundos después, un aullido agónico resonó sobre la copa de los árboles.

\*\*\*\*\*

Ethan observó el bosque por algunos segundos y después salió del estudio, Anderson estaba molesto y había preferido huir antes que enfrentar su rabia y dolor. Sintió los pasos de Gabriella salir de la habitación y se apresuró para encontrarla al pie de la escalera.

A pesar de que Paul y Anderson habían sido discretos y la mayoría de la conversación había sido mental, Gabriella parecía intuir que algo había sucedido. Sonrió justo cuando ella tocó el último escalón. La vio negar con la cabeza en un gesto de indecisión, no sabía si preguntarle por Anderson.

—El señor Anderson, ha salido, pero ha dejado dicho que, si usted necesita algo, es mi obligación atenderla. —La chica asintió—. Veo que acerté con la ropa. —Sonrió amable.

Ella miró su vestimenta, había doblado los puños de la camisa y hecho varios dobladillos al pantalón para que pudiese ajustarse a su cuerpo.

—Insisto, que algo de ropa suya me hubiese quedado mucho mejor. —Pasó la mano por su cabello—. ¿Hay algún teléfono con el que pueda hacer una llamada a larga distancia?

—Por supuesto que lo hay, estamos en pleno siglo veintiuno. Celulares, ¿sabe? Steve Jobs hizo el mejor trabajo que el hombre pudiera crear.



—De hecho, la telefonía celular fue creada por Martin Cooper.

—Pero no puede negarme que Jobs fue un genio.

—Jobs solo creó Apple.

—Que sin duda tiene el mejor sistema operativo. —Sonrió coqueto—.

Sígame, además de celulares, también hay un teléfono en el estudio del señor. —Gabiella rio y siguió al joven hasta el despacho de Anderson—. Estaré en la cocina.

Después de haber "hablado" con Mía y escuchar sus insultos por haber desaparecido sin decir nada, Gabriella comió el emparedado de queso y jamón que Ethan preparó, cuando ella apareció en la cocina, hablaron de todo y nada al mismo tiempo.

Era fácil hablar con Ethan y, ella supuso, que no tendría más de treinta años, internamente se preguntó si él y el cavernario de Anderson, tenían algún tipo de relación, estuvo tentada a preguntarle a Ethan, quien rio de la nada. Mientras los copos de nieve descendían por las ventanas.

Se disculpó con Ethan y subió a su habitación, odiaba las nevadas y se preguntaba a dónde había ido Anderson, con ese clima tan desatado.

Subió las escaleras de dos en dos, hasta llegar a la segunda planta de la casa. Notó cuando hizo la llamada, que el estudio había cambiado mucho, el escritorio era nuevo, tenía un bar que envidiaría cualquier establecimiento de Las Vegas y una alfombra azul adornaba la estancia, también vio las tres botellas vacías de alcohol y los vidrios en el suelo.

Llegó hasta el retrato de Anderson colgado en la pared y se detuvo frente a él, observándolo con apreciación.

«Realmente eres todo un espécimen... Es una lástima que también seas egocéntrico, arrogante, cavernario y patán»

Caminó por todo el corredor, empujando puertas, había seis en total, las primeras dos estaban abiertas, eran habitaciones muy parecidas a las suya, caminó hacia la parte derecha de la casa, la habitación principal estaba cerrada con llave, por lo que supuso que sería la habitación de Anderson. La siguiente, era un pequeño paraíso.

La ventana era enorme, tenía una chimenea y dos cómodos sofás, todas las paredes estaban cubiertas por estantes de libros. Repasó los tomos con sus dedos, hasta llegar a un título que le llamó la atención: *El encanto de un lobo*.

Siempre le había atraído ese tipo de lectura; por algo, su especialización era la mitología, los hombres lobos eran fascinantes, fuese quién fuese el autor que lo describiera.

Tomó el libro sin importarle si el señor Anderson se molestaba, Ethan había dicho que se sintiera como en casa y, sabía de antemano, que no dormiría debido al clima, caminó hasta su habitación, cerró la puerta y se tiró en la cama, dispuesta a entregarse completamente a la lectura

\*\*\*\*\*

Para Anderson, la noche no había sido muy diferente de las demás, hasta que el sol, poco a poco, ocupaba su lugar. La visita de Paul Walker, reclamándole algo que no merecía, lo había hecho descontrolarse, por eso había partido hacia su mejor amigo... El bosque, necesitaba saciar su ira, pero, sobre todo, necesitaba dejar de pensar en que su Ella estaba tan cerca y tan lejos de él.

Esta vez sería diferente, la primera pensó que había sido cosa del destino que Ella muriese, en aquella luna llena, en ese accidente, por ir a buscarlo.

Él la amaba con pasión desmedida, nunca le había faltado el respeto; aun cuando, sus deseos animales se confabulaban en su contra y, lo único en que podía pensar, era en sus labios cubiertos por los de ella, su cuerpo arropándola como un manto y su estrecho centro apretándolo con rudeza.

Rugió como poseso, al sentir su erección, ahora con el amanecer, solo era hombre desgastado, luego de un frenesí de sangre y placer.

No quería volver a casa, había salido desde el día anterior, pero aún sentía el sabor a chocolate en la punta de su lengua, respiró trabajosamente cuando llegó a los límites entre la casa y el bosque que le daba libertad y placer.

Sus ojos se enfocaron levemente en la ventana que tenía la persiana arriba, de la habitación que se le había asignado a su caramelo.

No necesitaba tocarla, solo quería sentirla cerca, verla ahí, aunque no fuese para él, lo necesitaba como el aire que respiraba. Antes de poder pensarlo mejor, ya estaba dentro de la habitación.

Gabriella dormía y él pensó que podría pasarse horas o días contemplándola sin cansarse, sintió la sangre en su cuerpo correr con premura, su olor lo aturdió levemente; sin embargo, se vio inhalando aún más, deseando impregnarse de su fragancia exquisita y exótica, su mirada la recorrió lentamente, como un buen cazador a su presa, repasó su pequeña figura y el libro a su lado, lo que pintó una sonrisa, observó su rostro, sus ojos cerrados, su pequeña nariz respingona, se acercó a la cama hasta quedar a un paso de

ella e inhaló profundamente.

Quería más, su cuerpo exigía más, completamente desnudo y, con la agilidad que su condición le daba, se recostó en la cama, dejando que su nariz se colara entre su hermoso cabello castaño que yacía libre de gomas o cualquier otro moño, haciéndolo ver como un abanico extendido sobre la almohada, levantó su mirada nuevamente, su sola presencia lo tentaba a hacer cosas prohibidas. Alzó su mano y con la punta de los dedos le acarició la mejilla suavemente, su mirada vagó por su rostro, hasta detenerse en sus labios carnosos y rosados, Gabriella suspiró, se removió un poco y capturó su labio inferior entre sus dientes.

«¡Por Cristo!»

Pensó, sabía que no podía empalmarse más, pero solo ese mínimo gesto, lo tenía más duro y erguido que un puto mástil, jamás en sus más de cuatrocientos años como monstruo, había sentido una erección tan dolorosa, sus ojos se quedaron clavados en sus labios, deseando poder tocarlos con los suyos, volvió a suspirar antes de levantar su mano, dispuesto a tocarlos, pero antes de llegar a estar a centímetros de ellos, reaccionó.

No podía hacerlo, debía alejarse...

Negó con la cabeza antes de levantarse de la cama. Salió de la habitación de la misma manera en que había entrado, para volver a la espesura de lo único que lo tranquilizaba... El bosque.

# CAPÍTULO

## 5

Gabriella despertó sin recordar en qué momento se quedó dormida, se giró entre las sábanas, estirando su cuerpo con pereza; siempre le había costado levantarse cuando la temperatura descendía muchos grados. Fijó su mirada en la ventana, percatándose de que ya era de día, aunque no podía saber exactamente qué hora era, además, de que seguía helando.

Metió la mano debajo de la almohada para sacar el libro y dejarlo sobre el buró. Reflexionó sobre lo que había leído, ya que desde el primer párrafo había quedado envuelta en la trama, era una lástima que no pudiera terminar de leerlo, porque debía marcharse ese día, y dudaba que Anderson le obsequiara el ejemplar.

Seguía nevando, aunque no tan enérgico como en la noche anterior, cerró los ojos y a su memoria llegaron los fugaces recuerdos de su sueño. Había soñado con el mismo hombre de siempre, pero esta vez, él la observaba mucho más de cerca, tenía el cuerpo musculoso y el cabello largo. Tan largo como el de Anderson.

«Te estás volviendo loca, necesitas café»

Metió la mano por su cabello y observó el sofá de un puesto en la esquina de la habitación o, más bien, lo que había sobre el sofá.

Era su mochila.

¿Podría ser que Anderson la hubiese traído?... No, estaba segura de que no.

Tan pronto viera a Ethan, le preguntaría si sabía quién había traído su mochila. Caminó hacia su pequeño equipaje, lo revisó y todas sus cosas estaban ahí.

Buscó su celular entre las sábanas y observó la hora. Eran más de las once de la mañana, tiró el aparato y se metió en la ducha.

¿Qué estarían pensando de ella?

No tenía mucha ropa, así que tomó otro par de vaqueros y una camisa tejida de cuello alto, se colocó sus botas y salió de la habitación, necesitaba

respuestas. Primero, saber dónde estaba su abuela; segundo, saber quién había traído su mochila y; tercero, averiguar quién podría arreglarle el auto en pleno día de Acción de Gracias.

Ethan estaba en la cocina, batiendo huevos y friendo tocino, el estómago le gruñó con fuerza, provocando que se avergonzara.

—¿Hambrienta, señorita Wilson? —dijo el hombre girándose hacia ella—. Tendrá su desayuno en un abrir y cerrar de ojos... Aunque me pregunto, si no le apetece más algo para almorzar.

—Te agradecería un poco de café, Ethan. —Le dio una sonrisa mientras caminaba hacia la isleta de granito pulido que estaba en la cocina.

Gabriella observó al joven moverse con rapidez en la cocina, en un parpadear, Ethan, colocó frente a ella, huevos revueltos, tocino crujiente, pan, frutas y un vaso con jugo de naranja recién exprimido.

—¿Todo es de su agrado, señorita Wilson?

—¡Demonios!, ¿cómo crees que me comeré todo esto? Y Dios, no vuelvas a decirme, señorita Wilson, mi nombre es Gabriella.

—Usted es la única persona que puede nombrar al de arriba y al de abajo en una oración y, para comer todo eso, es sencillo, solo llevárselo a la boca, masticar y tragar. Estoy acostumbrado a servir grandes cantidades de comida. Si me disculpa, necesito ir al cobertizo para conseguir madera. Las noticias auguran que será un día helado y el señor Scott odia que la casa se enfríe.

Ella quería preguntarle muchas cosas, pero el aroma a comida la hizo enmudecer, hacía casi una semana que no veía un desayuno tan completo y apetitoso.

Había devorado casi la mitad del plato cuando Ethan volvió con la madera, dejándola en un viejo baúl a un lado de la entrada.

—Veo que aún no ha terminado —murmuró, tomó el vaso de cristal vacío y lo rellenó con jugo.

Gabriella negó porque sentía que su estómago explotaría si seguía engullendo comida.

—Ni lo haré, esto. —Señaló el plato a medio comer—. Es comida como para un regimiento.

—El señor, se ofendería si llego a servirle esa mínima cantidad.

—Hablando de tu señor...—murmuró la última palabra con sarcasmo—. Necesito hablar con él, ¿está en su despacho? —preguntó, siguiendo a Ethan con la mirada en el momento que recogía el plato.

El joven se giró para tirar los restos de comida en la basura, Gabriella no

pudo evitar sentirse mal por todo ese alimento que se estaba desperdiciando, pero realmente ya no podía comer nada más.

—El señor Anderson, no se encuentra en la propiedad, él...

—¿Sabe si se demora? Es que me urge hablar con él —interrumpió lo que él fuese a informarle.

—No sabría decirle, el señor, sale y entra de esta casa y, en ocasiones ni me doy cuenta de que estoy solo —mintió—. Salió anoche antes de que la nevada empeorara; lo más seguro, es que se haya quedado en el pueblo, puede que regrese hoy o mañana... No sabría decirle. —Se encogió de hombros, luego abrió la llave para lavar los platos. Mientras Gabriella guardaba silencio y lo observaba—. Ahora, si me disculpa. —Secó sus manos con una toalla—. Debo atender a la visita.

«Visita?»

El sonido del motor de un auto le hizo pensar que a lo mejor era Anderson quien acababa de llegar, pero Ethan había dicho que era una visita.

El timbre de la entrada se escuchó a lo lejos y, los pasos de Ethan, resonaron pesados contra el parqué, encaminándose para ir a recibir a la visita, pero Gabriella se levantó de la silla, impidiéndole que saliera de la cocina.

—Vi mi mochila cuando desperté. —Le hizo saber, para ver si le informaba quién demonios había entrado a la habitación que ocupaba mientras dormía. Él la observó de arriba abajo, percatándose de que llevaba ropa limpia, así que era de esperarse que la hubiera visto—. ¿Quién la dejó ahí?

—Cuando regresaba del pueblo, vi una camioneta azul, supuse que era la suya, llamé una grúa y me cercioré, por orden del señor Anderson, de llevarla al mecánico, tomé su mochila y la coloqué en su habitación. —El timbre volvió a escucharse—. Ahora, si me disculpa, no me gusta que las personas esperen, menos en un día tan frío como este.

Segundos más tarde, una voz ronca y masculina se escuchó desde la entrada. Gabriella se quedó en la cocina, por vergüenza más que por temor, desde su sitio podía escuchar la conversación entre el visitante y Ethan.

—¿Entonces se fue anoche? —siseó el hombre con voz juguetona.

—Sinceramente, no creo que vuelva señor, no mientras ella esté aquí.

—Anderson, es un completo idiota —dijo el hombre.

Gabriella no podía estar más de acuerdo y salió de la cocina, caminando hasta encontrarse con los hombres en el recibidor.

Ethan sintió sus pasos, aunque ella caminara como una palomilla, lo

cierto era que tanto para él como para el visitante no podía pasar desapercibida.

Los hombros de Ethan se tensaron, pero se obligó a permanecer estoico y fingir sorpresa cuando ella apareció frente a ellos.

—Ethan, quería darte las gracias por haber traído mi equipaje... — Gabriella observó a los dos hombres frente a ella, sabía que Ethan no creía una sola palabra sobre su agradecimiento y que ella era simplemente una cotilla; sin embargo, le dio su mejor sonrisa, sin poder evitar poner su mirada en el visitante.

El extraño era alto, muy alto, tenía el cabello castaño y tan largo como el de Anderson, tenía una mirada pícara, brazos musculosos y un torso ancho que se apreciaba, aun con la camisa de mangas largas, tenía una cintura estrecha y piernas que se abrazaban al pantalón que llevaba puesto.

Se quedó observándolo por más tiempo de lo que el decoro lo permitía, el hombre carraspeó, provocando que el sonrojo apareciera en sus mejillas.

—Disculpe...

—Tranquila, es el impacto natural en las mujeres. —Caminó hacia ella—. Ethan, y esta amable señorita, ¿quién es? —dijo tomando la mano de Gabriella.

—Señor Pávlov, la señorita Gabriella Wilson, es la nieta de la señora que le vendió la casa al señor Anderson.

—Así que... tú eres, Ella —dijo con un brillo de admiración en su mirada.

Era la tercera vez que un hombre la llamaba así; la cuarta, si contaba lo que Ethan le había dicho en la noche.

—Es un verdadero placer conocerte —mencionó maravillado, y Gabriella enarcó una de sus cejas—. Eres mucho más hermosa de lo que yo me hubiese imaginado —concluyó, besando su mano suavemente.

El roce de los labios de aquel hombre con su piel la hizo estremecer, había algo en él que no le parecía normal del todo, así que sacudió su mano con disimulo.

—Víctor Pávlov... Soy...

—¿A qué debo tu agradable visita, Víctor? —La voz atronadora de Anderson se escuchó en la entrada, haciendo que Gabriella diera un salto. Aunque en realidad, había querido decir: "Aleja tu sucia mano de mi mujer".

Víctor sonrió, bajó los escalones y caminó en dirección a Anderson, quien entraba hasta el recibidor.

—Scott, la soledad te está amargando al punto de que ya no puedes darle la bienvenida a un viejo amigo.

—No, cuando molestas a mis invitados... ¿Qué haces tan lejos de tu hogar, Vick?

—Directo y al corazón; al parecer, las vueltas de la luna están empezando a afectar tu humor. —Escucharon a Gabriella resoplar—. La verdad, es que estaba en un congreso sobre enfermedades autoinmunes en Vancouver y, me dije: ¿hace cuánto que no vemos al hijo de puta de Anderson? Y, aquí me tienes.

Anderson sonrió, sabía muy bien porqué Víctor había llegado a su casa, la luna llena estaba cerca, su profecía estaba a punto de cumplirse.

Víctor le dio un abrazo y le palmeó su espalda unos segundos, pero su mirada se desvió hasta la mujer en las escaleras de su casa e, inmediatamente, el aroma a chocolate, aceleró su corazón.

Tenía pensado no volver hasta después de la nevada, había ido más temprano por la mañana y ordenado a Ethan buscar un mecánico para que arreglara el coche de Ella, también que recuperara su mochila, pero la nevada parecía no querer detenerse.

Pero ahora que Víctor estaba ahí, no podía volver a marcharse, porque conocía a ese infeliz y estaba seguro de que empezaría a flirtear con ella.

—Veo que ha despertado bien, señorita Wilson —dijo con su intensa mirada puesta en ella.

Gabriella quitó su mirada de Víctor para posarla en Anderson, estaba completamente húmedo por los copos de nieve que al calor con el hogar empezaban a derretirse, su camisa negra enmarcaba sus brazos a plenitud, el cabello rubio estaba atado en un moño en la cima de su cabeza, por un momento, delante de esos dos hombres se olvidó del tonto de Alec. Al menos hasta que la risa de Víctor la sacó de su pequeño trance.

—Señor Anderson, necesito hablar con usted. —Bajó los escalones y llegó hasta él.

—Ahora estoy ocupado, me sigues Vick. —Se giró y caminó de vuelta a su estudio.

Gabriella empuñó sus manos ante la humillación, era la segunda vez que el idiota la dejaba hablando sola, miró a Víctor, quien se encogió de hombros antes de seguir a Anderson.

Ethan había desaparecido en algún momento, pero ella no lo había notado, por eso aprovechó que necesitaba hablar con Anderson y lo haría



cuando ella lo quisiera no cuando a él le apeteciese.

Anderson caminó con pasos pesados hasta su estudio, abrió las puertas dobles, sabiendo que, si se quedaba solo con ella, el animal en su interior podía salir a flote, era mejor así, mantenerla alejada, al menos hasta después de luna llena.

Esperaba que el viejo Darwin arreglara el cacharro que Gabriella tenía por coche, lo más pronto posible, estaba dispuesto a desembolsar cualquier cantidad de dinero con tal de que ella se fuera lejos. Podía mandarla al pueblo con Ethan, pero no quería que Paul estuviera cerca. Prefería torturarse con el aroma a chocolate que emanaba a exponerla con la otra parte que hacía peligrar su vida.

Víctor se acomodó en uno de sus sillones y él se acercó hasta el bar para servir dos copas. La puerta se abrió con un pequeño estruendo y ambos hombres observaron a la mujer.

—Señor Anderson, es importante para mí que usted conteste algunas preguntas y no me iré de aquí hasta que...

—¡Ahora no! —gritó con desdén—. ¿No entiende que estoy ocupado, señorita Wilson?, su coche está averiado, por lo cual voy a permitir que se quede en esta casa, pero eso no le da derecho de invadir mi espacio personal, como si fuese alguien especial. —Sus ojos parecían relampaguear—. No tengo ni la más remota idea de dónde pueda estar su abuela y, no me interesa, así que si queremos llevar una relación cordial los días que usted pasará aquí, manténgase alejada de mí —rugió encolerizado.

Gabriella lo miró con odio, quería llevar sus manos al cuello de ese hombre y estrangularlo, su mirada se desvió a la de Víctor, quien parecía divertido con la situación. Respiró profundamente y se giró para salir de esa habitación, con la firme convicción de largarse de esa maldita casa.

Anderson partió la copa que tenía en sus manos, luego caminó hacia la silla detrás de su escritorio, Víctor se levantó y caminó hasta el bar, tomó dos botellas de lo que parecía *whisky*.

—Apesta a sexo con prostitutas —dijo colocando una de las botellas frente a su amigo, sin importar la mano sangrante de este.

Anderson refunfuñó, había pasado gran parte del día en la casa de citas del pueblo, intentando saciar el deseo que recorría su cuerpo, pero solo fue inhalar el dulce aroma de ella, para que todo él entrara en combustión.

Manténía el cuerpo rígido y, con su mano sana, sujetaba el tabique de su nariz, escuchó cómo su amigo destapaba una botella y bebía de un solo trago

una gran cantidad de alcohol.

—Déjame decirte, hermano... Eres un idiota. Ni yo con mi historia podría tratar a Rose así.

—Ya, cállate.

—Mmm... —Víctor se llevó la botella a su boca—. ¿Esa es la chica que vuelve cada cien años a torturar tu vida?

Anderson asintió, recostándose completamente en el sillón, cada respiración que daba, le producía un dolor agónico en el pecho.

Había conocido a Víctor hacía casi ochenta años, cuando aún vivía en un pequeño pueblo en Noruega, era de nacionalidad rusa, y como él, también cambiaba de residencia cada cierta cantidad de tiempo, luego de la perdida de Anabella, Anderson había estado vagando sin un rumbo fijo, su corazón estaba roto una vez más y, afortunada o desafortunadamente, para él, ambos compartían una misma maldición. Sentían el llamado de la luna y corrían tras ella como los perros que eran.

—No es que me sienta orgulloso de tratarla así, simplemente necesito alejarla de mí. —El susurro de Anderson fue más bien un lamento. Destapó la botella que tenía frente a él y bebió.

—Pues, no solo la alejarás, te odiará si sigues tratándola de esa manera, hermano —dijo el hombre en tono burlón.

—Vick...

—No me jodas Anderson, tenme un poco de respeto, soy trescientos años mayor que tú. —Se burló, la habitación quedó en silencio por unos minutos—. Es en serio, hermano, tratándola así no vas a llegar a ningún lugar, no es justo que tengas que ser frío e indiferente con la mujer que amas, aunque te hayas tirado a un séquito de mujeres esta mañana.

No había sido un séquito, pero sí habían sido varias.

—¿A qué debo tu desagradable visita? —murmuró antes de llevarse la botella a la boca nuevamente.

—Te lo dije, estamos cerca del día L y, no quería pasarlo solito; además, escuché a algunos hablar de cierta casa de chicas traviesas que hay por acá cerca.

—No creo que Shelly quiera darle una de sus muñecas a semejante bestia. —Rio Anderson sin humor.

—No sé, pensé que quizá no querías pasar solo.

—Tengo a Ethan.

—Pero no es tan divertido como yo, ese tonto siempre te deja ganar en el

Xbox. —Se burló—. ¿Por qué no vamos y damos un paseo? Scott, muéstrame cómo es tu vida en este lugar.

—Por si no te has dado cuenta, debemos aparentar normalidad, hay una nevada allá fuera y, yo tengo unos libros contables que revisar.

—Aburrido... —murmuró el ruso, dejó la botella sobre el escritorio y desabrochó su camisa—. Iré a dar un paseo, no es como si fuese de azúcar, un poco de nieve no me asusta. —Abrió la ventana y salió hacia el bosque.

\*\*\*\*\*

Gabriella entró a su habitación humillada, irritada y muy enojada, quién demonios se creía ese hombre, que podía gritarle e insultarla y hacerla sentir tan mal. Negó con la cabeza, se estaba volviendo loca, lo mejor sería irse de ahí, sí, era lo mejor, le diría a Ania que le dijese de algún lugar donde pudiera quedarse mientras arreglaban el coche.

Sí, eso era lo que iba a hacer.

Se colocó su chaqueta impermeable, agregó la dirección del pueblo en su GPS. Whitehorse estaba a menos de veinte minutos en coche, suponía que caminando en una hora llegaría a la pastelería de su amiga de la infancia. Miró la nevada caer desde la ventana de la habitación que ocupaba y, resopló, nadie se había muerto por un poco de nieve. Anderson podría meterse su casa por donde mejor le cupiese, y sí, estaba pensando en su bien formado trasero.

# CAPÍTULO

## 6

Llevaba más de una hora caminando, al parecer, su ingenio matemático había fallado completamente, lo peor de todo, era que el GPS le mostraba que aún estaba lejos, muy lejos de donde quería llegar. Y, para su jodida mala suerte, ahora la precipitación de nieve era más intensa, sus botas estaban húmedas y no sentía la punta de los dedos, ni siquiera los de sus manos, a pesar del par de guantes extras que se había puesto.

Un pequeño conejito cruzó corriendo por un costado del bosque, caminó hacia el animal, como cuando aún era una niña y ese tipo de ternuras llamaban su atención; sin embargo, un rugido la hizo detenerse, miró a la colina y fue entonces cuando lo vio.

El animal la miraba con ojos amarillos y en una postura de ataque, estaba a pocos metros de distancia, no pudo evitar que su cuerpo entrara en tensión, al tiempo que intentaba controlar su respiración que se había disparado frenética y ruidosa.

Sabía que lo más sensato sería caminar lentamente y alejarse poco a poco del animal, solo esperaba que este no notara su movimiento, inhaló profundamente y retrocedió un paso, pero su pie se enterró en la nieve, dificultando su huida, pensó seriamente si podría correr o si el animal se abalanzaba hacia ella, pero negó con la cabeza, evitando pensar en un posible ataque, miró hacia el frente antes de retroceder otro paso, su cuerpo se tambaleó y le tomó unos segundos estabilizarse.

En ese momento, el animal de pelaje negro y ojos amarillos, se le fue encima, al verlo venir tan rápido, su cuerpo quedó inmóvil, el pánico se apoderó de sus terminaciones nerviosas, entonces, cerró los ojos esperando el embiste, de repente en su cabeza, escuchó la voz de Jackson, exigiéndole que corriera.

\*\*\*\*\*

Hacia un poco más de una hora que Víctor se había marchado y Anderson

se había internado en la contabilidad de sus múltiples propiedades, suspiró por tercera vez, dejó caer el lápiz contra los libros y se puso las manos en la cabeza.

—Señor. —Ethan recostado en el marco de la puerta lo miraba de forma divertida—. Por qué no intenta hablar con ella.

—Por qué no dejas de holgazanear y haces algo útil —dijo sin mirarlo—. Tenemos invitados, se supone que tenemos que ser buenos anfitriones, una cena y esa mierda...

—Cubierto, señor.

—Vuelve a decirme, señor y voy a darte una paliza cuando entrenemos.

—Anderson. —Ethan entró en la habitación—. Estás siendo duro con ella.

Anderson suspiró antes de mirar fijamente a su amigo.

—¿Quieres que te recuerde cuál es mi naturaleza?

—Aún sin mi habilidad, sé que se muere de ganas de ir por ella, por qué no cambia de técnica. —Anderson enarcó una ceja—. Sí, por qué mejor no intenta protegerla, en vez de alejarla. Ella huele muy bien, si me permite decirle, mejor que la última vez... Huele a brownies recién horneados...

Anderson enseñó los dientes al hombre frente a él

—Sabe perfectamente que no podría atarme con una sola, mi corazón no me lo perdonaría y mi polla tampoco. —Sonrió—. Ella cree que usted y yo somos pareja.

—Ella está loca, y tú serás un perro suelto hasta que llegue tu pareja —sentenció—. Cuando eso pase, tú y yo nos tomaremos un trago en nombre de esa mujer.

—Esa mujer no va a llegar nunca, creo que primero me muero. —Se burló—. En serio, jefe, ¿por qué no le dices lo que sientes?

—¡Oh claro! Voy a llegar a ella y le voy a decir, sabes Gabriella, tú y yo somos pareja de vida, yo lo sé, y sabes por qué, porque soy un licántropo y en luna llena me transformo en una bestia y, sabes qué es lo más importante, siempre termino matándote. —Terminó frustrado.

—Bueno, ella te tomaría por loco. —Caminó hacia el bar y sirvió brandy en una copa—. Usted no es el causante de ninguna muerte, las antiguas Ella, tenían un don especial para cometer accidentes, eran imprudentes y demasiado liberales para su época.

—Todas han muerto por seguirme, por inmiscuirse en mis asuntos con Paul, y si tengo que alejarme de Gabriella, lo haré. Ethan, estoy cansado de

perderla... Cuando tu compañera de vida llegue a ti, me entenderás.

—Entonces, creo que no te entenderé nunca porque no estoy dispuesto a atar una mujer a mi estilo de vida.

—¿Cómo está ella? —La ventana se abrió y Víctor entró con sus pantalones raídos y llenos de barro.

—Tu palomilla se ha ido.

—¿Qué?

—No está, respira profundo idiota, su aroma no es tan fuerte. —Anderson se levantó de la silla, inhalando fuertemente, su olor aún seguía, pero estaba muy leve, tenía poco más de una hora de haberse ido.

Vio por las ventanas que colindaban con el bosque, la nevada había aumentado con el paso de las horas y a pesar de que ahora mismo era más ventisca que nieve, afuera estaba muy frío.

Él había estado tan metido en sus pensamientos y ocupaciones que estúpidamente había pensado que ella estaba arriba en su habitación, luchó contra la rabia que crecía en su interior, miró a Ethan, quien estaba paralizado. No, no podía culpar a Ethan por algo que era su culpa.

—¿Qué demonio haces ahí de pie, como una jodida estatua? Tu mujer está allá afuera.

Anderson se quitó la camisa, sabía que era mejor buscarla en su forma animal, vio a Ethan hacer lo mismo y negó.

—Tú quédate, está pendiente, quizá ella vuelva. —El joven afirmó antes de que los dos hombres abandonaran la estancia.

\*\*\*\*\*

Gabriella corría aterrorizada por el bosque, aunque había notado que el animal solo estaba jugando con ella, porque desde hacía mucho que había tenido la oportunidad de atacarla, pero no lo había hecho; no sabía si solo estaba esperando algún momento para tirársele al cuello, por lo que no debía bajar la guardia y seguir con su huida, aunque la tuviese sin aliento.

Pensó en ese pequeño refugio que había encontrado de niña, esa noche que se había perdido en el bosque por ir a buscar a Jackson, no estaba muy lejos, el bosque era muy confuso, pero sabía cómo llegar a ese lugar en el que podría ponerse a salvo.

El frío entumecía sus piernas, una parte de ella quería voltear para ver qué tan lejos estaba el lobo, pero sabía que la seguía y que al mínimo descuido

podría atacarla, fue en ese momento de disyuntiva, cuando no vio las raíces de un árbol y terminó cayendo aparatosamente, por lo menos, actuó rápido y usó sus brazos como escudo para no golpearse el rostro.

Quedó casi enterrada en la nieve, pero sabía que debía seguir corriendo, se levantó e intentó huir, pero el dolor apabullante en su pie izquierdo la hizo cerrar los ojos y jadear, estaba segura de que así no podría ir muy lejos.

Escuchó el aullido del lobo y todo su cuerpo tembló ante lo que evidentemente venía. Sabía que necesitaba pensar algo rápido, ponerse a salvo antes de que terminara siendo la presa de ese animal.

Observó el árbol con el cual había tropezado y caído, estaba hueco a un costado; así que, sin pensarlo, se arrastró hasta ahí, con la esperanza, de al menos ganar un poco de tiempo.

\*\*\*\*\*

A Anderson el corazón le dolía, mientras seguía el aroma de Gabriella, Víctor y él, habían acordado separarse y así abarcar más terreno, después de que decidieran volver a su forma humana; llevaban casi media hora andando por el bosque en busca de Ella.

No podía evitar sentirse culpable y quería gemir de auténtico dolor porque lastimarla era lastimarse.

Se sentía impotente por no hallarla y para hacer la situación más difícil, la nieve volvía a precipitarse copiosamente. Inhaló con fuerza, en busca de su aroma de chocolate, necesitaba por lo menos una pista, pero la fragancia era muy débil, debido a la nevada.

Llegó al claro que visitaba con regularidad, en los días en que el llamado de la luna era más fuerte. Vio cómo un pequeño animalillo, cruzaba asustado de un lado al otro, enfocó su vista, también intensificó su sentido del olfato y audición; el leve murmullo de los animales, el caer de los copos de nieve sobre los árboles y un corazón que latía como si estuviese corriendo una maratón, inhaló una vez más, antes de ver la rama baja de un árbol moverse.

—¡Ella! —gritó al verla.

Estaba hecha un ovillo dentro de un árbol hueco, uno que él mismo había golpeado tiempo atrás.

Verla allí, como una niña escondida y temerosa, lo llenó de ira, cerró sus manos en puños, tan fuerte que sus nudillos se tornaron blancos. El claro estaba a más de veinte kilómetros de su casa, no sabía qué demonios hacía tan

lejos.

Se acercó a ella, temblaba como una hoja en medio de una tormenta, estiró su mano levantando su barbilla a la vez que le tomaba el pulso, no podía imaginarse cuánto tiempo llevaba ahí.

Estaba demente, solo a ella se le ocurría abandonar la casa con el clima como estaba. En algún rincón de su memoria, la respuesta sonó clara «tú» sabía que la culpa de que ella se hubiese marchado recaía sobre él y se odiaba un poco más por eso.

Negó con su cabeza, los latidos de su corazón eran débiles.

—Dios mío —exclamó muy preocupado, sobre todo porque sus labios ya no eran rojos como el día anterior, sino que estaban morados, su ropa estaba húmeda e indudablemente necesitaba calor—. Eres una niña berrinchuda e inconsciente. —La riñó para ocultar lo aterrado que estaba.

—No... —murmuró, sus dientes castañearon y se encogió más dentro de su escondite—. No... Necesito de usted, señor Anderson. —La temperatura de su cuerpo había descendido drásticamente y el principio de hipotermia asustó a Anderson.

—Estarás bien, Gabriella...

—Tengo frío —murmuró ella de vuelta—. Porque usted... —Iba a echarle a él toda la culpa de lo que estaba pasando, cuando intentó sacarla de su madriguera—. ¡No! —gritó rehusándose.

—Necesito sacarte de aquí y llevarte a casa

—No quiero que me toque. —Su voz tembló—. No lo necesito.

—Eres una niña muy estúpida, inmadura e imbécil —musitó con molestia y volvió a intentar sacarla del árbol. Esta vez ella gimió con dolor. El cuerpo de Anderson se tensionó, al creer que la había lastimado. Ella intentó agarrar su tobillo al tiempo que él la depositaba suavemente sobre el suelo cubierto por la densa capa de nieve—. ¿Qué ha pasado? —Palpó su pie y ella gritó.

—Un lobo... —La tensión en Anderson aumentó—. Un lobo enorme, negro y de ojos amarillos —explicó tiritando por el frío y el dolor—. Me tropecé, me escondí... Él se fue. —Intentaba ser clara, pero su mente se estaba nublando o quizá congelando.

¿Irse? Paul no se había ido, Paul, simplemente, había sentido su miedo como en los últimos cuatrocientos años. En un rápido movimiento rasgó parte de su camisa, quitó el zapato con suavidad y lo vendó de manera provisional.

Gabriella sintió las manos de Anderson tocarla como si ella fuese una pluma, su piel estaba tibia, no traía camisa y sus pantalones estaban



destruidos, como si un animal lo hubiese atacado.

—Usted... No siente... —Juntó sus manos para darse calor—. Frío...

—Vamos a casa. —Volvió a alzarla, como si ella no pesara un solo gramo.

Gabriella sintió sus duros pectorales que parecían rocas calientes, quería alejarse de él, quería volver a casa con Mía, al mismo tiempo, que luchaba con la primorosa necesidad de recostarse.

Luchó con sus pensamientos por varios minutos, estaba rígida entre sus brazos, mientras él caminaba descalzo de vuelta a casa.

La nieve era incesante, pero él parecía estar bien con ello, mientras ella estaba congelándose. Al final se dio por vencida y se recostó contra el pecho caliente, que le brindaba un gran alivio a su casi congelado cuerpo.

Anderson rio, haciendo que su pecho vibrara, era como si su rendición marcara una pequeña victoria. Pero no podía evitarlo, la piel de Anderson Scott, irradiaba calor y sus huesos se estaban congelando, cerró los ojos dispuesta a no aceptar una cosa.

Él la había derrotado.

Anderson rodeó la delicada espalda de Ella con su brazo, haciendo que el pecho de ella y el de él quedasen pegados el uno con el otro, luego bajó su rostro y enterró su nariz en el pelo caoba, que con su aroma lo estaba volviendo loco.

# CAPÍTULO

## 7

Anderson caminaba de regreso a casa con Ella en sus brazos, bajó su mirada para observarla, esa mujer era una preciosidad, no era que las anteriores no lo fueran, pero esta marcaba la diferencia.

No podía impedir que su cuerpo se calentara poco a poco, el aroma a chocolate hacía flaquear su voluntad de alejarla y dejarla en paz. En ese instante, solo la deseaba para él, por muy egoísta que pudiese parecer ese anhelo.

Gabriella abrió los ojos y se quedó mirándolo por un tiempo que no pudo contar, admiraba la fascinante y fuerte fisionomía de ese hombre; sin embargo, se obligó a espabilarse.

—¿Ethan, está en la carretera? —Preguntó para cortar el silencio, aunque, lo que realmente quería decir era: “bájame, puedo caminar” pero ella sabía que ese era el eufemismo del año.

—No, la llevaré a casa. —Su voz fue seria y tosca.

—Puedo caminar. —Soltó de repente ante lo grosero que se mostraba el hombre. Él se burló—. Estoy bien, si me baja puedo andar hasta el pueblo —dijo en un ataque de orgullo.

—¿Ya no le teme al lobo? —Anderson la acomodó entre sus brazos—. ¿No cree que está por ahí esperándola entre los árboles, aguardando el mínimo descuido para atacarla? —Su sonrisa esta vez fue irónica.

—No me cree, ¿verdad?

—Ni una sola palabra, pienso que usted ha leído muchos cuentos infantiles y visto demasiadas películas, si hubiese un lobo cerca de mi propiedad, yo lo sabría.

—Pues, yo sí lo vi —sentenció ella con decisión—. Era negro, enorme, con ojos amarillos y dientes brillantes y, me seguía, parecía estar jugando con mi miedo, con mi... —Se detuvo al ver que Anderson había dejado de andar—. ¿Me cree?

Él la miró de nuevo, había algo en sus ojos que ella no había visto hasta ahora, había fuego.

—No estoy loca, sé lo que vi —protestó frunciendo el entrecejo.

—El oficial dice que son pumas.

—Pues, está equivocado porque son lobos —siguió ella muy segura, nada de lo que dijera Anderson la haría desistir.

Él retomó la caminata.

—Pumas, lobos o la loca imaginación de una mujer —comentó meneando la cabeza en un gesto de burla.

—¡Bájeme, ahora! —Se removió entre sus brazos y él tensó su agarre.

—Tiene el pie lastimado, la llevaré a casa y, eso no está en discusión. Para ser usted tan pequeña, tiene piernas rápidas y un coraje que no se le puede reprochar.

—Para tener dos pies izquierdos, sí señor Anderson, corro rápido. Mi hermano me enseñó siempre, que si no corría podría morir. —No pudo retener su lengua y ahí estaba, contando cosas que probablemente a ese hombre no le interesaban en absoluto.

Él no entendió esa frase, morir ¿cómo? ¿Por qué? Eso picó su curiosidad, pero prefirió no preguntar, lo último que deseaba era parecer impertinente. Movi6 su cabeza circularmente, para relajar los músculos de su cuello y seguir.

—Señorita Wilson. Agradezca y cálese, ¿quiere? —fue su única respuesta a aquel comentario que ella había hecho, eran palabras cortantes, pero no podía evitarlas si quería conseguir su objetivo de mantener la distancia entre ellos.

Gabriella quería golpearlo por su grosería, pero más que ello, quería salir de ese bosque para refugiarse en algún lugar caliente. Y si Anderson, patán y todo lo que quisiera, era su única esperanza, se aferraría a ella, ya después se iría a casa.

Mientras marchaban, notó que su pie latía, debido a la venda, él había colocado su media de nuevo, pero olvidó su zapato, metió las manos dentro de su chaqueta y se recostó de nuevo en su pecho, aspirando el aroma a bosque, cerró los ojos una vez más y arrullada por el arrítmico palpitar de su corazón, se quedó dormida.

Anderson la escuchó roncar y algo parecido a una carcajada apabulló en su interior, nunca se había permitido tal acercamiento con ella; si bien, era cierto que la deseaba, siempre había sido un hombre de costumbres y respeto.

En su época no se consentía más que unos besos furtivos y salidas con chaperonas. Quizá, el libre albedrío del siglo, era el que lo mantenía famélico

por ella, y mientras la sostenía junto a su pecho, se susurró que tenía que ser fuerte, que debía caminar pausado, como un hombre normal, tenía que guardar apariencias.

—Duerme bien, pequeña... —murmuró.

—No estoy dormida —comentó, para que supiera que se lo había pillado siendo cariñoso, en respuesta él sonrió—. Debería sonreír más.

—Genial, porque ya estamos llegando y, usted, para ser tan pequeña está pasada que kilos.

—¡Qué bueno! Pues, usted apesta a perro mojado.

—Es oferta limitada —contrató al insulto de ella. El silencio los invadió por unos cuantos segundos—. ¿Qué quiso decir? —Miró sus ojos y calló, pero no pudo hacerlo por mucho tiempo—. Olvídelo.

—A diferencia de usted, no me gusta dejar a las personas con miles de interrogantes.

—Quisiera usted que fuesen miles, pero es solo una. ¿Qué quiso decir con que moriría si no corría?

Ella pensó un segundo si debía contarle o no, pero algo en su interior la impulsó a hacerlo

—Mi hermano, Jackson, de niño era como un pequeño brujo, tenía sueños raros, sueños donde alguien me raptaba y siempre terminaba... Usted, ya sabe, muerta. Así que me decía, que siempre que estuviera sola y me sintiera en peligro, debía correr, no importaba el lugar, debía alejarme del peligro, me decía que la luna llena era peligrosa para mí... —Por segunda vez, el cuerpo de Anderson se paralizó, pero se obligó a sí mismo a continuar—. Papá se enojó y lo envió a un internado y, cuando tuvo la edad suficiente para salir de ahí, lo metió de cabeza en el mundo de los negocios... Perdí a mi hermano.

Sentía la necesidad de nombrar a Jackson, de sentirlo junto a ella.

—¿Lo extraña? —No sabía de dónde había salido la pregunta.

—Mucho, extraño al niño introvertido que era, pero él se dejó envolver por papá, esa fue una de las razones por la cual me rebelé cuando conocí a...

—Se quedó callada porque no quería nombrar al traidor de Alec.

—Lamento haberme comportado como lo hice, señorita Wilson —expresó con voz suave, percibiendo cómo la tristeza teñía su voz.

Gabriella no esperaba una disculpa, no de ese hombre que había sido tan antipático.

—Fue mi culpa, debí entender que usted quería pasar tiempo con su amigo —comentó, tratando de disculparse por su actitud un tanto infantil.

Él respiró profundamente y no respondió. Gabriella tomó su silencio como un final para la conversación que estaban teniendo, suspiró fuertemente viendo a lo lejos el humo que salía de la chimenea de la cabaña.

Anderson entró a su casa con la mirada perdida, mientras apretaba el cuerpo que llevaba entre sus brazos, subió las escaleras de manera mecánica, hasta llegar a la habitación que él había destinado para ella.

Ethan entró detrás de él, llevando una taza de chocolate caliente para Gabriella que, aunque ya había recobrado el color en sus mejillas y no temblaba, sabía que lo necesitaría.

—Ethan, quiero que traigas un cuenco con agua y vendas —dijo depositando a Gabriella en la cama. Se acuclilló para mirar su tobillo—. ¿Sabes si Víctor regresó? —preguntó sin ver a su empleado.

—El señor Pávlov aún no regresa, señor, pero está por llegar. —Anderson asintió, entendiendo el mensaje.

Víctor estaba cerca, Ethan podía escuchar sus pensamientos.

Gabriella miró a los dos hombres que parecían tener una comunicación interna, era algo casi telepático o quizá ya estaba desvariando.

—Trae lo que te pedí, y cuando Víctor llegue, dile que necesito de sus servicios, creo que la señorita Wilson tiene un esguince en el tobillo. Pero solo Víctor puede darnos un diagnóstico.

—Sí señor —dijo Ethan y salió diligente de la habitación.

Anderson retiró el calcetín del pie de Gabriella, percatándose de que lo tenía bastante hinchado, ella soltó un leve quejido ante el toque delicado de él.

—Lo siento —dijo entre dientes. Estar cerca de ella estaba derrumbando su autocontrol, había dejado de respirar mientras la traía en brazos, pero no podía estar tanto tiempo sin hacerlo.

Sintió la presencia de Ethan, a través de sus pensamientos casi le suplicó porque se diera prisa; su fiel amigo sintió su desesperación y aceleró el paso, por lo que en poco tiempo llegó con el cuenco y las vendas.

—Aquí tiene, señor —dijo colocando las cosas al lado de Anderson—. El doctor Pávlov, deberá estar aquí en cinco minutos.

Anderson lo escuchó perfectamente, por lo que tomó el cuenco y depositó suavemente el pie de Gabriella dentro, lavándolo con suavidad, pensaba que más que una torcedura podría ser esguince, necesitaba a Víctor desesperadamente.

Le dolía su dolor, él sentía cada cosa que ella sintiese, su tristeza, su emoción.

¡Maldito don del demonio!

Secó el pie con cuidado y lo colocó sobre su pierna.

«Te necesito, Víctor»

«Voy en camino, hermano»

—Gracias, señor Anderson —dijo ella suavemente.

—No tienes que darselas, Ella... digo, Gabriella.

—Nunca me habían llamado así, soy Gabs para algunos amigos y Gabriella para papá. —Pasó la mano por su cabello, alejándolo de su frente.

Anderson le sostuvo el brazo encima de su cabeza.

—Tienes un corte. —Repasó con la punta del dedo la herida y, ella se estremeció, siseando ante el calor que la embargó.

—Fue con el árbol mientras me escondía. —Ella miró su brazo—. Es solo una raspadura, nada de cuidado...

Anderson verificó la herida, Ethan le pasó un desinfectante, ¿cómo lo había conseguido? Era algo que no le interesaba porque en el momento todos y cada uno de sus sentidos estaban en el hombre frente a ella, había pasado de hostil, patán y mal hablado a tierno y reconfortante.

El interior de Anderson se removía, mientras ella lo miraba de manera fija, deseaba que la cosas entre los dos fuesen distintas, si él no supiera lo que iba a ocurrir, podría cortejar a Gabriella, enamorarla para que se quedara junto a él y así acabar con la tortura de su alma.

Él solo quería besarla, quería amarla, protegerla, que estuvieran juntos de una maldita vez y por todas, llevaba cien años añorando sus besos, tres vidas soportando que su olor le doliese en lo más profundo de su pecho.

La primera vez, no se permitieron los besos, pero él era feliz solo por verla, aunque fuese a lo lejos.

El día que se conocieron, fue el día que el cruel destino la había quitado de su mano; la segunda oportunidad, estuvieron más cerca porque le robó un beso en el jardín de su casa, la época y la moral no permitía siquiera que él se acercara más de lo acordado por la sociedad, pero nuevamente su esencia, que era lo que los conectaba, lo tenía atado a ella; el tercer tiempo, fue un poco más sencillo, los besos eran furtivos pero siempre se las ingeniaba para que sus labios rozaran cualquier parte de su piel. Cien años atrás casi creyó morir.

Ella era receptiva, era hielo derritiéndose en el fuego de su pasión desmedida, y cuando pensó, que todo cambiaría, él se la llevó, dejándolo solo y herido tanto física como emocionalmente.

Terminó de vendar su pie y se apartó de ella, antes de cometer la locura

que todo su cuerpo le pedía que realizara.

# CAPÍTULO

## 8

Paul estaba famélico, siempre había sido así con respecto a ella. Él la había visto primero, por eso ella le pertenecía, pero había llegado Anderson a arruinarlo todo, ¡siempre Anderson!

Tenía tres días sin ir a casa, tres días en que su vida se había vuelto mucho más maldita de lo que siempre fue, tres días de estar nuevamente en el infierno.

Era ella, su maldito y adictivo olor, ese que agitaba su pecho y lo hacía sentir en brasas, lo dominaba la desesperación por tenerla junto a él y las ganas por alejarla de Anderson crecían minuto a minuto, si tan solo ella lo hubiese escogido alguna vez.

Era suya, Gabriella le pertenecía, se había resignado a no volver a verla, por esa razón, él estaba casado con Ania y eso hacía todo más complicado.

Cuando vio a Ella con Ania, una electricidad dolorosa recorrió su cuerpo, el hambre por su pareja se había incrementado con solo sentir el poderoso y sexual aroma de su amada.

Gabriella olía tan bien, su olor era más fuerte, más enervante; esta vez, ella no se le escurriría como agua entre los dedos, de eso estaba seguro.

Se dejó caer en la silla de su casa, inhalando el aroma a pastel de nutella que Ania preparaba en la cocina. Cerró los ojos y le pareció escuchar las recriminaciones de su padre, volver a esa infancia, cuando Diane y Benjamín Scott, dejaron a cargo de su padre al cerebritito de su hijo y desde ahí empezara su tortura, Anderson siempre era el referente...Siempre se quedaba con las mejores cosas.

Esta vez haría lo necesario para que Ella no escogiera a Anderson y, si lo hacía. Si lo escogía por encima de él, entonces una vez más su destino sería el mismo que las anteriores.

Se sentía molesto por el simple hecho de que Anderson ya la conociera, se levantó y caminó hacia su nueva pareja.

Ania no olía tan bien como Gabriella, ni siquiera cuando horneaba, pero



era perfecta para su fachada de hombre de bien. Llegó detrás de ella y la abrazó por la cintura, mientras sus ojos negros como el carbón, la observaban, tan deliciosa, tan exquisita que la boca le salivaba en exceso.

La cocina completa tenía el aroma a chocolate y eso combinado con el deseo que Gabriella había despertado en él, estaba haciendo estragos en su interior, sentía su miembro duro dentro de sus *jeans*, con una fricción incómoda y malditamente cegadora.

Sus manos acariciaron los costados de su mujer, haciéndola gemir, pero en su mente era Gabriella quien gimoteaba, era su piel la que tocaba. Por primera vez, en más de cuatrocientos años, el deseo por la mujer que había elegido para convivir, se intensificó, giró el cuerpo de Ania rápidamente y levantó sus faldas para hundirse en su cuerpo.

No pudo conformarse solo con un encuentro en la cocina, por lo que apenas su mujer recobró el aliento, se la llevó en brazos a la habitación, ahí volvió a desahogar sus inagotables pretensiones sexuales, ya medianamente saciado, se acostó a su lado con el pecho agitado, observándola hasta que ella se quedó dormida.

Ania era una buena chica, se casó con ella, después de haber asesinado a su prometido en una noche de luna llena, cuando el pobre humano pensó que podría darle caza. Nadie, en todos los años de su vida maldita lo había alcanzado, ni siquiera Anderson.

Él era rápido y, tenía a la naturaleza de su lado, su don lo había hecho invencible. ¿Acaso, podía luchar un controlador de sentimientos contra una persona que puede mover los elementos a su antojo?

La respuesta era sencilla. ¡Imposible!

Nadie podía vencerlo.

Una sola orden suya y las plantas lo obedecían, el cielo conspiraba en contra de su enemigo, absolutamente, nadie era más fuerte que él.

Estaba con las manos debajo de la cabeza y la mirada al techo cuando inevitablemente sus pensamientos volvieron a ser invadidos por Gabriella y Anderson, el solo nombre del que una vez había sido su "amigo" lo enervaba; el bastardo, no solo lo había dejado maldito, sino que pensaba quitarle a su hembra y, eso no iba a permitirlo nunca, prefería verla muerta antes que sentir su olor a perro en ella

Su intención era seguirla, luego de que ella salió de la pastelería, ese iba a ser el momento preciso para evitar que se encontrara con Anderson. La vio caminar hasta su coche y estaba listo para ir tras ella, cuando la doctora Cole

lo detuvo.

—Necesito que lleves a Ania a consulta —dijo la doctora en modo de reproche.

—Doctora Cole. —La atendió, mientras veía cómo el coche de Gabriella se perdía en una calle.

—Nada de lo que digas justifica tu irresponsabilidad, Paul. Debieron ir hace una semana. Sé que Ania piensa que todo está bien, pero hay que controlar al bebé, crece muy rápido para su estado de gestación.

Paul miró a la mujer, resignándose, sabía que ella no lo dejaría en paz hasta que no concordaran una cita. Si por lo menos, el hijo de Ania fuese suyo, pero ellos no podían procrear, hacerlo era condenar a un niño a una vida vacía y oscura. Genéticamente, sería otro animal más, él no podía hacer que un hijo suyo llevase esa vida de mierda. Era un maldito, pero no era tan cruel como para hacerle eso a un niño.

Suspiró fuertemente, dispuesto a hablar con la doctora, supuso que podría ver a Gabriella otro día.

Escuchó cuando le dijo a Ania que se quedaría unos días donde su abuela, solo tenía que averiguar dónde vivía la señora y luego asegurarse de que el maldito no se acercara a ella.

Lo que no sabía era, que una vez más, había llegado a él. Tener la certeza lo llenó de ira, fue a casa de Anderson buscando una pelea, pero Ethan, el idiota de su hermano, había estado leyendo sus pensamientos todo el tiempo y mantuvo a Anderson calmado.

Se alejó lo suficiente de la casa para no ser detectado, los incesantes copos de nieve caían sobre su cuerpo trasmutado, pero no sentía frío, observó a la luna y no aulló.

Ella, la luna maldita la que lo condenaba a ser un monstruo, la luna no significaba nada para él, desde la primera vez que Ella y Anderson habían cruzado miradas; la aborrecía, porque en el misterio de la noche, ellos se habían reconocido, en medio de la oscuridad ella había dejado de verle con ojos de niña coqueta, para obsesionarse con él, ese que decía ser su mejor amigo.

Paul, el hombre de ojos y cabello negros, odiaba la luna tanto como odiaba a Anderson.

«Maldita luna, estúpida e inútil luna, me recuerdas al sarnoso desgraciado.» —Pensaba Paul, con la mirada al techo y sumido en sus recuerdos.

Retrocedió un poco y se sentó sobre sus patas traseras, vigilando, mientras que Anderson estaba batallando, quería que ella se mantuviera lejos, pero una parte en su interior quería reclamarla y, para ello, debía matarlo.

La noche dio paso al día, vio al amigo de Anderson llegar en un coche y, minutos después, ella salió enojada de la casa. Esa era su oportunidad, así que la siguió, sigilosamente, mientras escuchaba el melódico latir de su corazón, necesitaba proclamarla como suya, el animal estaba ganándole la batalla al hombre, hacía años había dejado de obedecer a la luna, había dominado su transmutación, podía hacerlo cuando deseara, podía sentir cómo su interior estaba en conflicto, al final, la bestia luchó y venció.

Paul dejó de pelear por mantener su humanidad, sin su Ella, no deseaba ser nada, solo un animal sanguinario y desesperado.

Con un grito agónico se transmutó a la luz del día y fue por su presa.

Sus ojos se tornaron entre amarillos y marrones, en una mezcla de temor y deseo. No pensó, el animal de su interior actuó abalanzándose contra ella, mientras la veía correr, caerse y quejarse por el dolor, Ella hipaba, quedamente, escondida en un tronco hueco, olfateó aspirando el aroma que su nena dejaba en el aire, y el hombre que aún habitaba en Paul, luchaba por tomar el control sobre la bestia, de pronto, empezó a sentir algo diferente.

Sintió su miedo.

Él no quería su miedo, él quería su amor, quería sentir lo que había sentido aquella vez hacía cuatrocientos años, la inocente y coqueta manera de su andar, su mirada esperanzada y la forma en cómo su cuerpo reaccionaba cuando él estaba cerca.

Un rugido nació y murió en su interior, su aroma se descomponía... ¿Por qué ella le temía?

Retrocedió dos pasos, internándose en el bosque, pero vigilándola con cautela. Necesitaba tomarla, marcarla de una vez, pero también necesitaba protegerla; sin embargo, su autocontrol estaba destrozado. Cerró los ojos buscando la fuerza necesaria para tomar control de sí mismo.

Entonces, lo escuchó.

Solo fueron unos minutos mientras su cuerpo se adaptaba, nuevamente, a su forma humana, buscó con qué cubrirse y salió al claro, fue en ese momento cuando lo vio.

«Maldito sea» —aulló en su interior—. «Siempre tienes que aparecer a joder mi vida»

Apretó los puños y gimió de frustración al ver cómo ella se acurrucaba en

el pecho de su peor enemigo, él no había querido asustarla, solo quería protegerla, pero al parecer, cada vez que lo hacía, la arrojaba a los brazos de él.

Ania se movió a su lado, sacándolo de sus recuerdos, resopló escuchando los latidos del corazón del bebé que crecía en su vientre y, de nuevo, maldijo su vida, su existencia y, a Anderson por amar a la misma mujer que él.

# CAPÍTULO

## 9

Gabriella sonrió al ver a Anderson en el umbral de la puerta, había transcurrido una semana desde su intento de huida y, esa pequeña aventura, que había acabado con un tobillo inflamado y un resfriado, la mantuvo en cama tres días seguidos. Él le dio una sonrisa brillante antes de colocar un pie dentro de la habitación.

—No deberías estar tan cerca de la ventana. —Miró cómo los copos de nieve caían lentamente a través del cristal—. Aún no estás del todo recuperada.

—Me siento mucho mejor. —Tosió y él retuvo el impulso de alzarla en brazos, llevarla de vuelta a la cama y echarle encima tres colchas gruesas. Había sufrido cada segundo mientras Gabriella tuvo fiebre, a pesar de parecerle una reverenda inmadurez de su parte, no había permitido que Víctor le ayudara con su don.

Desde que la había tomado en brazos una semana atrás, se sentía posesivo y, no le gustaba la sensación. Sentía que esta vez moriría junto a ella si la perdía, por lo que, se había dedicado él mismo a vigilarla, como si fuese un halcón acechando a su presa. Ella tosió de nuevo y, el sentimiento de culpa lo embargó por completo.

—Tu tos me dice todo lo contrario. —Sonrió a medio lado, provocando que un amago de sonrisa se instalara en el rostro de ella—. Deberías volver a la cama... —aconsejó haciendo un ademán hacia el lecho.

Gabriella suspiró, sabía que él tenía razón, así que llevó su cuerpo, envuelto en un pijama extragrande, a la cama. Hacía una semana, no podía ver a ese hombre ni en pintura, y ahora, se sentaban a hablar como si fuesen viejos amigos.

—¿En qué piensas? —preguntó cuando la mirada de ella se perdió en la ventana.

—Cuando era niña, odiaba esta casa... Amaba a mi abuela, pero odiaba que estuviera tan lejos de todo. Un día, salí a explorar y me perdí, Jackson me

encontró, después casi pesqué una pulmonía.

—Esta vez, por poco, pescas otra casi pulmonía —refutó él con molestia, sentándose en la parte baja de la cama.

—Tú estabas portándote horrible...

—Lo sé y lo siento. —Se disculpó y ella sonrió.

Realmente, la había cuidado mientras estuvo enferma, recordaba su voz arrullándola en algunas ocasiones y, su rostro, siempre estaba ahí cuando obligaba a sus ojos a permanecer abiertos. En cierta manera, cuando la nebulosa se fue de su cabeza, sintió vergüenza, pero con el pasar de los días, él siempre tenía una excusa para subir a la habitación y charlar con ella, había descubierto que rondaba los treinta y cinco años, era administrador de empresas y manejaba todos sus negocios desde casa. Prefería la soledad de la montaña a las grandes urbes, era asquerosamente rico, pero vivía como un leñador y lucía como uno; a pesar, de la cicatriz...

—Cuéntame algo de ti

—¿Algo de mí? —Fingió pensar—. ¿Qué quieres saber?

Sin duda el tipo de relación que llevaban ahora era más cordial.

—Tu cicatriz...

Por primera vez, en mucho tiempo, Anderson se llevó la mano a su rostro, no había perdido el ojo gracias a Víctor, los licántropos eran capaces de regenerarse en un par de días, sin embargo, era casi imposible evitar secuelas cuando la herida era causada por otro licántropo.

—No te cubras... solo tengo curiosidad, pero si no quieres contármelo, no hay problema.

—Fue hace diez años. —Escuchó la risa de Ethan y maldijo mentalmente a su mejor amigo—. Mientras vivía en Alemania, cerca del bosque de Grunewald.

—Te gustan los lugares con inviernos muy fríos. —Gabriella no pudo evitar interrumpir.

—Amo las montañas. —confesó y su mirada se perdió por el ventanal—. La paz...

—Continúa. —Lo instó con ganas de tocarlo, pero prefirió no hacerlo.

—Salí a cazar y me quedé sin municiones, delante de un oso... El animal me atacó.

—Por qué, si tú no lo estabas amenazando... —dijo ella con ironía y él le mostró una sonrisa ladina.

—Cazar me relaja, había tenido problemas en el trabajo; en fin. El oso

llegó, me atacó y, si no hubiese estado Víctor en casa, a lo mejor hubiese perdido el ojo. —Anderson sabía que era un mal mentiroso, llevaba cien años con esa cicatriz.

Gabriella lo observó con cariño y, su corazón retumbó con fuerza.

Anderson presentía que Ethan tenía razón y, si esta vez se dedicaba a cuidarla hasta el día de la luna llena, si la mantenía bajo su vigilancia, y ese día, la reclamaba como suya, probablemente todo sería diferente. Estaba tan sumido en sus pensamientos que se sorprendió cuando el aroma a chocolate abarcó todos sus sentidos.

—¿Puedo?

Gabriella estaba frente a él con la mano levantada.

Su mente gritaba que no, debía levantarse de la cama y salir de ahí, su corazón por otro lado, le musitaba un sí con cada palpito. El aroma a chocolate lo tenía con los vellos de punta. Aun así, aunque sabía que su cercanía podía llevarlo a un punto de no retorno, se vio asintiendo.

Gabriella llevó su dedo hasta la piel corrugada de la cicatriz que atravesaba su rostro, sintió cómo el cuerpo de Anderson se tensó y su respiración se hizo trabajosa.

Se acercó más a él, sus piernas casi tocándose, mientras repasaba la marca.

Para Anderson fue como llegar al infierno, definitivamente, todos los días sentía que caminaba en círculo en los anillos del purgatorio. Pero cada cien años, cuando Ella lo tocaba, sentía que el fuego en su interior se triplicaba. Esta vez no era diferente, porque el animal en su interior rugía mientras ella lo acariciaba, esta vez quería ponerla bajo su cuerpo y reclamarla de una vez y por todas.

Para Gabriella, la situación no era del todo diferente, sus ojos se centraron en su boca, en la anchura de su torso, en cómo subía y bajaba con cada respiración, la imperiosa necesidad de sentirlo más cerca le estaba quemando el pecho. Abrió la mano, acariciando toda la extensión de su mejilla y, los ojos de Anderson se abrieron.

Estaban negros, brillantes, lujuriosos, el deseo se apoderaba de cada terminación, al ver la forma en la que ella la observaba... Tenía hambre de esa mujer y, por más increíble que pareciera, ella tenía hambre de él.

Gabriella se acercó un poco más, tentando su suerte y; entonces, él se alejó como si una cubeta de agua helada le hubiese caído encima.

—Tengo que irme... —Se levantó de la cama de un inesperado impulso y

salió de la habitación.

Gabriella se quedó sentada con el corazón latiéndole como si una estampida de caballos furiosos estuviese dentro de ella.

En segundos alzó la mirada y vio a Ethan en el umbral de su puerta, quien tocaba en el dintel para hacerse notar.

—¿Puedo pasar? —preguntó con una sonrisa gentil y mostrándole un libro.

—Sí, por supuesto —dijo con la voz ahogada por todas esas emociones contenidas en su pecho.

—Encontré este libro cuando fui al pueblo por los víveres, tan pronto lo vi me gritó su nombre. Espero le guste.

—Gracias, seguro será de mi agrado. —Apenas sonrió para mostrarse agradecida, aunque todavía sentía la presencia de Anderson en el lugar.

\*\*\*\*\*

Anderson subió al ático que había construido para su casa, siempre se sentía en paz cuando se encontraba entre las sombras, lejos de todo y de todos. Apartado del mundo en el que le había tocado vivir.

Le gustaba estar solo, pero Ethan siempre estaba tras él, merodeando, vigilando cada uno de sus movimientos, como si a cada paso temiera que perdiera la razón. Era su mejor amigo, su hermano, la única persona que estuvo con él en sus peores épocas, el único compañero en siglos solitarios.

Pensó en la mujer que llegó a su vida para ponerla de cabeza, estuvo a punto de besarla, a punto de tomarla, sintió cómo ella bajaba sus defensas ante él, por eso huyó, por eso, hacía más de cuatro horas que estaba encerrado en el pequeño espacio del ático.

Ethan cocinaba abajo lo que sería la cena de la noche.

Podía escuchar a Víctor charlando con Gabriella y, ella reía por esas anécdotas divertidas que él le inventaba.

Se obligó a mantener los celos a raya; en cambio, observó las paredes decoradas con los dibujos hechos a carboncillo y óleo, dibujos que él mismo había realizado en momentos en los que se encontraba desesperado. Cada dibujo lo representaba, cada trazo decía cuán doloroso era vivir en soledad.

Solo tres de esos dibujos estaban exhibidos en el corredor de la segunda planta. En ellos se mostraba a un lobo aullándole a la luna, esa misma luna que arrojaba con su luz plata el cuerpo desnudo de Ella.



Caminó entre sus cosas, hasta que se detuvo frente al gran piano de cola, acarició con parsimonia la tapa, como si fuese una cálida amante, llevaba tanto tiempo sin tocarlo, sin integrarse a la relajante melodía creada por sus dedos, y en ese instante una nota se repitió en su cabeza, junto al esplendoroso rostro perfecto de Ella.

A pesar de tantos años todavía podía sentir su suave piel bajo sus manos, con la misma fuerza de antaño que le erizaba cada poro.

La había conocido en una fiesta de Noche Buena en Londres, la vio justo cuando él brindaba una presentación de Claro de Luna, tenía la atención de todos los presentes puesta en él, pero la de él solo estuvo en ella, en todo momento, en cada instante.

En ese momento le agradeció a Paul, que lo hubiese convencido de ir a aquella elegante celebración, él muy emocionado lo instó de todas las maneras posibles para que lo acompañara porque había conocido la mujer más hermosa que había visto y que olía a dulce.

Creyó que Paul estaba loco.

Una mujer con un olor en especial, solo su mejor amigo pensaría algo como eso, pero fue entonces, cuando el aroma lo tocó, esa mujer que lo tenía cautivado poseía un exquisito aroma a chocolate.

Antes de que pudiera terminar su pieza, ella desapareció, la buscó entre los espectadores que lo miraban embelesados con copas en manos, esperando a que él terminara, y jamás tuvo esa necesidad de parar la melodía; tuvo que continuar hasta terminar, a pesar de que le pidieron un poco más, él se negó con amabilidad y se excusó diciendo que necesitaba un poco de aire fresco.

Agudizó su sentido del olfato, tratando de hallarla, lo siguió. Eso le hacía recordar cuando de niño, el aroma a pastel de chocolate recién horneado llegaba a su habitación, entonces él corría a la cocina para robarse un trozo para Ethan y otro para él.

Siguió ese aroma que revolucionaba sus sentidos, cada vez se hacía más intenso, hasta que vio a la poseedora de su olor favorito. en un balcón de espaldas a él y de cara a la luna.

—¿Le molesta si la acompaño, *madame*? —No podía respirar, ahora que la tenía en frente, el chocolate inundaba sus sentidos. Observó a la chica rubia de ojos verdes y mirada angelical, ella era simplemente hermosa.

—No, no me molesta, mi *Lord* —expresó en voz baja—. Es hermosa ¿no? —susurró después de casi un minuto de silencio—. La luna, es tan mágica y tan misteriosa —hablaba con la mirada puesta en aquel círculo inmenso y

plateado.

Anderson observó a la que era su aliada. Estaba en lo más alto del cielo y lo incitaba a perderse en Hyde Park.

En otra oportunidad, él lo hubiese hecho, ahora solo quería quedarse cerca de su hermosa chica con olor a chocolate.

—Sí, tiene razón... —susurró de acuerdo con ella, aunque en realidad, esa mujer le parecía más hermosa que cualquier cosa sobre la tierra. De pronto, Paul irrumpió en sus pensamientos, al llamarle telepáticamente. No quería irse, pero tenía que hacerlo, hizo una reverencia ante ella para presentarse—. Anderson Scott, mi *Lady* —extendió su mano hasta tocar los enguantados dedos de la mujer, una deliciosa descarga recorrió su cuerpo lentamente y suspiró extasiado mientras observaba los orbes verdes como las esmeraldas.

—Manuella Sinclair —susurró con voz queda cuando él depositó un beso en su mano—. Mis amigos me llaman, Ella.

Paul refunfuñó más fuerte y él se vio obligado a desprenderse de la fragancia que embotaba sus sentidos. Paul lo esperaba frente al gran piano de cola, color marfil, que estaba en el salón principal, donde minutos antes había estado brindando su presentación.

—No he visto a la dueña de mis fantasías —murmuró viendo cómo Anderson se quitaba los guantes y preparaba sus dedos para volver a tocar—. Me dijo que estaría aquí, es tan hermosa Ander, tiene el cabello rubio y los ojos más hermosos que he visto en mi vida.

—Señor Anderson. —El gobernador se acercó a él—. Es un placer que quiera usted, deleitarnos con su talento.

—Con todo gusto, señor. —Anderson sonrió—. Si me permite. —Hizo un ademán hacia el banco del piano, el gobernador, solo asintió.

Se sentó, inhaló profundo y empezó a acariciar las teclas con la fuerza exacta para que el sonido se expandiera por el salón. La melodía era suave, hermosa y profunda, trataba de que Ella sintiese lo que esos pocos minutos juntos habían provocado en él, la vio salir de entre la multitud, como casi embrujada por la preciosa melodía; entonces, él inspiró fuertemente, sintiéndose envuelto por ese aroma tan peculiar.

Anderson volvió al presente, quiso dejar atrás esos recuerdos que tanto dolor le causaban, pero como si fuera el más grande de los masoquistas, levantó la tapa del piano, dejando que sus dedos tocaran una que otra tecla.

No había vuelto a tocar desde aquella noche en que Manuella murió y antes de que pudieran sellar su primer beso. Esa maldita noche no solo perdió al amor de su vida, sino que también, su mejor amigo lo repudió. Paul jamás le perdonó que pusiera los ojos en la misma mujer que él.

La cicatriz en su rostro marcaba un antes y un después en la vida de Anderson Scott.

Caminó hasta el caballete que sostenía un lienzo cubierto, quitó la tela suavemente y suspiró con dolor.

—Isabella... —murmuró, al recordar su largo cabello oscuro como la noche, sus ojos azules como dos témpanos de hielo, fríos pero hermosos y magníficos, con su apariencia de una exótica vampiresa rumana, que conoció durante un recorrido del místico castillo de Bran, en su época en que estaba obsesionado por averiguar si todas esas especies donde los mitos los encerraban, también existían, pero hasta ahora solo tenía seguridad de su existencia y de ningún vampiro.

Ella no fue más que esa guía que lo llevó por todos los rincones del castillo, contándole con gran apasionamiento cada destalle que la mitología había formado en torno a ese lugar; sin embargo, él estuvo concentrado solo en ella.

Acarició con delicadeza el contorno del rostro en la pintura, que a diferencia de su primera Ella, Isabella poseía una belleza más allá de lo mortal, lo cautivó de manera lenta con su ternura e inteligencia.

Dejó caer la manta escondiendo a Isabella de sus memorias y, su mirada, se instaló en el viejo y gastado estuche de violín que tenía en el rincón de la habitación, el cual había pertenecido a Anabella.

Ella que, con su música suave, su olor a chocolate y sus miradas cruzadas cuando se conocieron en Brasil, en pleno Carnaval de Río.

Esa latina de piel morena y ojos exóticos, que lo había llevado al cielo y al infierno bajo el sensual movimiento de sus caderas; sus besos eran fuego; sus movimientos en la pista de baile lo hacían perder la cabeza, ese tiempo en que aquella tigresa de piel bronceada, hizo de él un hombre feliz y completo.

Podía cerrar los ojos y recordar sus cuerpos aprisionados en una de las estrechas calles de Río, mientras la música los envolvía, inhalar cómo su aroma achocolatado se mezclaba con su sudor y el magnífico aroma del deseo, había sido su mejor experiencia.

Abrió los ojos respirando fuertemente; de todas sus Ella, Anabella había sido la más sensual, nadie podía entrever la ardiente mujer que se escondía

detrás de las notas del violín. Ella era su musa y su alumna favorita, ella le enseñó a desprenderse de su pasado y aceptar el presente como llegara. Pero murió justo el día en que iban a consumir su relación.

—¿Se puede saber qué haces aquí escondido? —preguntó Víctor, entrando al ático.

—No estoy escondido... —murmuró alejándose de la escultura.

—No, yo diría que sí, además, de asustado como un maldito chihuahua. —Se burló su amigo—. Pero te recuerdo que somos lobos.

—Cállate, Víctor. —Caminó hasta uno de los estantes y sacó un estuche, que llevó con él hasta la mesa.

—Es hora de cenar y, la comida que Ethan preparó, huele tan bien como tu palomilla.

Anderson gruñó ante ese comentario, lanzando una amenaza silenciosa, aun cuando sabía, que Víctor era leal y no intentaría nada con Gabriella.

—Relájate, no me interesa tu chica. —Y era cierto, Víctor había entregado su corazón hacía mucho tiempo y, lo habían tomado como una pelota de fútbol, haciéndolo vivir como un hombre sin sentimientos amorosos, hacía mucho que no experimentaba las mariposas en el estómago, así que no tenía ni idea por lo que su amigo estaba pasando—. Su pie está mejor... Sabes que me está matando no poder curarla.

—No quiero que la sanes... —Casi exigió su parte humana, porque deseaba protegerla, pero el animal que habitaba en él quería devorarla.

—Eso es precisamente lo que no entiendo.

—Si la sanas, se irá.

—Sí, ¿eso no es lo que quieres?

—Paul está tras ella...Tengo que pensar qué hacer, mientras no te acerques a ella y no hagas tu magia de sanador, todo irá bien.

—¿Qué somos? ¿Personajes de Crepúsculo o de Harry Potter? Me niego a ser Jacob Black, prefiero ser Remus Lupin.

—Eres Dereck Hale<sup>[4]</sup>... —Víctor resopló.

—¿En serio? No puedo ayudarla con ese resfriado de mierda.

—No.

—Eres un aguafiestas... No sabes lo frustrado que me siento hermano, no soporto ver alguien enfermo a mi alrededor y, tú lo sabes, mis manos tiemblan solas. —Fue el turno de Anderson para resoplar—. En vez de estar escondido como mariquita, por qué no vas y hablas con ella. Ethan ha estado husmeando en su cabeza y la pobre tiene muchas preguntas que hacerte.

—No me jodas.

—No soy *gay*, me gustan los coños —refunfuñó el ruso.

—Vete al infierno, Víctor. —Anderson sonrió sardónico.

—Camino en el infierno desde hace un montón de años. —A pesar de la arrogancia en el tono de voz, Anderson pudo entrever que su amigo estaba triste—. Te voy a dar un consejo. —Se paró solemnemente frente a él.

—Vamos, desembucha, se me olvidaba que tu pareja aparece inexplicablemente muerta cada cien años. —Ironizó Anderson

—El sarcasmo te hace sexi. —Víctor guiñó, aunque Anderson parecía querer arrancarle la cabeza—. Por qué no te la llevas lejos de aquí, la encierras en una puta casa y pasan una noche... —Fingió pensar—. Mejor, muchas noches teniendo sexo loco y desenfrenado.

—Víctor. —Anderson negó con la cabeza y sacó el violín de su estuche.

—Anderson. —Víctor tocó el hombro de su amigo, golpeándolo ligeramente—. Escucha mi consejo, no me quejo de la vida que me ha tocado, si algo he amado es poder aullarle a la luna... Pero somos seres melancólicos y tristes, nunca está de más buscar un poco la felicidad al costo de lo que sea.

—¿Y si muere? —La posibilidad de volver a ver a Ella sin vida era aterradora y dolorosa, era como si un cuchillo lo apuñalara lentamente durante siglos.

—Crees que cortejándola no va a hacerlo, si quieres protegerla ¡Hazlo!, pero disfruta, Anderson. Deja ese tonto miedo que tienes y afronta la vida que te tocó, cuídala y sé feliz, siempre dicen que la tercera es la vencida. —dijo muy animado intentando convencer a su amigo, quien solo frunció el ceño—. Sí, lo sé, en tu caso sería la cuarta, yo simplemente digo, que hay que aprovechar cada oportunidad que la vida te ofrece, sea grande o pequeña, no tengo que sentir lo que tú experimentas para saber que te hace infeliz tenerla tan lejos y tan cerca, es ver tu mirada o la de ella hace tres días... Piénsalo, hermano.

Anderson suspiró meditando las palabras de uno de sus mejores amigos, mientras veía cómo Víctor caminaba hacia la ventana que daba al bosque.

—¿Cuántos metros crees que hay desde aquí hasta abajo? —preguntó sonriente.

—No lo sé, ¿por qué? —Anderson se giró justo antes de que su amigo saltara desde la ventana—. Arriesgarse, jugar y tratar de ganarle a la muerte —habló entre dientes, tratando de convencerse que quizá, si se arriesgaba un poco, tal vez tendría algo de dicha en esta vida. Tomó el arco y colocó el

violín en posición, antes de suspirar fuertemente.

# CAPÍTULO

## 10

Llevaba dos horas intentando leer el libro que Ethan le había entregado, una novela erótica, que hablaba de un hombre con un pasado tortuoso que lo había convertido en un ser petulante y controlador. Pero, no podía pasar del cuarto capítulo, su mente volvía al momento exacto en el que casi besa a Anderson, no sabía exactamente qué había pasado, tenía curiosidad por la cicatriz, pero cuando la tocó, la manera en que sus cuerpos reaccionaron ante el contacto, el deseo que recorrió los ojos de él.

Negó con la cabeza, desistió del libro y lo dejó a un lado de la cama, permitiéndose cerrar los ojos unos minutos.

Había algo en Anderson Scott que la atraía, al punto de que había dejado de pensar en Alec y, en la suma de dinero que le había robado. Probablemente, se estaba volviendo loca, hacía unos días, odiaba al hombre y ahora no podía sacárselo de la cabeza.

Respiró profundamente y entonces escuchó una melodía proveniente desde algún lugar de la casa, era triste y profunda, volvió a cerrar los ojos, dejando que la sinfonía la envolviera. Disfrutaba del momento, hasta que no pudo soportarlo más, se levantó con mucho cuidado de la cama y salió de la habitación.

La melodía parecía venir del viejo ático de la casa, recordó que su abuela le prohibía ir allí, decía que el polvo y los recuerdos eran demasiados para soportar el lugar.

Embrujada por las notas musicales, subió despacio las escaleras que conducían al lugar; embriagada por las miles de sensaciones que recorrían su cuerpo caminó lentamente como si una fuerza poderosa la llamase. La puerta estaba abierta y justo en la ventana estaba él.

Su cabello brillaba bajo la tenue luz del crepúsculo, mientras su cuerpo se estremecía dando vida a los acordes de introducción a *Rondo Capriccioso* en «A» menor.

Era una visión casi irreal, Gabriella se sentía transportada a un mundo antiguo, en donde dos amantes luchaban por pertenecerse. De pequeña, amó

los instrumentos musicales, la viola, el violín, el piano y el saxofón.

La música era irreal, tan irreal como Anderson en ese momento. Su cuerpo entero vibró bajo la suave posesión del hombre frente a ella, música, tristeza, debilidad, un corazón roto y apagado, una vida llena de tormentos, todo eso le transmitía la poderosa melodía.

Anderson parecía tocar cada nota con sus dedos, acariciaba la melodía de una manera idílica y extraordinaria; suspiró fuertemente, sintiendo la sinfonía que Anderson tocaba. Cerró sus ojos, dejándose llevar por las sensaciones que él le provocaba, un aullido agónico escapó de los labios del hombre peligroso y fantástico que sostenía el violín, como si fuese su amante, haciéndola abrir los ojos abruptamente, justo antes de que el hombre saltara por la ventana.

Prácticamente corrió, sin importar el dolor en su tobillo, llegó a la ventana justamente para verlo correr hacia el bosque. Inevitablemente se llevó una mano a su corazón, intentando calmarlo, mientras buscaba una razón lógica para lo que acababa de suceder.

Anderson había saltado por la ventana, que estaba a varios metros del suelo, y había aterrizado de pie y sin problemas, definitivamente, algo pasaba con ese hombre, algo que no solo la atraía como un imán, sino que también lo deseaba, lo quería junto a ella, sentía su cuerpo arder por él. Al principio pensó, que solo era atracción, pero ahora era como si llevara mucho tiempo deseando tenerlo, como si se le escapara una y otra vez.

Rastrilló su cabello con su mano, su cabeza estaba llena de miles de preguntas, todas sin respuesta. Pensó que lo mejor era devolverse a su cuarto e intentar llamar a Mía e irse de Canadá, al mismo tiempo algo en su interior le gritaba que no podía marcharse hasta no tener la mente clara, hasta no saber por qué Anderson era un misterio para ella, con esa determinación, se dio la vuelta para salir del viejo ático de su abuelo, pero su respiración se quedó atragantada, cuando su mirada se encontró con el óleo que estaba en la esquina. Definitivamente era ella.

\*\*\*\*\*

Una de las cosas que Víctor más amaba de su vida como licántropo, era poder correr entre la maleza, con el viento en dirección contraria poniéndole resistencia y sentir las ramas bajas de los árboles golpeando su espeso pelaje castaño cenizo.



Todo era casi perfecto.

Era un hombre libre, y estaba en sintonía con esa libertad.

Podía escuchar la voz de Anderson susurrándole o, más bien, regañándolo por haberse ido así, pero no le importaba. Anderson era la única persona a la cual podía llamar amigo. Se habían conocido varias décadas atrás, irónicamente, su amigo sufría por amor, tal cual como lo estaba haciendo en estos momentos.

Amor... ¡Una palabra que traía todo un mundo de complicaciones!

Él había prometido no enamorarse, desde que había descubierto a Rose con su mejor amigo, hacía más de medio siglo.

¡No, señor! El amor para él apestaba.

Víctor Pávlov, había entregado su corazón a una mujer de ojos negros como el azabache y cabello rojo como las llamas del infierno. Había caído muerto de deseo al verla contonear las caderas en el burdel de la señora Adams. Él, tan solo era un señorito de clase alta, educado y poderoso; había accedido a ir a ese lugar de perdición, solo para demostrarle a sus amigos qué tan hombre podía ser, ya que a sus veinte años no había mostrado interés alguno por una mujer... Pero ¡Cristo! Solo fue verla andar, el meneo de sus caderas al ritmo de una canción, para que su corazón, su alma, y su deseo le pertenecieran a Rose.

Ella era una mujer más del salón de *Burlesque*, la niña más bonita de la señora Adams, la maldita mujer, que le enseñó los placeres del cielo, condenándolo a las dolorosas flamas del infierno y de un perpetuo deseo.

Rose.

Una puta más en aquel burdel.

Pero para Víctor, era la mujer de su vida, la dueña de su corazón.

Negó con la cabeza ante cualquier pensamiento con respecto a ella, mientras seguía su carrera.

Parecía que algo había sucedido, y ahora, Anderson también corría por el bosque. Se había transmutado, por lo que él intuía, que al final su amigo, no podía aún con su dilema de sus tantas "Ellas".

Víctor pensó que quizá jamás lo haría.

—¿Estás bien? —preguntó mentalmente.

—Necesito pensar qué hacer con mi vida —respondió Anderson de igual forma.

Víctor no volvió a hablarle, sabía que, en esos momentos, Anderson necesitaba seguir a su corazón.

Sonrió de manera irónica y algo nostálgica ante este pensamiento, él mismo había destruido su corazón un mes después de su matrimonio con Rose.

Poco le importó que sus padres repudiaran su boda, en ese entonces, él era un hombre y quería a su mujer, una mujer que lo instruía en las bondades del sexo loco y salvaje; en una época en que lo consideraban inmoral.

«Ese día había salido temprano de clases. Pasó por una floristería y rebuscó entre sus bolsillos. Su mujer amaba las rosas blancas. Había un ramo realmente hermoso en exhibición, sacó los billetes que le quedaban, debía buscar un trabajo o estarían en graves problemas, la despensa se estaba acabando y él no quería que su florecita pasara necesidades. Sonrió al dueño del lugar, mientras pagaba el ramo, silbó su canción favorita mientras caminaba a casa. Estaba preparado para todo, menos para encontrar a su esposa en la cama junto con Félix, su mejor amigo.

Gritó lleno de dolor, ira y decepción.

Se internó en el bosque con el alma destrozada y el corazón latiendo en brasas.

Él lo había dejado todo por ella... ella que, al final, había sido lo que su padre tanto le había restregado.

«Hijo —le advirtió—. Árbol que crece torcido, su rama jamás endereza» —Escuchó de manera atronadora aquella sentencia terrible de su viejo.

Pero él solo se empeñó en defenderla, porque estaba enceguecido de amor. Le dijo que: Rose ya no era una mujer libertina.

¡Pero qué tonto había sido!

Corrió sin importar la lluvia, las ramas golpeaban su rostro de niño pequeño, corrió hasta llegar a la parte más profunda del bosque y, se detuvo cuando un intrépido animal atacó, marcándolo de por vida y condenándolo a una eternidad oscura y sin redención.

Ese día, la vida de Víctor Pávlov, se partió en dos, ese día endureció su corazón y su manera de pensar; después, el chico de cabellos castaños, que había soñado con la falsa idea del amor, aulló a la luna llena, su más grande pesar.»

Víctor Pávlov nunca entregaría el corazón nuevamente, ninguna mujer sería merecedora de ello.

«El amor apesta»

Se repetía una y otra vez, una y otra vez; sin embargo, debajo de las capas de odio que Víctor fingía tener, su corazón aún retumbaba por aquella ingrata mujer.

\*\*\*\*\*

Gabriella había divagado en el gran ático, sin saber por cuántas horas, descubrió todas las pinturas que había en el lugar y no podía dar crédito a lo que veía.

Era ella... Cada mujer, en cada cuadro, tenía sus facciones, el contorno de su rostro seguía siendo el mismo a pesar del cambio de color en sus ojos, piel o cabello. ¡Era ella! ¡Sin duda! Tocó cada lienzo como si se acariciara a sí misma.

No había una razón lógica para lo que sus ojos observaban; sin embargo, necesitaba aferrarse a algo.

Bajó las escaleras que daban a la segunda planta sin importar el dolor agudo en su pie; luego, dio varios saltos hasta llegar a la biblioteca y caminó hasta el estante de libros, sacó uno tras otro, todos con un denominador en común. Licántropos.

Lobos.

Hombres que trasmutaban a la luz de la luna, hombres que se regían por algo que estaba fuera del alcance de ellos.

La luna.

Negó con su cabeza fuertemente.

Los hombres lobos no existían ¿o sí?

«¡Dios mío! ¿Me estoy volviendo loca, creyendo que algo así ocurre en pleno siglo XXI? Es más... dando espacio a la posibilidad que algún día existió.»

Tomó uno de los libros, el más grueso y pesado, se lo llevó hasta el escritorio caoba que adornaba la estancia.

"Naturaleza de un Licántropo"

Abrió el volumen y comenzó a leer; negándose a creer que seres tan mitológicos como aquellos existieran.

*"Cabe aclarar, que los licántropos no se transforman con la luna llena. Pueden hacerlo cuando quieran, pero sus sentimientos intervienen en su transformación. Aun así, tienen gran control sobre cuando transformarse o no.*

*Su origen es incierto, los mitos y leyendas sobre estas criaturas abundan. Pero, ¿cuál de todas es la más acertada?*

*Los licántropos -dice la leyenda- son personas descendientes de una antigua tribu, tan ancestral, que su nombre se ha perdido con el paso del tiempo. Los licántropos, se han dispersado por todo el mundo, pero como si fuese arte de magia, o quizá, por su naturaleza, siempre se encuentran para convivir en manadas, o en familias. Los licántropos se nacen, pero, aun así, pueden transformar a los humanos... Los hombres lobo pueden reproducirse con otras razas.*

*Tanto cuando están en su forma lobuna, como en su forma humana, poseen una fuerza y agilidad mayor que la de un humano común y corriente. Son veloces e inteligentes a la hora de armar tácticas para la batalla. Cuando se encuentran en su forma lobuna, pueden comunicarse con otros lobos de la manada a través de los pensamientos colectivos. No hay secretos en una manada, lo que hace algo difícil la convivencia, ¿a quién le gusta develar lo que piensa? Nadie, pero ellos deben hacerlo."*<sup>[5]</sup>

Gabriella recostó su espalda al espaldar del sillón, su mente rememoró los sucesos de los últimos días, el enorme lobo negro en el bosque, las salidas nocturnas de Anderson, Ethan y el doctor Pávlov.

Los aullidos a mitad de la noche eran agónicos y tristes; las miradas de los tres hombres de la casa parecían decir tanto. Esa extraña sensación de sentirse observada mientras dormía. Sentía una presencia que le atemorizaba, el miedo de abrir los ojos y encontrarse con algo aterrador, que su olfato reconociera el olor a tierra húmeda y aire fresco, ese mismo aroma que pertenecía a Anderson.

Durante la tarde sintió la presencia de Ethan, que daba vueltas alrededor del segundo piso, sabía que la observaba; sin embargo, no le importaba, estaba demasiado concentrada en el libro que tenía en sus manos. Inevitablemente, la mitóloga del tema le atraía, pero como persona normal, le asustaba.

La luz del crepúsculo se filtró por el ventanal de la biblioteca, Anderson no había vuelto, pero podía escuchar la voz del doctor Pávlov en el piso inferior de la casa, ese hombre era aún más extraño que Anderson.

Escuchó pasos en las escaleras, justo antes de ver la imponente figura de Víctor. Estaba ataviado con una camiseta gris, sin mangas, que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel, miró sus brazos cubiertos de un fino y abundante bello rubio, igual a Anderson.

Víctor le dedicó una brillante sonrisa sexi, al tiempo que se acercaba a ella, luego, levantó su pie lesionado de la silla en donde lo descansaba, quitó la venda con mucho cuidado y revisó su tobillo, acariciando su piel con la punta de sus dedos. Eso le transmitía un poco de calor a lugares en donde sus dedos tocaban.

—Anderson va a matarme —murmuró levemente, mientras seguía palpando su pie—. Pero sabe que odio no hacer bien mi trabajo.

Gabriella no sabía si hablaba para ella o para él mismo.

—¿Disculpa? —murmuró arqueando una ceja hacia el doctor Pávlov, él sonrió mirándola a los ojos y luego se levantó de la silla.

—Quiero que te levantes y afirmes el pie —dijo moviendo sus cejas y dando un leve vistazo al libro.

Ethan le había dicho que había sentido a Gabriella en el ático y, que cuando él había estado ahí, todos los cuadros de Anderson estaban descubiertos. Había intentado comunicarse con Anderson, pero estaba cerrado para cualquier pensamiento telepático. Víctor mismo, lo había intentado, confirmando las palabras de Ethan.

Gabriella se levantó de la silla, puso su pie contra el suelo, dolía, pero no era tan fuerte como hacía un par de minutos. Miró a Víctor, incrédula, y este volvió a sonreír.

—Trata de saltar —sugirió él con un casi gracioso ademán. Gabriella pensó que estaba loco, no era la primera vez que ella sufría un esguince, y pasarían algunos días más, antes de que pudiese caminar—. Solo hazlo —murmuró seriamente. Gabriella lo obedeció aún con recelo, se impulsó un poco y se dejó caer sobre su pie lastimado, pero nada sucedió—. Ahora más fuerte —La instó él—. Confía en mí.

Gabriella volvió a impulsarse y sorprendentemente el dolor se había ido.

—¿Co... —Tosió— Cómo? —Logró decir antes de darle un ataque de tos.

Víctor abrió la palma de su mano.

—¿Puedo? —murmuró acercándose a ella, quien afirmó con un movimiento de su cabeza. Víctor dio dos pasos más y dejó que su palma tocara el pecho de Gabriella, una especie de llama ardiente se instaló en su piel, segundos antes de que él se apartara—. Ahora inhala.

Ella lo hizo y Víctor le regaló una sonrisa de triunfo.

—Pero... —tartamudeó al ver que podía respirar mejor—. Cómo es posible...

—Hay muchas cosas que se escapan a los ojos humanos, Gabriella —dijo Víctor con voz tranquila—. Si achicas la vista, agudizas tus sentidos y escuchas tu corazón, encontrarás la verdad y lo que significa que tu nombre termine en “Ella” para Anderson.

—Tú... —Lo miró confundida—. ¿Me estás dando a entender algo? ¿Debo entender lo que me estás diciendo?

Víctor sonrió, quizá el amor no estaba hecho para él, pero Anderson, su amigo, sufría por esa mujer.

—Estás leyendo un libro bastante interesante, él te dará muchas respuestas —comentó sonriendo con disimulo—. Lo que no entiendas, deberás preguntárselo directamente al implicado. —Giró su cuerpo y abandonó el lugar, justo cuando Ethan entraba con la bandeja de la comida.

Ambos hombres se miraron fijamente a los ojos y se dedicaron algunas palabras a través de sus pensamientos.

Gabriella tenía la cabeza llena de interrogantes. Las palabras de Víctor la habían perturbado.

Comió la ligera cena que Ethan le había llevado y volvió a sumergirse en la lectura, hasta que horas después, Ethan entró para avisarle que debía salir junto con el doctor Pávlov y que Anderson todavía no volvía a casa.

# CAPÍTULO

## 11

Anderson había estado todo el día en el bosque que colindaba con la vieja casa de Ella Wilson. Necesitaba aclarar sus pensamientos, estuvo a punto de besar a Gabriella y, sabía que, si lo hacía, no habría retorno, se entregaría, pero iba a vivir con el miedo que sería apartarla de su lado.

Víctor tenía razón, había estado escondiéndose como un maldito perro asustado, él era un lobo, uno de linaje noble, pero lobo al fin.

Había percibido el aroma de Paul, aunque se encontrara fuera de los límites de la propiedad. Agotado, como se sentía, dejó que su cuerpo peludo por la transformación descansara echado sobre sus patas traseras.

Desde su lugar podía observar el balcón de la biblioteca, sabía que Gabriella estaba ahí, que llevaba gran parte del día indagando sobre él, lo había visto saltar desde la ventana del ático. No estaba del todo sorprendido porque una parte de su retorcida mente quería que lo viera.

Suspiró sonoramente, debatiéndose en la corriente de sus pensamientos; por un lado, no quería que Gabriella se enterara de quien era él en realidad; había visto y sufrido los gestos de terror en Isabella y Anabella, justo antes de su muerte, la muerte de Manuella había sido la primera, la que desencadenó toda la tortura que parecía seguirlo cada cien años.

Manuella, su pequeña prodigio.

Escuchar el "concierto Emperador" de Beethoven, tocado por sus prodigiosas manos, era el sueño de cada artista o amante del piano.

Cuando el padre de Manuella lo escuchó tocar en aquella fiesta quedó bastante maravillado, tanto que antes de que pudiera marcharse, se acercó a él y le propuso darle clases particulares a su niña.

Buscó a la mujer afanosamente sin poder verla, ella estaba ahí, el aroma a chocolate fundía sus sentidos, agudizó su vista hasta dar con el traje amarillo suave, que llevaba puesto esa chica, que en solo unos minutos había vuelto su vida de cabeza.

No estaba sola, Paul estaba junto a ella, el gesto en el rostro de uno de sus mejores amigos lo decía todo, la chica de olor a dulce y avellana era la

misma, cuyo aroma a chocolate lo tenía como el animal que era.

No dijo nada, solo enfocó su vista en cada uno de los actos de Paul y la señorita Sinclair; él parecía entusiasmado, ella se veía como si hubiese perdido algo.

Tomó uno de los vasos con brandy que llevaba el mesero y, justo cuando iba a llevarlo a su boca, sus ojos se encontraron con una sonrisa pícaro que adornó el rostro de ella, al tiempo que él le sonrió seductor y le hizo un gesto de brindis, por supuesto, a la salud de la hermosa mujer que tenía enfrente. Ella le guiñó un ojo, en un ataque de fina coquetería, sin prestarle atención de lo que fuera que Paul le dijera.

A partir de ese momento, Anderson se convirtió en instructor de piano de la hija mayor del matrimonio Sinclair.

Día tras día, veía a su amigo salir con una y otra mujer, se perdía por noches enteras entre las casas de citas de la ciudad. En cambio, él no sentía el mínimo deseo por salir.

No podía estar con otra mujer porque su dulce señorita Sinclair, estaba en su cabeza y pecho todo el tiempo, sabía que ceder a sus pasiones primitivas de hombre, lo haría sentirse un traidor, aunque todavía no pasara nada, su anhelo era un latido constante y por eso respetaba a su hermosa jovencita.

Contrariamente de Paul, que todas las noches tenía una mujer distinta calentando su cama, eso fue lo que le hizo darse cuenta de que lo que sentía por Manuella, no era más que simple capricho.

La realidad lo golpeó cuando enfrentó sus sentimientos y reconoció su amor hacia *Lady* Sinclair, dándose cuenta de que era totalmente correspondido. Entre miradas pícaras, caricias inocentes y casuales, encontró la fuerza necesaria para presentarse ante el señor Sinclair y pedir formalmente la mano de la que quería para que fuera su mujer.

Esa noche estaba tan radiante, por la aceptación de su futuro suegro, que mandó Ethan a que organizara una pequeña fiesta. Aunque, Paul llevaba días fuera de casa y le habían dicho que se había estado paseando totalmente ebrio de un bar a otro.

De los tres, Paul era el que menos tomaba, debido a su condición de poder controlar los elementos; eso, le daba una fuerza inigualable. Sin embargo, en las últimas semanas pasaba sus días pegado en alguna botella y sus noches dentro del cuerpo de cualquier mujer.

La noche cuando el compromiso entre Anderson y Manuella fue anunciado. La amistad que había tenido con Paul desde su más tierna infancia,



se rompió, dejando cicatrices profundas en su vida. Anderson llevaba en su rostro la marca de la traición y Paul llevaba en su alma la marca del odio y el resentimiento.

Luego, cuando la herida por la muerte de Manuella empezaba a cicatrizar, conoció a Isabella, era dulce, tierna y joven. Los sentimientos de Anderson empezaron a expandirse más y más por ella, si algo tenía claro, era, que lo primordial para un licántropo, era amar incondicional y perdidamente, pero solo una vez.

La noche en la que iba a casarse con Isabella, un oso atacó el coche en donde se trasladaban sus padres y ella, un animal con pelaje negro y oscuro, con ojos inyectados en sangre, según lo había descrito el cochero.

Todos muertos, sus suegros y su amor.

La brisa fría golpeó su rostro, haciéndolo regresar al presente, sintiendo cómo su corazón se encogía ante el recuerdo de su amor.

Miró a su inquebrantable luna y aulló, aulló como hacía cuatrocientos años no aullaba, aulló por el dolor que le producía haber perdido al primer amor.

«Ojalá todo hubiese sido diferente... ojalá mi vida fuera distinta. Yo hubiese sido mortal por ti, bebé...»

\*\*\*\*\*

Gabriella escuchó un aullido desde alguna parte del bosque, siempre había pensado que esos sonidos más que algún llamado parecía un lamento, se imaginaba a un solitario lobo reclamándole a la luna que se mostraba majestuosa en lo alto del firmamento.

Había terminado de leer el libro hacía más de media hora.

Pasaba de la medianoche, pero el sueño parecía haberse esfumado, por lo que se asomó a la ventana de la biblioteca, observando a través del cristal, el mágico paisaje blanco que resplandecía por la luz de la luna.

Odiaba estar sola y era como la habían dejado sus anfitriones. Si tan solo pudiese largarse de ese lugar e ir a algún bar en el pueblo. Pero no tenía auto, solo esperaba que fuese cierto que el mecánico pronto lo tendría listo.

Después de todo, ya esa no era la casa de su abuela y no tenía nada que hacer ahí, aunque una parte de su ser no quería marcharse.

Algo en su interior le decía que le faltaban muchas cosas por hacer. La

pregunta era: ¿Qué?

Se alejó de la ventana y apagó las luces de la habitación. Su pie, en realidad ya no dolía, lo que era genial, porque se le hacía mucho más fácil desplazarse sin la cojera.

Llegó a su habitación, se cambió sus *jeans* deslavados por la ropa de deporte que Ethan le había entregado cuando llegó a la casa. El olor a bosque de Anderson se había esfumado hacía ya varios días y ella tenía mucha ropa para dormir, pero ilógicamente le gustaba dormir con ellas, se sentó en la cama pegando su espalda al cabecero y se peinó el cabello con las manos.

Su mente era un revoltijo de preguntas, preguntas que parecían absurdas. Las palabras de Víctor taladraban en su cabeza y, las pocas cosas que había podido captar del libro, la hacían sentir más confundida.

Tomó su computadora portátil, la encendió e inmediatamente *Googleó*:  
**Licantropía.**

No podía sacarse el tema de la cabeza y, aunque, pareciera ilógico, todos los sucesos la hacían pensar que no estaba tan mal ubicada.

Encontró un artículo en *Wikipedia* que le hizo enfocarse nuevamente y leer en voz alta.

*Se puede reconocer a un licántropo cuando está en su forma humana de muchas maneras:*

*"Al igual que todos los cánidos, sus oídos son muy sensibles a los sonidos agudos" "Pueden mover de forma voluntaria o involuntaria sus orejas" "En cuanto a la personalidad, son muy reservados, algunos no sociables, con ego grande"*

*"Demasiado emocionales"*

«Víctor es arrogante, Ethan reservado y Anderson no muy sociable» —  
Caviló analizando lo anteriormente leído.

*"Sus ojos son siempre café oscuro, grises o verde esmeralda, en algunos casos poseen ojos cambiantes de color, según su estado de ánimo"*

«Se había dado cuenta de que los ojos de Anderson cambiaban según su estado de ánimo.»

*"Poseen un desarrollo muscular sorprendente, cuando se proponen*

*cambiar algo de su cuerpo lo hacen con una rapidez impresionante"*

«La masa muscular de esos tres hombres no era normal... No del todo.»

*"Generalmente poseen piel morena o blanca pálida"*

«Victor y Anderson eran de piel translúcida, Ethan era de piel morena.»

*"Sus ojos tienen algo que cautiva y atrae o bien puede causar un temor profundo e inexplicable".*

Su garganta se secó y su corazón se oprimió mientras continuaba leyendo.

*"Tienen cambios de estado bruscos, esto le sucede inconscientemente"*

«Anderson había pasado de tranquilo a iracundo en cuestión de segundos.»

*"Son muy veloces con fuerza indescriptible"*

«Había corrido rápidamente en dirección al bosque.»

*"Poseen gran cantidad de vello corporal y facial, siendo considerados que entre más vello posea en su forma humana más fuerte será en su forma animal"*

«Los brazos de Anderson, Ethan y Víctor eran excesivamente velludos.»

*"Son celosos, protectores y, puede inclusive, matar si se le hace daño a quienes aman"*

Gabriella se pasó las manos por los cabellos sintiéndose todavía más confundida, luego alejó el computador de sus piernas.

—Esto es una locura. —Metió su cabeza entre sus piernas—. Anderson, Víctor y Ethan no pueden ser licántropos, los licántropos son mitos, estamos en pleno siglo veintiuno... —Se susurraba. Negó con la cabeza sonriendo, después retomó la laptop y abrió su red social.

El Facebook de Alec tenía una publicación reciente. Estaba en Hawái, con un sol poniente y una rubia con piernas kilométricas. De pie de página, había una frase que decía. “Ahora tú eres mi para siempre”

Milagrosamente su pecho no se contrajo ni su corazón se oprimió, esperó unos minutos para ver si la ira y el dolor hacían lo suyo, pero nada pasó.

Por lo menos, el abogado que había contratado, cuando se dio cuenta de que estaba en la ruina, había sido sincero al decirle que no había nada que hacer.

Ella no aparecía en ninguno de los papeles que Alec tenía sobre su negocio. Inspiró profundamente y escribió las palabras: "intenta no engañarla".

Sin embargo, antes de enviar el comentario, lo eliminó y, bloqueó a su ex, no quería saber nada de Alec Le Blanc.

Leyó los ocho mil mensajes de Mía, pero no contestó ninguno, apagó la laptop y la lámpara. Decidiendo que era mejor descansar y olvidarse por unas horas de lobos, lunas llenas y demás tonterías.

\*\*\*\*\*

Podía sentir la presencia, estaba allí, muy cerca de ella, trató de relajarse y seguir durmiendo, pero escuchaba una respiración mucho más rápida que la suya. El olor a bosque y tierra húmeda se coló por sus fosas nasales; entonces, decidió ser valiente y poner fin al estúpido juego del gato y el ratón; abrió sus ojos levemente, solo para encontrarse con la figura pétrea y musculosa de alguien cerca de la ventana, no tenía que verlo bien, para saber que era él.

—Anderson —murmuró con voz ahogada, la figura se movió rápidamente. "Son muy veloces con fuerza indescriptible." Recordó lo leído apenas unas horas. Él abrió la ventana dispuesto a saltar haciendo que una corriente de aire helado hiciera que se estremeciera, pero no se permitió quedarse sin hacer nada, así que, agarró de la mesita de noche su teléfono e iluminó la pantalla, poniéndola hacia Anderson—. Sé que eres tú... Enfrentame —murmuró con dientes apretados—. Intuyo lo que eres, confía en mí.

# CAPÍTULO

## 12

Anderson se mantuvo vigilante; aunque, el aroma a chocolate lo estaba enloqueciendo. Echado sobre sus patas traseras, miraba fijamente la habitación en la que dormía Gabriella, hacía más de una hora que ella había apagado todas las luces, así que, supuso que estaría dormida.

Cerró sus ojos por unos segundos y permitió que el olor a chocolate inundase sus sentidos.

El viento revolvió su pelaje, alzó la vista observando la luna cubierta por grandes nubarrones negros. Respiró fuertemente, intentando captar el olor de Paul cerca, pero no había nada, se levantó de la nieve que amortiguaba su peso y corrió hacia el bosque, internándose en la maleza por varias horas.

Inevitablemente, el deseo de ir a verla lo estaba acabando, era tan intenso que estaba seguro de que vencería su autocontrol, aunque corrió, aulló y luchó contra su instinto, nada lo detuvo hasta llegar a la habitación de su dulce adicción.

Ver a Gabriella Wilson tendida en su cama, se había convertido en una obsesión para él, observar su respirar acompasado, la forma en cómo su pecho subía y bajaba, lo mantenían en un frenesí que controlaba con mucho esfuerzo. Estaba desesperado por tocarla.

Manuella.

Isabella.

Anabella.

Gabriella.

Una mujer, su mujer, la que volvía a él, la que buscaba la manera de encontrarlo, no quería resistirse más, estaba muriendo lentamente, cada vez que se alejaba de ella, las palabras de Víctor taladraban su cabeza: ¿Arriesgarse a perderla? ¿A amarla de nuevo...? ¿Amarla de nuevo?... ¿Acaso, la he dejado de amar?

Ella era su sol en el frío invierno que lo acechaba.

Le recordaba lo imperfecto que solía ser, ella era su talón de Aquiles, su punto débil, lo que hacía que cada día de su existencia fuese una eternidad terrible sin ella.

Su fragancia era como un perfume dulce, con solo mirarlo ya se había adueñado de su corazón. No importaba si sus ojos eran verdes, azules o avellanas, como eran en ese momento, era esa mirada de niña inocente, coqueta y traviesa que tanto amaba y añoraba, que tanto deseaba volver a poseer.

Le era tan difícil dejarla sola porque su piel le ardía, gritaba de dolor por el simple roce de sus dedos, el fuego que lo consumía minuto a minuto, todo era tan real y tan efímero, todo tan injusto.

¿Cómo explicarle que eran el uno del otro?

Que ella era su complemento.

¿Cómo hacerle entender a su corazón el peligro que corría su pequeña?

Ardía por ella como un fuego que no se logra consumir, porque no importaba cuántos siglos pasaran, ella volvía a él, se disipaba en él. Era una completa estupidez sufrir por algo que seguiría pasando, él la deseaba como mujer, como hembra, como compañera, ellos eran uno solo.

Estaba tan sumido entre sus propias cavilaciones, que no la vio moverse, no sintió su aroma corporal exaltarse y, cuando reaccionó era demasiado tarde. La débil luz iluminaba su rostro aún con vestigios de la transmutación, sus orejas no habían desaparecido por completo, su nariz no tenía su forma original.

—¿Anderson? —murmuró ella con voz ahogada, abrió la ventana dispuesto a saltar, sin pensar en ese momento en el frío que ella pudiese sentir—. Sé que eres tú... Enfrentame —murmuró con dientes apretados—. Intuyo lo que eres, confía en mí.

Por un segundo su corazón se detuvo y maldijo entre dientes.

—No sabes lo que dices —gruñó él, con voz ronca y distorsionada, vio cómo la mano de Gabriella se acercaba a la lámpara más cercana—. No hagas eso... —Su voz, aunque más suave seguía siendo gruesa y enfadada—. No enciendas la luz, Ella.

—Solo si prometes que no te irás, que me explicarás muchas cosas —dijo, tratando de que su voz se mantuviese firme.

—Entraste a mi ático, hurgaste entre mis libros. —Sonrió burlón—. El que mucho busca, puede encontrar cosas que quizá no sean de su agrado.

—¿Soy yo? —Gabriella preguntó con voz tímida y ansiosa—. Todas esas chicas...

—Sí... No, quizá... —Trató de explicar, pero era realmente complicado que su historia tuviese un poquito de lógica. Ella se levantó de la cama,

acercándose a él—. Un paso más y me iré —sentenció rudamente.

—Déjame tocarte. —Gracias a los rayos de la luna que se colaban en la habitación pudo ver su cuerpo cubierto por una capa excesiva de pelos. No pudo evitar su curiosidad y estiró la mano, porque deseaba saber cómo se sentía.

—No lo hagas por favor. —Su voz fue agónica—. No rebases mis límites. Ella. —levantó la pierna y apoyo el pie en el marco de la ventana con toda la intención de saltar.

—No te vayas... —suplicó en voz baja—. Por favor, quédate, dame una razón de por qué tu presencia me afecta. —Apretó sus manos en puños, mirándolo en la penumbra de la habitación—. ¿Por qué siento que tú y yo nos conocemos desde antes? ¿Por qué siento que mi lugar es a tu lado?

«Porque todo se repite de nuevo. —Pensó él mirando el tormento en los ojos de ella—. Todo... el amor, la necesidad ¡todo! Vuelvo al mismo lugar de siempre... a amarte y perderte»

—Ella. —El nombre pronunciado por sus labios fue un susurro agónico y electrizante. Gabriella sintió cómo cada terminación nerviosa de su cuerpo se activaba al escuchar el cariño en esas cuatro letras. Nadie, nunca la había llamado así y ahora que lo había escuchado de los labios de ese hombre, quería seguir escuchándolo—. Déjame ir —suplicó—. Por favor...

—¡No! —Su respuesta fue tajante—. Necesitas hacerme entender...

Anderson quería golpear alguna cosa, la sensación de impotencia era abrumadora.

—¿Cómo demonios quieres que te explique algo que no sé de dónde proviene?! Es química, atracción, es...

La respiración de ella se hizo errática y el chocolate inundó los sentidos de la bestia, esa aún habitaba en su interior.

«Quiero correr y no puedo... huir para no tocarte.» —caviló sus intenciones.

—Chocolate —murmuró—, dulce manjar de los dioses. —Su mandíbula se apretó—. ¡Déjame ir, Gabriella!

—¡Te necesito!... Es eso, es necesidad, me quemo, Anderson, me quemo como si estuviese en una cámara ardiente, no es deseo, es... —Su pecho subía y bajaba rápidamente—. Es... Eres tú —murmuró—. ¡Por todos los cielos! ¿Dime qué está sucediendo? Víctor dijo que tú me darías las repuestas.

El cuerpo de Anderson se contrajo salvajemente, su mujer lo necesitaba, su hembra lo deseaba casi con la misma intensidad que él, esto iba más allá de

la pasión desmedida, era algo inexplicable que solo sucedía una vez por licántropo, ella era y sería por siempre su pareja de vida.

Derrotado suspiró fuertemente, entregándose a las maravillas de su diosa reinante: la luna, su luna que sería más brillante y más hermosa a partir del momento en que Gabriella lo aceptara como pareja. Anderson aulló sin importarle revelar aún más su verdadero ser, aulló porque nada lo hacía más feliz que las palabras de su pequeño manjar, aulló como el animal herido que reconstruía sus heridas luego de una batalla. Mientras, sentía el latir desenfrenado del corazón de Gabriella retumbar en sus oídos y el dulce olor de su aroma filtrarse por su nariz.

La transmutación, el paso de hombre a lobo era dolorosa, pero dolía aún más forzar su naturaleza a esconderse en su interior.

Las cartas estaban sobre la mesa y solo Gabriella tenía la que continuaba el juego. Su nariz volvió a su forma original, sus puntiagudas orejas se recogieron hasta tener el tamaño ideal, sus garras volvieron a ser sus dedos largos y esbeltos, todo pasó bajo la atenta mirada estupefacta de la mujer frente a él.

Anderson se giró, mirando a Gabriella con ojos tristes y melancólicos, de todas sus mujeres, ella era la única que había visto cómo se transmutaba, miraba los ojos de la mujer que aún parecía no entender lo que acababa de suceder.

—¿Eres un licántropo? —formuló Gabriella—. ¿Un hombre lobo? —Su corazón bombeaba tan fuerte como si una estampida de animales salvajes corriese desbocado en su interior.

—¿Me temes? —preguntó él con temor, acercando su mano a ella, quien retrocedió dos pasos.

Todos los miedos de Anderson se unieron en uno solo, ella le temía, le temía tanto como Manuella, no tuvo que ver sus ojos para darse cuenta de que había cometido un error, se giró hacia la ventana y saltó, perdiéndose en el bosque entre aullidos de dolor.



# CAPÍTULO

## 13

Por un segundo, el mundo dejó de girar para Gabriella, pensó que su mente le estaba jugando una mala pasada, que la estafa de Alec, sumado con las muchas cosas que le habían pasado en esos últimos días, le había soltado un tornillo, como decía Mía. Sus ojos vagaron hasta enfocarse en la ventana, aún sin poder creer lo que había ocurrido.

Anderson era un hombre lobo, y no lo había imaginado, ella lo había visto, fue testigo de cómo su cuerpo se tensionó minutos antes de saltar por la ventana. Escuchó el aullido agónico desde el bosque y se regañó a sí misma por estúpida.

Volvió a su cama, pero el sueño era esquivo, no pasó mucho para que se lamentara y volviera al único lugar donde creía que iba a encontrar respuestas, la biblioteca de Anderson.

Pasó una semana antes de que Víctor volviera a casa, había intentado sacarle información a Ethan sobre lo que eran, pero el fiel amigo de Anderson, solo le daba una sonrisa ladeada y lobuna. Por lo que se recluyó en la biblioteca de la casona, entre libros sobre mitología y licantropía, intentaba buscar respuestas a todas las interrogantes que tenía, aunque, algo le decía que solo había una persona que podría responder todas sus incógnitas, una persona que había saltado desde su ventana una semana atrás.

Se peinó el cabello con las manos y resopló frustrada. Quería saberlo todo y, los libros solo le provocaban más preguntas que respuestas, cerró el libro que había estado leyendo y miró por la ventana a la espesura de la noche, había niebla y frío, apagó las luces y se fue a la cama, definitivamente necesitaba descansar.

Despertó al sentirse nuevamente observada, abrió los ojos, pero su habitación estaba vacía, se quedó mirando al techo, pero escuchó uno de los escalones de la escalera crujir, entonces se levantó con rapidez, salió de la habitación y llegó hasta la escalera, los escalones estaban sucios con una

mezcla de agua, nieve y lodo. Siguió el rastro hasta la puerta entreabierta del estudio de Anderson. Respiró profundamente y entró a la habitación.

Anderson estaba de espaldas, sus manos fuertemente agarradas al barandal del balcón. Solo vestía unos *jeans* de talle bajo completamente sucios.

Él sintió la presencia de Gabriella, pero no se giró, en cambio, preparó su cuerpo para huir una vez más.

—No lo hagas... —susurró ella con voz baja y abrazándose a sí para refugiarse de la corriente de frío que se colaba por las puertas abiertas del balcón—. No te vayas.

—Gabriella.

—Sé que parecí asustada, pero tienes que entenderme, era mucho por digerir, yo... —Colocó la mano en su espalda—. Lo siento, lo siento tanto.

Anderson sintió cómo su piel cosquilleaba, ahí, donde ella lo tocaba, se giró con pasos vacilantes, hasta quedar frente a esa mujer de hermosos ojos avellanas.

—Por años, he estado tras de ti... siempre tras de ti, necesito saber si yo te doy miedo. —Sus dedos tocaron su mejilla con suavidad y, Gabriella suspiró temblorosamente, tenía en frente a un hombre, cuya presencia intimidaba, pero cuyas palabras provocaba profunda nostalgia.

Gabriella calló. ¿Qué si le tenía miedo? Claro que sí, no todos los días se encuentra a un hombre lobo viviendo en casa de su abuela.

—Gabriella...

—Intenta entenderme... Intenta... —suplicó ella. Él se giró dispuesto a irse—. Sí, sí, sí tengo miedo Anderson, tengo mucho miedo. Pero por más estúpido, loco e ilógico que parezca, algo en mi interior, me dice que no quieres hacerme daño.

—Voy a lastimarte... —gruñó él, y Gabriella pasó saliva por su garganta, obligando a su cuerpo a no temblar ante la presencia intimidante frente a ella.

—No quiero temerte. —Se acercó a él con todo su cuerpo temblando como una gelatina—. Quiero saber todo de ti.

—Estás temblando. —Su afirmación fue dura.

—Solo entiéndeme. —Se acercó un poco más—. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—Correría en otra dirección.

—Anderson. —Por fin se acercó lo suficiente como para dejarse tocar, pero retiró la mano rápidamente—. ¡Estás ardiendo!

Anderson le dio una sonrisa burlona y caminó alrededor de ella sin tocarla.

—Mi temperatura corporal es más elevada por las noches... —explicó, acercándose el bar y tomó una de las botellas. —¿Por qué no corres si me temes?

—No lo sé. Mi razón me grita que lo haga, pero mis pies me mantienen aquí, delante de ti...

—Es tu curiosidad la que no deja que te muevas de aquí.

—Quizá. —Su voz titubeo —quizá deje de temerte si me cuentas qué fue lo que sucedió. ¿Cómo sucedió?

Anderson sonrió, una sonrisa triste y melancólica, se alejó de ella, pasando sus dedos entre su cabello negro.

—Si te lo cuento, huirás...

—No lo haré, tenme fe...—Tragó fuerte, buscando las palabras exactas para que él se abriera—. Siento que necesito entender lo que está pasando a mi alrededor, esta ilógica atracción que parece unirme a ti. —confesó, alejándose de él.

Anderson negó con la cabeza, y bebió de la botella que tenía en la mano.

—Entonces siéntate, porque es una larga historia. —Le pidió. Gabriella se sentó en la silla de cuero tras su escritorio—. Hace muchos años, salí de caza con dos amigos. Mi padre, era el mejor cazando, siempre atrapaba al venado más ágil, ninguna presa se le escapaba, y yo quería ser como él —murmuró girándose hacia Gabriella, quien lo miraba con atención—. Tenía diecinueve años y quería que mi padre se sintiera orgulloso de mí, así que, convencí a Ethan, y... —Su rostro se contrajo como si recordase algo—. A Paul de ir a cazar conmigo. Llevábamos varias horas esperando la presa perfecta, pero no llegaba, hasta que lo vi, era un macho, perseguimos al ciervo hasta internarnos en el bosque, cuando quise hallar la salida simplemente no la encontré.

—Anderson...

—Shss... Fue mi culpa, ¡yo quería a ese animal!, tenía hermosos y grandes cuernos, eso era símbolo de fuerza y belleza, si lo cazaba, sería un triunfo para mí, así que yo lo seguí y mis amigos me siguieron a mí, Paul se resistió, pero...

—¿Paul...? ¿Paul el esposo de Ania? —preguntó con temor, y Anderson asintió—. Dios... ¿Qué sucedió? —Gabriella miró a Anderson a los ojos. El gris plata, volvía a ser parte de sus ojos tristes.

—La noche cayó rápidamente, era luna llena, teníamos frío y hambre, saqué del bolsillo de mis pantalones una barra de chocolate y se las di a mis compañeros. Sabía que me estarían buscando, Paul insistió en quedarse en un lugar y no movernos, pero yo no podía quedarme quieto, seguí caminando, necesitaba encontrar; al menos, un lugar para pasar la noche. —Su rostro decayó mientras su cuerpo quedaba completamente en tensión—. Encontré una cueva y, con ello, encontré nuestra maldición.

—¿Tu maldición?

Anderson tomó un poco más de alcohol —Un hombre lobo. Un ser de la luna.

Gabriella se llevó las manos a la boca, sus pensamientos eran confusos y contradictorios. —¿Cómo salieron del bosque?

—Dos días después, la gente que trabajaba en la finca nos encontró, malheridos e inconscientes... Paul era el que peor estaba, tenía una herida en el abdomen. Ethan tenía arañazos y yo. —Miró su brazo, la cicatriz cubierta por un tatuaje—. Pero nada de eso importaba, porque cada noche, mis sueños revelaban lo que había sucedido en esa cueva, la noche en que condené a mis únicos dos amigos ... Por mi culpa, ellos llevan esta maldición a costas...

—Yo... —Gabriella no sabía qué decir—. ¿Ania sabe de...?

—Ania está en una especie de trance, ella solo ve las cosas buenas de Paul, él la tiene completamente a su merced —confesó y un jadeo escapó de los labios de Gabriella—. Ethan la protege, como ha hecho con todas las mujeres que Paul ha tomado a través de los años.

Por minutos, la habitación quedó en silencio, Gabriella se llevó las manos al cabello peinándolo hacia atrás, era mucho por digerir. Hasta hacía unas horas, pensó que se estaba volviendo loca, pero ahora, todo eso era demasiado.

—Dime algo Gabriella... —pidió Anderson y ella alzó la mirada. Pero no dijo nada—. Por favor... Estoy muriendo aquí.

—¿Te transformas con la luna llena? —Anderson volvió a sonreír tristemente, estaba recostado contra la mesa del bar, había acabado la botella, pero estaba tan lúcido como cuando empezaron a hablar, la luz de la luna alumbraba tenuemente su cuerpo.

—Me transformo cada vez que la luna hace su aparición. —Miró a su luna bonita desde su posición—. Ella rige sobre mi cuerpo... —murmuró con desgano.

—Cuándo... —La voz de Gabriella salía temblorosa por lo que se obligó

a tomar aire para continuar—. ¿Cuándo te diste cuenta de que eras un hombre lobo?

—Licántropo —explicó, ella lo miró sin entender—. No soy un animal, Ella... mi cuerpo se transforma, pero sigo siendo yo. —Le dio una sonrisa lobuna, la primera radiante que le había visto desde que ella había llegado a ese lugar—. Cuando la siguiente luna llena se fue acercando, empezaron los síntomas.

—¿Fue muy duro? —Gabriella se levantó de la silla y empezó a caminar hacia él—. El cambio... ¿te dolió? —Preguntó y vio cómo él también iba a su encuentro.

Anderson fingió no ver el momento en el que el cuerpo de Gabriella se tensó. En cierto modo, la entendía.

—En las noches, el calor era insoportable... Era como si te quemaras en brasas, me quedaba hasta altas horas de la noche afuera, recibiendo el frío inclemente, muchas de esas, Ethan se quedaba conmigo y; dos días después, Paul empezó a acompañarnos, la primera luna llena fue un infierno —hablaba sumido en sus memorias. Gabriella miró hacia el bosque, había empezado a nevar nuevamente; a medida que pasaba el tiempo, parecía empeorar—. Estábamos fuera de mi casa en Glasgow, cuando Paul empezó a cambiar, sus orejas se hicieron puntiagudas mientras la nariz de Ethan empezó a alargarse, luego mis manos se llenaron de pelo, no recuerdo nada más, solo que cuando el sol despuntó, yo amanecí en el bosque desnudo y envuelto en sangre...

Tantos años; aun así, Anderson seguía sintiendo el miedo y el terror de verse la primera vez transformado, de ver sobre su cuerpo la sangre... de sentirse un animal.

Los ojos de Gabriella se abrieron ante la declaración.

—No asesiné a nadie Gabriella... o bueno, sí, un venado y un par de conejos; desde ese momento, las noches se convirtieron en un infierno.

—Anderson. —La mano Gabriella tocó su brazo.

Él acababa de confesarle una de las cosas más inverosímiles que ella había escuchado en su vida, quizá, la más irreal, sin embargo, una confesión venida desde el mito, que, en la boca de Anderson, se volvió una verdad irrefutable.

Acarició con sus dedos el contorno de su cuero cabelludo y se aclaró la garganta antes de hablar.

—Es extraordinario lo que te ha sucedido...

Anderson se apartó de ella y caminó hacia la ventana, dándole la espalda,

no pudo evitar sonreír cruel y sarcásticamente.

—¿Extraordinario? ¡Esto es una maldición!!

—Una que has sabido sobrellevar... No eres peligroso, tu mirada...

—No me conoces, Gabriella... —interrumpió.

—Puedes llamarme Ella —solicitó, porque sabía que a él le gustaba llamarla así, no pudo contener su rubor—. Me gusta cómo lo dices, es especial para ti... Me hace sentirme especial. —Miró sus pies y nuevamente el silencio incómodo se sumió en la habitación—. Lo que quiero decir, Anderson, es que es asombroso lo que eres. —Levantó su rostro de manera tímida y batió sus pestañas debido a los nervios.

—Solo los días de luna llena dejo de ser yo, ese día el animal en mi interior toma control de mí. Me pierdo en el bosque intentando no herir a nadie... —Se giró para mirarla otra vez—. Pero ahora tú estás aquí y, no quiero hacerte daño. —Se volvió de nuevo y miró la luna a través de la ventana—. No quiero lastimarte.

Sus hermosos ojos y su precioso rubor lo tenían al borde, no deseaba mirarla porque ella era demasiado tentadora.

Gabriella se enterneció con su vulnerabilidad, eliminó la distancia que los separaba, se plantó frente a él y apoyó la palma de su mano justo sobre su corazón.

—No me lastimarás Anderson, sé que no lo harás, solo puedes lastimarme alejándome de ti, porque ahora que te he encontrado, no sé si pueda dejarte ir.

—Debes alejarte... —susurró él.

Ella se puso en la punta de sus pies y alzó su barbilla, buscando sus ojos en la oscuridad, sus casi dos metros de altura eran intimidantes, pero ella después de la charla y de que Anderson se abriera ante ella y revelara sus secretos, sentía que podía confiar en él.

—No. —Su voz fue fuerte.

—Falta poco menos de quince días para que haya luna llena... Si me descontrolo...

—¡No lo harás! —dijo convencida.

—Lo haré...

—¿Sientes esto Anderson? Esta energía que parece envolvernos.

—Sí...

—Entonces dime si puedes soportar estar lejos de mí. —Bajo la camisa de Gabriella, Anderson pudo sentir el latir desesperado de su corazón—.

Porque yo... —Afirmó su mano en el duro y marmoleo pecho de él—. Yo me siento atada a ti, es algo que no tiene explicación porque sencillamente no hay palabras para expresarlo, solo puede sentirse y, ahora que sé que tú lo sientes. —Deslizó su otra mano por su cuello, obligándolo a bajar el rostro—. Sé que es una locura —susurró a pocos centímetros de su boca—. Sé que todo esto me asusta... —Sus alientos se mezclaron—. Pero quiero correr el riesgo.

Y luego lo besó.

Sus labios encajaron como dos piezas de rompecabezas, amoldándose al instante, humedad y fuego, calor y frío. Él llevaba años esperando por su regreso y besar sus cálidos labios, era como estar en el paraíso.

Las manos de Gabriella se anclaron a sus fuertes hombros, mientras Anderson rodeaba su cintura con sus brazos, alzándola en el proceso, para tener más acceso a su boca. El beso que empezó tierno y delicado, cobró intensidad como si de cinco volcanes se tratara, deseaba tanto eso.

Sentir a su pareja de vida tan cerca de él, lo llenaba de una plenitud satisfactoria, la acercó más a su cuerpo y, un débil gemido, brotó de los labios de Gabriella cuando su pequeño cuerpo chocó contra su hombría erguida por el momento de frenesí.

La erección era dolorosa para el cuerpo humano de Anderson, pero tener a su niña bonita devorando sus labios con hambre, lo hacía querer aullar como jamás lo había hecho. El olor a chocolate inundaba cada una de sus células, haciéndolo querer más, sus manos atraparon el níveo trasero de su hembra y devoró su boca con hambre, con el hambre de un lobo por su pareja, con la sangre bombeando; aún más a prisa, por su cuerpo.

Gabriella enredó sus piernas en las caderas del hombre y encajó sus talones en su fuerte trasero, haciéndolo aullar de puro placer.

—Detenme, por favor Ella —gimió él en voz baja—. Por favor, detenme ahora, ha pasado mucho tiempo —murmuró suplicante—. Llevo trescientos años deseando esto... Detenme, por favor... —gimoteó agónico mientras sus manos acariciaban aún más el contorno de sus caderas.

La respiración de la chica era completamente errática, mientras delineaba los brazos velludos por la reciente transmutación, ella no tenía miedo a lo que él era, ella quería saciar lo que sentía por él.

—¿Y si yo no quiero que te detengas? —Subió nuevamente sus manos hasta la parte baja de su cabello, sintiendo a través de sus dedos cómo el vello corporal desaparecía levemente—. No puedo decir que te amo, Anderson. —Podía sentir su miembro duro y trató de serenarse—. Pero hay algo en mí

que... —Acarició su cabello—. Hay algo en mí que me impide separarme de ti y, no lo comprendo, ni quiero entenderlo, solo sentirlo Anderson... Sentirte. —Le dio un beso en el lóbulo de la oreja, haciéndolo sisear—. Quiero estar contigo.

—No hoy —declaró él fuertemente.

—No, no hoy...

—No hasta que pase la luna llena. —La abrazó más a él, sintiendo sus pezones duros pegados contra su pecho—. Solo cuando pueda tener el control de mí mismo.

—¿Cuándo es la próxima luna llena? —murmuró ella con la cabeza apoyada en su hombro.

—Siete días, mi dulce. —Inhaló fuertemente su cabello—. Tienes un aroma realmente embriagador, Gabriella —murmuró—. No sabes lo difícil que ha sido para mí estos días.

—Tú no hueles nada mal —murmuró ella, en tono juguetón. Él separó su rostro mirándola a través de la oscuridad—. Hueles a bosque...

—Y tú a chocolate, Ella... Eres la primera que dice que tengo un olor en particular —murmuró él extrañado—. O al menos, la primera que me lo dice...

—¿Los cuadros?

—Manuella, Isabella y Anabella

—Ella... —dijo ella en un susurro.

—Tú —afirmó él, antes de posar sus labios suavemente sobre los de ella, se besaron sin prisas por varios minutos—. Necesito cambiarme —murmuró él entre risas, cuando su entrepierna dio un pequeño tirón.

Ella rio sonrojándose furiosamente, antes de desenroscar sus piernas de su cintura, haciéndolo sisear de dolor cuando sin querer tropezó con su miembro.

—Lo siento...

—No, no lo sientas... —dijo él con voz burlona.

—No te irás... ¿Verdad? No te irás de la casa, no me dejarás sola esta noche, no después de... —hablaba, pero él colocó uno de sus dedos en sus labios.

—Me quedaré... reúnete conmigo en la biblioteca. —Su voz era suave, melodiosa.

—No. —Sentenció ella—. En mi habitación. —Le regaló una sonrisa coqueta y él asintió antes de alejarse de ella.



Una vez sola, Gabriella caminó hacia el bar, tomó una de las botellas de *whisky* y le dio un generoso trago, todo su cuerpo vibraba como nunca lo había sentido, su piel ardía en deseo. Se llevó la botella a la boca una vez más y respiró profundamente, sintiendo el frío de la noche aplacar su libido, aún tenía mucho que averiguar, muchas dudas en su cabeza, pero sabía que Anderson contestaría a cada una, solo tendría que esperar.

# CAPÍTULO

## 14

Gabriella dio vueltas en la cama por segunda vez antes de levantarse y llevarse las manos a su cabello, miró hacia la ventana, y pequeños copos de nieve caían iluminando la negrura de la noche, suspiró sin saber cómo sentirse o qué hacer, su cabeza era un mundo de preguntas y ninguna era sobre Anderson, o lo que acababa de contarle. Mas bien, era sobre ella. Sobre cómo se sentía ella. ¿Por qué no estaba asustada? ¿Por qué todo le parecía tan natural? ¿Por qué Anderson la atraía como ningún hombre lo había hecho? Sin embargo, no sentía temor, desasosiego o incertidumbre. Se sentía como si fuese la primera vez que pertenecía a un lugar, como si Anderson fuese su presente y futuro.

«Me estoy volviendo loca»

Cerró los ojos y se concentró en todo lo que Anderson le había revelado: Había tres mujeres cuyos nombres terminaban con en: "Ella".

Anderson era un licántropo.

Parpadeó ante el asombroso hecho. ¡Un licántropo en pleno siglo veintiuno! Un hombre rodeado de una fuerza mística, una persona dominada por la luna.

Escuchó el aullido de lobos, que la hizo sonreír tontamente, imaginaba que eran Ethan y Víctor.

—Van a hacerlo toda la noche. —La voz de Anderson fue dulce y aterciopelada—. He bloqueado mis pensamientos.

Giró su rostro para ver a Anderson apoyado en el marco de la puerta, llevaba puesto un pijama gris, tenía el cabello húmedo por la ducha que había tomado, pero el olor a tierra húmeda y bosque seguía allí, como si estuviese impregnado en su piel; admitía que se veía guapo, demasiado guapo para ser real.

«Es irreal...»

Sonrió como adolescente, al verlo acercarse con dos tazas humeantes en sus manos.

—Chocolate —susurró él, sentándose en la cama, mientras ella lo

imitaba. Tomó la taza que él le ofrecía de dulce manera. Afuera ahora nevaba sin tregua, pero estar ahí cerca del calor de Anderson, le daba a su cuerpo calidez y una extraña sensación de hogar. Llevó la taza a su boca con una tímida sonrisa. Anderson, también sonrió y bebió un sorbo de su taza—. Imagino que tienes muchas preguntas para mí —dijo él, minutos después, dejando la taza sobre la mesa de noche y brindándole una mirada amable.

—Varias. —Llevó la taza de nuevo a su boca y suspiró—. Realmente, está muy bueno...

—Lo sé, es la receta personal de Ethan. —Él sonrió—. Contestaré todas tus preguntas. —Levantó su mano, la llevó a la delicada mejilla y limpió chocolate de la esquina de su boca, luego limpió su dedo con la lengua.

Algo en el interior de Gabriella se contrajo, quizá deseo, quizá confusión, respiró profundamente para encontrar la calma antes de hablar. Quería saberlo todo, pero no quería agobiarlo.

—Me dijiste que en la cueva habías encontrado tu maldición. —El brillo en los ojos de Anderson se oscureció—. Si no quieres contarme...

Él negó con la cabeza mientras su rostro se contraía ante los recuerdos.

—Había un lobo en esa cueva —suspiró—. O al menos, eso pensé. Creí que podía matarlo, pero fallé y entonces me atacó. —Se lamentó.

Gabriella se acercó a él y colocó sus manos en sus mejillas.

—Lo siento, no tienes que. —Le brindó una mirada sincera y condescendiente.

—Ella. —Posó su mano sobre la de ella y luego giró su rostro, besando las manos de su mujer—. No tengo muchos recuerdos de esa noche. Solo de haber lastimado a mis amigos cuando me descontrolé, el lobo era fuerte, rápido...

Ella acarició sus mejillas sin importar que su barba le picara las palmas.

—¿Qué tan grave estuviste? —Su voz titubeó.

—Me sacudió como si fuese una hoja en la tormenta. —Miró por la ventana—. Enterró sus colmillos en mi piel y me lanzó contra una de las paredes de la cueva. Paul fue el siguiente, rasgó la piel de su abdomen de un solo zarpazo y, luego, Ethan disparó y yo me desmayé.

—¿Te lastimó el rostro...? —Anderson negó.

—No fue el lobo de la cueva, pequeña, aunque hubiese deseado que fuese así. —Tomó su mano una vez más y llevó sus dedos hasta la cicatriz en el brazo. El contacto piel contra piel hizo que un súbito calor se encendiera en el interior de Gabriella. Anderson, gimió entrecortado, su rostro se desfiguró

como si ella lo estuviese lastimando—. No hagas eso...Por favor

—¿Qué hago? —respondió inocentemente.

El rostro de Anderson se tiñó de un rojo intenso.

—Cuando me tocas... tú, ¿sientes deseo hacia mí? —Fue el turno de Gabriella para sonrojarse—. Es difícil para mí mantenerme cuerdo cuando tu aroma me golpea, es mucho más fuerte cuando piensas cosas indebidas.

—¡Puedes leerme el pensamiento! —chilló ella, sonrojándose aún más.

Él negó.

—No, eso es trabajo de Ethan... pero puedo sentir tus estados de ánimo. —Volvieron a acercarse—. Llevo muchos años controlándome... —Anderson lamió sus labios con alevosía—. Tu boca, tu...

—Quiero besarte... —susurró ella de forma inesperada. Nunca había sido quien diera el primer paso, pero esta vez toda ella le gritaba que lo hiciera.

—¿Qué te detiene? —Su voz se escuchó enronquecida—. No voy a detenerte. —Gabriella se apoyó sobre sus rodillas y llevó sus labios hacia los de él. El aroma a tierra húmeda se intensificó al compás del ritmo suave y delicado. Gabriella se movió hasta quedar sentada sobre sus piernas, sintiendo la erección debajo de sus pantalones del pijama. Sus manos acariciaron su nuca, el beso que empezó suave como si se acariciasen dos pétalos de rosa, subió de intensidad. Gabriella tembló entre los brazos de su amante; de repente, un jadeo necesitado escapó de su pecho, al sentir, cómo el miembro erecto de Anderson se irguió aún más entre la tela.

—Detenme —murmuró él con voz ronca—. O detente tú, ¡maldita sea! —A pesar de sus palabras, su cuerpo le pedía lo contrario, sus caderas se movían en contra de ella, haciéndola sentirse como si estuviese en el paraíso—. Nena...

—No quiero que te detengas... No lo hagas. —Sus manos se enredaban en los cabellos de él, tiraba de las hebras como una forma de desahogo.

—Después de la luna llena... —murmuró agonizante—. Por favor, nena, por favor.

Ella se alejó de él, respirando fuertemente. La erección de Anderson se veía imponente entre los pantalones. Cerró los ojos intentando calmar el latido de su corazón, al abrirlos, Anderson se veía abatido.

«Se ve tan solo... tan inmensamente solo...» —Pensó perdida en su imagen.

Por un minuto, el silencio los absorbió a ambos, hasta que él se levantó de la cama y caminó hacia la puerta.

—No te vayas... —Gabriella gimió ante la idea de quedarse sola y con el deseo en carne viva.

—Lo siento —murmuró él con voz pastosa—. Yo... yo. —Cerró sus puños con fuerza—. Me estoy quemando de deseo por ti. —Su voz seguía ronca, pero era suave, como si quisiera acariciarla con sus palabras—. Tengo que hacerlo, necesito hacerlo, no es fácil para mí estar aquí ahora.

—Juro que no intentaré nada, no te tocaré si no quieres que lo haga.

—Quiero que me toques, quiero que me beses... No hay nada que quiera más en este mundo que hacerte mía... Me quemó por ti, Gabriella.

Ella caminó hacia él, deteniéndose cuando estaba a dos pasos de distancia.

—Llevo más de trescientos años deseando poseerte, Ella.

—Tú nunca... —Su rostro volvió a teñirse de rojo—. Olvídalo.

—Contigo nunca —murmuró él, levantándole la barbilla—. Ella. —La mirada gris y profunda la recorrió de palmo a palmo—. Aunque, tuviste otros nombres y eras diferente físicamente, tu esencia sigue siendo la misma... —Se acercó peligrosamente—. Siempre has sido tú. —Anderson eliminó la distancia entre los dos y bajó el rostro hasta que sus labios estuvieron separados por centímetros; inevitablemente, sus labios volvieron a tocarse suaves y dóciles, un beso tierno que sellaba un pacto de amor inmortal. Anderson besó su boca, su nariz, sus mejillas en un acto de absoluta devoción por su compañera—. Te he amado siempre.

Las lágrimas picaban en los ojos de Gabriella, le asustaba sobremanera, sentir la adoración que él sentía por ella, pero inexplicablemente se sentía igual de atraída que él.

El dolor por los amores pasados, el trago amargo sufrido por Alec, los malos tratos que su padre había tenido hacia ella; todo aquello, perdía sentido cuando la mirada de Anderson, grisácea y penetrante, se fundía con la de ella, en promesas selladas con un amor que había traspasado el tiempo.

\*\*\*\*\*

Tres días habían transcurrido desde que Anderson y Gabriella habían hablado. La luna llena estaba cada vez más cerca y, por leves momentos, Anderson sentía que perdía el control de sí mismo; se abstraía en el violín o el piano, mientras ella lo observaba impotente, por las noches era cuando su naturaleza interna aclamaba por su liberación.

Anderson aullaba a su luna bonita, por la maldición que lo obligaba a alejarse de su dulce Ella. Sus sentidos se agudizaban, la casa era lo más importante ahora, era como un cofre que mantenía oculto el tesoro más preciado para él.

Víctor y Ethan no habían regresado desde la noche de la nevada, en la que los sentimientos de los amantes, habían dominado la situación.

Anderson le explicó a Gabriella que lo habían hecho para darles intimidad. Ethan, estaba cerca vigilando a Ania, debido a que Paul se tornaba mucho más agresivo cuando la luna reina se acercaba. Mientras Víctor, andaba en el bosque o en el pueblo; según él, la única vez que le abrió su mente, el sanador se había divertido mucho a costillas de cómo se habían dado las cosas.

Anderson llegó a casa pasada las cuatro de la madrugada, había dado una carrera por el bosque, y luego, una caza rápida, se había duchado y puesto un pijama; porque anhelaba llegar lo más pronto a Gabriella, deseaba tanto verla dormir, aunque fuera una tortura mantener en su interior al animal salvaje.

Solo que cuando salió del baño, ella estaba en su cama, envuelta en una capucha de una sudadera que le pertenecía, sus ojos estaban cerrados fuertemente, por lo que se percató de que ella no dormía.

Se acercó sigilosamente, aspiró como un adicto el dulce olor de su hembra, antes que ella lo atrajese a su rostro para besarlo profundamente. Se habían besado tanto como habían deseado.

Para Anderson, sentir el aliento de su mujer era maravilloso y exquisito, definitivamente, la amaba. Cuando el beso subía de intensidad él se alejó, veía cómo Gabriella jadeaba intentando controlar el latir de su corazón, entonces, unió sus frentes y dejó un dulce beso en la nariz de ella.

—Dame un segundo —susurró él—. Creo que necesito otra ducha. —  
Sonrió y ella asintió

Gabriella, lo vio desaparecer dentro del baño y soltó un suspiro de pura resignación, nunca el sexo había significado tanto para ella; sin embargo, cada beso compartido con Anderson la hacía querer más de él.

Lo escuchó cuando entró a la casa y de solo imaginar que estaba desnudo en el baño de su habitación, hizo que su cuerpo hormigueara en deseo, estuvo a punto de entrar y decirle que no quería esperar hasta la luna llena, quería que él la convirtiera de una vez por todas en su pareja.

Los últimos días junto a él, habían compartido mucho sobre sus vidas, lo que querían y anhelaban. Anderson, seguía ocultándole algo, lo intuía por la

forma en la que cambiaba la conversación cada vez que ella hablaba de Paul.

Escuchó la ducha y se dejó caer en la cama, ocultándose el rostro con la almohada. ¡¿Qué rayos le estaba sucediendo?!

Anderson salió de la ducha con un pantalón de deporte y sin camiseta, ella fijó su mirada en el duro y bien definido pecho de él, en los músculos que dividían su abdomen y volvió a suspirar, juntando un poco sus piernas.

«Si sigo de esta manera, voy a volverme loca.»

Escuchó un leve rugido.

Era él que la miraba con ojos de lobo en cacería.

Anderson negó con la cabeza.

—No me lo pones fácil, nena —susurró, mientras se secaba el cabello con la toalla y caminaba hasta la cómoda para buscar una camiseta.

—No te la pongas —habló ella, cuando él tomó la prenda negra del cajón—. Déjame verte, Anderson —susurró.

Él tiró la toalla a la cesta y caminó hacia la cama con los pies descalzos y el cabello suelto y alborotado, se detuvo a unos pasos de ella y alzó sus brazos, para recogerse el cabello. Gabriella sintió que su boca se secaba, los músculos en sus manos se tensaban con cada movimiento, la sonrisa pícaro y socarrona en su rostro la incitaba a lanzarse hacia él, el fuego en su interior la consumía de manera lenta, respiró profundamente intentando calmarse un poco, él le dio un guiño y se ató el cabello con la liga que casi siempre tenía en una de sus muñecas.

—Solo faltan cuatro días, pequeña. —Tomó sus manos y las besó—. Solo cuatro días... ten un poco de paciencia —suplicó.

—Lo sé, es solo que. —Movié su pie de manera nerviosa y clavó sus ojos en una mota de lana en el cubrecama—. Lo intentaré —murmuró ella—. Me comportaré, lo prometo, solo quiero pasar lo que resta de la noche junto a ti.

Él sonrió antes de acostarse, permitió que ella se acurrucara a su lado, el calor de su cuerpo lo hizo vibrar mientras encerraba con sus brazos el pequeño cuerpo caliente. Besó su cabello y se deleitó en el exquisito olor que emanaba de Ella.

Chocolate dulce.

Sexo ardiente.

Copos de nieve descendiendo por los cristales de las ventanas, ramas rozando el tejado, la respiración aleatoria de dos amantes y el latir de dos corazones al sonido de uno solo.

«Ojalá, esto fuera para siempre...»

«Ojalá, allí afuera no existiese peligro...»

Ambos soñaban lo mismo.

La mano de Gabriella trazó planos imaginarios por su piel repasando cada cicatriz, respiró fuertemente sobre el pecho de Anderson, dejando un beso donde se escuchaba el atronador sonido del corazón de aquel mitológico ser.

—¿Anderson? —Lo llamó.

—Dime, pequeña.

—Has estado con otras mujeres. —No era una pregunta, pero igual Anderson asintió y ella respiró profundamente—. ¿Cuándo está cerca la luna llena? —Él volvió a asentir.

—Entonces por qué... —intentaba seguir exponiendo sus dudas, pero él no la dejó terminar.

—No es que no quiera, Ella. —Suspiró hondamente, mientras la arropaba más fuerte entre sus brazos—. Ellas no huelen a nada, no tienen ese narcótico aroma que tú llevas y que puede llevarme a cometer locuras. —Enredó sus manos entre su espeso cabello, obligándola a mirarlo de manera fija—. A las mujeres les decía que eran días de juego, les permitía amarrarme, y... —Un sonrojó cubrió su rostro—. Permitía que ellas llevaran el control, pasaba la noche cazando o corriendo hasta quedar exhausto, antes de ir con ellas, pero contigo. —Una de sus manos se desenredó del cabello y, con uno de sus dedos, acarició el rostro de su amada—. Contigo es diferente Ella, a ti. —Besó sus labios brevemente—. A ti quiero adorarte, mi exquisito caramelo, quiero fundirme en ti a tal punto que no sepas dónde empiezas tú y dónde termino yo. — Gabriella lo besó extasiada por sus palabras—. Para eso necesito ser yo, bebé, no la bestia que habita en mí.

—¿Y si te amarro? —Le preguntó con voz risueña.

—Esa es una tontería. —Contestó con diversión.

Por un segundo, toda excitación pasó a un segundo plano. Gabriella se sentía enojada, por lo que se separó de su lado y se levantó de la cama.

—No es divertido para mí... ¡Me estoy quemando por dentro, siento que te necesito y, que tú solo te burlas de la pobre mortal, excitada a más no poder! ¿Por qué con otras sí y conmigo no?

—Lo siento —dijo fundiendo sus ojos con los de ella—. Reventaría esas ataduras, la primera vez que esté contigo quiero tocarte, quiero sentirte, contigo no se trata de un juego... Contigo lo es todo, ¿puedes entender eso?



Gabriella suspiró varias veces, antes de encaminarse hacia la salida de la habitación.

—Creo que iré a darme una ducha.

—Ella. —Su nombre salió como un lamento.

—Ahora no, Anderson —expresó vehemente, saliendo de la habitación.

Si de algo estaba seguro Anderson, era del deseo que sentía por su hembra. Tocó su miembro erecto producto de los mimos que su mujer le había estado haciendo.

¡Joder, era hombre!

Un hombre enamorado hasta el último de sus huesos. Más de trescientos años deseando amarla y ahora que ella estaba tan deseosa como él, la maldita luna llena se lo impedía.

Enterró su cabeza en la almohada mientras escuchaba el sonido de la regadera; sus sentidos se dilataron a tal manera que el pequeño gemido de su otra mitad lo tensó, Ella jugaba sucio, jugaba con su control, el aroma se intensificó en la casa a medida que ella se masturbaba a pocos metros de él, el sonido de sus jadeos combinado con el fuerte olor de su excitación, lo estaban enloqueciendo.

«¡Por todos los dioses, bebé! ¿Qué haces? ¿Acaso, pretendes volverme loco...?»

Llevó su mano a su falo erguido, caliente, duro y deseoso por ella.

«¡Joder!»

Una gota de líquido pre seminal cayó del glande haciéndolo sisear y mover su mano de arriba a abajo.

—Malditos cuatro días —siseó entre dientes mientras escuchaba a su mujer jadear. Apretaba su agarre un poco más, solo un poco más.

El grito de Gabriella recorrió cada una de sus terminaciones nerviosas, haciéndolo estallar en un frenesí de placer. Con el corazón atragantado y a medio satisfacer, limpió su propia excitación, su miembro aún erguido entre sus pantalones de deporte dolía.

Salió de la habitación y caminó los pocos metros que lo separaban de su compañera de vida. Necesitaba tenerla cerca, necesitaba beber de ella.

Abrió la puerta del baño de la habitación en donde ella descansaba. Sus ojos quedaron fijos en su cuerpo perfecto, en la nívea piel y los turgentes pechos excitados, por su reciente aventura. Un gemido salvaje brotó de su pecho, y se abalanzó a sus labios como el animal que era, encajándole su miembro entre sus piernas.

Las manos de Anderson acariciaron el contorno desnudo de Gabriella, sus labios devoraron los de ella con alevosía y pasión, necesitaba alimentarse de esa mujer; no quería pensar, el olor a chocolate embotaba sus sentidos. Mientras ella gemía y jadeaba entre sus labios, rastillando su espalda con sus uñas, lo deseaba, su cuerpo se fundía por él, no había explicaciones.

Era solo el deseo abrazador de poder entregarse a lo que sus instintos pedían a gritos.

—Anderson—gimió con voz entrecortada mientras él lamía su cuello.

—Shsstt calla. —Su susurro fue ronco y distorsionado—. No digas nada amor —suplicó tomando sus labios.

El beso fue salvaje, agónico, profundo y necesitado; ella se entregó a sus besos y necesidad.

Anderson apretó sus pechos y ella no pudo evitar jadear cuando él tiró, de su muy adolorido pezón, las manos de ella arañaron la fuerte y musculosa espalda, mientras tiraba de sus cabellos mojados. Él lamía y succionaba sus pechos, con sus manos, abrió aún más sus piernas, masajeando suavemente el clítoris de su mujer, estaba duro y erecto, sus labios descendieron hasta encontrarse con el manojito de nervios rosados e inhaló fuertemente llenándose del aroma que desprendía el cuerpo de su hembra, antes de dar un lánguido lametazo.

Gabriella pensó que podía morir en ese preciso instante, sintió cómo uno de sus largos dedos acariciaba su punto más vulnerable; y cuando pensaba, que no podía sentir más placer, él se postró de rodillas, subió una de sus piernas sobre ancho hombro, pasó serpenteando con su lengua por toda su intimidad.

El calor se expandió a diez mil grados.

«Voy a morir... ¿Puede haber algo como esto?»

El deseo revotó en su cuerpo, su sangre se hizo aún más líquida, el aire le faltaba, sus dedos se enterraban, ahora, en el cabello húmedo del hombre debajo de ella.

Pegada al azulejo del baño, gimoteó, agarrando mechones de cabello mientras él lamía, succionaba y la penetraba con su lengua, logrando que las esferas del placer rebotaran en su interior, uniéndose unas con otras hasta que fue insoportable aguantar más. Dejó que el volcán que amenazaba con explotar su cuerpo hiciera erupción, emitió un grito entrecortado con el nombre de él y dejó que la lava de su placer se apoderara de cada uno de sus sentidos.

Anderson lamió hasta la última gota de la lubricación de su mujer. Ella

era exquisita y, su cuerpo le pedía más. El animal exigía llevarla a la cama y follarla de todas las maneras posibles, pero el cuerpo desmadejado de Gabriella, hacía que el humano en su interior estuviese satisfecho. Relamió un par de veces más, toqueteando su clítoris con su lengua y sintiendo cómo temblaba. Se levantó con cuidado y la tomó entre sus brazos sintiéndola temblorosa.

Ella, envuelta aún en el frenesí, causado por el extraordinario orgasmo que acababa de experimentar, estaba demasiado cansada como para mover siquiera un dedo, apenas, podía respirar.

Anderson cerró la regadera, le secó el cuerpo con verdadera adoración y, luego, le puso una camisa, que ella reconocía como de él, después la dejó descansar en la cama.

—Anderson. —Lo llamó cuando lo sintió alejarse.

—Shstts, descansa mi amor —susurró él, le dio un beso en la frente y salió de la habitación.

Gabriella quiso detenerlo de alguna manera, pero sus ojos le pesaban y, antes que pudiese hacer algo, ya estaba sumida en un profundo sueño.

Despertó pasado mediodía, sentía el cuerpo pesado y dolorido, sin embargo, ver a Anderson junto a ella la hizo sonreír.

—Buenas tardes, hermosa chica —dijo él con una sonrisa iluminándole el rostro—. Debes estar hambrienta. —Extendió hacia ella una bandeja con huevos, bacón, tostadas, mermelada, jugo de naranja, café y frutas.

—¿Hace cuánto estás aquí? —preguntó ella, acomodándose en la cama. Sonrió ante semejante desayuno, no podía evitar sentirse mimada y amada.

«Nadie me había amado realmente... ahora sé que solo él, lo sé.»

—El suficiente como para adorarte cuando duermes. —Acarició su mejilla suavemente y colocó la bandeja sobre sus piernas—. Verte dormir es realmente adorable, Ella —musitó—. Come, amor. —Picó un poco de fruta con un tenedor y lo llevó hasta la boca de la chica, quien lo aceptó gustosa.

—Lamento, la manera en la que salí anoche de tu habitación —dijo ella, bajando su cabeza.

—No, no lo lamentas, así que no mientas.

Ella no pudo evitar sonreír.

—No, no lo hago. —Se sonrojó—. Fue... No tengo palabras para explicarlo, gracias.

—Nunca me des las gracias por ayudarte a sentirte mejor, hice lo que

tenía que hacer, satisfacer a mi mujer.

El corazón de Gabriella latió desaforado en su pecho.

—Tú... ¿te fuiste?...

—Necesitaba correr, pequeña —dijo Anderson, acariciando su cabello.

—¿Estás bien? Digo tú, no...

—Correr me relaja, yo aún puedo esperar un poco más... hasta después de la luna llena. —Volvió a alimentarla y, entre ambos se estableció una comunicación íntima y sensual, repleta de besos mimos y caricias.

Sin la tensión sexual latente entre ambos, Gabriella se colocó unos nuevos pantalones de deporte, cortesía de Anderson y, juntos subieron al ático.

Había ido varias veces allí, en esos últimos días. Sin duda, ahora todo se sentía mejor, más relajado. Ambos mantenían sonrisitas tontas tatuadas en sus rostros.

Anderson soltó la mano de Gabriella y caminó hasta el estuche que contenía el violín; mientras ella, se sentaba en el sofá a admirarlo. Lo vio sacar el instrumento, como si de un bebé se tratase y, suspiró tontamente enamorada, cuando Anderson colocó el arco sobre las cuerdas.

Estaba profunda e irrefutablemente enamorada de él, no importaba si hacía dos semanas lo odiaba, ahora su cuerpo lo gritaba, cerró los ojos y recordó brevemente lo ocurrido en el baño, antes de escuchar la risa de Anderson

—Lo siento, nene. —Le dijo con picardía, mirándolo coqueta. Él negó con la cabeza y en su rostro una expresión divertida.

Sabía que no lo sentía, porque vio cómo él suspiraba, antes de deslizar el arco por las cuerdas, permitiéndole observar cómo cada uno de los músculos de sus brazos se contraían, mientras él creaba la maravillosa melodía.

Se sintió en paz y en casa, como hacía mucho no se sentía.

Anderson tocó varias piezas para ella, todas hermosas y sentimentales, mientras ella observaba las pinturas.

La música dejó de sonar, cuando él vio cómo ella tocaba levemente uno de sus cuadros.

—¿Quién es? —dijo ella mirando el óleo.

—Tú —susurró él y ella negó con la cabeza—. Es Anabella.

—¿Quieres hablarme de ella? —preguntó con suspicacia. Anderson dejó el violín sobre el piano, caminó hasta el óleo, lo quitó del trípode y luego se sentó en el sofá.

Se mantuvo en silencio por unos minutos, solo observando el retrato. Su

rostro se ensombreció ante los recuerdos y, Gabriella se acercó, se arrodilló frente a él y tomó su rostro entre sus manos.

—No es necesario...

—La conocí en Río de Janeiro, hace más de noventa años, ella era maestra de Arte Contemporáneo, era hermosa, sus ojos eran verdes y tenía la piel canela que contrastaba perfectamente con su cabello rojo pasión, poseía un andar de caderas, que podía volver loco a media población masculina de Brasil. —Sonrió ante el recuerdo—. Bailaba como una verdadera *garota*, yo estaba de paso, había ido porque estaba buscando en qué invertir. Fue solo verla para caer rendido a sus pies, así ha sido siempre.

—Conmigo no —refutó Gabriella—. Te comportaste como un verdadero hijo de puta.

—Y lo siento amor, no fue mi intención, quería protegerte, aún quiero hacerlo. Tú eres lo único por lo cual yo sigo vivo, la esperanza de verte y tratar de cuidarte mejor de lo que hice en vidas pasadas.

—¿La amaste, Anderson? —le preguntó. Era tonto sentir celos por ella misma, mujeres que existieron años atrás y que; sin embargo, tenían su alma.

—Te amo desde hace más de trescientos años, pequeña. —Acarició el contorno de su rostro—. Con Anabella las cosas fueron más intensas, ella era como tú.

—¿Como yo? — Los ojos de Gabriella brillaron.

—Sí, pequeña. —Colocó el cuadro a un lado del sofá e instó a Gabriella a sentarse en su regazo—. Pasión, vitalidad, fuego.

—Con ella también. —Los colores se le subieron al rostro, al recordar la noche anterior y, sintió cómo el cuerpo de Anderson temblaba bajo el suyo.

El negó divertido, tocándole la sien con un dedo.

—Tú vas a ser mi muerte, Gabriella Wilson, me niego completamente a estar sin ti, pequeña —murmuró—. A ella no la toqué como lo hice contigo hoy, con ninguna me había atrevido, la época no me lo permitía, en un principio... y luego...

—¿Y luego? —Gabriella insistió.

—El destino no lo quiso así —dijo él en voz baja—. La luna llena estaba en su punto máximo; así que, yo había desaparecido, le prometí volver al día siguiente, ella sabía de mi naturaleza, nos despedimos y me fui a la selva brasileña, ella murió esa noche.

—¿Supiste cómo? —Acarició la cicatriz que cruzaba su rostro y, él tomó su mano, para besarle la punta de cada uno de sus dedos.

—Un asaltante —murmuró—. Río estaba en pleno carnaval y, al parecer, ella se negó al asalto, forcejearon y...

—Le dispararon —concluyó ella, pero él negó, sin querer contarle toda la historia.

—La estrangularon, bebé. —El gesto de horror que adquirió el rostro de la chica, hizo que él la abrazara fuertemente contra su pecho. Sabía perfectamente quién había sido el asaltante, llevaba en su rostro la marca de una pelea que había perdido, pero se negaba a contarle esa parte de su verdad. Esa que lo hacía un traidor por enamorarse de la misma mujer que su amigo. Suspiró profundamente y habló en voz baja—: Voy a suplicarte algo, Ella, en cuatro días yo debo salir, pero te pido, por favor, que te quedes aquí y, te mantengas a salvo por ti y por mí. —Juntó sus frentes—. Por favor, pequeña. Tienes mi corazón en tus manos, no podría soportar si algo te llegara a pasar. —Ella asintió sin dejar de mirarlo y; luego, besó sus labios levemente, aún no podía decirle que lo amaba, pero estaba segura de algo; si ella tenía el corazón de Anderson, él tenía su cuerpo, su alma y su vida entera.

—Siento como si me estuvieras ocultando algo —murmuró ella, cuando él depositó un beso en su frente.

—No te oculto nada —respondió él, aun sabiendo que mentía. Paul estaba cerca y él era el mayor peligro.

Abrazó a Gabriella, inhaló su aroma achocolatado y se perdió en el perfume de su mujer mientras veía los copos de nieve caer.

\*\*\*\*\*

Habían pasado tres días desde que Víctor había salido de casa de Anderson, al principio, quería correr y, quizá, ir al prostíbulo del pueblo.

Necesitaba correr, cazar, comer y una buena follada. ¡Sí, señor! Al menos, Anderson había logrado hablar con Gabriella, su amigo era un maldito quejica; esperaba que, con eso, pararan sus lamentaciones.

Había dormido en lo profundo del bosque, vigilante a que cierto licántropo no se acercara demasiado, aunque, Ethan, lo mantenía vigilado y sabía que estaba en el pueblo. Algo le decía, que ese hijo de puta iba a hacer algo. Lo conocía, cuando todo estaba más tranquilo, era cuando la tormenta se volvía más fuerte, siempre le dijo su padre de niño.

Amaba la libertad de correr con el viento en su contra. Sentir la hierba mojada bajo su pelaje, aunque lo volviese una porquería, pero también

extrañaba caminar en dos piernas, así que, luego de comunicarse con Ethan, había dicho que le daría una hora más a los tortolitos.

Iría a casa de Victoria y jugaría un ratito con la pequeña, la pelinegra lo ponía a mil y, es que él las prefería así, ojos oscuros y morenas, nada que le recordara a la maldita de Rose.

Se levantó del suelo y fijó su mirada en el bosque cubierto de nieve.

En esa época Canadá era un maldito refrigerador, las temperaturas eran bajas y más era lo que nevaba que lo que hacía sol, pero él amaba todo eso. Sacudió su pelaje y empezó a caminar en dirección al pueblo, hasta que un pequeño sonido llamó su atención.

—¡Maldita chatarra! —Gimió la chica con frustración.

Víctor se posicionó en lo alto de la carretera, para ver el trasero de la mujer, era perfecto, redondo y se veía firme. Sus piernas largas y enfundadas en esas botas de cuero altas, parecían indeterminables, lo único malo es que era pelirroja y él pasaba de ellas.

Lo tenía lo suficientemente largo como para ver sus puntas, la chica seguía maldiciendo mientras él se echaba sobre sus patas traseras, admirándola como un animal... Porque lo era.

—Me estás jodiendo, ¿no? —preguntó la chica en tono mordaz—. ¡Me alquilan una maldita chatarra! —gritó. Al parecer hablaba por celular.

Víctor le dio una mirada a la camioneta, una Toyota Corolla, la cual seguramente, había sido un excelente medio de transporte cuarenta años atrás. Sonrió socarronamente antes de mover todos sus músculos y ordenar al animal volver a su interior, era difícil, pero los años de práctica lo hacían ver mucho más sencillo.

Cuando su cuerpo fue humano, nuevamente, se colocó el pantalón que dejaba atado a una de sus patas traseras y sacudió su cabello. Miró sus manos llenas de lodo, estaba hecho un asco, pensó en ir al lago y volver, pero la *Barbie* parecía tener prisa, y estaba perdiendo la paciencia con el cacharro; además, era un poco de tierra nada más, suspiró audiblemente, antes de empezar a descender.

—Maldito GPS, ¡maldito pueblo! —Pateó con furia el suelo—. Me las vas a pagar, Gabriella Wilson, joder que, sí me las vas a pagar, dejé todo tirado por venir aquí a salvar tu culo del misógino que vive en casa de tu abuela y, esta maldita chatarra... ¡Joder! ¿Dónde diablos voy a conseguir una jodida grúa? Si estoy en el pueblo en donde el agua llega cansada —musitó.

Víctor sonrió, preguntándose internamente, si diría todas esas palabras en

la cama.

Repasó detalladamente a la desconocida. Sus ojos nunca le fallaban, pero no había nada mejor que observar una bonita mujer de cerca, podía quizá, ponerle un suéter negro en la cabeza mientras se la follaba. Si de algo era conocedor Víctor Pávlov, era de su labia para envolver mujeres. Su mirada de niño pícaro, sus pequeños hoyuelos, ninguna mujer podía resistírsele.

La chica soltó una maldición bastante fuerte, sobre todo, para una dama, pero él amaba que las mujeres no tuvieran miedo de soltar una que otra palabra malsonante.

Carraspeó un poco y la chica se giró, aguantando su brazo, lo primero que vio Víctor fue la gran herida que tenía en su brazo derecho; lo segundo, fue sus ojos y allí marcó su fin.

La vida era una perra... una jodida y gran perra.



# CAPÍTULO

## 15

Gabriella estaba frente a la estufa, revolviendo la pasta, al lado de Anderson, quien picaba finamente unos vegetales. Habían bajado del ático, cuando el estómago de ambos reclamó algo de comida y, ella, se había ofrecido a hacer una de sus especialidades: Macarrones en salsa de vegetales y pollo.

—Entonces, ¿seremos inmortales como vampiros o algo así? —murmuró Gabriella, mirando a Anderson de manera risueña. Estaba hermoso, con ese pantalón de deporte que colgaba de su cintura y una franelilla que marcaba sus brazos fuertes y su pecho esculpido.

—No, envejeceremos paulatinamente, bebé, una vez nos anudamos, empezamos a hacerlo.

—¿Morirás? —dijo ella, robándole un trozo de tomate y llevándoselo a la boca, mientras Anderson seguía picando, tratando de hacer caso omiso, de manera infructuosa, a la sexi insinuación de su mujer.

—Moriré junto a ti si nos anudamos. —Le dedicó una sonrisa sagaz, mostrándole sus blancos y relucientes dientes—. Es un pacto.

—¿Así que estás seguro de que yo soy tu compañera de vida? —Anderson negó—. ¿No?

—No, no eres mi compañera, Ella. —Acarició su rostro con sus nudillos—. Eres mi vida. No te fallaré esta vez.

—Será mi culpa que envejecas. —No hizo la pregunta, simplemente afirmó de manera dubitativa.

—Bebé. —Anderson dejó el cuchillo a un lado de la tabla y lavó sus manos en el grifo que estaba a su lado, colocó sus manos húmedas en las caderas de ella—. He sido inmortal durante mucho tiempo y, si es a tu lado, no me importaría vivir mucho más... Pero te he perdido muchas veces ya, no soportaría perderte una vez más.

—Anderson, yo... —Gabriella tragó saliva al escuchar esa confesión. Era demasiado fuerte, demasiado profunda, las cosas entre los dos iban a la velocidad de la luz y aunque se sentía cómoda algo en su interior le gritaba que debía bajar las revoluciones.

—Sé qué; quizá, no alcanzas a comprender lo que yo siento por ti, pero he pasado muchísimos años esperándote como para permitirme el hecho de dejarte ahora que estás a mi lado... Te pertenezco Ella, completamente, alma, cuerpo, vida y corazón, son tuyos.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Gabriella; Anderson besó su rostro, atrapando la siguiente gota.

—Necesitas picar más tomates —dijo ella con voz ronca—. La cebolla me hace llorar. —Le dio una sonrisa tímida y él besó su frente, para después seguir picando los pimientos.

Pasaron varios minutos sumidos en silencio, supervisando sus respectivas labores hasta que Anderson habló:

—Háblame de ti —murmuró sin descuidar sus deberes.

—Sabes todo de mí —respondió ella sonriente.

—Eso no es así —expresó él.

—Anderson, sabes lo importante, en mi vida no hay nada interesante que contar —contestó indiferente

—¿Quién te rompió el corazón, Gabriella? —murmuró al sentir la tensión en la mujer a su lado—. Cuéntamelo todo... quiero saber todo de ti, no debe haber secretos entre los dos.

—Como lo sabes... ¿Ethan, se metió en mi cabeza? —murmuró, se peinó los cabellos con las manos, en un claro gesto de nerviosismos; luego, se alejó del fuego—. Él no importa, Anderson, no es nadie.

—Fue alguien para ti y, yo quiero saber, te he contado sobre mis Ellas.

Gabriella suspiró resignada, se impulsó y subió a la barra de la cocina, donde se sentó.

«Es increíble cómo mi vida ha cambiado en pocos días, tanto que, recordar a mi ex ya no me produce nada.» —Pensó animándose a mirar a Anderson a los ojos.

—Mi padre me odia porque nunca he seguido sus normas —susurró ella—. Mi madre Renata, había tenido un par de abortos espontáneos antes de que yo naciera. Cuando quedó embarazada de mí, su útero quedó gravemente dañado, mi madre no pudo quedar embarazada nuevamente. Papá quería un varón, así que nos mudamos a Londres y adoptaron a Jackson —explicaba y vio cómo Anderson detuvo su tarea para mirarla.

—¿Jackson no es tu hermano? —Inquirió sorprendido. Las pocas veces que Gabriella le había hablado de Jack lo hacía con cariño, tanto cariño que podía jurar, llevaban la misma sangre.

—Lo es, de corazón —respondió ella inmediatamente—. Necesito esa salsa. —instó y sonrió para aligerar el momento. Anderson tomó los vegetales picados y los colocó en el procesador, encendiendo el botón de trituración—. Mamá murió cuatro años después y, papá empezó a instruir a Jack, al momento de elegir carrera, él escogió lo que papá ordenó, yo me rebelé y estudié filosofía y mitología, ese fue el primer distanciamiento con mi padre; luego, fue mi trabajo pro bono en el museo de historia y Alec...

Anderson frunció el ceño, haciendo que la cicatriz en su rostro se convirtiese en una línea rojiza.

«No te enojas... Él ya no importa.» —Quiso decirlo, pero no pudo.

—Nos conocimos en el museo, él es historiador y, bueno, creo que me enamoré —musitó, bajando la mirada. Anderson colocó la mezcla procesada en un sartén y encendió la estufa—. Era tan intelectual, tan libre y yo ansiaba libertad, así que, caí muy fácil. Yo daba todo por él, por eso, cuando me anunció su traslado acepté venir sin importarme la opinión de papá. —Anderson escuchaba atento el relato; sin embargo, sus ojos estaban fijos en la mezcla rojiza que cocinaba a fuego lento—. Muévela un poco. —Le dijo señalando la salsa.

Tomó la cuchara de madera y movió suavemente la mezcla.

—Continúa, Gabriella. —La instó cariñosamente.

Los ojos marrones de ella, se fijaron en el rostro del chico, estaba tensionado y le había dicho Gabriella, no Ella, como la llamaba últimamente. Los brazos de Anderson fuertes y gruesos parecían barras de titanio, tan tensionados que parecía que en cualquier momento explotarían.

Gabriella observó su cuerpo rígido y dio un largo suspiro.

«Anderson no es Alec, tú ya no eres más la tonta Gabriella...»

—Nos mudamos a Nueva York y allí empezó todo —dijo mirándolo fijamente—. Mi venda se cayó y pensaba dejarlo... Entonces, él me propuso matrimonio. —Sonrió de manera triste e irónica—. Me quitó mis ahorros y se largó con una *Barbie* plastificada, al parecer, no era suficiente para él... — Gabriella no podía verlo, pero la mano de Anderson había ejercido tanta fuerza en la cuchara con la que movía la salsa la partió al escuchar sus últimas palabras, Gabriella seguía mirando hacia el suelo.

Anderson al verla, se le parecía una niña pequeña. Apagó el fuego y colocó los brazos a lado y lado de su chica, sus ojos se encontraron. Marrones contra grises, oscuridad y claridad, Gabriella abrió su boca para decir algo más, pero toda intención de hablar, fue sofocada por el beso fiero y pasional

que Anderson le dio.

Las manos del hombre se ubicaron en la cintura, halándola tiernamente hacia él; mientras ella, abría sus piernas, dejando que sus cuerpos quedasen juntos. Gabriella acarició la fuerte espalda cubierta con una fina camisa de deportes, mientras él, cubría su boca con hambre. Una poderosa erección golpeteaba su centro, mientras ella intentaba seguirle el ritmo.

—Nunca. —Anderson gruñó con los labios sobre los de ella—. Jamás... —Besó—. Vuelvas a decir que... —Acarició su espalda por debajo de la camisa—. Que eres menos que nadie. —La empujó hacia delante—. Tú lo vales todo, bebé... Todo. —Mordisqueó su labio inferior, provocando que ella gimiera y que buscase más contacto con él.

Gabriella sintió cómo todo su cuerpo se encendía, la sangre en sus venas parecía estar en una maratón, necesitaba respirar, pero también...

«Más bebé... Por favor...»

Como si oyese sus pensamientos, el animal en el interior de Anderson, rugió de excitación; sabía que Gabriella estaba empezando su etapa de ovulación, etapa que para los de su especie era aterrador. Sentir el deseo abrasador de la mujer, sus ansias, ella estaba en celo y él moría de ganas por aparearse con ella.

Llevó sus manos a los costados, acariciando su cuerpo con alevosía, besando su cuello hasta llegar al escote que mostraba las dos cumbres rosadas, hechas para él, levantó la camisa gimiendo en su interior por la maravillosa vista.

«Que no se detenga, por favor... que no se detenga...»

Anderson retiró la prenda, acariciando los pechos con los ojos oscurecidos por el deseo, fuerte, sin delicadeza, dejando que el animal tomara absoluto control de la situación. Suspiros, jadeos y gemidos se escuchaban en la cocina.

Gabriella rendida en un mar de pasión y lujuria desenfrenada, entregaba su cuerpo al hombre que hacía que su corazón latiese como en una carrera de caballos, sentía su cuerpo temblar bajo el tacto fuerte y rudo de Anderson, sus pezones parecían lanzas duras.

Cuando la boca ardiente y lujuriosa de Anderson hizo contacto con su sensible piel, su cuerpo se estremeció como si estuviese conectada a la corriente, dejándose llevar en un frenesí similar al que él, la había llevado en la mañana, su vientre se contrajo salvajemente, mientras gemía y boqueaba como pez fuera del agua.

Anderson gimió con voz animal, la levantó del mesón, golpeándola fuertemente contra el refrigerador, la besó aún más fieramente, rasgó el pantalón de deporte de ella, dispuesto a consumir su amor, a hacerla suya de todas las maneras posibles.

Gabriella podía sentir la dureza en sus pantalones, metió las manos entre su sudadera, tocando levemente el miembro de Anderson y haciéndolo sisear de placer.

Minutos, segundos, tiempo, nada existía en ese momento, Anderson caminó con Gabriella anclada a su cintura. Despojó el mesón de la cocina, cubierto de tazas y platos que Ethan acostumbraba a colocar allí. Depositó Gabriella recostándola sobre el frío granito y, repasando su cuerpo como si grabase cada pequeña curva a fuego. Ella también observaba sus brazos arañados por sus uñas, sus labios hinchados por sus besos, su corazón golpeteando contra su pecho.

Un rugido de furia estalló desde el pecho del hombre, iba a poseerla sin importar un mañana, pero un golpe fuerte y seco de la puerta principal al abrirse rompió la burbuja en la que estaban.

—¡Siquiera podrías ayudarme, montón de esteroides! —Se escuchó la voz de una mujer.

—¿Mía? —Se preguntó Gabriella. Anderson se alejó de ella, apretando las manos en puños.

—Puro músculo y nada de cerebro —murmuró la mujer, haciendo que, en la cocina, Gabriella se levantara y se acomodara la ropa a una velocidad alarmante; salió de ahí, antes de que Anderson le arrancara la cabeza a alguien.

—Mía. —Llamó a su amiga antes de mirar al magnífico hombre al lado de ella.

Víctor era alto, mucho más musculoso que Anderson y, se veía a leguas, que estaba conteniéndose para no arrancarle la cabeza a su mejor amiga. Del pecho del licántropo, retronó un rugido feroz e iba a hablar, pero fue Anderson quien habló.

—Vete, Víctor —exigió con la voz todavía teñida por la excitación. Mía no pudo evitar soltar un gritillo, al ver aquel hombre demoledor. La cicatriz en su rostro era espantosa y ese hombre estaba tocando a su amiga—. Ahora, Víctor —murmuró Anderson con dientes apretados.

Algo realmente extraño estaba pasando, Víctor miró a Anderson. Sus facciones eran fieras y determinadas, sus ojos eran como dos fragmentos de

carbón que miraban fieramente; sin duda estaba completamente molesto.

Gabriella dejó de respirar.

Los dos lobos se miraron fijamente, por minutos que parecieron horas, la tensión en la habitación era latente; por lo que, Gabriella volvió a enfocar los ojos en el amigo de Anderson, sus venas dilatadas, las manos cerradas fuertemente y con el enojo surcaba su rostro.

¿Dónde estaba el Víctor jugueteón de días atrás?

Víctor cortó comunicación visual con Anderson, no sin antes emitir un sonido fiero.

—Voy al estudio, bebé —murmuró Anderson en su oído, cuando su amigo desapareció por la puerta—. Ubica a tu amiga en una de las habitaciones, la más alejada de Víctor, por favor—sugirió, ante la mirada de Gabriella que casi exigía explicaciones—. Después, hermosa. —Acarició sus mejillas y depositó un casto beso en su frente.

—¿Quién eres y qué hiciste con mi amiga, Gabriella? —murmuró Mía, una vez que Anderson abandonó la habitación.

—Déjate de pendejadas —dijo Gabriella contundentemente, estaba frustrada y excitada aún—. ¿Qué haces aquí, Mía? —Se cruzó de brazos, mirándola con una ceja alzada.

—¿Qué hago aquí? ¿Eso es todo lo que tienes que preguntar? Maldita sea, Gabriella. He volado por medio país para saber si estabas bien, cuando te fuiste de mi casa eras una masa de llanto y depresión; luego, me hablaste del misógino que había comprado la casa de tu abuela, pero claro con esa cara de...

—¡Para ya! —Gabriella miró a Mía—. No hables de Anderson. —Levantó la voz como nunca lo había hecho.

Mía miró enojada y asombrada a su amiga.

—¿Sabes Gabriella? Estaba preocupada por ti, he dejado a Robert sol...

—¡Corta el rollo Mía! ¿Qué te hizo Robert esta vez? —La mirada de la pelirroja se nubló por las lágrimas; de inmediato, Gabriella lo supo. Robert había intentado forzarla nuevamente a estar con uno de sus amigos. Se acercó a ella y la abrazó—. ¿Por qué lo haces Mía? ¿A quién le serviste de florero esta vez?

—Damián Maxwell —murmuró la pelirroja.

—Sigo sin entender por qué haces esa mierda...

—¡Porque lo amo! —gritó de manera no muy convencida.

—Eso no es amor, Mía, es masoquismo —expresó mirando en qué

habitación la ubicaría, al seguir las órdenes de Anderson. Lo mejor sería dejar a Mía al lado de su habitación.

—Mira quién habla —refutó la chica con sarcasmo—. ¿Cuántas veces te puso los cuernos Alec y lo perdonaste? —musitó ácidamente. En otros momentos, a Gabriella le hubiese dolido, pero se sentía tan feliz que nada le importaba.

—Sí, lo acepto y, aunque, me destrozó, lo detuve; ¿cuándo lo detendrás tú?

—Ya lo hice... Lo dejé, Damián intentó propasarse y cuando le dije a Rob, le creyó a él.

—Típico —resopló Gabriella.

—Tomé el primer vuelo que estaba disponible, que era hasta Vancouver, de ahí, alquilé una camioneta y conduje hasta acá, me bañé en un hotel de camino de mala muerte, porque Robert bloqueó mis tarjetas.

Gabriella suspiró.

—¿Dónde te encontraste con Víctor?

—¿Con el mastodonte? —dijo la pelirroja esbozando una sonrisa—. Tiene de guapo lo que tiene de imbécil.

—¿Tú? ¿Hablando de Imbéciles? —Gabriella alzó una de sus cejas.

—Para el carro Gab, ya lo dejé —musitó hastiada, mientras entraban a la habitación.

—Ethan no está, Anderson dijo que te ubicara.

—¿Anderson?, el hombre de la cicatriz espantosa.

—Te fijaste en su cicatriz... —Gabriella suspiró impaciente.

«Si te fijaras bien Mía, verías que es un hombre hermoso...»

—Cruza la mitad de su cara, obvio que me fijé, con razón es amargado, porque con esa cara ninguna mujer debe acercársele.

—Mía, te quiero, eres mi mejor amiga, pero no te metas con Anderson, no quiero volver a repetirlo, así que, si quieres permanecer aquí, más te vale no decir ni una sola cosa mala de él, puedes quedarte en esta habitación, seguramente, hay toallas en el baño.

—¿Qué hay entre ese tal Anderson y tú? —Mía se sentó sobre la cama—. Para ser un hombre que te cae gordo, déjame decirte, que lo defiendes bastante y él te llamó «bebé». Lo escuché.

—No lo entenderías, date una ducha; y si quieres, puedes acompañarnos a cenar —murmuró antes de abandonar la habitación, dejándola sentada en la cama.

\*\*\*\*\*

Anderson había dejado a Gabriella con su amiga, su autocontrol se había desmoronado, pensar que estuvo a punto de hacerle el amor a su mujer, tanto como lo había deseado, con esa pasión y lujuria que lo abatían, desde hacía mucho tiempo.

«Pude dañarla... Pude dañarla»

Repetía mientras se internaba en el bosque. Al llegar al claro, no pudo evitar suspirar mientras caminaba hasta donde estaba Víctor.

—Huele a perfume barato, a jabón de motel. Después de seiscientos años, viene e intenta burlarse de mí; eso no voy a permitirselo, Anderson —gruñó Víctor entre dientes, mientras derribaba un árbol.

—Víctor. —Captó su atención—. Ella no es Rose, es Mía, la amiga de Gabriella. No conocí a tu chica, pero debes estar seguro de que no es la misma.

—Dices tú lo mismo de tu Ella, Anderson —refunfuñó Víctor con furia.

—No es lo mismo, Víctor... ¿tiene Mía algún olor especial para ti?

—¡Huele a puta! —renegó frustrado.

—Vamos amigo, no puedes crucificar a la mujer por algo que hizo alguien hace tanto tiempo. La viste a los ojos, viste a Mía, no a Rose.

Víctor detuvo el incesante golpe al árbol y lo miró a los ojos.

—Son diferentes —dijo sin aliento—. Pero se parecen tanto, son tan malditamente iguales, Anderson... y yo la amaba. —Se dejó caer en el suelo—. Yo la amaba, amigo. Dime si tú le perdonarías a Gabriella haber estado con algún otro hombre.

—Gabriella no es virgen y Anabella tampoco lo fue.

—Pero estoy seguro de que tampoco fue como Rose, era una puta. —Levantó su mano en actitud de reto.

—¿Y qué te hace pensar que Mía también lo es?

—Huele a motel de mala muerte. —Pateó el suelo como niño caprichoso, tratando de dar contundencia a su argumento infantil.

—Cuando venías a Whitehorse, ¿no viste la cantidad de hoteles de mala muerte que hay en la carretera.? Víctor, lo que me dices es algo estúpido. —Anderson se acercó hasta a él—. Ella debió quedarse en cualquier lugar de esos.

—No me digas que ahora eres lector de mentes.



—No conocemos a esta chica, así que descarga tu ira contra todos los árboles del bosque que quieras, pero vuelve a casa para cenar. Ella, ha estado preguntando por Ethan y por ti. —Dio un par de palmadas en el hombro desnudo de su amigo y caminó de regresó a la casona.

Le había dicho a Gabriella que estaría en el estudio y quería que lo encontrara allí, si iba por su ayuda.

\*\*\*\*\*

Gabriella miraba a Mía sentada a un lado de Anderson, mientras Víctor estaba al lado de ella, la tensión en la mesa era densa, a tal punto, que ni unas tijeras de jardinería podrían cortarla.

Ethan entró a la casa y todos giraron a ver al más joven de los hombres. Se le notaba cansado y abultadas bolsas marcaban la parte inferior de sus ojos. El joven alzó la vista y suspiró.

La mirada de Anderson se trancó en la de él y, Gabriella miró nuevamente, la comunicación silenciosa entre los dos hombres, Anderson asintió con la cabeza, dejando que la tensión que se había acumulado desde que había sentido la puerta abrirse desapareciera.

—¿Te sientas a comer con nosotros, Ethan? —Preguntó Gabriella de forma amable, al mismo tiempo observó a su compañero, quien trataba de sonreír ante la situación.

Sin embargo, Víctor ardía de rabia y Mía trataba de ser indiferente frente a esos hombres inmensos y misteriosos que estaban cerca de ella, sobre todo, al castaño peludo con cara de pocos amigos.

«Mastodonte con anabólicos...»

—Gracias, señorita Wilson. —El chico bajó la cabeza, tratando de hacer caso omiso a la mente de la hermosa mujer desconocida—. He comido algo de camino, y ya la luna está apunto de asomarse, solo tomaré una ducha y me cambiaré de ropa. —Gabriella asintió—. Me alegra que hayan arreglado sus diferencias.

—No te equivocaste, Ethan. —Ella miró a Anderson con ternura y este le sonrió

—Yo nunca me equivoco, señorita Wilson.

—Lo sé, conozco tu sucio secreto... —Sonrió—. Agradecería que te mantuvieras fuera.

—Lo intentaré.

—Detectando engréidos —murmuró Víctor, tamborileando sus dedos contra la mesa.

—Señor, si no le molesta, voy a mi habitación

—Nos encontramos allí —dijo Anderson, mirando a Ethan y luego a Víctor.

—¿Me he perdido de algo? —preguntó Mía, mirando a Gabriella.

—Nada que te importe, Mérida —masculó Víctor brabucón, haciendo referencia a la última princesa de Disney.

—No te he preguntado a ti, orangután.

Víctor iba a responder cuando su mirada se cruzó con la de Anderson, antes de que este se levantara.

—La cena estuvo deliciosa, nena, ahora si me disculpan, estaré en el estudio, puedes venir, Víctor.

El hombre asintió al tiempo que le lanzaba una mirada helada a la chica a su lado, mirada que fue contestada de la misma forma.

« *Stacy Malibú*<sup>[6]</sup> *de imitación...* »

« *Mamut lleno de esteroides ...* »

—Sigo creyendo que me he perdido de algo —musitó Mía, una vez que Víctor y Anderson abandonaron la habitación.

—No es nada, Mía... —contestó Gabriella, mirando por donde se habían ido los hombres.

—Parecían tener una comunicación telepática. Son raros...

—Son reservados. Debes estar cansada, llevemos esto a la cocina y vayamos a la habitación —pidió Gabriella. Mía asintió levantándose y recogió los platos

\*\*\*\*\*

Gabriella estaba sentada en la ventana, mirando caer los pequeños copos de nieve. Hacía más de media hora que Mía se había internado en la habitación que ella misma le había asignado, no sin antes, anunciarle que Alec se había casado en una ceremonia por todo lo alto.

«Esto no me duele» —se dijo internamente, pero dolía, su vanidad femenina estaba resentida, no por el "amor" hacia un hombre egoísta como su ex, sino por el hecho, de que le hubiesen bastado un par de semanas para llevar a su amante al altar, cuando ellos mantuvieron casi seis años de noviazgo. Ella había visto en su Facebook que estaba comprometido, pero al

parecer, aún no actualizaba su estado.

La puerta se abrió y ella giró, para encontrarse con el ceño fruncido de Anderson

—¿Sucede algo? —preguntó él, entrando en la habitación. Ella negó con la cabeza—. Sabes que puedo sentir tu estado de ánimo, no me mientas. — Llegó junto a ella, se acuclilló y le tomó las manos donde empezó a depositar ligeros besos.

«Si le digo creerá que aún amo a Alec»

—Es la visita de Mía. —Mintió y peinó sus cabellos hacia atrás—. Estaba feliz, aquí contigo, era como una burbuja maravillosa. —Gabriella soltó sus manos para acariciar sus mejillas—. Que ella llegase, simplemente, me ha trastocado.

—¿Quieres que se vaya? —preguntó, mostrándose preocupado. Ella negó con la cabeza e instó a que se levantara. Anderson lo hizo y se sentó en el espacio sobrante del marco de la ventana, ella subió a su regazo, quedando ahorcadas sobre él y empezó a besar sus labios brevemente—. Nena...

—¿Tienes que irte esta noche? —murmuró ella sobre sus labios, él asintió—. ¿Qué te preocupa?

—Ethan perdió a Paul de vista, me preocupa que intente algo contra ti.

—No tiene manera de saber que estamos juntos, Anderson...

—Él lo sabrá nena, siempre lo sabe —dijo convencido. Ella volvió a besarlo y, Anderson se permitió acariciar sus piernas cubiertas por un short de algodón—. ¿Y esto?

—Mía me trajo algo de ropa —murmuró sobre sus labios.

—Va a darte mucho frío.

—Conozco un par de maneras para mantenerme caliente. —Le guiñó un ojo con coquetería.

—Tres días, nena. —Acarició sus costados mientras Gabriella besaba sus mejillas, haciendo un camino de besos, pequeños y dulces por su cicatriz; acarició su nuca, enredando mechones de sus cabellos en sus dedos, mientras se mecía levemente sobre él—. Ella...

—Shhstt, calla —murmuró succionando el lóbulo de su oreja. Las manos de Anderson se tensaron en su cintura, para luego acariciar sus apetitosas nalgas.

Gabriella tomó sus labios dominando parcialmente el beso, su lengua pidió acceso a la boca del hombre, mientras el deseo nublabá sus sentidos.

Alientos entremezclados, besos furtivos y deseosos, lenguas bailando al

son de una misma canción, Anderson metió sus manos por la camisa de Gabriella, acariciando su piel con pasión, demostrándole con su tacto cuanto la amaba.

Un quejido abandonó los labios de Gabriella, haciendo que su cuerpo se tensara. Siseó y aguantó la respiración, Anderson se separó de ella, mirándola con los ojos desorbitados

—Estoy bien —musitó ella intentado retomar el beso, pero Anderson la alejó—. ¿Anderson? —Sus ojos oscuros se trancaron en los claros de él, mientras sentía sus manos palpar la piel de su espalda. Ella mordió el interior de su mejilla, justo cuando Anderson, presionó el lugar que había presionado mientras se besaban

—Gírate —ordenó. Su voz no salió dulce, era como un pedazo de hierro caliente.

—Anderson, no es nada...

—Gírate ahora, Ella. —Gabriella suspiró fuertemente, bajándose de su regazo y girándose para que él levantara la camisa hasta encontrarse con el causante del siseo de su mujer—. ¿Cuándo?

—No es nada, Anderson... yo. —Sus palabras eran suplicantes.

—¡¿Cuándo?! —gimió entre dientes, observando el moretón verdoso que se formaba justamente debajo de sus costillas.

—Esta mañana, cuando estábamos en la cocina, creo que fue cuando... — Gabriella calló, pero igual se dio cuenta de que no podía mentirle—. Cuando me empujaste contra la nevera...

—Yo lo sabía —dijo levantándose y alejándose de ella—. Soy un maldito bruto, yo lo sabía.

—Anderson, es solo un golpe —intentó justificarlo.

—¡No es el hecho del golpe! —gritó—. Tengo que mantenerme lejos de ti. —Ella se acercó y Anderson se alejó—. No Gabriella... Entiéndelo, la luna llena está cerca y pierdo el control mucho más fácil. No quiero lastimarte, no te quiero cerca de mí —musitó él—. No hasta después de la luna llena —gruñó antes de darse media vuelta y salir de la habitación.

\*\*\*\*\*

Gabriella despertó al sentir el sol en su rostro, había estado despierta casi toda la noche, escuchándolo desde algún lugar del bosque. Habían pasado cincuenta y seis horas, desde que él había salido de la casa para no volver, al

menos, sabía que Víctor y Ethan, lo cuidaban.

Con Paul en cualquier parte del pueblo, temía que pudiese hacerle algo.

Ella se había mantenido con Mía en la casa, a pesar de las constantes quejas de la chica, por el encierro. Gabriella, lo había prometido, le había prometido no salir hasta después de la luna llena y, afortunadamente, ese día había llegado.

Durante el día, estuvieron viendo películas, Gabriella sentía que su cuerpo ardía, a pesar, de que afuera unas leves motas de nieve caían.

—No puedo creer que no haya un auto en esta maldita casa —expresó Mía, enojada.

—Anderson se llevó el de él, Ethan no tiene y Víctor está de paso —murmuró Gabriella, sin dejar de ver su libro.

Había releído el último párrafo en más de una ocasión, sabía que Anderson estaba sufriendo. El sonido triste y desgarrador de sus aullidos lo delataba, ella pudo entrever la inmensidad de la tristeza, que un hombre como Anderson, podía sentir. Era un lobo, extraño, misterioso y, con esa cualidad propia de aquellos animales: ser uno solo con los bosques.

Un aullido atravesó el espacio y Gabriella se estremeció ante las sensaciones que aquel desgarrador sonido le causaba.

Dolor.

Felicidad.

Soledad.

Melancolía.

Todos ellos eres tú..., lobo.

Los tres últimos que había escuchado eran aullidos melancólicos, tristes y agobiantes; ella los sentía, sentía que cada aullido era como si le enterraran pequeños dardos en el corazón, pero el último, fue el más desolador.

«Que soledad tan horrible.»

—Voy a acostarme, Mía —musitó cerrando el libro, tenía un leve dolor de cabeza, el pecho comprimido por el corazón palpitándole a viva voz. Amaba a Anderson, antes de él, nunca hubiese podido imaginar que unos cuantos días eran suficientes como para enamorarse de alguien.

—¿Dormir? Gab, son la siete y treinta de la noche —dijo la pelirroja reticente.

—Me duele la cabeza, Mía, tú puedes quedarte si lo deseas, solo no vayas a ningún lado, puede ser peligroso.

—No creo que pase nada interesante en este maldito pueblo, desearía no

haber venido.

—Nadie te invitó, viniste porque quisiste y, nadie te retiene tampoco, no quiero volver a discutir contigo —dijo recordando la disputa que habían tenido el día anterior, cuando Mía había insinuado que ella estaba ahí por Gabriella, cuando sabía perfectamente, que estaba ahí, huyendo de Robert.

—Gabriella, qué te han hecho, siempre hemos sido buenas amigas y, ahora, parece como si quisieras alejarme de ti.

—Nada Mía, solo que aquí, en este pueblo maldito, como tú lo llamas, he encontrado la paz que siempre he buscado, la tranquilidad que necesito. —Y el amor, se dijo para sus adentros—. Aquí no existe Alec, ni mi padre. —Negó con la cabeza—. Ni siquiera existe Jackson.

—¿Piensas quedarte aquí? —Los ojos azules de la mujer no parpadeaban. ¿Dónde había quedado la chica apocada que siempre temía expresar lo que sentía?—. ¿Para siempre? —preguntó, consternada—. ¿Segura de que no te golpeaste con algo? ¿No has recibido visita extraterrestre o algo similar? —expresó cuando Gabriella asintió.

—Yo solo quiero seguir viviendo como hace unos días. Voy a recostarme, te dejo mi computador. —Se encaminó a la salida de la sala—. Suceda lo que suceda, no salgas de la casa —murmuró antes de subir las escaleras.

Al llegar a su habitación, suspiró fuertemente y se recostó sobre la cama, cerró los ojos y musitó el nombre de su hombre: Anderson.

\*\*\*\*\*

Anderson estaba famélico, tener a Gabriella tan cerca lo estaba carcomiendo en un fuego abrazador que lo carbonizaba, sabía que iba a ser doloroso, pero temía por ella.

Paul no había dado señales de vida y eso de cierta manera le tranquilizaba. Aunque, él había estado cerca de Gabriella, no se había permitido verla, al recordarla o intentar hacer algo tan estúpido como ir a su casa, la imagen de su espalda magullada, lo golpeaba fuertemente, la había lastimado, solo por no poder mantenerse lo suficientemente lejos de ella, pero ahora, desde el lugar que estaba, podía sentir su aroma y eso lo estaba enloqueciendo.

Su animal interior deseaba ir por ella, marcarla como suya de una buena vez, pero el humano que aún habitaba en él, sabía que podía matarla y estaba seguro de que no soportaría otros cien años sin ella.

Decidió correr por el bosque, sin alejarse completamente, Ethan estaba en los límites del pueblo; Víctor, estaba cerca de casa vigilando y atento a cualquier acontecimiento. Mientras que él había decidido estar más adentrado en el espeso bosque.

\*\*\*\*\*

Víctor estaba enfadado, le encolerizaba de sobremanera que esa mujer estuviese cerca y que no pudiera hacerle pagar por haberle roto su corazón. Nunca supo qué sucedió con Rose, cuando se dio cuenta de que se había convertido, huyó lejos, donde nada ni nadie lo reconociera, lo último que supo de sus padres, era que lo habían dado por muerto, lo único que podía sacar de ahí, era que Rose, seguramente, le había tocado volver al burdel de mala muerte de donde nunca debió salir.

—Ojalá hayas muerto de sífilis, perra —musitó sentado sobre sus patas traseras, mirando fijamente la única luz encendida en toda la casa.

Eran apenas las nueve de la noche y, en unas horas, la luna sacaría lo peor de su naturaleza. Anderson, Ethan y él, se reunirían en lo más profundo del bosque, para entregarse completamente a los rayos lunares. Sabía que Paul estaría haciendo lo mismo, por más que lo intentara, la luna llena era la soberana de los de su especie.

Un movimiento en la casa lo hizo levantarse y enfocarse, sus orejas puntiagudas, hicieron el movimiento que todo lobo hacía cuando se concentraba en su presa.

Mía salía del lugar, no iba a ningún sitio, simplemente caminaba envuelta en un abrigo, mientras pateaba la nieve. Movi6 su cabeza, dejando que los cabellos se mecieran al compás del viento.

Víctor se levantó aturdido, era la primera vez que podía identificar el olor en una f6mina. Los lobos o licántropos, como Anderson preferían que lo llamasen, no identificaban un olor específico en cuanto a mujeres se refería; todas olían condenadamente bien, pero solo una, su compañera eterna tenía un olor propio, único, tan adictivo que su cuerpo reaccionaba completamente a él. Anderson ya se lo había dicho y el dolor lacerante en su 6rgano reproductor se lo comprobaba, Mía Hiller, era su compañera de vida, aunque la odiase.

«Perra, perra vida, Mía... Estoy jodidamente condenado.»

Vio cómo Mía se alejaba de la casa, en sentido contrario de donde él

estaba, mientras sacaba su celular y marcaba unos números. Esperó atentamente, vigilando cada movimiento hasta que su sentido auditivo escuchó un nombre

—Hola Robert...

\*\*\*\*\*

Gabriella despertó con el corazón latiéndole furiosamente, la frente perlada en sudor y la boca reseca, miró el reloj que estaba en la cómoda de Anderson, para darse cuenta de que era casi medianoche, había dado tantas vueltas en su cama que al final había decidido ir a la habitación de Anderson y acostarse sobre sus colchas. Aunque, él no durmiera allí, las sábanas aún conservaban el olor de su compañero; y como Anderson, lo había dicho, su mundo. Podían llamarla loca, pero en esos momentos, estaba segura de que Anderson, dependía de ella tanto como ella de él.

Fue al baño y lavó su boca, se quedó unos minutos frente al espejo. La habitación de Anderson era tan varonil, tan de él, imaginó esperarlo ahí todas las madrugadas. Salió a la habitación y observó el balcón cerrado, era la habitación con mejor vista al bosque, y ella sabía el porqué, ya una vez, lo había visto bajar desde la ventana del ático.

Abrió las puertas dejando que la brisa extremadamente helada golpeará su rostro, la perenne capa de nieve estaba ahí, cada vez más gruesa. Miró la luna, tan hermosa y magistral; luego, enfocó su vista en el bosque, estaba punto de cerrar las puertas y volver a meterse a la cama cuando lo escuchó.

El aullido fue espeluznante, triste, doloroso y taciturno. Era él, su Anderson, llamándola desde algún lugar, pero de ¿dónde?, un nuevo aullido aún más desgarrador que el otro se escuchó, y Gabriella corrió a su habitación, a buscar su abrigo y guantes. No podía seguir soportándolo, su corazón parecía quebrarse tras cada aullido, revisó el cuarto donde Mía dormía plácidamente, segura de que estaba bien, cerró la puerta y se fue, caminó escaleras abajo, mientras escuchaba el lamento de su lobo, suspiró profundamente y abrió las puertas de la casa, para ir al bosque, en busca de su amor.

Caminó entre ramas, dejando que sus pies se hundieran en la nieve, no se había puesto los zapatos más adecuados y sentía que el frío iba a congelarle los dedos, pero ya no iba a regresar. Era como si una fuerza extraña la hubiese obligado salir de casa, aunque ella, no quería hacerlo. Caminó sin importar el



viento que parecía tomar más fuerza, sin importar la nieve que caía sobre su cuerpo; simplemente caminó, siguiendo el aroma a bosque y tierra húmeda que solo Anderson podía tener, internada en el bosque, Gabriella seguía a ciegas hasta que vio una luz.

\*\*\*\*\*

Sabía que Ethan lo vigilaba, no tenía un pelo de idiota, el imbécil de su hermano, lo había traicionado al quedarse con Anderson, ese en el que en algún tiempo llamó amigo, pero que lo traicionó cuando le arrebató a Manuella. Pero como nadie se burlaba de él, se empeñó, desde ese instante a hacer todo lo posible para que no estuvieran juntos; sin embargo, ella seguía apareciendo cada putos cien años, para hacerle revivir el dolor de la traición, por lo que él tenía que matarla, si no era para él, no sería nadie, tan simple como eso.

Solo mía... solo mía... ¡Mía!

Se había ido unos días del pueblo, intentando despistar a sus vigilantes; sin embargo, Ethan seguía atento cerca de su casa, pero él estaba internado en el bosque, rodeado de diversas plantas, que lo ayudaran a esconder su aroma corporal, con la única finalidad de que Anderson o el imbécil de Pávlov no captaran su aroma.

Escuchó delicadas pisadas sobre la nieve, el leve castaño de unos dientes, solo le bastó unos pocos segundos para tener la certeza de que «su nena bonita» estaba haciendo la misma estupidez, de cada cien años. Salir a buscar al maldito de Anderson, pero él mismo, se aseguraría, como las veces pasadas, de que no lo encontrara.

Siempre se preguntaba, qué tenía de malo él para que ella no lo escogiera, pero esa respuesta no le importaba en ese momento.

—Estás aquí, amor mío, estás aquí y, encontrarás tu muerte —murmuró antes de inhalar fuertemente para agudizar sus sentidos.

Ella no llegaría a Anderson.

—No me importa nada, Ella, ¡nada! Pueden pasar mil años y algún día caminarás, pero hacia mí, no a él... no a él —sentenció.

\*\*\*\*\*

Gabriella caminó más rápido, sin importar el golpe que acababa de darse

en la cara con la rama de un árbol.

A lo lejos, veía luz, un espacio amplio y libre de árboles, por lo que apresuró el paso para llegar cuanto antes; entonces, sus ojos se quedaron trabados en el animal frente a ella, era enorme, el pelaje grueso y rubio, de inmediato tuvo la certeza de que ese lobo era Anderson.

—Anderson. —Lo llamó suavemente y él se giró, mirándola aterrado—. Anderson. —Volvió a llamarlo, sabía perfectamente que allí en el fondo de su alma, detrás de todo ese pelo, dientes y babas, estaba su Anderson, el que la había cargado mientras la llevaba de camino a casa, él estaba ahí, lo veía en sus ojos. Dio dos pasos hacia él, pero le gruñó enseñándole los dientes.

—Aléjate, Ella —gimió en voz ronca—. Aléjate de mí, por un demonio.

—Yo... No me harás daño, Anderson, he llegado hasta aquí hasta la luna, soy tuya, tan tuya como ella. —Señaló al astro que iluminaba la oscuridad de la noche—. Y te amo.

—¡Soy una bestia! —gruñó—. ¡Un animal! —Su respiración estaba agitada.

—No me importa, yo amo lo que se esconde debajo del pelo —dijo ella con voz ahogada—. Por favor, Anderson, déjame tocarte. —Se acercó un poco más a él, haciendo que retrocediera—. ¡No soy de cristal, maldita sea! —gritó ofuscada—. No soy Manuella, ni Isabella. Tampoco soy Anabella, soy Gabriella Wilson, soy tu mujer, tu mujer, maldito perro pulgoso.

Anderson gruñó.

—Déjame tocarte, por favor. —Lágrimas gruesas corrían por sus mejillas—. Déjame amarte, déjame demostrarte que no voy a dejarte... Por favor. —Volvió a acercarse a él, suplicándole.

Anderson gimió a la luna, estar tan cerca y a la vez tan lejos lo mataba, aulló audiblemente, antes de recostarse en sus patas delanteras y gemir dolorosamente.

Gabriella se acercó, tenía miedo, mucho, pero lo amaba, era adicción, necesidad, sentía que necesitaba tocarlo y lo hizo. Acarició su pelaje a lo largo de su mandíbula, sin importar lo húmedo de la zona.

—Te amo. —Le murmuró—. Te amo odioso cabrón, patán de quinta, chucho asqueroso, te amo.

Con la mano libre limpió su mejilla y él gimió nuevamente.

«Esto no va terminar nunca, Gabriella... tú y yo, siempre y para siempre.»

Ella subió la mano por su pelaje, hasta situarlas detrás de las orejas,

acariciando con suavidad. La respiración de Anderson era arrítmica e inclemente; Gabriella se acercó un poco más a él, solo un poco, pero en un segundo, Anderson se echó a correr y desapareció en el espeso bosque.

«Vuelve, estoy aquí, soy tuya...»

# CAPÍTULO

## 16

Un aullido provocó que Mía despertara sobresaltada.

—¡Joder! —Le asustaba la sola idea de pensar cuán cerca podían estar esos lobos. Era como si la acecharan o la llamaran. Maldecía la hora en la que había ido a parar en ese pueblucho.

No había nada interesante qué ver, solo la nieve que caía monótonamente. Por otra parte, estaba el señor esteroides, y esa mirada que le dedicaba, como si la conociera de alguna parte, cuando estaba segura de que jamás lo había visto.

«¡Es un idiota egocéntrico!»

Tragó saliva al pensar, que quizá sería alguno de los amigos de Robert. Analizó la terrible posibilidad, pero al final, se dio por vencida; definitivamente, su rostro no le era familiar. Dio una vuelta más en su cama, pero completamente, segura de que no iba a poder dormirse.

—¡Genial! farfulló molesta.

Gabriella se había acostado temprano, alegando un dolor de cabeza fuerte, pero Gab siempre había sido una muy mala actriz. Algo preocupaba a su amiga y, ese algo, tenía que ver con Anderson, ella lo intuía. Se levantó de la cama, agarró su celular y buscó los números de contacto que necesitaba.

—¡Diablos! —gimió frustrada al no encontrar el número de teléfono de Jackson Wilson. En Inglaterra era de madrugada, pero eso no le importaba, necesitaba hablar con el hermano de Gabriella. Nuevamente, se escuchó el aullido de un lobo y, todo su cuerpo se estremeció, miró el reloj en la cómoda; era casi medianoche, asustada salió de la habitación y caminó hacia el cuarto de Gabriella, sorprendiéndose al ver la cama vacía—. ¿Dónde te metiste, Gab? —murmuró devolviéndose a su habitación. Buscó un abrigo porque algo le decía que probablemente no estaba en casa.

—¡Gab! —gritó a su amiga, y una vez más, un aullido la hizo estremecer. Parecía que estuvieran dándole una paliza a ese lobo, con manos temblorosas,

tomó su celular y marcó a la única persona que podía ayudarla.

—Hola, Robert... —susurró con el frío calándole los huesos.

—¿Dónde estás, perra?! —gritó Robert encolerizado—. Sabes que Damián va a demandarte, le jodiste la cara, idiota.

—¿Se propasó!

—Te le insinuaste, perra, las mujeres como tú siempre lo hacen, tú solo ibas a acompañarlo a la maldita cena, nada más —murmuró sulfurado; Mía lo sintió respirar hondo—. Mía, amor, vuelve tienes que convencer a Damián de que retire la acusación en mi contra.

—¿Y cómo se supone que haré eso?

—No me importa cómo lo hagas, solo regresa y hazlo. —suplicó con palabras atropelladas, lo que le daba la seguridad a Mía de que estaba bebiendo—. Ofrecele una mamada, revuélcate con él... Lo que sea. ¡No me importa!

Una lágrima solitaria y fría se deslizó por el rostro de Mía, siempre era igual.

«Él jamás iba a cambiar.»

«Gabriella tiene razón, no me ama.»

—No voy a volver, Robert... —murmuró firme—. No voy a volver a rebajarme para que tú alimentes tus vicios.

—¿Maldita sea! Mía Hiller, ¿recuerdas de dónde te saqué hace siete años?, no te vengas a dar de ingenua ahora —espetó con sarcasmo.

—¿Yo no quería estar ahí! —gritó ella—. ¡Tú lo sabías!, estaba ahí por mi madre, nunca tuve nada que ver con ningún cliente.

—Porque eres una frígida, ni siquiera sirves para calentar una puta polla. —La voz de Robert era histérica y ebria.

—Robert, necesito el teléfono de Jackson Wilson —dijo ella interrumpiéndolo.

La risa cínica de Robert se escuchó al otro lado de la línea.

—Siempre has estado enamorada del pelele de Wilson, lo vi en tus ojos cuando él estuvo en Nueva York, intentando que Gabriella hablara con su padre... Eres una golfa.

Mía respiró ruidosamente.

—Robert, Gabriella está en peligro, necesito el teléfono de Jackson y gracias a ti no lo tengo en mi celular. —Solo tuvo por respuesta un pitido.

Robert había colgado.

—¿Maldición! —gimió en voz alta, volvió a la casa y subió las escaleras

hasta llegar a la habitación de Gabriella, buscó en todas las gavetas hasta encontrar el celular de su amiga.

«¡Bendito sea Dios!»

Mía marcó rápidamente, pero la llamada no entraba, salió de nuevo al patio trasero de la casa y marcó el número... Un pitido, dos pitidos.

—Buenas noches. —La voz de Jackson se escuchó al otro lado de la línea.

—Jack, soy Mía —dijo ella rápidamente.

—Mía... ¿Le ha pasado algo a Gabriella? —Algo se movió en la espesura de los arbustos que colindaban con la casa; Mía quiso retroceder, pero la voz de Jackson la distrajo—. ¡¿Mía, sucede algo?! ¡¿Por qué estás llamando del teléfono de Gabriella? —exclamó el hombre exaltado al otro lado del auricular.

—No, ella está bien o, eso parece.

—¿Eso parece? —escuchó ruidos del lado de Jackson.

—Alec...

—¿Qué hizo ese hijo de puta? —Una puerta fue cerrada suavemente.

—Se llevó sus ahorros, la engañó con una exposición. Gabriella estaba triste, ella vino con tu abuela, solo que ... —No pudo decir nada más, sintió un fuerte mordisco en su cuello justo antes de caer en la inconsciencia.

\*\*\*\*\*

Paul, había corrido entre la maleza, persiguiendo el olor de Gabriella Wilson. Nunca se encontraría con Anderson, ella siempre seguía un patrón, lo tenía plenamente identificado, desde que la conoció, siempre había repetido la misma historia.

Faltando pocos minutos para la medianoche, ella siempre salía a buscarlo. Estaba cerca, podía sentir su corazón palpitar acelerado, sus pisadas en el bosque y como se detenía abruptamente. Ordenó a sus extremidades a andar más rápido, cuando divisó uno de los prados que había en el bosque, pero cuando se acercó, lamentablemente, vio la escena frente a él y frenó su maratónica carrera de inmediato.

La había encontrado tarde, ella estaba con él, lo acariciaba y tocaba como si fuese la cosa más hermosa que había visto en el mundo. Ellos eran monstruos, perros sarnosos, por lo que ella no tenía por qué tocarlo así, al

menos, no a él.

—No, no, no... detente, detente ¡No lo toques! ¡Me perteneces! —gruñó impotente.

Retuvo el deseo de aullar de dolor porque eso los alertaría. Sin embargo, intensificó sus sentidos y la escuchó:

—Te amo. —Le murmuró—. Te amo, odioso cabrón, patán de quinta, chucho asqueroso, te amo. —Vio cómo con la mano libre limpiaba su mejilla, mientras Anderson gemía.

El cuerpo de Paul se tensó ante las palabras murmuradas por la que consideraba su mujer.

Su cuerpo entero tembló y se impulsó hacia adelante, listo para atacar, estaba dispuesto a acabar con su maldición, los mataría a ambos como había resuelto en un principio, pero frenó a pocos metros de la pareja.

Alzó la vista mirando a su luna maldita. Estaban a pocos minutos de ser las doce, observó el otro extremo del bosque y corrió, alejándose del lugar. En un principio, disfrutaba arrebatarle a Anderson el amor de su chica, pero el sufrimiento iba a ser mucho peor si lo hacía después de la entrega. Dejaría que disfrutaran ahora, que hicieran lo que quisieran, pero Gabriella Wilson y Anderson Scott, pagarían muy caro su traición y dolor.

—¡Malditos sean ambos! Voy a disfrutar lo que viene ¡Lo juro! —se prometió en un murmullo.

Corrió en la noche, con la luna vigilante y enloquecido, en consonancia con su odio.

\*\*\*\*\*

Anderson, el lobo, correteaba veloz por el bosque sin importar la maleza o las ramas bajas que impactaban su cuerpo y rostro. Había huido una vez más porque no podía soportar el dolor de tenerla tan cerca, de sentirla tan suya.

Gabriella había dicho que lo amaba y él había gemido ante su tacto, se había mordido la lengua en más de una ocasión en esos siete días.

—Eres mía nena, ¡mía! Solo doce horas, nena... Ve a casa y escóndete de Paul. —Le suplicó en pensamiento.

Frenó al mencionar la última palabra, recordó que Paul, estaba desaparecido desde hacía unos días y, Gabriella estaba en el bosque.

«¡Maldición!» Podía haber en el mundo alguien más estúpido que él.

Dio media vuelta aullando a la luna, para que su mutación se retrasara un

poco, podía sentirla en su piel, en su sangre cada vez más espesa y caliente. Menos de veinte minutos para que el cambio fuese total, para que su naturaleza lo dominara, necesitaba llegar al claro, necesitaba que ella se quedara en casa a salvo de Paul y a salvo de él.

Corrió por el mismo camino hasta llegar al claro en el que hacía minutos estaba con ella, pero estaba solo. Aulló, nuevamente, obligando a su cuerpo a volver a su estado humano, gimió de dolor mientras sentía su cuerpo quemarse por la luna, ningún cambiante, licántropo o, como fuese que los llamasen, podía resistirse a los mandatos de la madre y, él estaba contradiciendo su naturaleza lobuna.

—¡Ella! —gritó cuando logró emitir más que aullidos y gemidos—. ¡Ella! —Tonto, ¡era un maldito tonto!—. Gabriella, mi amor, ¿dónde estás? —Sentía al lobo tomar su cuerpo nuevamente, cayó al piso sin dejarse controlar totalmente, se levantó de la gruesa capa de nieve e inhaló fuertemente para llenar sus pulmones. No había rastro de Paul, pero sí de Gabriella.

\*\*\*\*\*

—¡Anderson! —gritó agarrando su pecho—. Regresa. —Su voz salió ahogada por el llanto y se dejó caer de rodillas sobre la fría superficie—. Anderson... —susurró al viento, pero al ver que no tenía resultados, porque definitivamente él se había ido, se levantó y empezó a correr por la maleza, sin importarle cuántas ramas pegaban contra su rostro y brazos.

Podía sentir su gemido lastimero, podía aspirar el olor a tierra húmeda de su hombre, porque él le pertenecía tanto como ella era de él.

Llegó a un nuevo claro y se detuvo, al ver la figura del hombre frente a ella, estaba desnudo, la luz de la luna lo bañaba levemente. No era un humano, su naturaleza seguía allí, medía casi el doble que, en su estado normal, estaba de espaldas a ella y mirando a la luna.

—Anderson. —Lo llamó, pero vio cómo su cuerpo cubierto por pelos se tensaba—. Mírame, por favor —susurró.

Las manos de Anderson eran dos piedras pesadas.

—Ve a casa, Ella —murmuró sin girarse—. Me lo prometiste, ¡así que ve a casa ahora!

—No Anderson, no lo haré...

—Tú... Tú no entiendes. —Su voz era gimiente y desgarrada, era el miedo de entender que estaba en un punto de su existencia, donde todo el dolor



y la soledad, podía hacerse más grande y destrozarlo por completo.

«Mueres y yo no sobreviviré...»

—¡El que no entiende eres tú! No voy a hacer lo que estás haciendo, ¡Alejándote de mí!

«Mírame bebé, ves cuánto me duele esto... Me duele Anderson.» — suplicó en su cabeza.

—¿Por qué me haces esto, Gabriella? —murmuró él.

—¿Por qué me haces esto, tú a mí? —respondió ella—. ¿Qué no me ves? —Caminó dos pasos hacia él—. Estoy quemándome por ti, tu luna me llama a seguirte esta noche.

—Te has puesto en peligro al salir de casa...

—Lo sé, pero necesitaba decirte que te amaba, que te amo.

«Mírame, Anderson, gírate y mírame...» —seguía suplicando internamente.

Anderson caminó hacia ella, había determinación en su mirada y fuego, era el deseo recorriendo su cuerpo, la alzó colocándola sobre su hombro y empezó a caminar en dirección a una de las cabañas que tenía en el bosque. La obligaría a quedarse ahí hasta que la luna se escondiera y diera paso al sol. Si bien, la cabaña del bosque no era tan segura como su casa; sin duda, era mejor a que ella estuviera expuesta en el bosque.

—Anderson...

—Calla, calla, calla. —Le gritó antes de negar con la cabeza—. No ves en el dilema que me has puesto...Te deseo. —Guardó silencio mientras controlaba el animal en su interior—. Mucho. —Su voz se había distorsionado—. Pero tomarte ahora, es poner en peligro tu vida y, no puedo. Paul puede aparecer en cualquier momento, ¡qué no lo entiendes! —murmuró en voz alta—. Dependo de ti... ¡De ti! Si Paul aparece, lucharía por ti, bebé. No permitiré que te alejen de mí una vez más, no podría soportarlo.

—Ethan y Víctor, están en el bosque. —Gabriella sorbió su nariz—. Paul no sería tan estúpido cómo para aparecer ahora...

Anderson divisó la cabaña a lo lejos y agradeció que a pesar de no estar amueblada Ethan había logrado que tuviese electricidad y agua, gracias a paneles solares y una bomba de gas.

—Voy a dejarte en un lugar y, tú vas a quedarte ahí.

—Solo si te quedas junto a mí.

—¡No! —Anderson mostró sus dientes aun cuando ella no podía verlos—. Faltan diez minutos para la media noche, diez minutos para que la luna esté

en su punto, te amo Gabriella, pero si te hago mía con la luna rigiendo mis instintos, te tomaré como mi naturaleza me obliga y no deseo que sea así...

Durante varios minutos, ninguno de los dos dijo nada, Anderson tenía cada una de sus fuerzas controlando al animal que purgaba por salir, Gabriella sabía que nada de lo que le dijera lo haría cambiar de opinión, sintió cómo sus pasos se aminoraban y levantó la cabeza justo en el momento que él la dejaba de pies sobre la capa de nieve que cubría el suelo.

—Entra...

—No lo haré.

—¡Entra ahora!

—¡No! —gritó ella perdiendo la paciencia.

Anderson la tomó del brazo obligándola a entrar a la pequeña construcción que ella no conocía.

—Vas a quedarte aquí.

—Saldré a buscarte tan pronto te vayas... —Anderson negó con su cabeza, se sentía débil, sentía que sus barreras para rechazarla estaban resquebrajándose—. Te entiendo, te deseo. ¡Estoy aquí! Tómame como te lo dicte el corazón, Anderson, tómame bajo la luz de la luna, soy tuya Anderson.

—¡No quiero lastimarte!

—No lo harás...

—¿Qué te hace estar tan segura?... —Se acercó a ella intimidante—. Voy a perder el control, Ella... Lo haré y no podré perdonármelo. —En lugar de retirarse, Gabriella se acercó a él inclinándose en la punta de sus pies—. Por favor, aléjate. —Dejaba en evidencia el dolor en su voz—. Por favor...

«Me dueles, aléjate, nena, me dueles.» —suplicaba en silencio, mirándola a los ojos.

—¡Por favor, tú! —gritó ella, tocando su brazo—. Mírame Anderson, ¡mírame! No sé cómo ni cuándo, pero mi corazón estaba roto, mi vida destrozada y tú has sido tan extraño conmigo, tan bueno y dulce, me has mimado. Me he sentido amada, respetada, siento que alguien en realidad me mira, me siento tan vinculada a ti, de una manera que ni yo misma entiendo. —Se abrazó a su pecho—. Me estoy muriendo por ti... —Alzó el rostro sin importarle sus filosos dientes—. Bésame, Anderson.

—¡No! —Se alejó, su parte animal deseaba tenderla en suelo y embestirla tan fuerte y salvajemente hasta que quedase saciado, pero su parte humana le gritaba que corriese en dirección opuesta, se sentía atrapado entre dos mundos, entre lo bueno y lo malo, entre el deseo y la razón. Amarla o

protegerla, disputándose en su cuerpo y en su corazón. Sabía que el más perjudicado sería él. Vio cómo Gabriella bajaba el cierre de su chamarra, hasta dejarla caer al suelo, se quitó la camisa que estaba debajo, dejando a la vista sus tersos pechos, sus pezones erguidos por el frío de la noche. Desabrochó el botón de su pantalón y se quitó las botas.

Anderson gimió, aulló a la luna que se interponía entre su mujer y él; mientras, Gabriella, se desprendía de toda la ropa que cubría su cuerpo y, se entregaba a él, como ninguna de sus versiones anteriores lo había hecho.

Ella se estaba entregando a él, al hombre y al lobo.

—¿Qué estás haciendo? —La voz de Anderson se escuchó irregular, su entrepierna dolía, estaba tan erecto como un mástil, aulló nuevamente con dolor, su rostro se desfiguró al punto de que los colmillos se alargaron y sus orejas se corrieron hasta quedar puntiagudas, aulló más fuerte, peleando internamente con la bestia que ordenaba tomar lo que por derecho le pertenecía.

Gabriella, lo vio luchar contra la bestia que se apoderaba de su cuerpo, el ser humano combatía para no dejarse vencer, un animal salvaje y fiero lo poseía, lo veía retorcerse con dolor, aullar y gemir lastimosamente.

—No vas a detenerme con eso —dijo ella en un acto de valentía—. No tengo miedo, te amo tal como eres.

—¡Déjame ir! —rugió con voz temblorosa—. Por el amor a todo lo sagrado, no sigas haciendo eso. —Su voz salía marcada a fuego; el viento afuera creaba un murmullo entre las ramas de los árboles, probablemente en poco tiempo empezaría a nevar de nuevo.

—Tómame, ¡me estoy entregando a ti! Tómame.

—¡Basta! —rugió aún más fuerte, mientras la bestia seguía luchando—. Por favor, bebé... déjame ir —gimió, Anderson sabía que solo bastaría un empujón para zafarse, pero aun con su naturaleza animal intentando dominar sus acciones, sabía que incluso un empujón podría lastimarla.

Ella se apretó a él, valiente, fuerte y decidida, observó su perfecto cuerpo bañado por la luz de la luna, que entraba por la única ventana al interior de la casa, su trabajado y esculpido cuerpo, su piel de mármol brillante. Extendió su mano hacia él, sin importar le el frío inclemente que la azotaba con fuerza, a pesar de no estar a la intemperie, nada importaba, sabía perfectamente que él le daría calor, el calor que ella necesitaba y que apagaría su necesidad.

—He llegado hasta aquí, Anderson, ¿eso no te dice suficiente? —dijo ella colocando su mano en su pecho nuevamente—. Te necesito, no puedo respirar.

Anderson miró sus pechos desnudos, coronados por dos montículos rosa carmesí, ella era perfecta y él podía lastimarla, tiró de su brazo una vez más, pero ella lo retuvo.

—Por favor... —dijeron los dos a unísono.

Él rogaba que lo dejara alejarse.

Ella le suplicaba que se quedara.

—No lo hagas más difícil, cariño. —Ella vio sus ojos temerosos y profundos, su nariz perfilada y su rostro duro, atravesado por la gran cicatriz, y dio un paso más hacia él, sin dejar de tocar su pecho. Estaban completamente desnudos mientras todo apremiaba.

Anderson siseó un poco, al sentir el calor del cuerpo de su mujer junto a él, la hora pactada estaba cada vez más cerca, el aroma de Ella y el olor de su excitación lo estaban volviendo loco; sin embargo, mantenía a la bestia aún encerrada en su cuerpo, con mucha dificultad.

—Ella —gimió aún más fuerte, cuando los pezones de ella, chocaron contra la dureza de su pecho. Gabriella rodeó su cuello, empinándose un poco, hasta morder su barbilla—. Por favor, bebé, dejarme ir... te prometo que mañana, cuando la luna no...

—No lo haré —lo interrumpió ella—. Soy tu mujer, Anderson y, quiero serlo por completo ahora, ahora que eres tú —susurró mientras trazaba con sus labios un camino húmedo hasta su oreja.

Anderson aulló como el hijo de la luna que era, estaba lleno de deseo y lujuria, y cuando ella lo besó, dejando su cuerpo totalmente recostado al de él, perdió la poca cordura que aún lo sostenía.

Apretó su erección contra su vientre, cernió sus brazos sobre el menudo cuerpo de Gabriella, apretándola contra sí, su boca buscó la de ella devorándola, penetrándola con su lengua, haciéndole el amor mientras embestía contra su vientre.

Gabriella jadeaba por aire, entregada completamente a él, el calor de sus cuerpos que juntos se encendían, se rendían a la necesidad de acabar con una maldición que los perseguía desde hacía mucho. En ese momento ella representaba a Isabella, Manuella y Anabella juntas, todas ellas, amando al hombre que ellas amaban.

Dejó que sus manos acariciaran su cuerpo, moviéndolas en todo lo que él le permitía. En un movimiento brusco y desesperado, él la giró besando su nuca, su espalda, cada una de sus vértebras; mientras, ella jadeaba, derritiéndose en el fuego de la pasión a la que él la inducía. Las fuertes y

ásperas manos del hombre apresaron sus pechos, haciéndola gritar y estremecer de placer.

Era un acto netamente carnal, como Anderson lo necesitaba; en el fondo, ella sabía que quizá en otras circunstancias, Anderson sería más delicado, pero en ese momento, era brusco pasional y fuerte, ¡y maldita fuera! Si negara que le gustaba lo que sus manos hacían en su cuerpo.

La mano de él abarcó su sexo, colándose entre sus pliegues y comprobando la humedad que emanaba de su cuerpo.

—Soy un lobo —murmuró él con voz áspera—. Soy un animal, Gabriella, un perro condenado a obedecer el llamado de la luna. —Movía sus dedos de arriba abajo con destreza, y aspereza, haciéndola gemir de placer, tanteando su clítoris con maestría—. Te di la oportunidad de dejarme ir y me la negaste.

Le tomó todo de sí a Gabriella, reunir fuerzas que le permitieran hilvanar una frase.

—No soy una cobarde y, deseo esto más de lo que tú puedes desearlo —murmuró con voz febril—. Tómame, Anderson... Hazlo sin arrepentimientos, como si no existiera un mañana, tómame sin miramientos, ¡hazme tu mujer de una jodida vez! Puedo contigo, con el hombre y con la bestia... no soy de cristal, mi amor...

El animal en su cuerpo jadeó antes de tumbarla súbitamente sobre la alfombra de la cabaña. La colocó boca abajo, y ella arqueó su cuerpo delante de él,

La mano fuerte de él bajó zigzagueante a su espalda, ella elevó su pequeño y redondo trasero, mientras él olfateaba su sexo. Anderson aulló extasiado antes de penetrarla de una sola y certera estocada.

Gabriella tembló entre sus brazos de hierro, cuando sintió el miembro de Anderson abrirse camino en su interior, su miembro era grande, grueso y repleto de terminaciones nerviosas que hacían que fuese doloroso, él se quedó quieto y ella intuía que estaba tomando todo de sí para no empujar dentro de ella como un salvaje.

—Te amo —dijo él entre dientes—. Lo siento, voy a lastimarte, lo siento. Te compensaré, lo juro. —Apretó el brazo en su vientre y se alejó de su cuerpo, antes de empujar su erección dentro de ella una vez, después aulló como si lo estuvieran maltratando.

—Anderson... —Las manos de Gabriella formaron dos puños sobre la alfombra. Sus rodillas se lastimaron ante las fuertes acometidas, pero nada importó, ni el dolor en las palmas de sus manos, ni el escozor en su rodilla y

sexo.

Respiró profundamente, obligando a sus pulmones a tomar aire en cada embestida fiera que le daba. Podía sentir todo, la fuerza, el calor, el deseo y el placer de él, pero en un lugar, quizá en el más recóndito de la memoria de Anderson. El hombre que habitaba en él también luchaba, lo sabía por los besos suaves en su nuca, por la forma en la que su mano se tensaba en su vientre para luego acariciarla con ternura.

Él estaba ahí mostrando la lucha de animal y el hombre. Ambos tomándola con lujuria y deseo, con pasión y cariño. Ambos anhelando el momento en el que ella fuera completamente suya, sus carnes chocando al ritmo frenético y desesperado del latir de sus corazones, convirtiéndose en uno, amándose sin control.

Anderson rugía, moviendo sus caderas a un ritmo desconcertante, enterró su nariz en el cabello de Gabriella, y acarició sus costados con suavidad, hasta sujetar sus caderas, apresándola con ambas manos en las caderas, aumentando el delirante vaivén de sus embestidas.

—Te amo. —El aire se impregnaba de la fragancia de ambos, de ese olor metálico del sexo y de la necesidad de estar juntos para siempre—. Eres mi mundo, Gabriella, todo en esta vida carece sin ti.

«Eres mía... Mi caramelo de chocolate.»

Anderson lamió su espalda, su cuello y hombros, quería lamer cada poro de su piel. Sus manos se movieron por todas partes, masajearon sus pechos, acariciaron su clítoris, bebiéndose cada jadeo que salía de su boca.

Mientras de él salían aullidos, jadeos y un sinfín de maldiciones, que acompañaban dos corazones que latían ante un solo palpitar. Los minutos fueron eternos para los amantes que consumaban su unidad eterna.

Gabriella Wilson, supo que su vida cambiaría a partir de esa noche, nada sería como antes, adiós a la niña rebelde. Esa a la que su padre había desterrado, la que había tenido el corazón roto. Ya no podía odiar al hombre que había comprado la casa de su abuela, a partir de esa noche, ella sería la mujer de un hombre que trasmataba cuando la luna llena hacía su aparición.

Sintió cómo cada partícula de su cuerpo se dilataba ante el momento culminante, se sentía entumecida, a pesar de que su cuerpo parecía disfrutar de la fricción que Anderson le otorgaba, en la intimidad más primitiva del ser humano.

Anderson hacía promesas silenciosas.

Anderson prometía un para siempre.

Estar atada a él como ella lo deseaba.

Su cuerpo empezó a tensarse, contrayéndose ante la magnífica sensación de plenitud, que solo daba el amor correspondido.

Se dilató ante el inminente placer que concedía el orgasmo, y Anderson, exclamó un sonido sordo cuando sus paredes internas se cerraron alrededor de su miembro. Su cabeza descendió hasta su hombro, mostrando los dos afilados colmillos que rasgaron la piel fuertemente, marcándola para una eternidad; por toda la vida, mientras su cuerpo se estremecía sobre el de ella.

Con el cuerpo agotado, el corazón latiendo desesperado y sus pulmones colapsando por la falta de aire, Gabriella dejó que su cuerpo desmadejado cayera.

# CAPÍTULO

## 17

Así era como se sentía el éxtasis, era el correr de la sangre frenéticamente, era sentirse totalmente pleno.

Medianoche y la primera luna llena en la que su animal interior no se apoderaba al cien por ciento de su cuerpo, aunque, su apariencia era humana, sus garras y sus afilados colmillos mostraban su verdadera naturaleza. Naturaleza, que, en esos momentos, no importaba debido al cuerpo cálido que tenía entre sus brazos.

«Tantos años... tantos, y finalmente siento paz. Luna, no permitas que esto acabe... no permitas que vuelva a sufrir, ya no puedo más, es ahora o nunca...» —pensaba Anderson estrechándola más entre sus brazos.

Se había asustado cuando la vio caer en el suelo con la espalda ensangrentada y rosetones en sus caderas. El horror desfiguró su rostro cuando la llamó y ella no respondió; al menos, no enseguida.

Gabriella había intentado ponerse en pie, pero estaba exhausta, así que él la había tomado en brazos y la llevó al pequeño baño que estaba en la cabaña; una vez más, agradeció que Ethan mantuviera sus propiedades en funcionamiento.

El agua caliente cayó sobre los dos, haciendo gemir a Gabriella, la pegó a su pecho, quitando de ella las marcas de sangre seca de su hombro.

—Lo lamento por esto, nena —murmuró besando los arañazos que había causado con sus colmillos.

—Me has marcado. —Aún con el ardor y dolor que sentía, Gabriella estaba satisfecha.

—Lo he hecho, ahora eres, Gabriella Scott, nada ni nadie te apartará de mí, bonita. —La miraba con adoración y dolor por sus profundas heridas, que se veían enormes, bajo su mirada aterrada, pero que en realidad solo eran leves rasguños que se veían fatales por la sangre en su piel.

—¿Me lo prometes? —Ella se había girado entre sus brazos y lo había besado castamente, le sonrió con ternura, y en ese momento le dio paz y



tranquilidad.

—Detente Ella, aún estoy bajo el dominio de la luna, me ha costado todo de mí, mantenerme sin desobedecer mi naturaleza... —Le devolvió el beso mordelón—, pero si el animal vuelve, no voy a poder controlarlo y ese sí te hará daño. —Las manos de Gabriella marcaron su cicatriz.

—Es hermosa.

—Una cicatriz de guerra. —Ella besó el extremo de la cicatriz en su mejilla—. Fuiste muy desobediente, saliste de casa. —La amonestó.

—Me llamabas —dijo ella.

—Sí, lo hacía... Siempre lo hago, siempre te llamo. —A pesar del agua tibia que rodeaba sus cuerpos, estar entre los brazos de Anderson le daba mucha más calidez.

—Será una gran cicatriz —dijo ella, mirando sobre su hombro.

—Te dolerá un poco —murmuró él, besando su hombro sano.

—Víctor podrá curármela para que sane más rápido. —Anderson negó.

—Vick no puede curar la herida hecha de la mano de uno de los nuestros. Le es imposible.

—Entonces, soportaré orgullosa la marca de mi hombre... —Gabriella suspiró tocando su colgante—. No puedo marcarte yo. —Haló con fiereza a Anderson, se sentía animal, posesiva.

—No hay necesidad, siempre he sido tuyo. —Gimió él, cuando ella se pegó más a su cuerpo—. Pórtate bien, futura señora Scott. —Ella sonrió antes de quitarse el colgante.

—Mi madre me lo dio antes de morir... —murmuró—. Eres mío, Anderson,

—En cuerpo y alma.

—Te amo.

—Y yo a ti. —Cerró la llave y buscó algo para secarla, Ethan era precavido y aunque la casita no tenía grandes muebles, tenía una cama y, seguramente, en algún lugar había ropa de cama, sonrió al encontrarla y volvió con ella, que había vuelto a abrir la llave de la ducha—. Pero te llevaré a casa, te meterás bajo las sábanas y me esperarás ahí. —La besó y ella recibió el beso con la misma pasión que él le entregaba al tiempo que cubría su cuerpo con una colcha de cama.

La mantuvo caliente mientras caminaba con ella en su regazo en el camino de la cabaña a su casa subió las escaleras, haciendo el menor ruido posible y entró hacia su habitación. Dejó el cuerpo dormido de su mujer en el centro de

las sábanas rojas con negro y la cubrió con un edredón nuevo, después de haber desinfectado y vendado la herida en su hombro.

«Duerme bien bebé, mi niña, mi reina... Mi mujer» —murmuró mentalmente.

Revisó las puertas y cada rincón de la casa, buscando algún indicio de Paul, pero no había nada, como si la tierra se lo hubiese tragado.

Volvió a la habitación donde Gabriella descansaba, tenía el cabello extendido sobre su almohada, su pequeña boca rosa en forma de un puchero y su cuerpo desnudo bajo las sábanas, lo hicieron aullar quedamente.

«Cientos de años de vida para este momento...»

Abrió la ventana de su habitación, salió al pequeño balcón y cerró fuertemente antes de saltar, aterrizó y sus cuatro patas se enterraron en la nieve. Se había encargado de asegurar cada puerta de su fortaleza y, con esa firme convicción, corrió hacia el bosque.

\*\*\*\*\*

Víctor Pávlov había hecho muchas estupideces en sus seiscientos años de vida, una quizá más fuerte que otra, pero esta, sin duda, se llevaba el título.

«¿Por qué hueles tan bien, maldita?»

Pensó agarrando los cabellos de la mujer a su lado, no era la primera vez que desafiaba a la luna, menos cuando era el día de regimiento, no sabía si Anderson o Ethan se habían entregado a ella, ni siquiera sabía qué había pasado con Gabriella. La chica le agradaba, no podía decir lo mismo de su recién descubierta compañera de vida.

«El karma es una perra...»

Tenía que haber dado media vuelta e internarse en el bosque, a cambio, se había quedado escuchando la conversación entre el tal Robert King y Mía.

—No voy a volver, Robert... —murmuró ella firme—. No voy a volver a rebajarme para que tú alimentes tus vicios.

—¡Maldita sea! Mía Hiller, ¿recuerdas de dónde te saqué hace siete años? No te vengas a dar de pura... —murmuró con sarcasmo.

—¡Yo no quería estar ahí! —grito ella—. ¡Tú lo sabías!, estaba ahí por mi madre, nunca tuve nada que ver con ningún cliente.

—Porque eres una frígida, ni siquiera sirves para calentar una puta polla. —Su cuerpo había convulsionado ante lo último dicho por el hijo de puta. Empezó a descender en dirección a la casa y vio cómo Mía entraba

prácticamente corriendo, salió a los minutos hablando con otro hombre.

«¡Putas!» —gritó en su cabeza una y otra vez, ante la evidente emoción de Mía con el hombre al otro lado de la línea.

Su boca se llenó de babas y su pelo se erizó completamente ante su dulce voz. Sus ojos se oscurecieron por seiscientos años de odio, desafiando su naturaleza.

Víctor había vuelto a su forma humana y antes de que pudiera pensar en lo que estaba haciendo, tocó el punto muerto de la chica, aquel que hacía que los humanos se desmayaran. La vio caer al suelo, desmadejada y vulnerable.

La tomó en brazos, mirando las finas facciones de su rostro, lo suave y delicada que era su piel y lo brillante y hermoso de su cabello.

«Eres hermosa, perra y, estoy jodidamente colado por ti»

Agarró un mechón de cabello y lo llevó a su nariz, oliendo insistentemente.

Había descubierto la cabaña hacía un par de días e ingresado en ella pensando que podría ser un buen escondite para Paul, pero la cabaña estaba limpia, contaba con electricidad y agua, a pesar de no estar amueblada, no había rastros del perro traidor, así que, cuando se vio con la mujer en brazos, solo pudo llevarla ahí.

La cabaña tenía un fuerte olor a sexo y el aroma inconfundible de Gabriella, a pesar de que el aroma lo estaba enloqueciendo, dejó a la mujer en la única cama disponible, mientras buscaba con qué retenerla, cuando supo que no se escaparía, dejó que uno de sus dedos repasara el contorno de su rostro, antes de fijarse si las cadenas estaban bien sujetas.

—Eres mía, chiquita... y yo estoy completamente jodido por ti, así que, de ti depende cuánto tiempo estemos aquí, porque te juro, que no me harás lo mismo que seiscientos años atrás. —Sonrió lobunamente, necesitaba cosas para adecuar la cabaña, casi amanecía y solo esperaba que su lobita no despertara; al menos, hasta cuando él regresara—. De ti depende, nena, que esto sea divertido, de ti depende, porque te juro que, si dices que sí, muñeca, no te arrepentirás jamás.

Víctor la recorrió de arriba abajo, entendiendo que de ese momento en adelante estaba a un paso de volverse loco.

\*\*\*\*\*

No sabía cuánto había corrido, solo quería estar lejos.

¡Solo!  
De ella.  
De él.

Tantos malditos años separándolos y siempre ella iba a él... Siempre a él.

¿Por qué?  
Maldita sea, ¿por qué?

Quería matarlos a ambos y de una vez terminar con su suplicio, con ese dolor que le taladraba no solo el corazón, sino también los huesos. Ella siempre pisoteándole sus sentimientos, arrancándole el alma, desde que se la había tropezado en aquel parque junto a su doncella.

«La recordó como si hubiese sido ayer. Tan Ella, tan especial. Su cabello rubio cubierto por un sombrero elegante, como un niño pequeño la observaba, escondido entre los árboles del parque, mientras Manuella con actitud coqueta, le sonreía debajo de su abanico de mano.

Y Paul la amaba, con locura, con adoración. Investigó todo sobre ella, su chica de aroma a jazmín y fresas, no podía reconocer el olor, pero estaba ahí y ella sería para él.

Darí el primer paso en la fiesta del gobernador, se acercaría a ella y la cortejaría. Gracias a su inteligencia, y sus muchos años de vida, había hecho algo de dinero en los juegos de mesa. ¡Él era digno de ella! No quería ir solo, por lo que invitó a Anderson, era su mejor amigo, además, que Ethan, su hermano, odiaba estar en lugares donde hubiera muchas personas, no envidiaba para nada su don.

Se colocó su mejor traje y, cuando llegó a la mansión, la buscó por muchos minutos sin encontrarla, sintió cómo Anderson afinaba el piano para tocar y negó con la cabeza, Anderson y su maldita obsesión por el monstruo de marfil. Caminó hacia él y la vio.

Su nena de cabellos dorados miraba anonadada la forma en cómo su mejor amigo acariciaba las teclas. Esa debió ser su primera pista, pero lo dejó pasar, se acercó a ella y trató de conversar, pero su doncella no la dejó.

Pasaron días antes de que volviese a acercársele, pero ella lo rechazó totalmente. Herido en su orgullo y con el ego destrozado, Paul huyó.

Una mujer, otra, una más, muchas pasaron por su lecho donde intentaba olvidar, pero ninguna olía tan bien como su nena, nadie tenía los labios como ella, así que volvió dispuesto a enamorarla, porque ella era *su mujer*.

Intentó hacerlo, sin embargo, todo fue en vano.

La lujuria debía enceguecerlo. Mujeres llegaron a su vida, una tras otra, pero solo servían para sofocar el fuego animal que recorría sus entrañas. Un rechazo tras otro, por parte de su amada, los soportó estoicamente hasta enterarse de la verdad.

Manuella Collins, se casaría con Anderson Scott.

Rompió el periódico en mil pedazos, todos y cada uno de ellos, con el alma enloquecida por el dolor de la traición.

«Maldito seas, Anderson, mil veces maldito»

En la cantina de la ciudad, bebió como poseso, miles de mujeres admiraron sus profundos ojos negros, su piel color canela y la musculatura de su cuerpo.

Cuando la noche llegó, se entregó a los designios de la luna y corrió al bosque, aullando como animal herido y dolido.

¿Cuántos días y noches estuvo refugiado entre la profundidad del bosque? Nadie podría saberlo, sentía que algo dentro de él bullía de manera dolorosa.

«Siempre Anderson... Siempre tú, maldito»

“Anderson hijo, es un chico que no da problemas”—decía su padre cada vez que Paul llegaba a casa, después de la escuela, con un golpe en su rostro por peleas infantiles.

“Anderson me explica bien matemáticas”—murmuraba Ethan, mientras hacían sus deberes y, Paul no tenía paciencia para explicarle a su pequeño hermano.

“Hoy Anderson me ayudó a cargar el alimento desde la cocina, chico, deberías aprender un poco más de él”

“Cazas como una niña, a tu edad el joven Anderson ya había cazado su primer zorro” —expresaba su abuelo con orgullo.

Siempre Anderson, siempre él.

Salió del bosque con una simple convicción, Manuella Collins no sería de él, pero tampoco de Anderson Scott.

Faltaba un día para la luna llena, podía sentir el cambio en su cuerpo. Esperó... esperó y Anderson se fue, no controlaba sus instintos, aún, de hecho, ninguno lo hacía. Cien años no eran suficientes para asimilar los cambios en sus cuerpos.

Esperó y atacó.

Ver el carruaje descontrolado de Manuella le dolió, pero no tanto para evitar la desgracia, disfrutó ver sufrir a su mejor amigo, ahora enemigo. Se paró frente al carruaje, el cochero lo vio y le enseñó sus dientes, asustando al

hombre de avanzada edad.

La lucha con Anderson fue gratificante; por el solo hecho, de ver a su “amigo” con el alma y el corazón destrozado.

«Sufre Anderson... sufre, te lo mereces, por cada una de las cosas que me has quitado, por todo, no me importa si debes sufrir eternamente, no me importa...»

La compañera de un lobo era una sola... Y era para siempre.

Paul aulló una vez más a la luna, rumiando su tristeza.

«Me haces daño, nena, siempre me haces daño...»

Los “Te amo” susurrados por su nena, aún sonaban como ecos en su cabeza, se paró sobre sus patas, sonriendo lobunamente. Como cada luna llena, cada cien años, Anderson Scott revivía su dolor.

\*\*\*\*\*

Ethan llegó justo a la ladera, donde había quedado en encontrarse con Víctor; sin embargo, no estaba ahí. Inhaló el aire fresco de la madrugada, buscando algún indicio de una pelea o de si Paul estaba cerca, pero no había nada.

Estaba cansado, su vida se había basado en cuidar a su hermano Paul a la distancia, en su mente, tenía los recuerdos de los últimos momentos de cada una de sus víctimas.

Amaba a Paul, pero estaba agotado, desgastado, había dejado de vivir, para hacerlo en pro de él. Paul, siempre había sido obstinado y caprichoso, pero había sido Manuella la que había detonado el lado cruel de su hermano.

El rechazo de la mujer hizo mella en el cuerpo de Paul, acostumbrado siempre a tener lo que quería, aunque le costase, aunque tuviese que pasar por encima de quien fuese. No culpaba a esa chica, el amor es pureza y en el corazón no se manda, tampoco podía culpar a Anderson, cuando su único pecado había sido amar, además, de que Anderson era su hermano, su alfa, aunque Anderson lo negara.

Había hecho lo que todo licántropo hacía cada vez que la luna se colocaba en su punto máximo: entregarse a ella como un amante devoto.

No había sabido nada de Víctor ni de Anderson, esperaba que estuvieran bien, porque tampoco había sentido a Paul. Había estado esperándolo a una distancia prudente de su casa, mientras Víctor vigilaba a Gabriella. Anderson, había cortado toda conexión telepática hacía dos días. Como en todas las lunas

llenas.

Miró la casa desde la pradera, escuchando el leve latido del corazón de Ella, ni rastros de Mía, aunque la chica, amiga de Gabriella, no estaba en peligro, así que no se molestó en investigar, seguramente había salido al pueblo y se había quedado ahí. Descansó sobre sus patas y dejó que su cuerpo exhausto se recostara.

El sol no tardaría en salir y no sería hasta la próxima luna llena que podrían entregarse al frenesí de su naturaleza, estaba a punto de relajarse totalmente, cuando algo captó su atención.

Sus orejas se levantaron y el ambiente se llenó de ese aroma que él podría reconocer a kilómetros de distancia.

El lobo de pelaje oscuro corría raudo y veloz por los bosques del pequeño pueblo canadiense, con los ojos inyectados de rabia, el dolor carcomía sus sentidos. Ethan entendió que aquel solo tenía algo en su mente:

Asesinar.

\*\*\*\*\*

Por la mente de Paul solo rondaba una cosa, matar a Gabriella Wilson por su desprecio, por lastimarlo como nunca nadie lo había hecho, necesitaba sentir que cobraba venganza por su propia mano. Una vez más, ella se arrepentiría de no haberlo escogido a él, de sentenciarlo a cien años más de sufrimiento y dolor. Salió al claro que colindaba con el patio trasero de la mansión de Anderson y miró la casa, inhaló fuertemente buscando saber si él o ella se encontraban en ahí.

Anderson no estaba en casa.

Pero ella, ella olía malditamente a él; sin duda, la había marcado y eso lo hizo gemir internamente, antes de aullar fieramente.

«Vas a pagar Anderson, vas a pagar, maldito. Esta vez llorarás lágrimas de sangre, esta vez quitaré tu sucio olor de su cuerpo antes de matarla.»

Apresuró sus pasos hasta llegar al campo abierto. No había rastros de Ethan ni de Anderson, en casa se acercó a la puerta trasera, antes de sentir cómo algo lo golpeaba en el costado, alejándolo varios metros de donde estaba.

Gimió ante la punzada fuerte y el crujir de sus costillas; aun así, se levantó para ver de frente al lobo gris que jadeaba por el golpe también.

—Apártate —masculló enseñando los dientes.

—Vete de aquí Paul —siseó Ethan, tomando la misma postura, patas erguidas, pelo erizado y gesto fiero—. Nada de lo que hay aquí te pertenece —murmuró el lobo más joven.

Paul sonrió, en su mente, Ethan pudo escuchar la carcajada cínica y sardónica que su hermano le daba.

—¿Quién me lo va impedir? ¿Tú? —dijo irónico Paul—. Piérdete. ¡Esto no es asunto tuyo, Ethan!

—Si tengo que hacerlo lo haré, hermano. —Ethan trataba de conciliar con su hermano.

—Ella es mía, ¡tú lo sabes, maldita sea! —Paul protestó con furia.

—No, Paul. Tienes que entenderlo, ella nunca ha sido tuya.

—¡Lo defiendes a él! —El lobo enseñó sus dientes en un claro gesto de ataque—. Apártate Ethan, o te juro por lo más sagrado, que me va importar una verdadera mierda que compartamos sangre.

—No entrarás por ella... ¡Basta ya, Paul!, siempre es lo mismo... ¡Siempre!, acabar con su vida, ¿para qué?, para que Anderson sufra, para que tú sufras ¡Ella no te ama!, lo ama a él. Vuelve a la vida por él y, tú te destruyes a ti mismo.

Ethan hablaba con la seguridad de ver cómo todo se repetía en un eterno retorno, vida, amor y muerte.

El lobo negro se puso rígido, como un perro ante un objetivo.

—Cállate —dijo con furia.

—No, estoy cansado Paul, cansado de este círculo vicioso, toda mi vida tras tus huellas... ¡Joder, tengo una vida inmortal! Y tú tienes que entender que ella no es para ti, ella lo busca, lo encuentra ¡Paul!, mi hermano, Anderson se vino lejos y ella llegó aquí, él intentó estar lejos y ella lo acorraló ¡Ella no te quiere!

—¡Basta! Ella es mía, ¿entiendes.? ¡Me pertenece! —Se enfrentó a su hermano con furia.

—¡Se entregó a él! ¿Qué más malditas pruebas quieres?, le dio su vida y su cuerpo, se anudaron en una sola noche, ¡ella lleva su marca!

Y eso fue todo lo que Paul pudo soportar, porque cruzó con veloces zancadas el espacio que los separaba, con la mirada llena de odio y la rabia burbujeando en sus venas, se abalanzó hacia el cuerpo de su hermano, atacándolo fuertemente.

Atravesó a su hermano de un solo golpe; golpe que mataría a un hombre común y mortal; sin embargo, Ethan era un licántropo y podía soportar ataques



terribles.

Paul lleno de rabia no se medía y de nuevo golpeó a su pequeño hermano.

Ethan permaneció tendido sobre la espalda por un momento, sintiéndose aturdido como un escarabajo. Luego saltó a sus pies, ignorando la cuchillada de dolor que le recorrió la espalda por los impactos de los profundos arañazos.

—Intenta detenerme otra vez y el curandero va tener que armar tus costillas, como piezas de puzle, Ethan... —Bramó Paul—. No estoy jugando, maldita sea. —Lo miraba furioso.

Ethan lo sabía, Paul era el más fuerte de los tres, enfrentarse a él era peligroso, sobre todo, cuando su hermano estaba inyectado de tanto odio y dolor. Pero se había jurado a sí mismo que cuidaría a Ella, esta vez no moriría. No ahora, que por fin Anderson había decidido dejar su miedo a un lado y vivir.

Podría perder su vida en el intento de apartar a Paul de la casa, pero no dejaría que la mujer de su amigo y hermano se pusiera en peligro, fue esa la razón que lo llevó a atacar primero.

\*\*\*\*\*

Anderson sentía una paz nunca experimentada, había cazado, corrido y aullado con más emoción que en cualquier otra luna llena.

Había tenido sexo muchísimas veces, pero ninguna había sido tan satisfactoria y placentera como su noche con Gabriella... su Ella, su nena bonita de olor a chocolate fresco y exquisito.

La luna había sido el principal testigo de su entrega.

En el momento que sus cuerpos se habían unido, él lo había olvidado todo. Se había sumergido en el único ser que lo mantenía en pie: ella, ella entregándolo todo, ella permitiéndole ser quien era, ella quien se dejó marcar, no solo por dentro sino también por fuera y eso lo tenía eufórico, rebosando de felicidad. Sin embargo, a pesar de su felicidad, había algo que no le permitía disfrutar de la dicha completa del apareamiento y, definitivamente era, Paul.

Tenía días sin saber de su paradero, algo inusual en él. Ethan y Víctor en ese momento vigilaban la mansión y eso lo tenía un poco más relajado, había estado atento a cada sonido de la naturaleza y había procurado no estar lejos de casa, sabía que Ella no saldría si se despertaba.

Llegó al lugar donde se había convertido en uno con ella y dio su último

aullido de la noche, dándole la bienvenida al astro rey, dispuesto a ir a casa y relajarse al lado de su hermoso y dulce caramelo.

Volvió a su forma humana, caminó hasta la orilla del río Yukon, le gustaba quitar de su cuerpo el aroma a bosque y tierra, sin importar la temperatura que tuviese el río. Dejó que cada uno de sus músculos se relajara dentro del agua, inhalando profundamente el aroma de la naturaleza.

Tantos años, en realidad, cientos, sintiéndose un maldito, siempre en la oscuridad, sin sosiego, deseando, soñando sin esperanzas, llorando su soledad y su luto. Ahora, todo era diferente, sentía algo que no había sentido en años: esperanza, fe.

Su mente estaba silenciosa. Cerró los ojos escuchando el trinar de los pájaros y dejando que uno u otro rayo de sol golpearan su piel, conectando mente, alma y cuerpo. Retiró el escudo que había puesto hacía dos días. Estaba tan sumido en su estado de relajación hasta que un escalofrío recorrió su ser.

Ella...

Fue su primer pensamiento antes de escuchar el leve gemido claro y conciso de Ethan. Su cuerpo se tensionó, alerta. Salió del agua rápidamente, volvió a su forma lobuna antes de emprender la marcha hacia su casa, intentando por todos los medios comunicarse con Víctor; si Ethan lo había llamado, era porque el latente peligro estaba mucho más cerca de lo imaginado.

\*\*\*\*\*

Mía abrió los ojos, intentando enfocarse en dónde estaba. Recordó que hablaba con Jackson Wilson, cuando un piquete en su cuello la hizo sumergirse en un profundo abismo oscuro. Intentó levantarse de la cama en la que estaba acostada, pero un fuerte tirón en su pierna la hizo sentarse nuevamente. Miró lo que la había hecho caer, para darse cuenta de que estaba amarrada con un par de cadenas.

«¿Qué mierda?»

Tocó con sus manos, la cadena atada a su tobillo derecho que la mantenía sujeta a la pared.

¿Un secuestro? Ella no tenía dinero, ni familia con influencias, su madre había sido la propietaria de un prostíbulo en Nueva Jersey, un prostíbulo camuflado como una cantina... ¿Y si la habían confundido con Gabriella?

Gabriella le había dicho que no saliera de la casa, sabía que la estaban buscando... Pero, ¿quién?

«Que no cunda el pánico Mía... respira, tranquila, respira y piensa claro.»

Miró la única ventana que había en el cuarto, el sol brillaba fuera pero no había ningún ruido.

—¡Hola! —gritó—. ¡Hay alguien que me escuche! —gritó más fuerte pero no escuchaba nada—. Si estás buscando dinero, déjame decirte que conmigo pierdes el tiempo —murmuró entre dientes, halando la cadena con toda su fuerza, lo único que consiguió fue un gran dolor en sus manos.

Era estúpido pensar que alguien la secuestrara por algún rescate, no tenía nada, ni un solo dólar en el bolsillo, en ese momento quiso llorar de rabia, porque entendió hasta qué punto dependía de Robert y de lo inútil y mantenida que era.

Estaba segura que detrás de su cautiverio estaba la mano de Anderson Scott, Gabriella estaba en verdadero peligro. Anderson la quería para él, había visto su mirada en ella cuando estaban en la mesa, sus gestos, todo. Gabriella estaba como en trance.

Tiró aún más de la cadena, temiendo por la vida de su amiga, tres pasos fuertes y pesados se escucharon poco antes de que la puerta se abriese y, el amigo de Anderson Scott, entrara por ella, confirmando sus sospechas.

Víctor había estado en el pueblo buscando lo necesario para hacer de la cabaña algo medianamente acogedor, sabía que iba a estar ahí mucho tiempo, ya que su hembra no parecía ser una mujer fácil.

Le había costado todo de sí ayudarla con su problema automovilístico. Soportar su olor a motel barato y tratar con su comportamiento infantil y hostil, pero lo que más le había costado, había sido no arrancarle la cabeza cuando la escuchó hablando por teléfono con el tal Jackson.

El solo nombre le asqueaba, Mía no solo había bajado la voz como si se tratase de una damisela en apuros, había sido coqueta, su esencia se había multiplicado por mil y, lo había hecho gemir internamente, por mera frustración; esa fue una de las cosas por las cuales ahora estaba atada a una cadena, que estaba firmemente sujeta a la pared.

«No te vas a escapar de mí, nenita...»

Caminó por el sendero del bosque con las bolsas llenas de alimento, lo principal para sobrevivir, dando gracias al ser divino que había decidido parar la nevada haciendo que el amanecer fuese claro. Había tenido que entrar

a la fuerza al pequeño supermercado del pueblo, dejó suficiente dinero como para que compraran el triple de lo que él se había llevado. A medida que se acercaba a la cabaña, podía sentir la respiración acelerada de Mía y su afanoso intento por liberarse de su amarre. Sonrió lobunamente, apresurando sus pasos, quería llegar a verla, el exquisito aroma de su cuerpo lo tenía preso en una jaula de donde él no quería salir.

Sí, tal cual, como la primera vez, Mía lo había deslumbrado, con su cuerpo fantástico y su experiencia como mujer. Su cuerpo era su mayor arma y, esta Mía, no era muy diferente, afortunadamente para él, ella no sabía lo tentadora y sensual que le resultaba. Abrió la puerta dando un ligero empujón y entró a la cabaña

—¿Tú? —Mía preguntó con desdén, al verlo parado en la puerta.

—Puedes tirar y tirar chica —dijo él viendo de reojo, cómo ella halaba de sus cadenas. Sonrió irónicamente, colocando las cosas que traía en la vieja mesa de madera.

Joder, tenía que esperar tres días antes de que llegaran los muebles nuevos a casa de Anderson o, al menos, eso le había dicho por teléfono el carpintero del pueblo.

—¿Se puede saber qué demonios hago aquí? Suéltame, maldito mastodonte.

—Estás donde tienes que estar, nena. —Cortó el queso y el jamón antes de tomar pan y untarlo con mantequilla.

—¡Mira, pedazo de infeliz, te ordeno que me sueltes ya! —gritó Mía enojada—. O...

—¿O qué? —Víctor se giró mirándola fijamente. Sus ojos eran oscuros y antiguos, llenos de ansiedad y de deseo.

—Mira, yo no tengo dinero. —La voz de Mía se quebró—. Así que, no vas a ganar nada teniéndome aquí, junto a ti.

Víctor caminó dos pasos hasta llegar a la cama donde ella estaba atada.

—¿Y quién te dijo que lo que quiero de ti es dinero? —comentó con sorna, negó con la cabeza y le dedicó una de sus sonrisas torcidas, sintiendo cómo ella le escupía en la cara.

—Eres un cerdo —murmuró, haciendo que él la tomara por el cabello en un movimiento demasiado rápido para un humano. Mía tragó grueso—. Dime que mi madre no trató de engañarte, dime que no pagaré una deuda más por ella. —Aunque estaba asustada, trató de que su voz fuese fuerte.

Víctor sacó su lengua pasándola por sus labios, tenerla tan cerca era casi

narcótico para él, por su mente se reproducían mil y una manera de poseerla. Sabía que tenía miedo, podía olerlo, sin embargo, ella se mostraba fiera, tan fiera como debía ser su hembra, dejó que sus instintos lo dominaran, se apoderó de los labios de la que era su compañera de vida, por mucho que le desagradase la idea.

Mía lo mordió y esa pequeña “caricia” lo incitó a querer más, a amarla así: guarra y deslenguada. Sintió cómo las manos de su mujer golpeaban su pecho, intentando hacerle daño, pero eso era imposible, su pecho era duro como pedazos de losas o mármol, tiró más de su cabello, sometiendo la boca de ella a su voluntad, sintiendo la resistencia de Mía para someterse a él, sería una lucha de titanes, lo sabía, pero él era un jugador nato.

Mía gimió, él acarició su lengua con la suya, dándole acceso directo a la calidez de su boca, enrollando su lengua a la de ella, penetrándola como quería hacerlo un poco más al sur de su cuerpo, poco a poco, la voluntad de la mujer disminuía, haciéndolo sentir poderoso. Lamió, succionó y mordisqueó los labios carnosos y suaves, sintiendo cómo ella se amoldaba a él, al menos, eso pensaba justo antes de propinarle un fuerte mordisco en su labio inferior.

—¡Bastardo, hijo de puta! —gritó la pelirroja nuevamente.

«Mía, nena, ¿me marcas, perra?»

Víctor se separó de ella con la rabia bullendo en su interior, pasó su lengua por su labio, sintiendo el sabor metalizado de la sangre y mirando la mancha rojiza en el labio de su hembra.

*Suya...*

—Eso fue malditamente sexi, chica fuego. —Sonrió lobunamente, antes de pasar su dedo por la herida, sanaría en un par de minutos, se levantó de la cama justo para quedarse paralizado.

Anderson lo llamaba, algo malo estaba pasando y la desesperación de su amigo era latente.

Caminó hacia la mesa y terminó de preparar el emparedado que estaba haciendo; un hombre lobo, siempre debía proteger a su mujer, aunque esta fuese una pécora.

Tomó una caja de néctar de la bolsa y colocó el emparedado en un plato desechable, antes de caminar hacia la cama y dejar la comida cerca.

—Come —ordenó con voz ronca, dispuesto a girarse y acudir al llamado de Anderson, sintió el leve golpe en su espalda y volvió a girarse para encontrar a Mía con la respiración acelerada, se encaminó hacia ella, viendo el miedo en su mirada, volvió a bajar su rostro hasta quedar frente de ella,

inhaló su maldito y adictivo aroma.

Joder, como entendía a Anderson; incluso, hasta al miserable de Paul, que era tan malditamente fastidioso.

—Puedes morderme o golpearme, nena, eso solo hará más divertido tu cautiverio, para mí, claro está. —Volvió a sonreírle descaradamente, luego, salió de ahí sin importarle las palabras malsonantes de su mujer.

¡Oh sí! Se iba a divertir de lo lindo, al someterla a su voluntad.

\*\*\*\*\*

Anderson corría a todo lo que daban sus patas, sentía el latir del corazón de Ethan cada vez más bajo y estaba completamente asustado, mientras se preguntaba: ¿Dónde demonios estaba Víctor?

Sabía que no tenía que culpar a nadie más que a él mismo, Ella era su responsabilidad, no la de sus amigos, divisó el claro que estaba antes de llegar a la parte trasera de su casa, al tiempo que sus muslos se debilitaban.

El sol brillaba como nunca había hecho en Canadá, provocando que cayera al suelo en su forma humana.

«¡Maldición!» —Gimió para sus adentros antes de levantarse y correr hacia su hogar. En ese momento no importaba su desnudez, en ese momento, solo importaba Ethan... Ella y Ethan.

«Aguanta Ethan, voy por ti, amigo...»

Ethan había vuelto a su forma humana, mientras seguía recibiendo contundentes golpes por parte Paul, sentía la sangre salir de su cabeza, pero su hermano parecía no querer detenerse, a pesar, de que también había vuelto a su forma humana, sus ojos seguían siendo tan oscuros como el carbón.

—¡Levántate!... ¿No querías luchar? Yo te lo advertí, levántate o renuncia a esta estupidez y déjame ir a buscar lo que me pertenece. —Escupía con ira y los nudillos ensangrentados.

Ethan hizo el intento de levantarse, pero sus huesos dolían.

Paul negó con la cabeza en un gesto de decepción y burla.

—Eso supuse, enano... no eres más que un pobre diablo.

Estaba dispuesto a pasar sobre él y entrar a esa casa, sin embargo, Ethan lo bloqueó, retomando la lucha cuerpo a cuerpo.

Paul con los años, había aprendido a dominar su cuerpo, no lo regía la

luna tanto como Ethan o Anderson, volver a adquirir su forma lobuna, le llevó pocos minutos y solo segundos fue lo que tardó en atacar a Ethan e ir directamente a por su garganta.

El lobo más joven gimió quedamente, y cayó al suelo desmadejado, Paul escupió la sangre de su hermano, dejando en evidencia los dientes manchados, con gran agilidad se puso a la defensiva, a la espera de que el muchacho se levantara, pero no fue así; entonces, sonrió internamente, pero un fuerte golpe en su costado izquierdo, le borró su gesto de victoria.

«Miren quién ha decidido aparecer» —Pensó Paul con sorna.

Anderson le enseñó los dientes, colocándose en posición de ataque, había sido muy difícil para él retomar su forma lobuna, pero agradeció mentalmente a Víctor por haberle enseñado a dominar su cuerpo.

Paul gruñó, al tiempo que se abalanzaba contra Anderson, arremetió con dientes y garras disponiendo de toda la contundencia que poseía, mientras una ráfaga de gruñidos de advertencia salía roncós de su garganta, alimentando la ira en ambos.

Anderson empujó fuertemente a Paul, clavándole sus garras en el costado derecho, provocando que gimiera ante el dolor. Sin embargo, Paul se defendió con un envite perfecto, lanzando a Anderson cerca del cuerpo, aparentemente, inerte de Ethan, fue en ese momento que se percató de la gravedad de la herida en el cuello de su amigo.

—Ethan. —Anderson, envuelto en su pelo color miel, llamó a su mejor amigo, la sangre salía a borbotones; aun así, el muchacho abrió los ojos—. Aguanta por Víctor, amigo —dijo acariciándole el brazo con su cabeza—. Aguanta, Ethan. —Sintió la leve cercanía de Paul, por lo que, nuevamente, se preparó para volver a la lucha.

De inmediato volvieron a los envites constantes, Paul se valía de su don para someter a Anderson, quien estaba cansado de todo, de tener misericordia con un hombre que no la había tenido por él.

Ni siquiera por la mujer que decía amar, Manuella, Isabella y Anabella, habían muerto en sus manos sin ningún tipo de remordimiento.

Ahora Ethan ¡Su hermano! Parecía también sumarse a esa lista de víctimas de Paul.

Miró el cuerpo de su amigo una vez más, todavía lo escuchaba respirar, por lo que no dudó en levantarse y atacar con toda su fuerza a Paul, justo en la misma herida que le había provocado, haciendo al lobo aullar y sisear de dolor.

Miró a la parte este del bosque y visualizó cómo Víctor corría hacia él con zancadas veloces. Enseñó sus dientes a Paul, sus ojos inyectados de rencor, su rabia latente por condenarlo a años de sufrimiento, estaba dispuesto a acabar con la miserable vida del hombre al que había llamado amigo alguna vez, pero una voz lo hizo recapacitar.

—¡No, Anderson! —murmuró Ethan, levantando la cabeza—. Es mi hermano, amigo, no lo hagas. —Dejó caer su cabeza como peso muerto sobre la nieve; entonces, Anderson corrió hacia él.

Paul aprovechó para desaparecer en lo que dura un parpadeo, justo cuando Víctor llegaba al patio trasero de la casa.

—¡Ethan! —La desesperación de Anderson era latente, tanto él, como Víctor habían vuelto a su forma humana—. Ethan, despierta... Víctor.

—Apártate —rumió el médico acercándose a él.

—Víctor, Ethan está... —Anderson temía decirlo.

—Está muy malherido, tenemos que llevarlo adentro. —El rostro de Víctor era indescifrable, durante su vida como licántropo, se había topado con muchos compañeros heridos, pero Ethan estaba muy grave, la herida en su garganta no paraba de sangrar.

Entre los dos llevaron a Ethan hasta su habitación, se vistieron con viejos pantalones de deporte y camisetas. Víctor había lavado sus manos y, sin importar, su cuerpo cansado o que Anderson estuviese gravemente lastimado, empezó con su tarea de curar a Ethan, mientras Anderson curaba sus propias heridas menores.

Víctor se concentró en suturar la de la garganta, porque verdaderamente era la que más le preocupaba.

Limpio el sudor con su antebrazo, cuando cerró completamente la herida y suspiró aliviado por haber detenido la hemorragia.

—¿Y? —dijo Anderson mirando el cuerpo casi inerte del muchacho.

—No puedo hacer más por él, Anderson.

—Víctor. —Anderson rugió de impotencia.

—¡Lo atacó un maldito lobo! —gritó el ruso—. ¡No puedo hacer más nada! Lo sabes, así que no me presiones, ¡maldita sea!

Anderson tocó a su amigo, sintiendo su respiración acelerada y sus músculos en tensión.

—Tiene más de la mitad de los huesos rotos y ha perdido mucha sangre, pero nosotros sanamos con rapidez, Anderson. Lo que en realidad me preocupa, es su herida en la garganta, he detenido la hemorragia, pero esa



herida puede ser peligrosa.

—¿Necesitas algo?

—Morfina, mucha morfina, ahora está inconsciente, pero cuando despierte va a ser o será el infierno para Ethan.

—Buscaré toda la morfina que pueda.

—Debería revisar tus heridas.

—Yo estoy bien, Ethan y Ella son lo importante ahora.

—La anudaste a ti. —No fue una pregunta.

—Ella siempre ha sido mía, Víctor, nuestro destino estaba marcado desde la primera vez que nos vimos, por favor, sé que no tengo derecho a pedirte esto, pero cuida de los míos mientras regreso.

Víctor asintió.

—Date una ducha si piensas salir, veo que dominaste la transformación.

—No, simplemente actué, Vick, simplemente actué.

\*\*\*\*\*

Estaba agotado, era más de mediodía, pero no le provocaba comer nada.

Ethan había despertado poco después de que él hubiese llegado con la morfina. Sus gritos eran aterradores, era el infierno para él y Anderson no podía evitar sentirse culpable.

Gabriella estaba en el pie de la escalera, intentó acercarse a él, pero no se lo permitió. No sabía qué tanto había escuchado ella o, si había visto algo. Pero ahora, lo más importante era su amigo.

Víctor había suturado y limpiado sus heridas, pero todas eran leves en comparación con las de Ethan.

Se dio cuenta de que Mía no estaba en casa, Víctor lo había mirado con cara de «no preguntes» y él no lo había hecho, no solo por el hecho de que la amiga de su mujer era una completa desconocida para él, sino que era la mujer de Víctor y, él sabía, que no podía dañarla.

No supo cuánto tiempo estuvo con Víctor en la habitación de Ethan, pero cuando salió de ahí, la oscuridad cubría el cielo, subió las escaleras con pasos pesados y entró a su habitación, donde Ella dormía.

No intentó buscar explicaciones, le había dado su espacio como se lo solicitó. Pero sabía que ella tendría preguntas. Se acostó a su lado porque necesitaba descansar, necesitaba saber que ella estaba ahí.

«Todo es tan fácil cuando estás conmigo, no hay sufrimiento, ni dolor,

eres mi paraíso personal, estás aquí ahora y ya no sufro, Ella, sé que esta es mi última oportunidad contigo, la última, ya no habrá más, porque si mueres, yo no voy a sobrevivir, ya no quiero, no puedo.»

Víctor estaba con Ethan, su cuerpo absorbía rápidamente la morfina, pero, aun así, lo mantenía levemente dopado.

—Anderson. —La voz de Ella se escuchó adormilada.

—Ssshhh. —Anderson la acarició con su voz—. Duerme preciosa... descansa.

—¿Quieres hablar conmigo?

—Voy a protegerte Ella... Voy a protegerte, mi amor. —Ella se removió entre sus brazos, hasta quedar frente a él. Tenía tantas preguntas, pero temía hacerlas. Así que optó por besar suavemente los moretones en su rostro, rozando sus labios con delicadeza y dulzura; Anderson permitió que sus miedos salieran a flote, apretándose a ella, como un salvavidas, porque en efecto, lo era... Ella Wilson, se había convertido en su todo, en el aire que él necesitaba para respirar, en la luz que podía sacarlo de las tinieblas en las que él vivía; a esta Ella, no podía sucederle nada, porque sería como si lo mataran a él. Había pasado cuatrocientos años sufriendo, pero eso era todo. Él viviría para ella y envejecería junto a ella. Aunque fuese lo último que hiciera.

—Fue él, ¿no es así, Anderson? —dijo Ella, cuando él depositó tiernos besos en su mandíbula—. ¿Ha sido Paul el causante de todas mis muertes anteriores? —Anderson afirmó con su cabeza—. ¿Estás bien? ¿Ethan y Víctor, están bien?

—Yo lo estoy...

—No he visto a Mía, desde la mañana.

—Ella está bien, dentro lo que cabe... —Gabriella arqueó una ceja sin entender—. Ella. —La mujer negó—. Ella —murmuró y ella acarició su mejilla izquierda con la punta de sus dedos, estaba desnuda bajo las colchas y, Anderson solo portaba unos pantalones de deporte. No había nada sexual entre ellos en ese momento—. ¿Recuerdas que te dije que tu olor era como el chocolate? —Ella asintió una vez más—. Cuando encontramos nuestra pareja, reconocemos su olor y quedamos automáticamente atados a ella, pero, si nos rechazan, nos llenamos de odio.

—Yo rechacé a Paul, es por eso que él...

—Tu amiga tiene un olor especial para Vick. —Decidió no hablar de Paul. Gabriella jadeó ante la información.

—¡Pero se odian! —Ella se incorporó, dejando ver su torso desnudo.

—Es una reacción normal, en parejas con diferencias, Víctor no la ha tenido fácil.

—¿Crees que Mía sí?

Anderson besó su frente, obligándola a tumbarse a su lado.

—Víctor la ha llevado a un lugar en donde se reencontrarán como pareja.

—No le hará daño, ¿verdad? —Él negó, ella lo dejó pasar. Sabía que Mía estaría bien, de la misma manera, que sabía que, si se iba de la cabaña, volvería con el cabrón de su ex. Ahora lo que realmente le preocupaba eran las heridas de su compañero—. ¿Víctor te curó las heridas? —Anderson asintió—. ¿Por qué no sanas?

—Porque fueron provocadas por un ser de mi misma especie.

—Ethan... —calló, porque se negaba a decirlo, él negó.

—Ethan está muy grave. Sus heridas son mucho peor que las mías. —La melancolía en su voz hizo que ella se pegase más a él, fundiendo sus cuerpos.

—Ethan se repondrá, él es fuerte —dijo ella intentando animarlo.

—Eso es lo que más deseo, Ella... —murmuró con voz ronca mientras ella lo abrazaba más, sin dejar un mínimo espacio entre los cuerpos.

—¿Paul? —preguntó otra vez.

—Huyó, está herido... Debí matarlo y acabar con todo de una vez.

—No. Tú no eres un asesino, Anderson.

—Volverá, lo sé.

—No tengo miedo —declaró ella.

—No debes tenerlo. —Besó su frente—. Pase lo que pase, yo te protegeré, amor.

# CAPÍTULO

## 18

Gabriella bajó los peldaños de la escalera de dos en dos, habían pasado cuatro días desde la desaparición de Mía. Anderson y Víctor se habían dedicado en cuerpo y alma a la recuperación de Ethan, no sabía exactamente cuán herido estaba el chico, ya que Anderson, le había prohibido salir de su habitación.

Tampoco la había tocado, la besaba como si el mundo estuviese a punto de desaparecer, curaba su herida lamiendo el lugar donde la había marcado, tratando de que cicatrizara más rápido, pero la herida seguía abierta, sin infectarse, pero abierta.

Le había contado en medio de la noche mientras ella estaba entre sus brazos el porqué de la desaparición de Mía, aun sin ser su historia para contar, le habló de cómo Víctor esperaba el momento en que su pareja reencarnara y como Mía era la pareja de Víctor, y cómo él la había llevado a un lugar para reencontrarse como pareja. Le aseguró que Víctor no le haría daño y luego la apretó entre sus brazos dando besos suaves en su cabeza.

Víctor era atractivo y Mía estaba desesperada por que la amaran, su madre nunca la amó, la enseñó desde muy pequeña a ser parte del exclusivo club de prostitución que tenían, pero Mía nunca se acostó con un cliente. Hasta que conoció a Robert.

Escuchó ruidos provenientes de la cocina y caminó hacia allí. Al entrar observó a Anderson y Víctor sentados en la mesa de granito, donde tantas veces, había encontrado a Ethan cuando bajaba a desayunar. Ambos hombres tenían facciones preocupadas, las bolsas debajo sus ojos eran negras y profundas.

—Tú. —Gabriella se acercó a Víctor, sin dirigirle una mirada a Anderson—. ¿Dónde está Mía? —El hombre le dio una sonrisa ladeada antes de contestar.

—Quieta gatita. —Se burló—. Ella está bien.

—Genial, es bueno saber que lo está, pero mi pregunta fue. ¿Dónde está

Mía?

—Ella... —intervino Anderson.

—Nada de Ella, Anderson, esto es entre Víctor y yo, así que, mantente al margen... —Escuchó el leve gruñido de Anderson y la risa burlona de Víctor—. ¿Y bien?

—No voy a decírtelo, linda.

—Víctor, no me hagas perder la paciencia.

—Tu amiga está bien y eso es lo único que debería importarte.

—¡Es mi amiga! No tienes ningún derecho a llevártela a quién sabe dónde y, menos para mantenerla retenida. Me importa poco si es tu pareja o no, en este tiempo, eso se llama secuestro.

—¡Es mi mujer! —gritó Víctor levantándose, amenazadoramente, golpeó el granito de la mesa, haciéndole una grieta.

Anderson también lo hizo, Gabriella se vio envuelta de repente en un huracán de poder, venas sobresaltadas, cabellos erizados y respiración acelerada. Por un momento, solo fueron respiraciones y gruñidos.

—Tenemos que calmarnos —dijo Anderson con voz suave. La mirada de Gabriella estaba trancada en la de Víctor y nunca había visto tanta rabia en la mirada de su caramelo—. Bebé. —La atrajo suavemente hacia él—. Yo nunca te lastimaría, eres mi mujer, nosotros respetamos a nuestras mujeres, estoy seguro de que Víctor no va a lastimar a tu amiga, necesitan tiempo para que todo florezca, así como tú y yo.

—Si la lastimas, arrancaré tus huevos...

—Me gustaría verte intentarlo, linda. — Víctor sonrió sardónico enseñando una larga hilera de dientes blancos. —. Pero no te daré motivos, estoy cuidando de ella, estará conmigo hasta que decida dejar de ser una obtusa y, se entregue a mí, así como tú lo hiciste con Anderson.

—Y si eso no sucede nunca, ¿piensas tenerla retenida por siempre? — Víctor negó.

—Es mi pareja, huele a rosas y a espinas. Ella me amará, solo hay que darle tiempo.

—El amor no se impone.

—No linda, entre nosotros, tan cursi como se escuche, el amor florece. — Miró a Anderson—. Cuida de Ethan, llámame si necesitas algo.

\*\*\*\*\*

—Déjame ir... —murmuró Mía, por enésima vez, en esas últimas dos

semanas—. Por favor, déjame ir. —Volvió a hacerlo, casi al borde de las lágrimas.

Al principio, había peleado, lo había insultado y exigido que la dejara ir, pero ya no le quedaban fuerzas, ya no quería pelear, simplemente quería cerrar los ojos y despertar de la pesadilla en que la envolvía el hombre frente a ella.

Víctor no la miró, si bien, no había intentado más que hierla con sus palabras crueles y duras, no había osado propasarse con ella. Mía suspiró ante el silencio de su acompañante, se le veía triste y abatido, sin embargo, no hablaba con ella, subió sus piernas pegando sus rodillas a su barbilla.

Pensaba que seguramente Gabriella la estaba buscando, sin mencionar que estaba sola con esos dos hombres en la casa, temía por la vida de su pequeña y frágil amiga. Gabriella no era fuerte como ella, Gabriella era una hojita al viento en plena tormenta, temía por su amiga y, ¿por qué no?... También temía por ella, no obstante, a pesar del miedo que recorría sus entrañas, se sentía inexplicablemente segura con el mastodonte hijo de puta, tal como ella lo había bautizado.

Víctor era apuesto, muy apuesto, los primeros días de su encierro él se veía preocupado, entraba y salía de la casa varias veces en el día, algunas veces solo se sentaba frente a ella y la miraba, otras, cuando ella luchaba, él lo hacía igual; palabras mordaces, malsonantes e hirientes salían de ambos, pero no pasaba más de allí, luego de un rato de discusión, se iba y no volvía hasta por la mañana, cuando el sol ya había despuntado.

Esa mañana había llegado en silencio, la tristeza marcada en sus facciones y el dolor se reflejaba en su mirada, estaba cubierto de barro y maleza, se metió al baño como todas las mañanas, luego de varios minutos, salió solo con una toalla atada a su cintura, dejándola ver su cuerpo musculoso y tonificado.

Se fue a la pequeña cocina y empezó a preparar lo que sería su desayuno. Había equipado la cabaña un par de días después de que habían llegado, ahora tenían, no solo una cocina, sino un par de muebles más, la chimenea siempre estaba encendida para ella.

Lo vio pasar las manos por sus cabellos, en un signo de furia e impotencia, luego respiró profundamente y soltó un pequeño quejido, algo parecido a un sollozo escapo de su cuerpo.

Estaba de espalda, así que Mía pensó que lo había imaginado. Hacía unos días él había contado toda esa historia de los licántropos y las parejas de vida, lo cual ella veía como una locura. El tipo estaba loco, para muestra, ella

seguía atada a una cadena en la pared, mientras seguiría intentando escapar y cuando lo consiguiera, sacaría a Gabriella de allí, a ella no le lavarían el cerebro como a su amiga.

Los hombres lobos no existían, y eso de una pareja de vida, era una ilusión.

\*\*\*\*\*

Víctor revolvió los huevos en la pequeña estufa que había conseguido para la cabaña, funcionaba con electricidad. En cierto punto, era bueno que la cabaña tuviese energía. Había sido el antiguo hogar de los sirvientes de la casona; o eso, le había dicho Anderson.

Ethan había dado su último respiro la noche anterior. Sus heridas fueron bastante graves y el chico se había mantenido vivo por dos semanas, gracias a las cantidades exorbitantes de morfina. No sabía dónde Anderson encontraba el medicamento, pero agradeció cada ampolla, porque ayudó a que Ethan sintiera menos dolor.

Una vez, el joven lobo había fallecido, Víctor se entregó a la luna como no lo hacía en años. Él también se sentía muerto, como médico se sentía fracasado y como amigo inconsolable.

Sin contar que Anderson, estaba destruido y, de cierta manera, lo entendía, porque él que no había estado tanto tiempo con el chico como su amigo, sentía que estaba viviendo una de las etapas más difíciles de su vida.

Sirvió los huevos en un plato, no quería comer, los hombres como él podían pasar días sin probar bocado, pero Mía no estaba maldita como él, Mía no se transformaba con la luna y ella aún no lo aceptaba, pero tampoco discutía, solo le pedía que la dejara ir. Pero él no podía dejarla, no la forzaría, no podía, aunque la odiaba.

Le había contado el origen de su naturaleza, estaba intentando ser paciente, pero ella no quería ayudar y, en dos semanas, sería luna llena nuevamente.

Colocó el tocino en el sartén, los minutos necesarios para que quedaran como a ella le gustaba, una vez listos los colocó en un plato y caminó hacia ella, quien giró el rostro cuando lo sintió cerca.

—Come —ordenó con voz dura. Estaba harto de ser suave.

—Déjame ir —murmuró otra vez con lágrimas en los ojos.

Víctor maldijo en su interior, ¿dónde estaba la mujer fuerte que él había

conocido en aquella carretera?

—Sabes que no lo haré —murmuro sin ganas—. Tienes que entender, Mía...

—¡Los hombres lobos no existen, no soy tu pareja de vida, no huelo a lo que dices... Solo quiero irme a casa! —gritó tirando sus cadenas.

—¿Con quién? —exclamó enfadado—. Con Robert, ¡con el maldito que te vende como puta! —Tiró el plato a un lado y se acercó peligrosamente a ella—. ¡Porque a eso es lo que estás acostumbrada, ¿no Rose?!

—¡Mi nombre es Mía! ¡Y no me conoces, maldita sea... ¡No eres más que un maldito loco!

—No tengo que conocerte para saber qué clase de mujer eres: ¡Una ramera! —escupió con sorna—. Te gusta ser un juguete de deseo para los hombres, eres una maldita cualquiera.

—¡Cerdo! —gritó Mía, escupiéndole el rostro.

Víctor rio, cínica y violentamente.

—No tienes más nada qué hacer que escupir y llamarme cerdo. Me cansas Mía y hoy no es un buen día para que me canses.

—¡Si me soltaras verías que soy capaz de más que eso, idiota! —exclamó con furia—. Voy a luchar, siempre voy a luchar, no me importa si me golpeas, si me humillas, incluso si me matas, me moriré peleando.

—Piensa lo que quieras —dijo entre dientes Víctor—. Pero no te soltaré —sentenció—. Tienes dos opciones; aceptas tu destino o te mueres atada a esa puta cama —dijo con desdén y se giró para marcharse, necesitaba correr para olvidarse un maldito segundo de la impotencia que recorría su cuerpo.

—¡No eres más que un maldito cobarde! —gritó Mía con odio, mientras él recogía los restos de comida, sirvió un nuevo plato y lo dejó a un lado de la cama—. Un maldito cobarde... Solo eso...

Víctor negó con la cabeza y salió de la pequeña casa, porque deseaba estar solo.

\*\*\*\*\*

La música provenía del ático, Anderson estaba tocando lenta y dolorosamente, se desgarraba con cada nota; primero, se había sentado al piano, pero luego, se encargó de tocar el violín. No podía evitar sentirse frustrado y culpable, porque Gabriella era su responsabilidad no la de Ethan. Colocó el arco sobre las cuerdas, deslizándolo de manera parca y sombría, la



melodía era su mejor amiga en ese momento.

La vida era injusta, años sufriendo por no tener a la mujer que amaba y, ahora que la tenía, el dolor de perder a un amigo laceraba su corazón. Ethan era más que un amigo, el chico era el hermano que nunca tuvo.

Él luchó valientemente, pero le fue imposible recuperarse del ataque proporcionado por alguien de su misma estirpe, más aún, si a eso se le sumaba que había sido de su misma sangre.

Ethan había luchado hasta su último aliento, pero el brillo de sus ojos terminó desapareciendo, llevándose a las profundidades de la muerte.

Ni los rezos de Gabriella, ni los nulos esfuerzos de Víctor, ni siquiera, toda la morfina que había logrado conseguir, lo habían salvado del dolor de sus huesos quebrados y sus órganos perforados, Ethan se había ido.

Tiró el violín con fuerza contra la pared, viendo cómo las astillas de madera se convertían en escombros. Gimió frustrado, pasó las manos por su cabello en un gesto de desesperación.

Esa mañana, el cuerpo de Ethan Walker, había sido incinerado como lo ordenaba la tradición.

Y él se había internado en el ático, sin saber qué sentir o qué hacer, solo con el dolor punzante en el pecho y el peso de la conciencia sobre sus hombros.

Gabriella había estado pegada a la puerta, rogándole que compartiera su dolor con ella, pero no podía hacerlo, su dolor era suyo, su frustración era cruel y su deseo era claro: Venganza.

Venganza por cuatrocientos años de dolor, venganza por la muerte de su hermano.

Paul pagaría en carne propia, el haber destruido a su misma sangre. Abrió la ventana y soltó un grito agónico, se despojó de su ropa y se echó a correr. Necesitaba dejar el humano atrás y dar paso a la bestia que habitaba en su interior. Estaba anocheciendo, la oscuridad y la luna eran sus mejores aliados, lo buscaría, lo encontraría y se olvidaría de la compasión.

Él mataría a Paul con sus propias manos.

Ya había sido suficiente de consideraciones.

\*\*\*\*\*

Hacía dos días que lo había dejado de sentir, su aura había estado débil hasta que había desaparecido completamente y, eso, solo significaba una cosa,

su hermanito, había muerto.

Su pecho se contrajo de dolor al saber que ya no estaba, sus manos ahora estaban manchadas de un tipo de sangre, que no se iría con el agua: Su sangre.

Inhaló profundamente, mientras escurría el agua en su herida, durante años, había matado a tantos hombres, pero nunca habían significado algo, el prometido de Ania había sido el último.

«Si tan solo no te hubieses entrometido...» —Se lamentó en pensamientos. Tomó un puñado de plantas medicinales, las masticó e hizo un emplasto que untó en su costado.

Anderson y Ethan lo habían lastimado; lamentablemente, las heridas de un hombre lobo no eran fáciles de cicatrizar, era incomprensible, que su piel se recuperara rápidamente con algún otro rasguño, pero no cuando el atacante era de su misma estirpe.

Se había escondido en los límites de Vancouver, dejó que su cabeza se apoyara contra la roca, en la cual estaba recostado, mientras seguía con lo que esperaba, lo ayudara a sanar más rápido. Anderson Scott, pagaría con sangre haberlo lastimado, había sido un completo estúpido, al intentar quitar a Gabriella del medio, cuando sabía que el problema real era él. Anderson.

Solo esperaba que fuese luna llena pronto y que estuviese recuperado para ese momento. Entonces, Anderson sabría el verdadero poder de Paul Walker.

\*\*\*\*\*

Gabriella vio correr Anderson en su forma lobuna hacia el bosque, desde que había podido controlar la transmutación, lo hacía con regularidad.

Ella había estado sosteniéndolo, cuando Ethan estuvo delicado y los gritos de dolor se escuchaban por toda la casa. Víctor y Anderson consiguieron tanta morfina, como habían podido, pero todo había sido insuficiente. Ethan había luchado hasta el final; sin embargo, la muerte había sido mucho más fuerte que él y hacía dos días que había muerto ante la mirada atónita de Anderson y el desespero de Víctor, de no poder hacer más nada por su amigo.

Y Anderson se rompió, la culpa lo consumió y se encerró completamente en él mismo; por las noches, podía escuchar el aullido de dolor, mientras ella cerraba las puertas con seguro y se sentaba en el marco de la ventana, a observar el cielo sin estrellas y el espeso bosque.

Tampoco sabía cómo estaba Mía, pero en el fondo de su corazón, sabía que Víctor era un hombre cabal y no lastimaría a su amiga; a pesar, del odio que parecía tenerle. Víctor era un hombre duro, pero solo era mirarlo a los ojos para ver que, pese al rencor, sentía algo muy fuerte por ella, una atracción como la que ella, había sentido por Anderson.

Comió un poco de cereal y caminó hacia las escaleras, había estado devolviendo el estómago en esos últimos días; sin embargo, no había querido agobiar más a Anderson cuando muy posiblemente solo tenía un simple virus. Arrastró sus pies hacia la habitación de su pareja y se quitó su ropa, para ponerse una de las camisas de él. Luego, se dejó caer en la cama y se aferró a una almohada como cada noche.

Necesitaba dejar de pensar, había recibido mil llamadas de Jackson, pero no había tenido cabeza para contestar ninguna, hacía más de dos años que ella había perdido contacto con su hermano y, se sentía muy débil y emocional, como para tener una conversación con él, inhaló profundamente el aroma a bosques de Anderson y cerró los ojos, cayendo en un profundo sueño.

\*\*\*\*\*

—Thompson, soy yo. —El hombre rubio caminaba por el aeropuerto de Whitehorse. A su lado, una joven de cabello negro y mirada profunda, le seguía los pasos—. ¿Estás seguro de que Gabriella no ha tomado ningún vuelo? —habló recalcando su acento inglés, había pasado años buscándola, él sabía que estaba en América con Le Blanc, pero su padre no le había permitido viajar y buscarla personalmente—. Maldición, Gabs ¡Qué demonios te pasó para que te escondieras en ese maldito pueblo! —murmuró, mientras sentía la presión en su brazo, quitó sus lentes oscuros y miró a la chica junto a él. Ella le brindó una sonrisa enorme, mientras acariciaba su redondeado vientre—. ¿Te sientes cansada? —Ella suspiró—. Podemos irnos a un hotel y, mañana conducir hasta la casa de la abuela. —Acarició la mejilla de la mujer.

—Estamos bien —murmuró ella con voz suave y melodiosa.

—Prefiero evitar fatigarte—expreso él, brevemente preocupado—. Debiste quedarte en casa.

—Sabes perfectamente que no iba a hacerlo y, menos con tu visión.

—Te amo. —Besó el dorso de su mano y, ella acarició suavemente su mejilla.

Ambos caminaron hasta la salida del aeropuerto y tomaron el primer taxi

libre que vieron, pidieron que los llevaran al hotel más cerca del aeropuerto, a pesar de llevar las manos unidas, ella sabía que su esposo estaba muy lejos de ahí. La pelea con su padre había sido muy fuerte, así que apretó aún más su mano, demostrándole que estaba ahí para él.

El hombre se recostó en la cama, no sin antes sacar su celular y marcar un par de teclas.

—Estaré con ella mañana —dijo al que recibía su llamado. Llevaba varios meses soñando ella, la había buscado por todas partes. Había estado preocupado, había pagado el doble a Mike Thompson para que la encontrara como fuera, pero no fue hasta la llamada, de hacía unas semanas, que había reforzado su búsqueda; e incluso, se había peleado con su padre.

—Jack. —La pequeña pelinegra caminó hacia él, tomando sus manos—. Todo estará bien.

Él asintió.

—Lo sé pequeña. —Besó la frente, de la que era su mujer desde hacía año y medio, al tiempo que ponía su mano en el vientre, sintiendo las patadas de su bebé—. ¿Estás segura de que están bien?

—Sí, lo estamos. —Ella sonrió—. Manuella y yo, estamos bien, cariño.

—¿Crees que me perdone, Lu? —Descansó la cabeza en el vientre de la mujer—. La dejé sola, no la defendí... Fui un cobarde. —Suspiró—. Me puse de lado de papá; aun cuando, el corazón me indicaba que era el lado incorrecto.

—No sabías lo que hacías, realmente —susurró ella, deslizando los dedos por los cabellos rubios de su marido.

—Lo supe cuando te vi. —Un amago de sonrisa iluminó sus ojos y, Lucía sonrió de vuelta, este era el Jackson que ella amaba, no el Wilson que dirigía un imperio en Londres, no el hijo perfecto que su padre quería que fuese. No el hombre que se colocaba la máscara de hierro tan pronto salía de su pequeña casa.

—Creo que deberíamos dormir —murmuró ella y él asintió—. Te amo Jack, buenas noches.

—Y yo a ti, pequeña —susurró él de vuelta.

No había sido fácil que su padre aceptara a Lucía en su familia, pero él había luchado, tanto como Gabriella lo había hecho, su padre era un hombre astuto e inteligente, no le convenía perder a Jackson.

Gabriella era otra historia.

Suspiró sonoramente, sintiendo el peso de la cabeza de su único amor en

el pecho y las pequeñas patadas de su hijita en su vientre, en momentos como esos no quería dormir por el simple hecho de no querer perderse la experiencia.

Cerrar los ojos, significaba volver a encontrarse con ese enorme monstruo de cabello negro, que se abalanzaba inclemente hacia la diminuta figura de su pequeña hermana.

«Te irás conmigo Gabs, nunca nadie te alejara de mí.» —Fue su último pensamiento antes de dormir.

# CAPÍTULO

## 19

Lo había buscado por todos los rincones del bosque de Whitehorse, sabía que estaba herido, aunque no tenía la certeza de qué tan grave podía ser la lesión, contaba con que no sanara rápidamente, así sería el mejor momento para atacarlo, lo haría por él, por Ella y por Ethan.

Sintió las pisadas de otro licántropo cerca y el pelo de su lomo se erizó completamente, los pasos se escuchaban cada vez más cerca, inhaló profundamente y fijó su vista entre la maleza, justo antes de ver el lobo de pelo castaño salir de ella e inclinarse hacia él.

Ambos podían compartir el dolor de haber perdido un amigo, aullaron a la luna, promesas de venganza, sangre y dolor en aquel sonido, y al final, habían decidido ir con sus respectivas parejas, no sin antes prometerse mutuamente, que buscarían a Paul para acabar con él.

Volvió a la gran casa y, sin cambiar su forma lobuna, trepó hasta entrar por el balcón, solo él sabía de la entrada a ese lugar, y se cercioraba de que fuese así cada vez que usaba ese pasadizo. Deambuló por la casa, buscando a su compañera, hasta sentir su aroma en la que era su habitación, era fuerte y supremamente adictivo, estaba locamente enamorado de su Ella de ojos chocolatesos.

Se acercó a ella, viéndola dormir, su respiración era profunda y tranquila, tenía una de sus camisas de pijama y estaba envuelta entre las sábanas, una ninfa del bosque, una diosa que era suya, se acercó más a la cama, colocó su cabeza sobre el colchón mientras se echaba en sus patas traseras, estaba amaneciendo ya, y se sentía agotado tanto física como emocionalmente.

Gabriella abrió los ojos, encontrándose con el par de gemas grises del animal frente a ella, movió su mano hasta acariciar detrás de sus orejas y Anderson se dejó mimar por unos segundos, la necesitaba más que nunca.

La vio levantarse de la cama y sentarse a su lado en la alfombra, aferró sus brazos al cuello del animal y se acurrucó a su lado, causando que un gemido de dolor brotara del lobo, ella lo consolaba, no necesitaba palabras

para transmitirle que ellos estarían juntos y que se cuidarían el uno a otro.

Los minutos pasaron y ambos mantuvieron sus cuerpos cerca, hasta que poco a poco, el animal fue desapareciendo, las orejas volvieron a su tamaño y forma habitual, el hocico desapareció, dejando entre sus brazos al hombre que ella amaba, sintió sus brazos cernirse alrededor de su cuerpo, entonces, se pegó mucho más a él, quien la colocaba en su regazo, no necesitaban más nada. Se tenían el uno al otro.

Sus labios se unieron en la danza más antigua del mundo, mientras él subía la camisa para acariciar su tersa piel, se dejó caer en la alfombra, entretanto, ella terminaba de quitarse la ropa y lo besaba en el rostro, sus ojos, su boca, su cicatriz, hasta unir sus labios nuevamente.

Gabriella se entregaba a Anderson, quien recibía todo lo que ella quería darle, paseó las manos por su vientre, sintiéndolo duro bajo su tacto, al tiempo que notaba cómo el agradable aroma acaramelado de su dulce se incrementaba.

Había estado demasiado ocupado con Ethan como para notarlo, llevaba semanas sin saber lo que era el descanso, pero ahora que se había desconectado de todo, podía sentirlo, el sueño, la inapetencia y el dulce sabor de su nena, tenía un significado, uno muy grande.

No habló lo que él ya intuía, dejó que sus ojos se conectaran por breves instantes, antes de decirle que la amaba y besarla con toda la pasión y amor que había reservado cuatrocientos años para ella, ahora más que nunca, necesitaba vencer a Paul, cobrar venganza.

Gabriella se había convertido en el tesoro máspreciado de todos sus bienes, desde el momento que la había visto muerta de frío en el jardín de la casa, pero ahora, era más que eso, dentro de su cuerpo, guardaba la joya más preciosa para cualquier hombre o licántropo. La besó, tomándola con suavidad hasta depositarla en la cama y le hizo el amor con delicadeza y dulzura, mientras besaba la marca en que la había proclamado como suya, porque ella lo era y haría lo necesario para mantener su palabra.

\*\*\*\*\*

Víctor había llegado a la cabaña, debatiéndose entre entrar o no. Se odiaba por tenerla cautiva, cuando su cuerpo solo quería acurrucarse junto a

ella y buscar consuelo, el consuelo que solo podía darle su otra mitad.

Sabía que no sería fácil, pero llevar varias semanas junto a ella y no poder tocarla, lo estaba matando, su olor cautivaba sus sentidos, la necesitaba, aunque usaba el desprecio y el resentimiento como un escudo, para no desearla con tanta intensidad, pero en los últimos días y, tras la muerte de Ethan, en lo único que podía pensar era en el mínimo gesto de afecto que ella podría darle.

No cambió a su forma humana, era el momento de que Mía dejara de pensar que su condición de licántropo solo era una farsa. No tenía que poseer el don de Ethan, para poder leer sus pensamientos. Mía, era un libro abierto, interpretaba sus miedos y sus anhelos, solo con escucharla hablar.

Había mandado una fotografía a Jerry Banks, su abogado, para que investigara todo a cerca de Mía Hiller, sin embargo, al leer el informe, se encontró con noticias no muy gratas.

Mía había trabajado en el burdel de su madre hasta la edad de dieciséis años, pero había escapado junto a Robert Wanfield, un mesero del lugar; luego de que su madre la golpeará por no atender a un cliente.

Robert era todo lo que ella tenía y, el muy bastardo, se había aprovechado de ella, coaccionándola para que fuese la dama de compañía de personas de la alta sociedad, solo para que él pudiera pagar por sus vicios.

Inspiró profundamente, sin saber qué hacer, se había despedido de Anderson horas atrás, prometiéndose no solo a sí mismo, sino a su mejor amigo, que encontraría a Paul Walker y lo desmembraría, mientras lo vería suplicar clemencia.

Nunca en sus seiscientos años, se le había muerto un paciente, su don le permitía reconfortar al enfermo y sanar al desahuciado, había tratado con muchas heridas causadas por otros lobos y, sabía perfectamente, lo que le había ocurrido al pequeño de la manada.

Ethan nunca imaginó que su hermano lo dañaría y pudo más la tristeza en su alma que sus heridas.

Empujó la puerta con su hocico, entrando a la cabaña cuando aún no amanecía, sabía que Mía debería estar dormida; sin embargo, se sorprendió al encontrarla despierta y en la misma posición en la que la había dejado el día anterior.

Ella gritó al verlo, de inmediato se arrastró hasta el rincón y se sentó con las piernas pegadas al pecho y abrazándolas con fuerza, mientras lo miraba con temor; no obstante, eso no lo hizo retroceder, ni su miedo, ni la forma en la



que su cuerpo temblaba a pesar de que la chimenea estaba encendida, por el contrario, avanzó hacia ella con lentitud, viendo cómo las lágrimas corrían por las mejillas de su mujer, se subió sobre la cama y Mía se encogió aún más, si eso era posible.

Víctor no quería pelear, estaba tan cansado y tan dolido, que dejó que la parte derecha de su cabeza acariciara el muslo de Mía, sintiendo el temblor de su cuerpo y los pequeños sollozos que escapaban de su boca; volvió a repetir la acción una vez más, sin obtener más que temblor y lágrimas.

Se apartó mirándola a los ojos y dejó que su nariz húmeda se colara entre las manos de su mujer, la necesitaba, el deseo ahora mismo estaba escondido en un lugar muy lejano, quería consuelo, lo necesitaba como nunca, dejó la cabeza sobre sus rodillas y Mía alejó las manos completamente de él, cerró los ojos y dio un suspiro.

Durante minutos, ninguno de los dos dijo o hizo nada, Mía lo miraba fijamente con los ojos anegados en lágrimas, su corazón latía de forma vertiginosa, se había despertado al sentir el aullido de un lobo y, cuando lo vio entrar, se había tensando, pensando en el final, no podía correr, no podía esconderse, lo único que podía hacer era encogerse y tratar de pasar inadvertida, sin embargo, cuando el inmenso lobo se subió en la cama, su cuerpo la traicionó, sus sentidos se pusieron alerta y las lágrimas brotaron a borbotones de sus ojos. Odiaba ser débil, odiaba saber que iba a morir, pero no fue así, el lobo acarició sus piernas y luego posó su cabeza sobre sus rodillas, como si buscara algo de ella.

Las manos le picaban por tocarle, era la primera vez que veía un animal de ese tamaño y que, al parecer, no estaba dispuesto a maltratarla. Durante sus años de vida, había sido maltrata, primero por su madre y luego por Robert, con ambos fue cobarde, una cobarde disfrazada con una coraza de valentía que no tenía, su madre la había vendido al mejor postor; y si no hubiese sido por Robert, ella fuese una puta más del burdel de su madre, pero fue en lo que se convirtió para los amigos de su amante; sentía que tenía con Robert una deuda de vida, una que no podría pagar. Cuando pasó tanto tiempo sin saber de Gabriella, fue la excusa o la escapatoria perfecta para ella. Por lo menos, durante unas semanas.

El lobo suspiró con los ojos cerrados, y ella estiró su mano hasta dejarla en el lomo del animal, que tembló ante su tacto, ya podían verse los primeros rayos del sol, mientras ella esperaba a que Víctor llegara pronto, antes de que el lobo decidiera que era mejor devorársela, acarició su lomo con temor, una,

dos, tres veces, observando atenta cada movimiento del animal.

—No vas a hacerme daño, ¿verdad, lobito? —murmuró sin dejar de pasar su mano por el espeso pelaje—. ¿Por qué entraste aquí?

Víctor quiso contestarle, pero no era el momento, sentía que había ganado algo ese día, así que simplemente se quedó con la cabeza en sus rodillas, disfrutando del toque de su mujer.

En cambio, emitió un leve quejido, con aquella mano sobre su lomo, Víctor entendió, lo solo que había estado durante seiscientos años. Se había negado la soledad, se había negado el deseo de añorar a su compañera, y ahora que ella estaba allí, a su lado, hermosa, perfecta, Víctor, viejo lobo, entendió todo lo que la había extrañado.

\*\*\*\*\*

Tras hacer el amor con Anderson, Gabriella se quedó dormida, saberse entre los brazos del hombre que amaba, la hacía sentir segura y amada, sabía que él había venido a ella buscando consuelo y, por eso se lo había entregado, había sido dulce y suave completamente distinto a la primera vez que estuvieron juntos.

Desde la noche de luna llena, no habían intimado y todo había sido tan diferente, tan especial. Dio un suspiro enterrando más la cabeza en su pético pecho, estaba duro y caliente, pero para ella era la mejor almohada en la que había descansado. La habitación estaba completamente oscura, aunque sospechaba que era algo tarde, su estómago rugió confirmando sus sospechas, pero no quería salir del abrazo de su amor.

—Estás despierta. —No era una pregunta, pero ella asintió—. Tienes hambre... —habló él mimoso y ella volvió a asentir, sintiendo el apretado abrazo de Anderson—. Vamos a comer. —La instó acariciándole la espalda. Gabriella levantó su rostro, mirándolo con todo el amor que sentía por él.

Había sentido como su corazón se rompía un poco cuando él, después de entregarse a ella lloró en sus brazos por la pérdida del que había sido su mejor amigo. Se impulsó acercándose a su rostro.

—Gracias por venir a mí, anoche... —murmuró acariciando su mejilla.

Anderson tomó su mano y la llevó a su boca dándole un ligero beso en el dorso.

—Gracias a ti por darme el consuelo que necesitaba.

—Te amo...

—Eres mi vida, Gabriella Wilson, lamento haberte apartado —suspiró—. También te amo, bebé, mucho. —Le dio una sonrisa ladeada que llegaba hasta sus ojos. El estómago de Gabriella volvió a rugir y Anderson se levantó hasta quedar sentado en la cama—. Quédate aquí, buscaré algo para que desayunes. —Miró hacia la ventana—, o almuerces. —Dio un pequeño beso en su nariz, antes de salir de la cama, completamente desnudo, hasta llegar al clóset y tomar uno de sus pantalones de yoga. Ella hizo un mohín cuando su sexi y apetecible trasero, estuvo cubierto por la tela—. Volveré pronto. —Ella asintió y se dejó caer en la cama, justo antes de sentir su estómago contraerse y correr en dirección al baño.

Se miró al espejo, viéndose un poco verde, había vomitado más de lo que había comido la noche anterior y, agradecía que Anderson; al parecer, no lo hubiese notado.

Se lavó la boca con suficiente agua y tomó su cepillo de dientes, el solo olor del dentífrico hizo que su estómago se revolviere de nuevo. Salió a la habitación y tomó la camisa de Anderson, que había usado la noche anterior, y sus pequeñas bragas, después salió y bajó las escaleras de dos en dos, hasta llegar a la cocina.

Anderson la vio entrar y sonrió, aun sin que ella pudiese verlo, había sentido su aroma desde que salió de la habitación, así como la había escuchado vomitar, tuvo que plantar bien todas sus extremidades al suelo, para no correr a su habitación, pero sabía que eso era normal; al menos, en las primeras semanas.

Necesitaba hablar con Víctor, había escuchado de bebés lobos, pero no sabía todo a ciencia cierta, Gabriella le dio un beso en la espalda desnuda, para después caminar hacia la alacena y empinarse para tomar una lata de atún.

La abrió y se sentó en la isleta con un tenedor.

—Sé que estás cocinando —dijo después de haberse llevado el primer bocado y gemir de gusto—, pero necesitaba comer algo de esto.

A pesar de su dolorosa erección, Anderson sonrió terminando de dorar el tocino, no podía culparla por querer comer, menos cuando lo hacía por dos, se sentaron uno al lado del otro y disfrutaron de la comida, fruta, leche, jugo de naranja tostadas y huevos con bacón.

—¿Vas a comerte eso? —pregunto ella, señalando con su tenedor un

pequeño pedazo de tocino en el plato de Anderson.

—Tómalo, bebé —dijo sin dejar de sonreír, se sentía eufórico, aunque su corazón aún tuviese la pena de haber perdido a Ethan.

—Eres un amor, he comido y comido, siento como si no hubiese comido nada —susurró dándole un mordisco al tocino.

—Bebé. —Ella lo miró—. Sé que he estado ausente estas últimas semanas... pero necesito saber, ¿te ha dado por comer carne cruda en estos días? —Gabriella lo miró sonrojada, hacía unos días había sido imposible no poder evitar masticar un pequeño pedazo de filete, había momentos en que el hambre se evaporaba de ella y, otros en que quería comer hasta saciarse.

—Solo fue un pedazo pequeño, de niña lo hacía. —Se mofó y él la atrajo, dándole un beso en sus cabellos.

—¿Satisfecha? —murmuró, cuando ella tomó el último bocado de tocino.

—Por el momento —dijo sonriendo, él tomó sus manos entre las suyas y lamió cada dedo, provocando un estremecimiento en el cuerpo de su amada.

—Necesito hablar contigo. —Mientras cocinaba, había pensado en preguntarle primero a Víctor, pero Ella estaría nerviosa, así que sería mejor que le explicara y; luego, que entre los dos disiparan las dudas. Ella abrió los ojos enfocando su atención en él—. Solo prométeme que no entrarás en pánico.

—No irás a buscar a Paul, ¿verdad? —preguntó de inmediato, pero Anderson tensó su rostro, entonces, soltó sus manos—. Anderson, no lo harás. —Sentenció levantándose del taburete.

—Paul tiene que pagar, Gabriella. Eso no está en discusión —habló entre dientes.

—¡Te matará! No le importó su hermano, te matará y... —Anderson la envolvió entre sus brazos.

—No voy a permitir que Paul nos vuelva a separar. —Besó sus cabellos —, pero no es de eso que quiero hablar, mi amor...

—No voy a irme... No huiré.

—Déjame hablar, preciosa. —Acarició su nariz con la suya.

—¿Entonces?

—Te amo y lo sabes. —Acarició el contorno de su rostro—. El día de la luna llena. —Alzó su mentón para que sus ojos se encontraran—. Fue el día más feliz de mi vida —confesó y ella sonrió—. Pensé que ese día nunca llegaría... —No sabía cómo explicarle—. Te hice mía, sin reservas, Gabriella.

—Lo sé. —Ella tocó su mejilla—. Yo te hice mío también. —Tocó la cadena que colgaba de su cuello y él asintió.

—Has vomitado esta mañana. —Ella enrojeció—. Y ha tomado todo de mí, no salir a socorrerte.

—No es como si pudieras decirle a mi estómago que no devolviera la comida. —Se burló.

—Has comido carne cruda y, por lo que veo en la despensa, has acabado con nuestra dotación de atún.

—Yo lo...

—Shss, Ella, no sé cómo explicarte esto —dijo interrumpiéndola y colocando la mano en su vientre—. Creo... Creo que... —Pasó la mano libre por su cabello—. Creo que estás embarazada.

\*\*\*\*\*

Habían pasado un par de horas desde que Anderson le había dicho que estaba embarazada, tocó su vientre y suspiró. Anderson estaba acostado a su lado y ninguno de los dos había dicho nada, él simplemente la tomó en brazos, luego de que ella quedara en *shock*.

Gabriella suspiró fuertemente antes de hablar.

—Entonces tendré un cachorrito —intentaba asimilar de la mejor manera posible.

Anderson no dijo nada, en su fuero interno, no sabía si tomarlo en serio o carcajearse; aunque, ¿qué sabía él?

—No lo sé —dijo después de unos minutos—. Creo que será un bebé normal, tendría que preguntarle a Víctor.

—Esto es algo extraño ¿no?

—Los únicos que conozco de mi misma especie, son Víctor, Ethan y Paul —susurró él—. No voy a negarte que estoy algo asustado —confesó y ella se giró hasta quedar frente a él.

—Averiguaremos juntos —sentenció y él sonrió, colocando un mechón de su cabello detrás de su oreja.

—¿Estás asustada? —preguntó él sin poder leerla por completo, estaba demasiado nervioso como para utilizar su don.

—Algo, pero como te dije, será algo que averiguaremos juntos. —Le besó los labios; entonces, él sonrió antes que ella volviese a descansar la

cabeza en su pecho—. ¿Cómo te gustaría que se llamara? —Ella abrió los ojos de repente—. ¿Será solo una verdad? —Anderson sonrió—. Y no voy a volverme una momia anoréxica tipo Bella Swan<sup>[7]</sup>...

—¿Quién? —inquirió dudoso. —No sé mucho de embarazos en este caso en particular, pero no te volverás una...

—Una momia anoréxica...

Anderson se rio.

—No, no serás una momia anoréxica, en cuanto a si es uno solo. —La apretó entre sus brazos—. Eso espero... Estaré junto a ti. —Se quedó en silencio y suspiró—. Si es niño, ¿podremos llamarlo Ethan? —propuso con la voz cargada de melancolía.

Gabriella sintió cómo sus ojos se llenaron de lágrimas antes de asentir.

—Lo llamaremos como tú quieras, amor —dijo volviéndose a girar hasta mirarlo, e iba a volver a besarlo, cuando el sonido de un auto deteniéndose alertó a Anderson, quien se levantó de la cama y caminó hasta la ventana.

—Quédate aquí, bebé —murmuró él, saliendo de la habitación.

Gabriella se levantó de la cama y corrió a la ventana, justo para ver a un hombre salir del auto, tomado de la mano de una mujer joven.

Nuevamente estaba nevando y los visitantes no parecían ser malas personas, por lo que hizo caso omiso a la recomendación de Anderson, salió de la habitación y bajó las escaleras hasta llegar al recibidor, no pudo evitar quedarse de piedra al ver al hombre rubio que miraba a Anderson de forma indescifrable.

# **CAPÍTULO**

**20**

Jackson Wilson, ingresó a la vivienda, sin importarle el hombre a medio vestir que estaba justo en la entrada y, que parecía saber quién era, tampoco el ruido sordo que hicieron las maletas que tenía en sus manos cuando chocaron con el suelo.

Ahí, frente a él, estaba todo lo que anhelaba su corazón. Reencontrarse con su hermana, sus brazos se apoderaron de la estrecha cintura de Gabriella y la levantó del suelo, apretándola a su cuerpo. Amaba a esa chica con cada latido de su corazón, pero había sido cobarde al no saber defenderla delante de su padre.

—¡Gabs! —dijo colocando las frías palmas de sus manos, debido al clima, en sus mejillas—. ¡Oh demonios, Gabriella! —La atrajo de nuevo a su cuerpo y suspiró en paz, cuando por fin la vio a salvo; ella estaba ahí, sus pesadillas donde era atacada, solo eran eso... Pesadillas.

—Jack... —Gabriella abrazó fuertemente a su pequeño hermano, inhalando su aroma y sintiéndose en calma. Las lágrimas acudieron, habían transcurrido muchos años desde la última vez que había visto a Jackson, luego de una discusión donde se había dispuesto a luchar por el que, en ese momento, creía su amor, harta de las imposiciones de su padre—. ¿Qué haces aquí? —susurró cuando el rubio la separó de su pecho—. Ha transcurrido tanto tiempo desde la última vez que nos vimos en...

—Sshhh... —La silenció el rubio—. Ya estoy aquí y nunca más te dejaré sola. Gabs, debes perdonarme por no haberte apoyado, pero nunca más te dejaré sola, ya estoy aquí, nada va a sucederte, yo te protegeré. —Gabriella no supo de qué hablaba, pero la manera de expresarse la desconcertaba.

—Estoy bien, Jack. —Sonrió—, entra. —Gabriella limpió un par de lágrimas que habían salido sin permiso y dio un beso en cada una de las mejillas del hombre frente a ella. Luego sonrió por el pequeño gruñido de Anderson que, aunque celoso, miraba la escena con algo de adoración.

Gabriella le sonrió a Anderson y de soslayo observó a la chica junto a él. Hacía años que no veía a Jackson, pero algo le decía que esa chica era importante para él y la forma en cómo ella lo miraba, con absoluta devoción, era la misma que Anderson ejercía en ella.

—Estás... —Jackson la observó de arriba a abajo, la camisa de Anderson mostraba parte de su hombro izquierdo y no llegaba a la mitad del muslo. Para



Jackson no era una sorpresa que la camisa fuese de hombre; más exactamente, del hombre que le había abierto la puerta sin camisa—. ¿Dónde demonios está la abuela? —Su ceño se frunció como cuando veía algo que no le gustaba, de hecho, no le gustaba nada que ella y ese hombre estuvieran medio vestidos, en una casa que parecía estar solo habitada por los dos.

—Eso mismo quisiera saber yo —dijo Gabriella distraída, mientras caminaba hasta llegar a Anderson y colocarse en su costado. La puerta seguía abierta, la chica parecía no moverse del lugar desde que ella había bajado, Jackson estaba desconcertado. Anderson la atrajo a su cuerpo y acarició sus brazos suavemente, dejando un beso en el tope de su cabeza—. Anderson compró la casa a la abuela hace un tiempo.

Jackson entrecerró los ojos, con cierta mirada sospechosa ante tal declaración. El que Gabriella estuviese en una situación íntima, con quien, probablemente, fuese un completo desconocido, no le dio la tranquilidad necesaria para confiar. Su mirada estaba llena de interrogantes con respecto al origen de tal relación, pensaba en que ella no solía tener esa actitud tan pasiva frente a un desconocido, y menos, de alguien que transmitía cierta posesión al tomarla.

No era de extrañar para él que el espacio ahora se tornara espeso y algo incómodo. Estaba en presencia de un poder mayor a cualquiera que conociese, ese poder del hombre sobre ella no le era confiable y eso lo mantenía alerta.

—No he sabido nada de ella —prosiguió Gabriella.

—Me dijo que tomaría un crucero por el Caribe, estaba cansada de vivir en el frío —musitó Anderson con voz rasposa, antes de extender su mano al hombre que lo miraba fijamente—. Anderson Scott.

Jackson tomó su mano de manera reticente.

—Jackson Wilson —habló fuerte y claro, luego fijó su mirada en su hermana—. ¿Dónde está Le Blanc?

Gabriella sintió como si alguien le hubiese dado un golpe en el estómago, ¿acaso Jackson no veía que ella ya no estaba con él? Inspiró profundamente antes de contestar.

—No existe...

—Gabs.

—Ahora estoy con Anderson. —Su tono de voz fue duro, inflexible y profundo.

—No entiendo, peleaste con papá porque amabas a Le Blanc, hace menos de dos meses estabas con él, hablé con Mía y me dijo que estaban planeando

casarse y, ahora estás con este hombre —dijo entre dientes—. ¿Quién eres y qué has hecho con mi hermana? —Exclamó resentido.

—Jack... —Lucía se acercó a él y le habló con tono tímido, pero certero—. Sin prejuizar... Quieres recuperarla, no iniciar una discusión —dijo suavemente, haciendo que Jackson suspirara fuertemente antes de asentir—. Lucía Wilson —dijo extendiendo su mano y haciendo que Gabriella enarcara una ceja hacia su hermano.

—Creo que es mejor que hables con él —susurró Anderson en el oído a Gabriella, mientras apretaba levemente sus hombros—. Te amo, preciosa... —Besó nuevamente el tope de su cabeza antes de dirigirse a la otra mujer del salón—. Si me disculpa, en la cocina hay chocolate caliente.

Lucía asintió sabiendo el trasfondo de las palabras del musculoso hombre, por lo que lo acompañó a donde él le mostraba e ignorando, claramente, la cicatriz que enmarcaba su rostro.

—¡Apenas conoces a ese hombre! —Fue el reproche de Jackson a su hermana, tan pronto Anderson y Lucía abandonaron el salón.

—Sígueme —pidió Gabriella entre dientes, encaminándose al estudio. Sabía que Anderson no se molestaría si ella lo usaba, solo esperaba que Víctor no entrase por la ventana medio transformado, como hacía últimamente.

Jackson era un hombre de ciencias, no de mitos y leyendas, como lo era ella. Era una de las cosas por la que su padre lo prefería, a pesar, de no compartir su ADN.

—Estoy esperando, Gabriella, te pierdes por muchos años, porque decides irte detrás de Alec Le Blanc; luego, recibo una llamada de Mía, diciéndome que estás en peligro, como si fuese poco, tengo una maldita pesadilla contigo, solo puedo pensar que Mía tiene razón y viajo desde Londres hasta aquí; expongo a mi esposa y a mi hijo, solo para encontrarte en la cama de un hombre, al que estoy seguro de que no conoces más de un par de semanas. ¿En qué clase de mujer te has convertido? ¡Por el amor a Dios!

La cachetada resonó fuertemente por los cuatro rincones del estudio, Gabriella tenía las manos en puños y respiraba trabajosamente. La ofensa y el dolor en su corazón, solo dictaba dos cosas; la razón del desconocimiento de ese amor apresurado y desmedido; y la lealtad no merecida a un amor anterior que creía pertenecer a su corazón.

Gabriella no tenía argumentos sencillos para explicar la naturaleza del amor que sentía por Anderson, solo se sostenía con su propia verdad y, enfrentarse a la realidad de que su hermano pudiese juzgarla, le resultaba una

situación de doble moral, ¿cómo explicarle las razones?

El sentido de todo el caos que existía en su vida y en su corazón. No resultaba nada fácil, siendo visto desde una perspectiva ajena; así que, menos debía ser enfrentarse con la otredad de lo desconocido y la lógica de Jackson: enfrentarlo a la verdad.

—Si viniste a juzgarme, como siempre lo hizo mi padre, puedes tomar tu equipaje y devolverte por donde llegaste. —Le dijo con los labios tensos y los dientes apretados—. No eres quién para decirme qué hacer con mi vida, Jackson, estoy lo suficientemente crecida y sé lo que hago.

—Gabs...

—¡No lo conoces! —Sintió cómo su estómago se movía, y por una fracción de segundo, su cuerpo se quedó sin aliento, al parecer, a su pequeño cachorro no le gustaban las alteraciones, respiró hondo y negó con la cabeza—. No puedes llegar aquí y empezar a juzgar —dijo un poco más calmada.

—Pero Mía... ¿Dónde está Mía?

—Ella está con Víctor. —Jackson la miró sin entender.

—¿Quién demonios es Víctor? ¿Ella no estaba con un tal Robert? —dijo sin poder creerlo.

—¡¿Ves?! Defiendes a un puto, que solo quería prostituir a mi amiga y, juzgas a Anderson, que me ha hecho más feliz en estas semanas de lo que lo hizo Alec en seis años... —Se sentó en la silla de Anderson y colocó la mano en su vientre, estaba tan plano como siempre lo había tenido, pero algo se había movido dentro de ella. Vio cómo Jackson se sentaba en la silla de enfrente y la miraba sin decir nada—. ¿Quieres que te cuente qué ha pasado conmigo en las últimas semanas? O quieres seguir siendo un Wilson y despotricar a diestra y siniestra. —Su voz fue fuerte, y Jackson suspiró fuertemente.

—Empieza a explicar Gabriella, porque no sé nada de nada, y esta confusión me está haciendo cometer estupideces...

\*\*\*\*\*

Anderson había calentado el chocolate que Gabriella y él habían preparado, antes de subir a la habitación, podía sentir la mirada de Lucía en su espalda, seguramente, observando las cicatrices que tenía en ella; al principio, Ethan había bromeado con que iba a hacerle un tatuaje para ocultarlas... Ethan, pensar en él, le retorció el alma.

Iba a vengar su muerte, sucediese lo que sucediese, haría lo posible por salir vencedor de esa contienda por Gabriella, por Ethan y por su pequeña cría nonata . Iba a ser padre y necesitaba a Víctor para que chequeara a Gabriella.

Podía escuchar a su mujer hablar con suavidad sobre lo que había pasado con ella en las últimas semanas, cuando ella dijo: "Lo amo".

Sintió cómo su corazón se expandió en su pecho, él también la amaba, de hecho, llevaba amándola más de trescientos años.

—No eres real —musitó Lucía, haciendo que se girase con la taza en la mano—. Se supone que hombres como tú no existen. —La mujer tocó su vientre y luego él dio una deslumbrante sonrisa.

—No te entiendo... —Intentó hacerse el tonto.

—Me entiendes más de lo que quieres aparentar, puedo leerte, extraño, eres inofensivo, no está en tu alma hacer el mal. —Anderson le extendió la taza y ella lo tomó.

—¿Qué se supone que soy? —Enarcó su ceja izquierda.

—Eres un ser de la oscuridad, un amigo de la noche. —La mujer bebió su chocolate y sonrió, cuando el cacao inundó su paladar, se pasó la lengua por la comisura de su boca antes de acotar—. Eres un hijo de la luna.

Anderson se quedó completamente petrificado ante la revelación.

\*\*\*\*\*

Estaba desesperado, avanzaba a pasos gigantescos con Mía, cuando estaba en su forma lobuna, pero cuando era humano, la mujer era arisca, callada; ya ni siquiera le lanzaba insultos o intentaba escupirlo, parecía resignada a morir en aquel lugar. Inhaló profundamente, buscando el aroma de Paul, pero no parecía estar cerca, imaginaba que la tierra se lo había tragado.

Cambió a su forma humana y se metió al lago, quitándose restos de suciedad sin importarles que estaba a medio congelar. Intentaría hablar con Anderson para que lo ayudase a hacerle entrar en razón a Mía, quizá con Gabriella, pero sentía presencias extrañas cerca a la fortaleza de Anderson; así que, decidió esperar a estar más calmado.

Hizo tronar sus huesos, relajando así, sus músculos tensos, la luna llena se acercaba una vez más, podía sentirla, y necesitaba por todos los medios que Mía aceptara que ella era su pareja de vida, si no la tomaría sin reparo, y por

muy mala mujer que a él le pareciese, quería ser delicado con ella. Limpió los restos de lodo de su cuerpo y salió del lago, caminando desnudo hacia la cabaña, sin importar el pequeño halillo de nieve que caía sobre su cabeza.

Mía seguía tirando de la cadena día tras día, soñando que alguna vez, esta cedería y pudiera huir de ahí. Había pasado varias noches que el lobo de pelaje castaño entraba a la cabaña y se echaba a sus pies, para que ella acariciara bajo su hocico y detrás de sus orejas, también había momentos que aparecía en el día, siempre y cuando, el mastodonte con patas no estuviera cerca. Ese lobo se había convertido en su única compañía desde que el loco le había dado por creerse un licántropo, como en los libros que Gabriella tenía en casa.

Gabriella... solo esperaba que ella estuviese bien, seguía en casa con Anderson y Ethan, otro par de locos, porque según Víctor, ellos también aullaban a la luna, vio cómo la puerta se abrió, entonces, recogió sus piernas hasta dejar su barbilla apoyada en sus rodillas.

Víctor entró completamente desnudo a la pequeña cabaña, se paseó sin pudor por varios minutos, delante de ella. Hasta que decidió ponerse unos vaqueros y un suéter polo que no protegía nada el frío.

«Ojalá mueras de una maldita hipotermia, pedazo de mierda» —Pensó con su mirada puesta en el mastodonte.

—Los lobos aumentamos nuestra temperatura corporal cuando la temperatura del ambiente baja considerablemente —dijo él como si le leyese el pensamiento—. Hueles mal, será mejor que te des un baño, hay agua caliente en la ducha o, si prefieres, puedo llevarte al lago congelado, a ver si con el frío, dejas de ser como un pedazo de hielo. —Mía le enseñó el dedo del medio, mientras lo observaba sonreír ladinamente—. Gracias preciosa, puedes usarlo esta noche para masturbarte —musitó.

—Cerdo... —Escupió ella con odio.

—Lobo, nena. —Se acercó a ella y quitó el seguro de la cadena que la ataba a la pared—. Si entendieras nuestro destino, ya no tendrías que estar atada como un animal a esta cama, pero imagino que a las zorras les gusta estar así. —Él sabía lo que venía ahora y no tardó en sentir el escupitajo en su rostro. Chasqueó la lengua tomando con sus manos la barbilla de la mujer que se retorció entre sus brazos.

—¡Hijo de puta! —Víctor tomó un puñado de su cabello y colocó el rostro a la altura del suyo.

—No, nena, aquí la que salió de un burdel fuiste tú... La que servía de

dama de compañía eras tú. —Unió sus labios a los de ella en un beso fiero y demandante, al que Mía luchó con todas sus fuerzas para no caer en su embrujo y seguirlo con la misma pasión que él le daba—. Odio tratarte así, linda, acéptame y conviértete en mi compañera, entrégate a mí y te juro que serás una diosa. Seré tu esclavo, tu compañero. —Mía salió de su pequeño trance y enterró los dientes en el labio del hombre, que la hacía temblar, provocando que la sangre roja y espesa empezara a brotar por la herida—. Esto no es nada, nena. —Víctor lamió la herida y solo le bastó solo un par de segundos para empezar a cicatrizar, ante la consternada mirada de Mía.

Víctor sonrió negando con la cabeza y empezó a caminar hacia la habitación de baño.

Había pensado llegar a casa, vestirse y salir para donde Anderson, pero la luna comenzaba a regir su instinto, y el solo hecho, de ver a Mía en la cama, lo hizo desearla más; por ello, la besó, la tomó y la llevó directo al baño.

No la tocaría sin su consentimiento. Ardía como el infierno al sentirla tan cerca, sentía que no podía controlar esta necesidad, aunque la verdad, su piel se prendía por tener así fuese un mínimo contacto con la cremosa y nívea piel de la que pretendía, para sí, su futura pareja.

La despojó de cada una de sus prendas de vestir, hasta dejarla en unas infames bragas de color rosa. No sabía por qué había comprado varias de ese color. Ignorando esa información, prosiguió, como en días anteriores, llevaba a Mía hasta el cuarto de baño y él esperaba afuera con la cadena sujeta a su mano; pero hoy había algo más en él, era el instinto animal que recorría sus entrañas, era el deseo animal que esa mujer despertaba en cada terminación nerviosa que su cuerpo experimentaba cada vez que la tenía cerca. Su calor era el mayor vicio que podía sentir. Su necesidad de ella y de tenerla cerca, resultaba una embriaguez capaz de exaltarlo hasta la locura.

Sin siquiera detenerse a pensarlo, se acercó a ella, se desnudó, dejando que su calor golpeará el cuerpo femenino que se encogió en un rincón del cuarto de baño; sus manos delinearon la pequeña cintura, mientras Mía lo miraba con cierto temor.

«Relájate y dolerá menos»— murmuraba para sí misma una y otra vez, mientras sus ojos se enfocaban en la mirada lujuriosa del hombre frente a ella.

—Eres tan bonita —susurró un poco aturdido por la belleza cegadora que tenía frente a él, mientras uno de sus dedos, acariciaba su rostro, siguiendo el contorno de su perfecta piel—. Tan bonita... No tengas miedo.

—No me hagas daño —murmuró presa del temor.

—Shsstt, no te haré daño, pero te necesito. Eres mi mujer y estoy harto de esperar y esperar... la luna llena se acerca, nena, si no me das lo que me pertenece, voy a ser un animal cuando el momento llegue.

—Por favor. —Su voz salió estrangulada y se odió por verse débil ante su captor.

Víctor enfocó su vista en la de ella, tan oscura y penetrante, que por un segundo sus rodillas perdieron fuerza, haciendo que el hombre la atrapara.

«Debo estar loca, porque me encanta que me mire así, yo lo odio, lo odio...»

—Puedo sentir tu olor, nena... ¡Y por Dios! Que no está haciendo las cosas sencillas en la parte sur de mi cuerpo... Me odias, lo sé, pero me estás mirando con la misma lujuria contenida con la que mis ojos recorren tu cuerpo. —Sus labios tocaron la cálida piel de la mejilla de Mía, formando un sendero de besos que llegó hasta la curvatura de su cuello. Podía sentir cómo el corazón de su pareja latía tan rápido como si estuviese en una carrera, podía sentir cómo la libido subía a niveles insospechados, cómo el flujo de su sexo empezaba acumularse, haciéndolo parecer un animal loco de deseo.

Y eso era justo lo que quería, perderse en su cuerpo hasta que quedara totalmente saciado. Acarició los pezones de la mujer, dejándolos tan duros como un par de lanzas. Ella era receptiva, ella era deliciosa, y se notaba en su postura rígida que no estaba acostumbrada a ser acariciada.

El solo pensamiento de ella, siendo tocada por otros hombres, sumado al recuerdo de Rose gimiendo sobre el cuerpo de su mejor amigo, era como bofetadas en su rostro, era como si lo marcaran con un fierro caliente, como si clavasen mil dagas en su corazón. El recuerdo impactó en su memoria como una bomba, haciéndolo alejarse completamente de ella, mirándola con sentimientos encontrados; mientras la observaba, no podía dejar de sentir cómo las viejas heridas se abrían y, desafortunadamente, esas heridas no cicatrizaban tan rápido como las que ella había infringido en su labio.

Mía lo observó sorprendida. Había estado a poco de entregarse completamente a él; Víctor era antipático y le parecía un completo idiota, pero también había algo que ella no podía evitar, quizá era complejo de Estocolmo, quizá era por lo atractivo que era, aunque lo odiaba por tenerla secuestrada y amarrada como un animal, su cuerpo deseaba que la siguiera tocando. Lo vio negar con la cabeza repetidas veces, aturdido, antes de hablar.

—Buscaré algo para que te vistas, aséate rápido.

Mía pudo sentir el asco en sus palabras, la miró de arriba a abajo de la

misma manera que ella lo observaba, negó una vez más y salió del cuarto de baño, dejándola sola y con el corazón latiendo como mil caballos a galope, los músculos vaginales contrayéndose levemente y la cabeza llena de preguntas.

¿Qué había sucedido allí?

\*\*\*\*\*

Anderson estaba sentado sobre un banco, petrificado por la confesión de la pequeña mujer; había intentado hacerse el tonto y cambiar la conversación de Lucía. Pretendía saber lo que estaba sintiendo, pero la mujer frente a él, estaba fresca como si nada estuviese sucediendo a su alrededor, como si nada alterase el aire denso que se formó en torno a ambos.

Bebió su chocolate con calma y acarició su vientre repetidas veces, antes de contarle varias leyendas de hombres lobos, de las cuales, Anderson ya conocía; luego, le habló sobre cómo se había conocido con Jackson y el don de las revelaciones en sueños que tenía su esposo y como ella lo ayudaba con esas verdades.

Anderson llegó a la conclusión de que la mujer era extraña, pero muy agradable, y él no tuvo que negar o asentir nada.

Lucía Wilson, le había dicho muchas cosas que, últimamente, habían sucedido en su vida, sin que él hubiese abierto la boca; por un principio, había estado temeroso de la reacción de Jackson Wilson, nada ni nadie lo apartaría de Gabriella, eso sí que lo tenía claro, ella era suya, ella lo iba a convertir en padre.

Una sonrisita involuntaria se formó en su rostro, al saber que en el vientre de su mujer se formaba una personita creada por ambos y, solo ese sentimiento lo hizo pensar en Víctor. No lo había visto desde la noche anterior, ni sentido su presencia cerca a la casa, solo esperaba que él y, sobre todo, Mía, estuviesen bien. Afinó su oído, tratando de escuchar algo de lo que ocurría en su estudio, pero los gritos del comienzo habían cesado y ahora todo era silencio.

—Tienen muchas cosas de qué hablar. —Fijó su mirada gris en la mujer frente a él—. Jackson es terco, pero ama a Gabriella tanto o más que usted.

—Su marido tiene una extraña manera de amar, la dejó sola cuando más lo necesitaba —dijo con desdén.



—Él pensó que lo mejor para ella era irse con ese tipo, solo pensaba en su bienestar. —Anderson bufó—. ¿Tiene idea para cuándo nace el bebé de Gabriella? A Axell le faltan dos meses.

—Gabriella, no está...

—No lo niegue ella está esperando a su bebé, y como a usted, puedo sentirlo, no se preocupe, todo irá bien, ese bebé será la fortaleza de Gabriella. —Anderson estaba a punto de preguntar, pero en ese momento vio a Gabriella entrar a la cocina seguida de su hermano, que aún lo miraba de mala manera.

—Jackson y su esposa pueden quedarse, ¿verdad? —preguntó sentándose sobre sus piernas y acariciando sus cabellos. Él asintió, mientras un pequeño ronroneo involuntario escapaba de su garganta.

—Me gustaría poder hablar con usted, señor Scott, pero antes, necesito que Lucía descanse un poco. El viaje de Londres a Canadá es bastante largo, y ella ha tenido un embarazo complicado.

—Axell y yo, estamos bien —refutó la morena.

—Axell... —Gabriella, tocó su barbilla—. ¿El padre de la paz de los escandinavos?

—Lucía quiere que el bebé lleve ese nombre; aunque, a papá no le gustó...

—A tu padre no le gusta nada —rebató la castaña.

—Es mi hijo y lo llamo como quiera, Axell Elof Wilson.

—Lindo nombre —murmuró Anderson, sabiendo que Elof significaba "heredero" sin duda alguna, si ese niño sacaba los dones de sus padres, sería perfecto. El estómago de Gabriella rugió sonoramente, provocando que escondiera su rostro en el hombro de Anderson—. Quédate, y come algo, mientras llevo a tu hermano a su habitación.

—¿Aún hay atún? —preguntó con inocencia.

—En la alacena de la izquierda —dijo Anderson con una sonrisa de satisfacción—. Mañana te traeré fresco, pero busca allí, sé que Ethan las guardaba ahí. —La mención del amigo que ya no estaba, fue dura para ambos; incluso, Lucía y Jackson, pudieron notar lo espeso que se había quedado el ambiente.

—¡Auch! —Lucía se quejó, acariciando su vientre. El rostro de Jackson se tensó de preocupación y acudió rápidamente con su esposa.

—¿Te sientes bien? —Acarició su rostro con dulzura, mientras la miraba con amor absoluto, como si fuesen uno solo, y ese momento, estuvieran solo los dos.

—Axell quiere más espacio.

Gabriella miró a su cuñada, tenía una ligera mueca de dolor en su rostro, mientras acariciaba su vientre, inmediatamente, imaginó cómo sería su embarazo.

Jackson y Lucía eran seres humanos normales, por lo tanto, el embarazo podía considerarse normal. Su hermano había dicho que había sido un embarazo complicado, el temor inundó su cuerpo, tensándola levemente.

Anderson la observó por unos minutos, tratando de averiguar qué sucedía. Ella negó con la cabeza y lo alentó para llevar los invitados a descansar.

—¿Cree que su esposa pueda caminar? —preguntó cortésmente a Jackson, Lucía asintió—. Si gusta, podemos adaptar uno de los salones de abajo. —La aludida negó antes de levantarse y caminar hacia el hombre que estaba frente a ella, ejerciendo como anfitrión.

—El segundo piso está perfecto —dijo con una sonrisa.

Anderson le dio una última mirada a Gabriella antes de salir de la cocina con los invitados. Mientras subía por las escaleras escuchó cómo las manitas de Gabriella corrían latas en la alacena, buscando su bocadillo; casi vio la expresión en su rostro cuando la encontró y sintió el gemido de gusto que ella dio, al momento de llevarse la primera cucharada a su boca.

La deseaba, pero sabía que no podría tocarla hasta que Víctor la revisara, o hasta que su hermano se fuese. Abrió una de las habitaciones de la izquierda y dejó que la pareja de esposos pasara.

La habitación estaba pintada de blanco con una cama King en el centro y un sofá borgoña, ubicado a un costado, estaba equipada con todo lo necesario para el descanso.

Jackson ayudó a Lucía acostarse y luego le dirigió una mirada a Anderson, ambos hombres salieron de la habitación y, Anderson condujo a Jackson a uno de sus estudios en el segundo piso.

—Primero, quiero darle las gracias por haber ayudado a Gabs, cuando más lo necesitaba, pero eso no quiere decir que esté de acuerdo, con lo que sea, que está pasando entre ustedes.

—Está usted en todo su derecho a apoyarnos u oponerse, señor Wilson, ¿una copa? —El rubio negó—. A mí, lo que más me interesa es que su hermana me ama. —Se sirvió coñac y bebió—. Y créame, cuando le digo que estoy mucho más que enamorado de Ella.

—¿Ella?

—Ella, es hermosa —dijo él caminando hacia el escritorio—. Es tierna,

dulce, apasionada, luchadora... Ella, es todo lo que siempre he buscado. La conclusión perfecta de un pasado que quiero olvidar.

—No sé de qué rayos me está hablando, pero si le hace daño, quiero que sepa que lo buscaré y lo mataré.

Anderson sonrió ladinamente.

—Prefiero cortar mis dos manos y arrancar mi corazón antes de lastimarla, señor Wilson.

—Jackson...

—Jackson, por qué no me comenta sobre las pesadillas que ha tenido últimamente e involucran a Gabriella.

—Usted cómo... ¿Lucía?

—Sí, su esposa me ha comentado, yo también he tenido pesadillas acerca de perderla, una y otra vez. —Llevó la copa a su boca nuevamente—. Sabe, eso sería el infierno para mí, no sé si me entiende, pero no podría soportarlo.

—Sí, lo entiendo, pero disculpe si no le creo, ¿hace cuánto se conocen, Gabs y usted? —preguntó seriamente.

—Poco menos de dos meses, Jackson, pero para amar no hay un límite fijo de tiempo, son cosas que se sienten y se transmiten. Quiero casarme con su hermana. —Jackson enarcó una de sus cejas, sin poder creer mucho en lo que el hombre decía, aunque, sabía por experiencia propia, que solo bastaban dos segundos para amar a alguien. A él le había sucedido con Lucía.

—No sé lo que usted pretende, pero... —Un pequeño grito proveniente de la planta baja, alertó a los dos hombres.

Anderson bajó las escaleras rápidamente llegando a la cocina en un abrir y cerrar de ojos.

«¡Estúpida, eres una estúpida!» —Se recriminaba mentalmente Gabriella.

—Estoy bien, Anderson —dijo al sentirlo entrar a la cocina, sentía su aroma a tierra húmeda mucho más concentrado, desde que sabía que estaba embarazada; quizá, era el cachorro en ella o la loca manera en la que amaba a ese hombre.

Anderson llegó a su lado y le tomó el dedo entre sus manos, se lo llevó a la boca y succionó levemente, haciendo que cada partícula del cuerpo de su compañera de vida, se encendiera rápidamente. Sus miradas se encontraron y Anderson pudo ver cómo las flamas del deseo bailaban en los orbes oscuros de su mujer... Suya.

—Deja de hacer eso —musitó Gabriella con voz ronca, cuando Anderson succionó su dedo un par de veces más, mientras Jackson entraba a la cocina.

—Te has hecho un corte profundo... ¿Qué pretendías hacer?

—Creo que aún eres patosa —dijo Jackson desde su lugar.

—Y a ti te sigue dando miedo la sangre. —Se burló ella, sacando su lengua.

Dos fuertes pasos se sintieron justo antes de que la puerta de la entrada fuese abierta. Anderson le había dado un juego de llaves a Víctor, aunque, él siempre entraba por cualquier ventana.

—¡Gracias al cielo, que has llegado! Hoy más que nunca te he llamado con el pensamiento —dijo Anderson, cuando su amigo entró en su periferia.

—He estado ocupado buscando, a ya tú sabes, quién.

La mirada de Gabriella se fijó en los dos hombres altos y musculosos frente a ella, olvidando por un momento, la presencia de su hermano.

—¿Qué te has hecho, muñequita de porcelana? —susurró Víctor caminando hacia Ella.

—Solo es un corte. —Anderson dejó de presionar la herida y Víctor le dio una mirada significativa, para después observar al otro hombre en la cocina.

—Jackson, es mi hermano —intervino Gabriella dedicándole miradas a los dos y luego enfocando su mirada en el rubio—. Jack, te presento a Víctor Pávlov, amigo de Anderson.

—¿Es con quien está, Mía? —La cara de Víctor se deformó al escuchar el nombre—. ¿Dónde está ella ahora?

Gabriella lo observó con la misma pregunta en la mirada.

—Se quedó viendo tiendas en el pueblo —susurró sin convicción, Gabriella y Anderson supieron que mentía, Jackson pareció creerle—. Scott, busca una gasa con que cubrir esta herida.

—¿No necesitará sutura? —Jackson preguntó algo mortificado—. Ha perdido bastante sangre.

Víctor sonrió, una sonrisa ladeada antes de pasar el dedo anular por la herida, cerrándola inmediatamente.

—No, solo la limpiaré y la protegeré, en un par de días estará cicatrizado. —Guiñó un ojo a Gabriella y ella le sonrió con complicidad.

Anderson salió, por lo que Víctor había pedido; volvió rápidamente, enfocando su mirada con la de su amigo y, diciéndole telepáticamente, lo que recién había descubierto con Gabriella.

Víctor asintió y Jackson bostezó audiblemente.

—Lucía y tú deberían descansar. Aún faltan un par de horas para la cena

—dijo Gabriella, mirando a su hermano de soslayo, mientras que Víctor cubría su dedo con gasa.

—No quiero perderte de vista.

—Te aseguro que yo no lo haré —musitó Anderson.

—¡Hey! Estoy aquí, y no tengo intenciones de salir... A no ser, que Mía esté en peligro.

Miró a Víctor que se hizo el desentendido mientras sujetaba la gasa con esparadrapo.

—Solo serán unas horas —dijo Jackson con voz ronca.

—Te avisaré cuando la cena esté lista. —Gabriella sonrió, dándole seguridad a su hermano, quien se acercó a ella y plantó un beso en su cabeza. Después le ofreció su mano a Anderson.

—Aún no hemos terminado nuestra conversación —expresó de forma tajante.

—Estaré aquí dispuesto a retomarla cuando lo creas conveniente —musitó Anderson.

—¿Sabes si Mía vendrá a cenar?

El cuerpo de Víctor se tensó levemente.

—Creo que va a quedarse unos días, me dijo algo sobre estar aburrida de la cabaña —comentó Víctor con soltura, por lo que Jackson arqueó una ceja.

—Sabes cómo es Mía —argumentó Gabriella. Jackson asintió y extendió la mano para estrechar la de Víctor. Antes de salir de la cocina hacia el segundo piso.

Luego de un rápido chequeo a Gabriella, Víctor sonrió a un tenso y tembloroso Anderson; en efecto, Gabriella tenía algunas semanas de embarazo y, según lo que él había escuchado y visto en los últimos años, como licántropo sabía, que no sería un embarazo común.

El embarazo tenía poco menos de cuatro meses, lo que significaba que en tiempo era mucho más rápido que un embarazo normal. Gabriella se tensó mientras escuchaba la explicación de Víctor, Anderson acarició sus hombros con suavidad, trasmitiéndole un poco de confianza y, Gabriella, se dejó querer, permitiendo que su espalda quedase completamente pegada al duro pecho del hombre que amaba.

Víctor aseguró que estaría completamente pendiente de Gabriella y sus necesidades. No podrían saber el sexo del bebé hasta que ella hubiese dado a luz; sin embargo, encargó a Anderson comprar todo lo necesario para adaptar una de las habitaciones a un cuarto de hospital.

No sabían cuánto tiempo Jackson se quedaría; no obstante, esperaban que fuesen pocas semanas. Mucho mejor si eran días.

Anderson y Ella se veían asustados, pero felices con la noticia de la nueva cría de la manada; a pesar, de ser un hombre, solo Víctor sabía que su familia eran Anderson y Ethan, lamentablemente, no había podido proteger al último, pero se cercioraría de que el bebé que venía en camino estuviese sano y fuerte a la hora de nacer.

Recetó un par de medicamentos a Ella y le aconsejó comer carnes rojas y, en lo posible, crudas para mantener al feto con buen estado de salud. Ella asintió fervientemente, mientras Anderson con su *laptop* a un lado de ellos, pedía por internet lo que Víctor le había solicitado, nadie podía borrar la sonrisa de felicidad de la cara del hombre, quien había pasado los últimos años de su existencia sufriendo por una mujer, que pensó que nunca tendría.

Cuando ella intentó preguntar por Mía, Víctor se disculpó y abandonó el lugar, saltando desde el balcón de la habitación de Anderson y transformándose en lobo, antes de llegar al frío y blanco suelo a raíz de la nevada de la mañana.

Gabriella y Anderson se dieron cuenta de que las cosas entre sus amigos no iban nada bien; aun así, Gabriella confiaba en el buen corazón que Víctor tenía bajo todo ese pelaje, pudiese resolver esas diferencias y lograra unirse como hace tanto deseaba.

Víctor sentía cómo su pecho se apretaba contra su espalda, oprimiendo dolorosamente su corazón, sentía envidia de Anderson y Gabriella, sentía envidia de la felicidad que compartían como pareja, ¡él quería eso! Eso y, mucho más, con su gatita.

Iba tan ocupado en sus propios pensamientos que no notó la sombra que se movió entre los árboles, ante su cercanía, movió sus patas con rapidez, decidiendo poner fin al juego del gato y el ratón.

En la habitación de Anderson y Gabriella, ella acariciaba su pequeño vientre frente al espejo, tenía miedo, mucho miedo. Todo parecía tan irreal, como sacado de una película de fantasía, Anderson era un lobo, ella era una mujer que, aparentemente, reencarnaba cada cierto tiempo y, ahora, ellos iban a tener un bebé... Algo creado por ambos.

Anderson se acercó a ella suavemente, sosteniéndola entre sus brazos, una vez finiquitó las compras por internet, la atrajo a su pecho y besó su cabeza repetidas veces, mientras tarareaba una extraña canción que había surgido en su memoria, hacía varios años que no tocaba el violín con una

partitura propia, pero al parecer, el amor estaba haciendo estragos en él y, ahora, tenía muchas ganas de componer una melodía solo para su bebé.

—Si es niño, podremos llamarlo Ethan, ¿verdad? —preguntó él, con los labios unidos a su frente.

—Si es niño se llamará como tú elijas —susurró ella, luchando por no caer en la inconsciencia.

—Te amo tanto, Gabriella —susurró con la voz rota, mientras sus manos reposaban en el vientre de ella.

—Yo también te amo... mucho, Anderson —dijo acercándose aún más, hasta sentir que su piel se mimetizaba con la de él.

—Quiero casarme contigo.

A Gabriella el corazón se le saltó un latido, se acurrucó más entre sus brazos.

—Soy tuya, lo haremos cuando tú decidas...

Anderson la llevó a la cama, donde la acostó y empezó a hacerle un camino de besos desde sus labios hasta su vientre, le habló con voz suave a la criatura, que ella protegía; luego, le hizo el amor con movimientos lánguidos y perezosos, con el corazón latiendo en cada suspiro y el amor derramándose por cada poro de su piel.

Anderson había ordenado comida en el restaurante japonés del pueblo, así que, ninguno de los dos, se preocuparía por preparar nada, la comida llegaría en un par de horas, por lo que, decidió tomarse esos pocos minutos para observar a su mujer descansar en paz y ver los pequeños movimientos que su cría hacía en el casi plano vientre de su madre.

A lo lejos, en las profundidades del bosque, una criatura se movía con sutileza camuflada en piel de ciervo, con el cuerpo cubierto de plantas y la mirada fija en un punto específico.

Paul esperaba el momento adecuado para atacar.

Esta sería la última vez que Anderson Scott, le arrancara a su gran y único amor.

# CAPÍTULO

## 21

En la oscuridad del bosque se escuchaba el leve aullido de un lobo, la luna llena estaba en su punto más elevado y en contraste, todas las criaturas del bosque respondían a un llamado ancestral y este era la voz del lobo que comandaba el enigma de la oscuridad y de la noche; era el aullido febril del deseo, de la necesidad de sentirse uno solo con la que era la elegida para él. Cada luna llena, Víctor Pávlov, deambulaba solo por los bosques del lugar donde se estuviese alojando, desde aquella cuando era solo un muchacho y se había negado la posibilidad de volver a amar.

Intentó odiar a las mujeres, pero resultó ser un sentimiento estéril que no daba espacio a la luminosidad de su alma; él era un ser completamente carnal y necesitaba ese frenesí intenso al que solo una mujer tenía el poder de llevarlo. Podía ser una entelequia de la noche y la atracción de la oscuridad pudiese hacerlo aún más cruel de lo que su naturaleza significara, pero en él, como hombre de cualidades humanas y míticas, existía más que esos elementos primitivos. De humano, poseía un buen cuerpo y una sonrisa completamente arrebatadora, o al menos eso decía Rose, pero luego cuando él dejó todo por ella, cuando la convirtió en su esposa y pensó que todo podía estar bien, que la vida sería dura pero que ella estaría junto a él para apoyarlo, se topó con la más vil de las traiciones, ella, su mujer, su esposa, la única dueña de su corazón lo engañaba. Entonces, el amor significaba un estado de carencias que buscaba llenar de mujer en mujer.

Víctor no comprendía la traición, se volvió taciturno y lejano en el terreno del corazón. Su alma se transformó en un ente voluble y dejó que el tiempo consumiera su delirio amoroso y lo transformara en algo más útil que no involucrara la fatiga que dejaba enamorarse. El dolor. Así que su cuerpo era su centro y el amor físico y de placer indecoroso representó su más elevada naturaleza, sujeto a ese estado de embriaguez que deja el acto de la copula. La reminiscencia de los cuerpos. Víctor creyó conquistarlo todo; la



luna; el alma, pero nunca venció el corazón, no lo sabría hasta este momento.

Verlo con sus ojos de muchachillo enamorado con el corazón y el pecho rebosante de amor, lo había deshecho, esa noche mientras corría desesperado introduciéndose en las profundidades del bosque, el miembro más joven de la familia Pávlov, había entendido la vieja frase que su padre expresó una vez a William y Thomas, sus hermanos mayores "Solo el amor tiene la capacidad de transportarte al cielo o joderte, reventándote en el puto infierno".

Palabras sabías.

Y ese era el lugar donde justamente Víctor vagaba desde hacía seiscientos años: El infierno.

Un infierno autoimpuesto de rabia y dolor, un infierno que quemaba su boca, pero alimentaba su vida, tenía mujeres, muchas mujeres, pero ninguna le llenaba el corazón, ya que eran un polvo más en su vida, alguien con quien satisfacer el deseo de su cuerpo más no el que anhelaba en el alma, con los años aprendió a controlar sus instintos para poder sobrevivir y pensaba que todo estaba calmo hasta que Mía Hiller se cruzó en su vida.

Ella y su olor tóxico, ella y el recuerdo de que una vez amó, ella y su deseo enfebrecido de tomarla hasta que sus huesos fueran reducidos a la nada. Ella era el símbolo de su vida, que se empeñaba en arrancarle la piel y bañarla en sal. El dolor se soportaba si fuese realmente físico, pero cuando era la sal en la llaga de un corazón herido, se volvía insoportable, incapaz de sostenerse en pie. Mía, era eso y mucho más

Mía era la oscuridad de su vida, el abismo negro de su alma, ella era la caja de Pandora que contenía sus más oscuros secretos... Solo ella podía condenarlo o liberarlo. Darle sufrimiento eterno o la esperanza de redimirse de su pasado.

\*\*\*\*\*

Llevaba varios días al acecho, vigilando cada movimiento de ella, cada movimiento de él y de los dos simples mortales que se encontraban en la casa. Quería atacar, quería arrancar de sus entrañas aquel engendro que era fruto de la traición y el engaño, pero no era su momento, aún no... Si algo había aprendido Paul en el transcurrir de los años, era que la perseverancia era la madre de todos los planes; una y otra vez había esperado el momento perfecto para atacar. Anderson se lo dejaba bastante fácil al permitir que Ella permaneciera sola en un día de luna llena. Era el momento perfecto para que él

actuara, no se permitía cometer errores, así que era cauteloso en su espera letárgica.

Solo requería llegar y tomar lo que le pertenecía, pero ella siempre se negaba, por lo cual no le quedaba más remedio que hacer que su vida se extinguiera.

Su mente psicótica y posesiva no daba espacio a la reconciliación y el perdón. Para él, con su mente retrograda no era concebible que ella le perteneciese a otro hombre y menos que llevara en su vientre el constante recordatorio de la traición. Era demente, sí, tenía plena conciencia de ello, pero, ¿qué era la naturaleza de un hombre lobo si no existiese la rivalidad y el deseo de venganza y sangre? Si la felicidad no estaba hecha para él, tampoco sería para Anderson, si en sus manos dependía hacerlo infeliz.

Tomó las plantas que recolectó de regreso a su escondite, y observó la herida abierta que tenía aún a la altura de su pecho; colocó las hojas húmedas en la magulladura y siseó un poco por el ardor que producía, suspiró fuertemente, dejándose caer en el rígido suelo de la cueva y palpó su costado, sintiendo los huesos que permanecían rotos.

Ethan había luchado con mucha fuerza y entereza, había sido una lástima que su hermanito siempre hubiese preferido a Anderson que, a él mismo, que era su sangre.

Oculto en la cueva de lo más alto de la colina recolectó las suficientes plantas para curarse, pero su herida, ocasionada por lobos, sus costillas rotas y astilladas no sanarían tan rápido como él deseaba, podía correr y huir en caso de que lo necesitara, por ello estuvo bajando hasta los límites de la casa de Anderson y vigiló meticulosamente cada espacio del lugar, buscando un punto por donde pudiese colarse; la piel de venado junto con plantas con propiedades fungicidas y bacterianas ayudaban a esconder su olor corporal, haciendo una capa entre su piel y el olfato de Anderson o el perro sarnoso de Víctor Pávlov.

No podía durar mucho tiempo en la intemperie, pues su aroma natural era fuerte y penetrante, casi tan fuerte como el de Ella Wilson.

Gabriella... Su cuerpo entero tembló al recordarla en la mañana, hizo un poco de sol y ella estaba en el jardín con aquella chica de cabellos negros que había llegado junto con el otro humano. El solo recuerdo hizo que el animal en su interior rugiera y sus manos se movieran ágiles hasta atrapar su erección en un puño.

El dolor era parte del placer exótico para Paul, mientras recordaba

momentos de lo que vio en la mañana, su miembro se tornó duro, alzándose hasta su abdomen cuando lo liberó de sus *jeans* para darse placer.

Desde que Ethan lo hirió, Paul no había tenido la oportunidad de autocomplacerse con la imagen de Gabriella; en su memoria, a pesar de que el dolor era como un subidón de adrenalina en sus entrañas, el recuerdo de verla era punzante. Presionó la cabeza marrón de su miembro sobre la palma de su mano abierta, haciendo que esta latiera a causa de la presión mientras con su otra mano subía y bajaba rápidamente por su eje. Su cuerpo se sacudía en arremetidas salvajes y placenteras, sus gemidos llenaban la cavidad oscura que servía como su escondite, miles de imágenes pasaban una y mil veces por su cabeza, su mente pasando una jugarreta en donde Ella se entregaba a él por voluntad propia.

La mano subía y bajaba rápidamente, sintiendo los primeros temblores del orgasmo, la luna comenzaba a salir y esa noche él quedaría a completa merced de ella. Pero esta, no era su noche, esperaría, haría todo con calma, dejaría que las defensas se bajaran, que todo retornara a la calma y, allí cuando nadie recordara quién era, Paul Walker atacaría.

Sintió sus testículos pesados llenos con el semen que no derramaba hacía mucho tiempo, la película que reproducía su mente junto con el calor demencial que producía el ser un hijo de la luna, el deseo corriendo por cada una de sus terminaciones nerviosas, su mano haciendo bombeos con rapidez mientras sentía los músculos tensos, la oscuridad en cada uno de sus sentidos, aumentó el ritmo en su mano causando movimientos veloces y fieros hasta correrse estrepitosamente en su pecho; aullando a la luna que recién mostraba su halo místico, haciendo una promesa silenciosa, que en la próxima luna llena sería el cuerpo de Gabriella Wilson el que recibiría su semilla.

Ella tendría su hijo, era hora.

\*\*\*\*\*

Los ojos de Gabriella rodaron en sus cuencas al sentir el placer arremolinándose en su vientre bajo, Anderson llevaba varios minutos saboreando su sexo con lamidas suaves y certeras, succiones fuertes y profundas, adentrando su lengua tan intensamente como le era permitida llegar. Con una mano en su pecho izquierdo y la otra firmemente agarrada a los mechones de cabello de su hombre, ella se entregaba al placer sublime que

solo él le otorgaba, podía sentir su hambre, su deseo.

La luna llena ordenando en sus instintos y ella estaba a punto de morir arrastrada por una ola frenética de pasión incontrolable.

Alzó su cabeza de la almohada para ver a Anderson zambullido entre sus piernas, sus labios marcando un ritmo ágil en la succión de su pequeño e hinchado clítoris, su lengua lamiendo cada diámetro de su sexo, mientras ella se retorció. Apretó más su agarre en el cabello, levantando sus caderas exigiendo mucho más de lo que él le daba. Lo quería todo completo. Sus manos, su boca, su perfecto miembro. Nada en sus veintitantos años de vida la había hecho sentir tan completa.

Al principio, Anderson se había negado a tocarla en pro del pequeño cachorro que ambos crearon; incluso, ella habló con Víctor preguntándole entre avergonzada y osada si aún podía tener sexo con el que era su pareja.

Anderson había tragado en seco agradeciendo que sus cuñados no estuvieran ahí. Víctor, simplemente reventó en una sonora carcajada mientras Gabriella daba un pisotón y se marchaba indignada del estudio, era una mujer jodidamente embarazada de un humano o un perro, pero estaba de encargo y su libido junto con sus alborotadas hormonas estaba a punto de enviarla a un manicomio.

Anderson no ayudaba mucho, todas las noches salía a medio vestir del baño o cuando cortaba leña en la parte de atrás de la casa, y el solo olor de su sudor mezclado con su aroma a hierba y tierra húmeda la encendían como si su sexo estuviese siendo sometido a torturas con hierro caliente.

Tenía una pequeña curvatura en su vientre que había salido un par de semanas después de que Víctor la revisara por primera vez, algo, solo perceptible para ella y los lobos de la casa, su cuñada estaba también de encargo y una que otra vez le había hecho notar que ella también lo sabía; aun así, su hermano no daba muestras de saberlo.

Los suministros médicos que Víctor solicitó llegaron pronto y, no solo le estaban sirviendo a ella, sino también a Lucía, quien había presentado una pequeña descompensación, razón por la cual, no pudieron abordar su vuelo de regreso a Londres.

Mordió su labio cuando la lengua viperina de Anderson tocó un punto en su interior que la hizo ver las primeras chispitas de colores de su orgasmo. Estaba a punto, tan cerca, con las piernas abiertas, el corazón acelerado y el cuerpo bañado en sudor que sería fácil dejarse llevar, pero ella no lo quería así, necesitaba que él se adentrara en ella, quería sentir la longitud de su

miembro adentrándose en su sexo, mientras este se expandía para recibirlo.

—¡Anderson! —Gimió con voz ronca y rota, tirando de sus cabellos, mientras que los labios gruesos y suaves succionaban su clítoris—. ¡Oh, por los clavos de Cristo...! ¡Detente! —Tiró aún más de sus cabellos intentando alejarlo—. No quiero llegar así —murmuró entre dientes, siendo ignorada por Anderson, quien parecía un sediento en mitad del desierto, bebiendo cada uno de sus fluidos que para él eran el mejor elixir que podía beber—. ¡Detente ahora, maldición! —Los dedos de sus pies se retorcieron—. ¡Joder! —Él agarró con fuerza sus muslos y ella tiró de sus cabellos con ambas manos mientras con sus talones golpeaba su espalda.

Anderson alzó su vista, sus ojos oscuros se enfocaron en ella hambrientos y deseosos. Vio en el movimiento rítmico de su respiración, la vida de él contenida en una mitad de su alma que era compartida con el cuerpo de ella. Tan hermoso y resplandeciente por el placer, como Psique al recibir en su lecho, a oscuras, al amante dios Eros que tomaba de ella cada gota de sus fluidos como si se tratase de una maravillosa ambrosía.

La belleza que no se permitía ser vista por la mortalidad, pero sí disfrutada y glorificada por la divinidad. Rápidamente sus dedos sustituyeron su lengua para alzarse completamente ante su mujer. La mujer que sí podía verlo con ojos mortales, pero aún sin la capacidad desde los ojos de la inmortalidad y trascendental; Gabriella era la reencarnación de su obsesión y su lujuria reprimida. En ella se condensaba la vida que le permitía respirar.

—¿Qué deseas? —su voz sonó ronca, gutural como si hacía mucho tiempo no bebiera nada y su garganta estuviese seca—. Solo pide y yo te lo daré. —Las venas en sus brazos sobresalían ante cada palabra, la piel dura de su pecho parecía tensarse aún más mientras que su respiración seguía acelerada y sus dedos bombeaban dentro y fuera de ella.

—A ti... Te quiero a ti, sobre mí, dentro de mí...

—¡No! —El rugido fue profundo y cualquier otra persona se hubiese asustado, pero Gabriella lo miró con determinación.

—No deseo tus dedos dentro de mí. —Agarró con toda su fuerza su brazo mientras intentaba sin éxito inmovilizarlo, miró de soslayo la prominente erección que lloraba por un poco de atención—, por favor —suplicó siseando, ya que los dedos de Anderson seguían en su bamboleo arrebatador—. Por favor... No me hagas llegar sin ti. —Pequeñas lágrimas se escurrieron de sus ojos ante el infinito placer que ya no podía controlar, sabía que una vez que Anderson entrase en ella, se correría sin reparos y luego sería su turno para

demostrarle cuánto le amaba.

—Puedo hacerte daño —murmuró él con voz distorsionada mientras apretaba su miembro erecto y siseaba—. La luna... El cachorro...

—Estamos bien... ¡Ambos! —Chilló la última palabra—. No me harás daño... ¡Por favor! —Dispuesto a no escucharla más y hacerla llegar, Anderson volvió a su posición anterior, lamiendo ávidamente el capullo de su mujer.

La deseaba, deseaba estar en su cuerpo, dentro de ella, pero su lado más salvaje se lo impedía, sabía que tan pronto el calor y la humedad de ella lo arroparan dejaría que sus instintos resurgiesen y podría lastimarla a ella o al bebé. No, no quería eso.

Gabriella volvió a patearlo fuertemente mientras sus dedos tiraban de sus cabellos y él rugió con el clítoris entre sus dientes, haciendo que todo el cuerpo de su mujer temblase. En un rápido movimiento ella estuvo sobre él. Sus ojos trancados con los de ella, marrones contra oscuros, piel contra piel.

—Guíame. —Su voz salió oscura, peligrosa y jodidamente excitante, Gabriella tocó el miembro con suavidad y dureza esparciendo el líquido que salía de su glande por todo el falo; a pesar de que sabía que no lo necesitaba, su sexo estaba completamente humedecido por sus propios fluidos y la saliva de Anderson, quien siseó fuertemente, enseñándole los colmillos cuando sintió la suave caricia.

Posó la punta roma de su miembro en la entrada oculta de su cuerpo y se empalmó suavemente, sintiendo cómo los corrientazos del orgasmo suprimido chocaban fuertemente contra ella.

Anderson le tomó de las caderas, hundiéndose en ella de un solo tirón y dejando salir el bramido arrebatador que brotó desde su pecho.

Sus dedos se retorcieron ante las contracciones del sexo de Gabriella en toda la extensión de su falo, la atrajo a su pecho fervientemente y con sus colmillos rasgó el pequeño trozo de piel que mostraba que era suya. Gabriella jadeó, sintiendo cómo nuevos espasmos recorrían sus terminaciones nerviosas, gimió y maldijo enterrada en el cuello de Anderson, mientras una vez más el placer se extendía por todo su cuerpo.

Anderson acarició su espalda, y amasó sus nalgas mientras ella intentaba calmar el errático latir de su corazón, él estaba erecto aún con sus músculos tensos y la sangre hirviendo en sus venas.

Su instinto le pedía empujar dentro de ella, su parte humana le suplicaba que esperase un poco más, varios minutos después, Gabriella se incorporó

sobre su pecho, quedando sentada a horcajadas en él, sintiendo cada vena palpitante de su miembro dentro de ella, tenía una sonrisa victoriosa y de satisfacción y sus ojos brillaban de manera maliciosa, sus mejillas aún sonrojadas y su pelo levemente enmarañado; posó ambas manos en su pecho, se impulsó hacia fuera, emitiendo un pequeño jadeo y obligando a Anderson agarrar su cintura con fuerza.

Repitió el mismo acto, causando que los ojos de su hombre se retorcieran, una, dos veces... Hasta acostumbrarse a un ritmo más rápido y certero. No tardó mucho en sentir cómo su cuerpo cobraba vida nuevamente, cómo cada sensación parecía triplicarse en su interior, las venas sobresalidas en la frente y cuello de Anderson le anunciaban que su liberación también estaba cerca, continuó con el vaivén de caderas hasta que su cuerpo entero explotó, su vista se llenó de muchos puntos de colores y sintió el agónico aullido de Anderson, dando gracias al cielo que la habitación era a prueba de sonidos.

Cayó laxa y cansada sobre su cuerpo mientras sentía las manos de Anderson en su espalda.

—¿Estás bien? —preguntó él con la voz aún ronca y parcialmente erecto en su interior, mientras su lengua se paseaba por la piel rasgada entre su hombro y cuello.

—Ahora lo estoy —susurró ella, dejándose mimar, sintiendo su miembro aún encajado en su interior y dispuesto para un par de rondas más—. Quince minutos de descanso y podemos hacerlo de nuevo —murmuró con voz rasposa. Anderson sonrió y ella alzó su cabeza para encontrarse con un beso de su amado.

Eran los días más felices de su existencia, sabía que el peligro que Paul significaba en sus vidas estaba latente, pero en casi dos meses no sabían del paradero de él. Anderson seguía buscándolo junto con Víctor, y aunque le había perdido el rastro desde aquella noche que había acabado con Ethan, Gabriella no podía negar que le tranquilizaba que estuviese lejos de Anderson.

Sintió las manos rústicas y callosas apretar su trasero al tiempo que un movimiento muy leve en su vientre la alertó, haciendo que sonriera despreocupadamente; faltaba alrededor de dos horas para la medianoche y su cachorro quería disfrutar un poco de la acción. Uno entre besos y caricias y el otro desde la seguridad de su vientre.

Moviendo sus caderas en forma circular se dejó llevar nuevamente por

los deseos de Anderson.

\*\*\*\*\*

Los aullidos en las profundidades del bosque y la brisa nocturna haciendo que el árbol de afuera golpease la ventana, no eran los causantes del insomnio de Jackson Wilson. Había vuelto a tener esa maldita pesadilla que día tras día lo hacía hundirse en un agujero de desesperación, su frente y torso estaban cubiertos por una pequeña capa de sudor.

Escuchó un ruido contundente en el exterior de la casa y se levantó de la cama con rapidez para observar desde la ventana. Solo alcanzó a ver a un lobo corriendo a toda velocidad hasta perderse en los matorrales.

Lobos... Una de las jodidas cosas por las cuales odiaba la casa de la abuela en Canadá, la última vez que había venido de niño, un gran lobo negro se había cernido sobre él, olisqueó su cuerpo y luego se alejó sin dejar rastro, él, recordó, que se había tapado la cara con sus manos, como si eso hubiese podido evitar que fuese un aperitivo para el animal.

Observó a su esposa dormir profundamente y sonrió ante los movimientos que se podían observar en su crecido vientre, esperaba que Víctor, el amigo de Anderson, diera el alta pronto para poder marcharse a Londres. Su padre no estaba muy feliz de que hubiese dejado la empresa a su suerte por venir a buscar a la «casquisuelta» de su hermana. Sus palabras no las de él. Pero él no conocía a Gabriella y tampoco a sus pesadillas.

Tomó un vaso con agua de la mesita de Lucía y volvió a recostarse en la cama y cerrar los ojos, intentando conciliar el sueño. Lucía como presintiendo lo que atormentaba a su esposo, se colocó lo más cerca que su vientre le permitió, acariciando con sus pequeñas manos el pecho de su esposo en un suave y mudo: "Estoy aquí".

Pero no podía dormir, una y otra vez la pesadilla se repetía en su mente, el animal místico y extraño alzándose victorioso frente a su hermana, desgarrando su vientre y comiendo sus vísceras, la vida de Gabriella escapaba de su cuerpo ante sus estupefactos ojos.

Se sentó en la cama en un grito agónico, provocando que Lucía se levantara junto con él.

—Fue un sueño... —susurró la pelinegra—, no es real, amor, no lo es, tu



hermana está a salvo en la habitación conjunta con Anderson —dijo lo que sabía que su esposo quería escuchar.

—Gabriella... —dijo aún consternado por la pesadilla—. Tengo que verla, Lu... Mi Gabs. —Su respiración era entrecortada y su corazón latía rápidamente.

—Está en la otra habitación, con Anderson —susurró la morena—, son casi las dos de la mañana, no vamos a despertarla ahora, trata de tranquilizarte cariño. —Acarició sus hebras doradas—. Mañana tienes que contarle a Gabriella de tus pesadillas, te he dado tu tiempo y no he querido interceder, pero no podemos estar por siempre aquí, Axell va a nacer y tu empresa te necesita; además, ella tiene a Anderson, y créeme, cuando te digo que ese hombre daría la vida por ella. —Entre murmullos cariñosos y caricias suaves, Lucía logró que Jackson volviese a recostarse y tratara de dormir.

\*\*\*\*\*

Anderson corría rápidamente por el bosque, entregándose a los designios de su luna regente. Le hizo el amor a Gabriella varias veces, sintiendo con satisfacción cómo su mujer alcanzaba el cielo a través de sus manos, su boca y su miembro.

Necesitaba más de ella, su lado salvaje insistía en volver y hacerla suya de la única manera que un hombre de su naturaleza podría tomarla, pero el bienestar de Gabriella y de su pequeño cachorro eran más importantes que cualquier instinto o deseo que él pudiese tener, un instinto sobreprotector lo acogía.

Llevaba poco más de una hora buscando a Víctor, sabía que para su amigo no estaba siendo fácil mantener sus manos lejos de Mía, y también intuía que quedaba muy poco de su fuerza de voluntad, a pesar del odio que su amigo creía profesar a su pareja, sabía perfectamente bien que, si llegaba a lastimar a Mía, sería un golpe demasiado duro para él.

Porque el amor que se ejercía a su pareja de vida era lo bastante fuerte, puro y limpio como para llegar a lastimarla; no solo Víctor le preocupaba, por otro lado, estaba Paul.

Desde la muerte de Ethan inició una búsqueda, necesitaba encontrar al lobo negro, pero este parecía que la tierra se lo hubiese tragado, si tan solo

podiese quedarse tranquilo con eso. Conocía perfectamente a Paul, sabía que estaba esperando el momento oportuno para atacar. Intentó hablar con Jackson sobre su verdadera naturaleza, pero Gabriella le dijo que su hermano los tildaría de locos, era un verdadero alivio para él que Jackson aún continuara en su casa.

Siguió el olor de Víctor hasta encontrarlo cerca del acantilado en su forma lobuna, caminó con suavidad hasta quedar a su lado, haciendo el esfuerzo de volver a su forma humana, la medianoche había pasado, ambos se entregaron al frenesí intenso que era bañarse con los rayos de su astro reinante, ahora solo quedaba la satisfacción de una vez más haberse entregado al régimen de su naturaleza.

—Casi la hago mía, aún en contra de su voluntad. —Esperaba la confesión de su amigo, así que no le tomó por sorpresa—. Estuve a punto de entrar y obtener lo que mi cuerpo pedía.

—Pero no lo hiciste —murmuró Anderson.

—No, no lo hice... —Suspiró derrotado—. Llegué hasta la entrada de la cabaña, pero algo me lo impidió.

—¿La amas?

Víctor negó con la cabeza.

—Es mi compañera de vida, Anderson, es la mujer que me traicionó...

—Eso no contesta mi pregunta.

—¡Joder! No lo sé. —Se levantó del suelo cubierto parcialmente de nieve sin importar que estaba completamente desnudo, de hecho, Anderson también lo estaba—. Es algo que no puedo explicar... La deseo, la deseo como un maldito maniático, pero me resisto a hacerle daño... —Caminó de un lado a otro—, es como si algo dentro de mí, no me dejará realizar lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres? —Anderson arqueó una ceja en su dirección.

—La quiero a ella, desnuda, con sus pezones aplastados por mi pecho, con su trasero golpeando mi pelvis... Joder, Anderson, he fantaseado tantas veces con hacerla mía por su voluntad, pero mi paciencia se está acabando. Estoy seguro de que no soportaré hasta la próxima luna llena.

—Te entiendo... —Víctor rio sardónicamente—. Aunque, no me creas, fue difícil al comienzo con Ella... Tú, tú estabas allí.

—Lo sé. —Dio un largo suspiro—. Anderson, no soy buena compañía ahora, quiero estar solo. —Él asintió—. Mañana iré a revisar a la esposa de Jackson... Puedo examinar a Gabriella también.

—¿Crees que todo saldrá bien? —preguntó algo asustado, todo en lo referente con el embarazo de Gabriella era un misterio para él.

—Yo espero que sí, amigo, aunque es la primera vez que atiendo algo como esto... Intentaré no fallarte de nuevo. —Antes de que Anderson pudiera agregar algo a la conversación, Víctor había adoptado su forma lobuna y se alejaba rápidamente. Él hizo lo mismo partiendo hacia el lado contrario.

# CAPÍTULO

## 22

Gabriella sintió una pequeña patada en su vientre y sonrió, acariciándose suavemente, su pequeño cachorro clamaba por comida, no le era del todo raro, había tenido una noche bastante agitada. Cerró los ojos y suspiró fuertemente al recordatorio de Anderson entre sus piernas, Anderson dentro de ella y las demás cosas que ella le empujó a hacer.

Una patada más le recordó que debía dejar de pensar como mujer y actuar como madre, su cachorro tenía hambre y era su deber alimentarlo.

Salió de la cama y observó el camisón desgarrado en el suelo. Había logrado que Anderson se quedara con ella hasta conciliar el sueño, eran apenas las siete y, sabía que, a medianoche, él perdería la razón de sí mismo y se entregaría a los placeres de su naturaleza.

Moría de ganas por estar con él nuevamente en una noche de luna llena, pero Anderson era demasiado protector; además, también estaba Jackson quien seguía en casa. Caminó en dirección al armario donde sacó un nuevo camisón y bajó las escaleras con cuidado.

No amanecía aún y la oscuridad de la noche se filtraba dentro de la vieja casona. Llegó a la cocina y abrió el refrigerador, encontrando un filete que Anderson había comprado la semana anterior. Estaba magro y perfectamente limpio, el solo verlo hizo que su corazón se acelerase mientras la boca se le hacía agua. Sacó el trozo de carne cruda del refrigerador y caminó hasta la mesa de granito pulido, para cortar un buen trozo, deslizó el cuchillo por los bordes cortando y llevándose a la boca, gimiendo de satisfacción al degustarla. Repitió la acción con hambre voraz, gozando cada pequeño trozo como un hambriento frente a un *buffet*; no quería pensar si estaba bien o mal, su bebé pedía comida y ella estaba famélica, cortó un trozo más, tan ciegamente que no calculó bien y terminó cortando su dedo con el filoso cuchillo.

—¡Estúpida! —Se reprendió una vez más al notar que el corte era profundo, abrió la llave del fregadero y colocó el dedo bajo el chorro de agua.

—No te sentí bajar. —La voz de Jackson se coló por su oído, antes que sentir sus pasos, no quería preocupar a su hermano, bastante intranquilo estaba ya por haber extendido su viaje a Canadá y exponer la salud de su esposa—. ¿Te ha sucedido algo? —preguntó cuando la vio con las manos dentro del fregadero.

—Yo...

Jackson se acercó a ella rápidamente mirando sus manos con el ceño fruncido.

—Pensé que te cortaste o algo así —dijo mirando el cuchillo y la carne en el mesón—. Siempre has sido enemiga de todo lo que tenga filo. — Gabriella no respondió, su mirada estaba enfocada en la pequeña herida por la que segundos atrás brotaba sangre, ahora estaba completamente cicatrizada y Víctor no estaba cerca, llevó una mano a su vientre sintiendo las pequeñas patadas de su bebé—. Gabs. —La voz de Jackson le hizo girarse a verlo, su hermano se veía ojeroso, como si no hubiese dormido en toda la noche, dio gracias a Dios que la habitación de Anderson era a prueba de sonidos, porque si no su hermano habría escuchado su intensa danza íntima con su pareja.

—Dime...

—Estás subiendo de peso hermanita. —Sonrió mientras pellizcaba la piel de su vientre—. Te ayudo a preparar esa carne y todo lo correspondiente para el desayuno. —Se ofreció y, Gabriella asintió antes de acercarse a su hermano y darle un gran abrazo, sin dejar de pensar en la cicatriz de su dedo.

Para cuando Anderson y Lucía bajaron a la cocina, una hora después, Jackson y Gabriella habían preparado una gran cantidad de comida para el desayuno. Al rubio no le había pasado desapercibido el gran apetito que poseía el que ahora era su cuñado. Él y el nuevo novio de Mía a quien no había visto desde que había llegado, ya que se había marchado a Vancouver.

Los hombres comían como si el mundo se fuese acabar. Comieron entre charlas y anécdotas, pero a Anderson no le pasó por alto que Gabriella no comió nada de lo que había puesto en la mesa, mientras los demás lo hacían, ella se quedó con un vaso de leche intentando no mirar la carne asada que reposaba en su plato.

Víctor llegó justo antes de terminar el desayuno y, luego de haber engullido más de la mitad del pequeño *buffet*, examinó a Lucía, encontrándola apta para viajar, dando así, algo de paz al alma de Jackson, a quien le urgía regresar a su vida; nunca le había gustado Whitehorse, le daba miedo y tedio.

Era una de las razones por las cuales Londres era su entorno normal,

luego de hacerle unas cuantas preguntas a Víctor por rutina e interrogar una vez más sobre el paradero de Mía.

Gabriella, Anderson, Lucía y Jackson decidieron dar un paseo por el pueblo. Jackson resolvió por petición de Lucía, quedarse un par de días más; días que se convirtieron en una verdadera pesadilla para el rubio, durante las noches, las pesadillas asaltaban sus sueños, el gran animal de pelaje negro atacaba a su hermana, dejándola desvalida sin que nadie pudiese hacer nada por ella.

Despertaba envuelto entre la bruma del terror y el sudor, su fiel Lucía siempre dispuesta para él, lo ayudaba a volver a dormir entre susurros tiernos y caricias suaves, diciéndole con voz armoniosa que debía decirle a Anderson y Gabriella lo que sus sueños estaban mostrando.

En lugar de ello, Jackson pasó su último día en Whitehorse, tratando de que Gabriella regresara a Londres con él, por lo menos un tiempo; incluso, Anderson también estaba invitado. Al ver la negativa de ella y la tensión en el cuerpo del nuevo dueño de la cabaña de su abuela, decidió hacer lo que su mujer le solicitaba y, a pocas horas de partir, los dos hombres se encerraron en la habitación en la que hablaron el primer día que Jackson llegó, entre murmullos sosegados y una copa de brandy añejado, Jackson contó a Anderson el origen de sus desvelos.

La sombra negra que se cernía sobre Gabriella arrastrando con ella su vida.

\*\*\*\*\*

Transcurrió un mes desde que Jackson se marchó y no hubo un día en que Anderson no recordara sus últimas palabras.

"Es como un animal cauteloso y muy rápido, pero no puedo divisarlo ni hacer nada, simplemente veo cómo se arroja sobre mi hermana y arrebató su vida."

Miró la luna llena desde su ventana y suspiró. Insinuó a Gabriella, que se ataría a la habitación en la noche, lo cual era completamente estúpido porque sabía que, a la hora del llamado, él reventaría esas cadenas y buscaría a su astro regente, verificó cada una de las salidas de la casa, asegurando las

ventanas con madera y hormigón; contrató un par de guardaespaldas para que defendieran a Gabriella, incluso, él mismo le dio un arma cargada con balas de plata por si Paul osaba en aparecer.

Todo era una completa estupidez, solo él podría proteger a Gabriella si a Paul se le daba por aparecer, en un momento pensó sacarla de Whitehorse, llevarla a algún lugar seguro, pero dado su estado de embarazo, Víctor había recomendado que estuviese en reposo.

Víctor era otra de sus preocupaciones, la tensión en su amigo era palpable. La abstinencia lo estaba enloqueciendo, la desesperación por no saber cómo hacer que su pareja de vida lo aceptara lo carcomía. Víctor se estaba calcinando en las entrañas del infierno, él podía sentirlo y temía que su amigo cometiera alguna locura, de la que luego se arrepentiría.

Aunque la posición de Víctor lo inquietaba, su prioridad era la mujer que descansaba en su lecho, totalmente satisfecha por sus caricias, parcialmente desnuda, con el estómago hinchado por su cría; era increíble la manera en cómo su estómago se abultó con el pasar de los días.

Sentado en el suelo en posición de meditación, Anderson velaba los sueños de su mujer, no quería tocarla, no quería olerla, sabía que cualquier roce podría desatar a la bestia en su interior, y aunque, había estado en reflexión para afrontar la revelación a la luna, era diferente cuando ella estaba sobre su cabeza.

Gabriella abrió los ojos, admirando al hombre frente a ella, cada vena de sus brazos mostraba el esfuerzo que él estaba haciendo para permanecer ahí, tranquilo, sin que su naturaleza floreciera, se bajó de la cama silenciosamente, se arrodilló frente a él para acariciar sus cabellos suavemente.

Anderson observó su rostro crispado, sabía que sus ojos estaban cambiando de color simultáneamente, era uno de los rasgos de la guerra que el animal y el hombre tenían en su interior.

—Ve... —susurró y él negó con la cabeza—. No es necesario que estés aquí. Taylor y Roy están abajo, puedes dejarlos en la entrada. —Anderson negó una vez más—. Esto te hace daño, estaremos bien... Él y yo —aseguró posando una de sus manos sobre su abultado vientre.

—No. —Su voz fue ronca y pesada—, no te dejaré sola... Y puede ser "ella". —Sonrió a medio lado haciendo que el rostro de Gabriella se relajara.

—Creo que será un "él"... Pero no me cambies la conversación, necesitas ir. —Señaló el bosque a través de las ventanas cubiertas—, estaremos bien.

—No me moveré de aquí, vuelve a la cama, nena.

—Anderson... —Iba a decir algo más pero un gemido desgarrador brotó de las profundidades del bosque. Anderson lo intuía, Víctor estaba jugando con los límites de su paciencia y, la luna era poderosa cuando de su naturaleza se trataba, miró hacia la ventana con impotencia. Los aullidos eran cada vez más desgarradores, más profundos, sabía que no lo iba a conseguir, no esta vez, y quería ir hacia él, pero no podía simplemente dejar a Ella sola, un trueno retumbó en el cielo, colorando de violeta la oscuridad, seguida de un aullido aún más agónico—. Es Víctor, ¿verdad? —Un deje de preocupación surcó el rostro de Gabriella—. ¡Anderson! Dímelo, ¿¡es Víctor!?!... Mía. —Sus ojos se encontraron mirándola con frustración, mientras ella lo observaba llena de dudas y preocupación—. ¡Anderson!

—Víctor está en los límites de la cordura... Lleva cuatro meses célibe, anhela y desea a su mujer, pero Mía no lo acepta, le ha contado la verdad, pero ella es incrédula.

—¿Crees que sería capaz de lastimarla? —Anderson calló, en esos momentos, Víctor estaba perdiendo la batalla entre el humano y el animal—. Va a lastimarla. —Ella afirmó—. ¡Anderson!

—¡No lo sé! —Se levantó del suelo, frustrado consigo mismo.

—Tienes que ir.

—¡No! —Rugió desde sus entrañas—, mi preocupación eres tú, es mi bebé —explicó con voz ronca—. Víctor y Mía son pareja, solo ellos podrán arreglar sus problemas.

—Mía no es como yo, Anderson, tú mismo dijiste que Víctor estaba en los límites, ve con ella, por favor —suplicó en su pecho—. Por favor.

—No Ella, por favor... Por favor, entiende... No puedo dejarte sola, Paul...

—¡Paul no ha aparecido en meses! ¡Tienes que ir! Salva a mi amiga.

—Cálmate Ella, piensa en ti, en mí. Piensa en nuestro bebé.

—¿Y Mía? —dijo en un grito—. ¡¿Quién cuida de Mía?! No puedo dejarla allá fuera, Anderson. —Un par de lágrimas brotaron, mientras en el bosque los aullidos seguían sin parar, los rayos iluminando el cielo, la tormenta amenazando con arrasarlo todo—. No lo entiendes, ella cuidó de mí, Anderson, cada pelea con Alec, cada discusión con mi padre... No puedo dejarla sola. —Se limpió las lágrimas—. Si tú no vas, entonces iré yo. —Su voz era decidida y fuerte.

—¡No saldrás de esta maldita habitación!

—No me quedaré aquí mientras mi amiga está expuesta a quién sabe qué,



he sido paciente porque confío en Víctor, pero ahora.

—Ella...

—Solo ve, ponla a salvo y regresa con nosotros. —Anderson gimió, sabía que Gabriella hablaba en serio en cuanto a ir por Mía.

—Júrame que no saldrás de la habitación. —Sus manos tomaron su rostro hablándole con miedo y terror—. Júrame que mantendrás el arma que te di. — Gabriella asintió—. Júrame que te esconderás ante cualquier amenaza...

—Haré todo, tú solo salva a mi amiga.

—Iré y volveré... —Unió su frente a la de ella—. Mantente a salvo... por favor, solo mantente a salvo, Ella.

—Lo haré.

—Moriré si algo te sucede.

—Estaré bien. Ve.

—Te amo. —Acarició su vientre—, los amo. Mantente a salvo. —Le dio un beso que supo a terror y ansiedad. Acarició su mejilla y corrió hacia el balcón, saltando desde ahí y transformándose antes de tocar el piso.

\*\*\*\*\*

Mía presentía esa sensación de temor desde hacía unas horas, desafortunadamente, los aullidos que se escuchaban a una distancia prudente no ayudaban a sus nervios, tiró de la cadena una y otra vez.

Víctor la había atado mucho más fuerte esta vez, miró sus manos reseca y delgadas por el cautiverio, sus uñas estaban llenas de tierra, puesto que hacía más de una semana que no tenía un baño completo.

Víctor estaba extraño, ansioso, desesperado, solo llegaba a la cabaña para darle de comer y luego se iba para volver al día siguiente. El lobo de pelaje amarillo había dejado de visitarla y lo extrañaba, era su única compañía en sus días de soledad. Sintió el aullido mucho más cerca y tragó grueso, tensando su cuerpo, no podía correr, no podía defenderse, sin duda alguna, si el lobo se acercaba un poco más, percibiría su olor y ese sería su fin.

\*\*\*\*\*

Gabriella observó el reloj, hacía media hora que Anderson se había ido y, alrededor, de diez minutos que los gemidos cesaron junto a los aullidos, empezó a llover, las nubes grises amenazaban con que la lluvia sería toda la noche.

La medianoche estaba pasando rápidamente y el bosque estaba completamente silencioso, se recostó en la cama, agarrando la pistola que Anderson dejó en la mesa de noche, tenía seis balas de plata; era igual a la que tenían los guardaespaldas que cuidaban al pie de la escalera; los hombres en la casa eran silenciosos y, por un momento, quiso salir para acompañarlos, pero recordó la promesa que Anderson la había obligado a realizar antes de salir en ayuda de Víctor. Ella no saldría de la habitación, sucediese lo que sucediese.

Se estaba quedando dormida cuando escuchó un estruendo en la parte inferior, quejidos y luego disparos, tomó la pistola y la llevó a su pecho, bajándose de la cama mientras sentía gruñidos y pisadas fuertes acercándose a la habitación. Buscó los lugares donde podría esconderse, con el corazón latiéndole como mil caballos a galope, su bebé se removió nervioso en su vientre y, ella acarició su piel, tratando de calmarse, nada le pasaría, ella lo protegería.

\*\*\*\*\*

Para Paul fue demasiado fácil acabar con la vida de los dos simples humanos que Anderson dejó cuidando a Gabriella, una vez más la dejaba sola, a expensas de él. Caminó por las escaleras con pasos firmes, mientras se dejaba llevar por el aroma inconfundible de Gabriella, opacado por el olor del engendro que ella guardaba en su vientre.

Llegó hasta la puerta de la habitación, en donde el aroma de su mujer era mucho más concentrado, ella estaba allí y no existía nadie que le impidiera llevársela... Todo estaba planeado, ella sería suya, a pesar de que su cuerpo hubiese sido profanado por aquel infeliz que pretendía tenerla para sí. Gabriella le pertenecía, se la llevaría por las buenas o por las malas.

# CAPÍTULO

## 23

Hacía un mes ella había desaparecido y con eso sus ganas de vivir y luchar, esta era la cuarta vez que se la arrebataban de las manos. Había instantes en que sentía que todo estaba perdido, pero luego recordaba que ella estaba viva. Aunque aún no entendía qué tramaba Paul, saber que su corazón aún latía era lo que motivaba a seguir en su búsqueda, cada día que pasaba, ella lo necesitaba, lo sentía en la piel, en el pecho, justo en su corazón. Necesitaba respuestas, necesitaba encontrarla. Había recorrido todo el bosque, llevaba semanas enteras sin dormir, días seguidos sin comer y estaba agotado.

Sintió las pisadas de otro animal igual de herido que él, mas no hizo ningún movimiento, cierta parte de sí mismo, quería culparlo por su perdida. Si él no lo hubiese llamado, quizá habría evitado que ella fuese arrebatada de su lado.

Miró hacia las nubes sobre él, había elegido Whitehorse como su nuevo escondite por eso mismo, era un pueblo pequeño, rodeado de bosques, el lugar perfecto para pasar desapercibido, para no ser visto o encontrado, pero como todas las veces anteriores, el destino la había puesto a ella justamente frente a sus narices. Entonces, el amor que habían sentido todos estos años, se había reavivado como las flamas del fuego de una fogata al ser alimentada.

Solo que esta vez no era diferente, esta vez Ella no estaba sola, esta vez la había reclamado como su mujer y la prueba fehaciente de ello, era la cría que ella albergaba en sus entrañas.

¿Estaría todavía embarazada?

¿Estaría todavía viva?

—Lo siento, lo siento tanto, Anderson... Si yo me hubiese controlado un poco. —La voz de Víctor se escuchaba abatida.

Anderson sabía que él se culpaba a sí mismo por la desaparición de Gabriella, pero por más que él quisiera quitar su culpa, no podía hacerlo, en el

fondo Víctor era el único culpable.

Cerró los ojos, alzó el hocico y dio un aullido triste y agónico.

«¿Dónde estás, Gabriella?» «¿Dónde estás, mi amor?»

Gimió observando la lluvia caer a su alrededor. Los recuerdos de aquella noche, llegaron como un torbellino a su cabeza.

«Había logrado controlar a Víctor y regresado a su casa, rápidamente, para encontrar solo penumbra, el olor característico de la sangre y la muerte. Puertas reducidas a astillas, vidrios rotos, los dos cuerpos de los guardias ensangrentados, su habitación completamente destruida y ni rastros de su pareja de vida, su amor. No había sangre de Gabriella, lo que significaba que Paul se la había llevado y existía la posibilidad de que su mujer aún se encontrara con vida, la pregunta era, ¿dónde?»

Inhaló fuertemente, intentando captar el olor de Paul y, con ello, el anhelo de encontrarla pronto, se introdujo en el bosque en el momento que encontró un rastro, pero al llegar al claro, todo lo que podía olfatear era la hierba húmeda por la tormenta y el olor característico de los bosques canadienses.»

Aulló preso de dolor y angustia, aulló con desesperación, sintiendo las pisadas de Víctor

—He recorrido todo el sur... No puedo encontrar el aroma de Gabriella.

—Anderson gimió—. No has pensado que quizá, Paul...

—¡No! —gritó mentalmente, girando a ver al lobo de pelaje amarillo, con ira y dolor. Paul siempre se encargaba de que él supiera que ella había muerto. Estaba vez no lo había hecho por lo que se aferraba a la esperanza de que aún estuviera viva—. ¡Gabriella no está muerta! —graznó con desdén—. Hubiese dejado su cuerpo para que yo lo encontrara, para que sufriera como lo he hecho todos estos años... Él está jugando conmigo, Víctor, pero cuando lo encuentre... Cuando lo encuentre, será la última vez, cobraré todas las vidas que han terminado en sus manos.

\*\*\*\*\*

Hacia un mes que todo había ocurrido, cuatro semanas desde que había visto a Anderson por última vez. Treinta días en los que intentaba ser fuerte, no por ella, si no por el pequeño que crecía en su interior, no sabía dónde

estaba ni qué pensaba hacer Paul con ella y; aunque, intentaba mantenerse firme y con esperanzas, lo cierto, era que cada vez que el sol se ocultaba, el miedo la asaltaba, en algún momento entre la penumbra de la noche, Paul regresaba a la cueva, se acercaba a ella, olisqueándola como un perro por largos minutos, mientras ella cerraba los ojos y fingía dormir hasta que se apartaba de su lado, rastrillando sus patas y cambiando a su forma humana para darle de comer.

La noche anterior; sin embargo, no había ido y Gabriella, pudo conciliar algo del sueño que necesitaba. Miró hacia la salida de la cueva y llevó su única mano libre a su vientre.

Paul alternaba ambos brazos, soltando un día uno y al día siguiente el otro, la cadena que sujetaba sus extremidades era larga, lo que la dejaba vagar un poco en la cueva, pero no salir de ella. Afuera llovía o nevaba, no sabía bien, no obstante, eso no impedía que escuchara los pasos del lobo, había aprendido a identificarlos para no gritar cuando él estuviese cerca, necesitaba tener su boca libre por si algún día reconocía el aroma de Anderson o Víctor... Anderson, cerró los ojos recordando cómo ella lo había empujado a irse creyendo, estúpidamente, que podría con Paul.

Todo había sido tan rápido, sintió las pisadas y luego el crujir de los huesos de los dos guardas. Se quitó el pijama que llevaba, tirándola bajo la cama y se colocó el pijama de Anderson, luego corrió al baño, donde tiró la ropa que se había quitado antes de meterse a la cama, miró hacia todos los rincones de la habitación, buscando, desesperadamente, dónde esconderse, al sentirlo cerca, se metió en el único lugar donde creyó estar segura: el armario, entre la ropa de Anderson con el arma sujeta fuertemente a su pecho.

Por la rendija de la puerta vio cómo el lobo negro rompió la puerta principal y pasaba a su habitación como un poderoso huracán. El lobo aulló y, ella se apretó más entre la ropa de Anderson, observó cómo Paul sacaba su pijama debajo de la cama antes de dirigirse al baño. Su corazón latía frenéticamente y su bebé había empezado a moverse asustado ante su nerviosismo.

«Estoy aquí, voy a protegerte»

Colocó una mano en su vientre y observó a Paul destrozar la habitación, la buscó durante unos minutos, olfateando aquí y allá, fue hasta el balcón de la habitación y ella aprovechó para tomar aire por la boca. Intentando, desesperadamente, calmar el latir desbocado de su corazón.

De un momento a otro, el lobo se convirtió en humano y fijó la mirada

oscura y terrorífica justo en su dirección. Gabriella cayó en un abismo oscuro, luego de que la puerta del armario fuese arrancada violentamente, escuchó el sonido característico de un disparo, pero de ahí, no recordaba nada hasta que no abrió los ojos la mañana siguiente, estaba atada y en una cueva húmeda.

En esos momentos se maldijo a sí misma por haber enviado a Anderson con Víctor, pero si su pareja estaba tan contrariada era porque, Víctor; en verdad, lo necesitaba, quería a Anderson con ella, pero tampoco quería que Mía resultara lastimada, su amiga había venido en su búsqueda, sabía que Víctor llevaba controlándose, por lo que, parecía ser mucho tiempo.

Alzó la mirada para ver a Paul frente a ella, tenía el rostro demacrado y la venda en su brazo empapada de sangre, ella le había disparado en el brazo y, su herida aún no sanaba. Eso no significaba que fuera menos fuerte; aun así, soñaba con escapar de él antes de que su pequeño niño naciera.

—Come. —Paul lanzó a su lado un estofado de conejo y patatas. Gabriella sintió cómo su estómago se revolvía al ver la comida, giró el rostro escapando del olor que le provocaba arcadas—. ¡Come, puta! —gritó haciendo que Gabriella se hiciera un ovillo sobre la roída colchoneta que le servía de cama—. No me lo hagas repetir.

—Déjame en paz. —Lanzó el cuenco con comida en su dirección.

—Necesitas comer... Esa cosa va a nacer pronto. —Señaló su vientre—. Y necesitas estar fuerte o morirás...

—¡Y eso es lo que tú quieres! —gritó ella.

Paul chasqueó su lengua con sorna.

—No quiero eso, chiquita. —Se acercó a la roída colchoneta y la sujetó fuertemente por la barbilla—. Quiero que ese engendro salga de ti, para poder ofrecerlo a la superluna de nieve, pero tú... Tú serás mi pareja, estoy harto de estar tras de ti y que siempre lo elijas a él. Así que, esta vez no será tu decisión, te tomaré luego de que expulses a la cría de Anderson, cuando la superluna haga su aparición, te llevaré lejos, a donde nadie; incluso, ese perro asqueroso de Anderson te encuentre, no tendrás más remedio que ser mi mujer...

Gabriella no lo pensó, escupió la mejilla de Paul, ganándose una sonora bofetada.

—¡Eres una estúpida!

Un sollozo escapó de la boca de Gabriella.

—Lo siento, cariño. —Paul tomó su rostro nuevamente—. Lo siento. —Acarició su mejilla magullada—. No quise hacerlo, no quise... —Gabriella se

encogió aún más en su lugar—. Estaba pensando en irnos al sur. Hay selvas profundas en Brasil, ya las he conocido, también esta Colombia, y... —Él se veía completamente desquiciado—. O si quieres, podemos ir a Noruega o Escocia. —Se levantó y caminó en círculos, alrededor de ella—. Tengo tantos planes para los dos, mi niña. —Dos, solo ella y él—. Solo tenemos que deshacernos de la cosa, entregarla en sacrificio a la superluna, para así tener una vida plena y feliz.

—Paul... —«déjame ir» pensó, pero no pudo expresar eso—. El bebé va a nacer pronto.

—Lo sé, lo sé, puedes creerlo, este fenómeno se da cada siete puñeteros años, es el día en que la luna está más grande y brillante...

—¿Y si nace antes? —Paul la miró pensativo—. No puedo tenerlo aquí, él...

—No vas a tenerlo antes. —Gabriella notó cuando se agarró el brazo—. Va a nacer para la superluna, justo para el sacrificio. —Su cuerpo tembló—. Luego dejaré el cuerpo inerte en casa de Anderson y, por fin, nos iremos después del sacrificio. —Gabriella ahogó un grito, llevaba hablando de sacrificio desde que la había secuestrado y eso le aterraba—. Ya tengo todo preparado, estarás bien.

—¿Dónde estamos? —Paul se alejó llegando hasta el fogón improvisado de leña que servía como estufa, sirvió más de la comida y volvió a ella, dejándola a su lado.

—Los conejos son esquivos, no desperdicies la comida.

Ella no tenía hambre y la comida no tenía buen aspecto, pero sabía que debía alimentarse, tenía que estar fuerte para el parto, llevaba dos días sintiendo calambres en su espalda baja, sabía que la fecha estaba muy cerca y estaba preparada para luchar si era necesario.

Paul decía que era el día de la luna nueva, pero realmente, ella no sabía qué día era ese. Comió despacio, sintiendo a su bebé moverse en su interior, soportó sin ningún gesto o sonido, el leve pinchazo en su vientre bajo y oró en silencio para que Paul no notara su malestar, mientras estuviera dentro de ella, el bebé creado por Anderson y ella estaría a salvo.

Paul la vio comer sin mucho ánimo, su mirada se enfocó en su vientre, faltaban pocos días para que la cosa naciera, lo sabía por la posición de su barriga, la cría se preparaba para salir y, él estaría esperándolo para ofrecérselo a la luna, así ella podría amarlo como él la amaba desde hacía muchos años.

Terminó su propio plato de estofado, dejándolo en el suelo, antes de sacar de su mochila las plantas para curar sus heridas, afortunadamente, la contusión causada por Ethan y Anderson empezaba el proceso de cicatrización, era lento, pero la infección había pasado y la carne empezaba a mejorar.

La herida de bala que Gabriella le había propinado en el brazo, era su problema real, se había infectado y de ella supuraba un olor fétido y una babaza blanca mezclada con pus. Se giró dándole la espalda, para que no viese el gesto de dolor mientras introducía las hojas en el pequeño orificio que había dejado la bala, nunca lo habían lastimado con plata, pensó que era un mito eso de que era el único material que podía herirlos realmente. Hasta ahora, en todos sus años maldito, solo había lidiado con las heridas propiciadas por otro de su misma especie, otros como Ethan o Anderson.

Tomó un pedazo de tela y lo sujetó a su brazo a modo de vendaje antes de girarse nuevamente hacia ella, quien había terminado su plato y ahora lo miraba inexpresiva. No quería irse, pero tenía que hacerlo, la superluna de nieve sería pronto y él debía tener todo lo necesario para preservar la vida de ella.

—Tengo que irme, no creo volver esta noche, pero estaré aquí mañana temprano. —A lo lejos, se escuchó un trueno y él caminó hasta la mochila que estaba a un costado de ella, sacó una colcha, se acercó, dejándola junto con unas galletas y una botella con agua al lado de la colchoneta—. Va a llover, es normal en estas épocas, nieve, lluvia, aguanieve... Extrañaré este clima cuando ya nos tengamos que ir. —Paul inhaló con fuerza—. Será una gran tormenta, pero aquí no sufrirás ningún daño... —Alzó su barbilla y unió sus labios a los de ella. Gabriella no luchó, había luchado con cada beso, lo había mordido y escupido a la cara infinidades de veces, pero esta vez se dejó llevar, movió sus labios contra los suyos en una perfecta sincronía—. No es tan difícil, ¿verdad, bebé? —Gabriella tembló y él acarició su mejilla con lentitud. En el fondo de su corazón, Paul pensó que con un poco más de tiempo y sin la cría de Anderson de por medio, Gabriella se entregaría a él sin dudar. Solo era cuestión de tiempo, había esperado mucho para ello, podría esperar un par de días más.

Se levantó dispuesto a traer todo lo necesario para el parto de Gabriella, lo más rápido posible, no le gustaba dejarla sola. Sabía que sus plantas mantendrían alejado a Anderson y al imbécil de Víctor, había ocasiones que era mejor esconder las cosas en la propia nariz de quien deseaba encontrarla.

—Paul... —Ella lo llamó cuando estaba a punto de marcharse—.



Necesito un favor. —Él la alentó a hablar—. ¿Podrías mover la cadena de mi brazo? —Tiró de su brazo—. Por favor —suplicó.

Paul lo pensó por un par de segundos, sabía que la cadena no estaba lo suficientemente larga para darle acceso fuera de la cueva, así que hizo lo que ella le pidió, atándola a su pie izquierdo.

—No intentes nada estúpido.

\*\*\*\*\*

Víctor entró a la cabaña en su forma lobuna, Mía estaba dormida sobre la cama, tenía semanas sin venir a verla transmutado, llegaba una hora el día, la alimentaba, le dejaba comida cerca y se iba.

Nunca hablaba con ella, había extendido la cadena para que pudiese llegar al baño por cuenta propia. Mía tampoco le decía mucho.

Suspiró y, por un segundo, deseó poder meterse con ella debajo de la colcha y olvidarse del mundo, pero no podía hacerlo a desamparo del sufrimiento de Anderson.

Había buscado por todas partes del inmenso bosque que rodeaba Whitehorse, pero parecía que la tierra se había tragado a Gabriella.

Víctor Pávlov, nunca se había sentido tan culpable como en la mañana, cuando Anderson llevado por el dolor y la desesperanza, había estallado diciendo lo que su mente callaba cuando estaba transmutado, lo que sus labios no decían cuándo se obligaba a callar como humano.

Anderson lo culpaba.

Si tan solo Mía accediera, si aceptara de una vez por todas la historia que él le había contado. Pero no lo hacía y, por primera vez en seiscientos años, Víctor sentía que nada tenía sentido. Tener cautiva a una mujer que jamás lo iba a querer, era solo el comienzo de sus decisiones estúpidas.

Se sentó sobre sus patas traseras frente a ella y con su nariz movió ligeramente la mano de Mía, haciendo que ella despertara.

—Hola, fantasma —dijo Mía con voz somnolienta... Fantasma, como el lobo blanco de Jon Snow—. Pensé que no te volvería a ver.

Sin pensarlo o darle tiempo para que ella despertara del todo, Víctor peleó contra su instinto y el deseo de su interior, era hora de mostrar con hechos que él no estaba mintiendo. Respiró profundamente y dejó que su cuerpo transmutado cambiara.

\*\*\*\*\*

Gabriella, se levantó de la colchoneta al sentir un nuevo pinchazo de dolor. La lluvia había empezado, y junto con ella, los rayos y relámpagos que coloreaban el cielo. Respiró profundamente, sintiendo un nuevo aguijonazo, tomó la botella que Paul había dejado a su lado y bebió un poco de agua, antes de acariciar su abdomen, la picadura en su vientre se repitió con fuerza y ella sintió cómo se doblaba, al tiempo que sus piernas se llenaban de agua.

—Por favor, no —susurró al tiempo que un relámpago sonaba a la distancia y sentía su vientre tensarse.

El bebé estaba a punto de llegar.

# CAPÍTULO

## 24

Anderson se dejó caer en la orilla del río Yukón, cerca al cañón Miles, caía una leve llovizna, pero sabía que no muy lejos de ahí, la lluvia fuerte ya había empezado.

La tormenta se movía rápido y, era la razón por la cual, ya no había turistas en los límites de los basaltos del cañón. Era la primera vez que se atrevía a salir de los predios que colindaban su casa, estaba desesperado y ya no sabía dónde más buscar.

«¿Dónde demonios te metiste, Paul?»

Pensó mientras bebía un poco de agua.

La lluvia empezó a caer con fuerza, truenos y relámpagos empezaban a colorear el cielo ya oscuro, al mismo tiempo, que una especie de onda, comenzaba a palpar dentro de la cabeza de Anderson.

«Víctor» —Lo llamó mientras empezaba a correr—. «Víctor»

«Anderson, lo sientes»

«Sí, es como una señal, una llamada. Está en mi cabeza»

«Y en la mía. ¿Crees que sea Gabriella?»

«No lo sé, pero ven pronto.»

«En camino, amigo, voy en camino»

Desesperado por encontrar de dónde provenía la llamada, Anderson corrió entre las formaciones de roca y lava, siguiendo la onda en su cabeza, era débil, pero todavía podía escucharla.

«¿Eres tú, Gabriella?»

Gimió al percibir cómo la onda parecía ir más de prisa, y frenó su carrera, cuando estuvo en el espeso bosque, si era ella podía estar en cualquier lugar. Su corazón latía casi a la misma intensidad de la onda.

Tenía que tranquilizarse para que sus sentidos lo llevaran por el camino correcto, cerró los ojos en un vago intento por enfocar de dónde provenía el sonido y, entonces, lo escuchó con mayor rapidez. No, no era una onda como

él lo había creído o una llamada, era un latir, un latir nuevo, rápido y preciso, y él no sabía exactamente de quién o qué provenía, pero tenía necesidad, necesidad de encontrarlo, de saber a quién le pertenecía.

Su cabeza palpitó con fuerza y, emprendió la marcha una vez más, cruzó el puente que lo llevaba de un basalto a otro, la tormenta se tornaba cada vez más intensa. Giró a su izquierda y hacia donde el latido era más fuerte, entretanto, Víctor le decía algo, pero él no podía escucharlo, una especie de vacío se había instalado en su pecho y, en ese preciso instante, todos sus sentidos estaban fijos en el latir dentro de su cabeza.

Llegó frente a una pared de roca con varias cavernas y, aulló con fuerza al sentir que su cabeza explotaría. Era ahí, el latido provenía de ahí. Sin pensarlo mucho, empezó a escalar la rigurosa pared, sin nada más en su memoria que el incesante palpar de un nuevo corazón.

\*\*\*\*\*

Paul estaba cerca al camino que conducía a Whitehorse, cuando escuchó el reciente palpitar.

«¡No!» —gritó en su memoria, lleno de ira—. No, no, no... —gritó de nuevo—. Faltan días, faltan días, ¡el bastardo no puede nacer antes de la superluna! —Se dio la vuelta, internándose entre las calles del pueblo, hasta llegar a los límites del bosque, dejaba atrás su apariencia humana y el lobo de pelaje oscuro resurgía.

\*\*\*\*\*

Gabriella se sentó sobre una de las rocas, afuera, el mundo parecía estar llegando a su fin, pero nada importaba, ni siquiera el frío que sentía traspasar su piel y helar sus huesos, al tiempo que su cuerpo parecía querer partirse en dos, sintió la «ya familiar» presión y gritó con una nueva contracción.

Esperó a que todo pasara y su corazón se calmase para poder pensar, necesitaba pensar, necesitaba calmarse. Llevó la mano a su vientre, en un intento desesperado por retardar lo que sabía no podría; respiró profundamente, antes de volver a la improvisada cama.

Su hijo estaba punto de nacer y ella tenía que mantenerse fuerte, primero para el parto y, después, recordó que Paul había dicho que volvería al día siguiente, lo que le daba unas horas para, si era necesario, cortarse el único pie que él había dejado atado a la pared, no permitiría que ese psicópata le hiciera daño a su bebé.

Se quitó la ropa interior y se recostó, intentando recordar todos los partos que había visto por televisión, sabía que tenía que pujar, pujar y respirar...

Una nueva contracción la hizo doblarse de dolor, cerró los ojos y se concentró en el palpitar de su corazón, tan dolorida y nerviosa que no notó al lobo transmutarse a pocos pasos de ella.

Anderson entró a la primera cavidad en la pared de piedra, era húmeda y oscura, inspiró profundamente, intentando encontrar el aroma de Gabriella, pero no había nada, solo el olor de la lluvia y el moho de la cueva.

El dolor y el vacío en su pecho, parecía incrementar por cada paso, la frustración por no hallar ningún rastro de Gabriella, por un momento, cuando su cabeza zumbó por el latido, pensó que la encontraría. Sin embargo, entre más pasos daba su esperanza parecía marchitarse, intentaba aferrarse al latido que seguía en su cabeza.

Respiró profundamente, salió de las rocas cuando no pudo ver nada más que piedras y filtraciones causadas por la tormenta, intentó con otro agujero en la gran pared, este era un poco más grande y profundo, mientras más se internaba en ella, el latir en su cabeza era más atronador, inhaló una vez más, encontrándose con diferentes tipos de plantas, dentro de una enredadera, Romelia, Crisantemos y Lirios habitaban en el lugar, viéndose firmes y llenos de vida, a pesar de la falta de luz y agua. Por un momento, en su memoria algo hizo «clic», recordó que Paul manejaba las plantas a su voluntad, en más de una ocasión, antes de que la ruptura llegara, lo había visto manipular flores y otros tipos de helechos, todas las plantas que se encontraban frente a él, eran inhibidoras de aromas y, ese pequeño detalle, hizo que la flama de la esperanza que empezaba a apagarse en su interior ardiera nuevamente.

Si las plantas estaban ahí, era porque Paul estaba cerca.

«¿¡Dónde demonios estás, Víctor!?» —murmuró desesperado.

«Cerca hermano, cerca, ¿la encontraste?» —La respiración de Víctor era errática—. «¿Crees que sea ella?»

«No lo sé, pero debo entrar.»

«Espérame, voy en camino.»

«No, tengo que hacerlo.» —Anderson pasó la enredadera de lirios y,

entonces, un grito se escuchó y el olor de Gabriella lo envolvió.

Corrió hacia donde el aroma a chocolate era más concentrado, con su cabeza latiendo con intensidad y el sonido de su grito rezumbando en sus oídos, la luz era débil, pero iluminaba el interior de la cueva, frenó su carrera cuando el aroma de su amada lo envolvió y el sonido en su cabeza cesó; entonces, la vio.

Ella estaba recostada sobre una mugrosa colchoneta, cubierta solo con una camisa sucia, volvió a su forma humana, acercándose a ella. Tenía los ojos cerrados mientras todo su cuerpo estaba en tensión, por algunos segundos, se negó a responder, mientras su mente y emociones parecían ir a toda velocidad.

Estaba pletórico y aliviado por haberla encontrado, pero la bestia en su interior rugía de enfado, al ver las condiciones en las que ella se encontraba, estaba en conflicto y él lo sabía. Obligándose a mantener la ira y el deseo de venganza a un lado caminó hacia ella y la llamó de manera suave.

—Gabriella —susurró entrecortado, agradecido por encontrarla viva, pero algo no estaba bien y lo sabía—. Mírame, nena... —Ella abrió los ojos y sonrió cuando él le devolvió una mirada preocupada.

—No eres real —dijo con los dientes apretados—. No eres real. —Cerró los ojos y se preparó para una nueva arremetida.

—Abre los ojos, nena, mírame, estoy aquí. —Él la tomó entre sus brazos y ella volvió a verlo. Tenía el cabello enmarañado y estaba húmedo.

—Anderson... —Gabriella llevó la mano hacia su mejilla llena de suciedad, enfrascó por unos segundos su mirada en los ojos de Anderson y luego observó su cabello enmarañado y sucio, iba a decir algo más, pero su cuerpo se tensó entre sus brazos, cuando una nueva contracción llegó.

—Voy a sacarte de aquí. —De un tirón rompió la cadena que sujetaba su pie, dispuesto a llevarla lo más lejos que pudiera.

—El bebé... —Un grito estrangulado salió de su boca—. No puedo, no puedo...

—Estoy aquí, estoy contigo —murmuró él, dejándola sobre la roída colcha—. Víctor vendrá en cualquier momento. —Un rayo golpeó un árbol a la distancia.

—Tengo miedo... —sollozó ella y él besó su frente, intentando tranquilizarla—. No quiero que nada le pase al bebé, él dijo que lo...

—Shsst... —murmuró para tranquilizarla, pero mentalmente se comunicaba con su amigo—. «Víctor... El bebé, va a nacer»

«El latido... ¿Era él? Claro que era él, tu hijo va a ser una fuerza de la

naturaleza, nunca había sentido el llamado de alguien tan pequeño.»

«Te necesito aquí, ¡ya!» —exigió completamente angustiado.

«Esta tormenta es terrible, voy lo más rápido que puedo. Tienes que calmarte, si nosotros podemos sentirlo, él o ella también puede»

«¿Qué demonios tengo que hacer?»

«Doble carrera en medicina, hermano, debes saber»

«¡Las odié! ¡Maldita sea, Víctor!»

«Dilatación, es lo primero. Sabes lo que tienes que hacer ¿verdad?»

«Por supuesto que sí»

—Anderson... —gimió Gabriella con los dientes apretados.

—Voy a ayudarte, yo estoy aquí, vamos a hacerlo juntos. — Anderson flexionó sus piernas y acarició sus rodillas—. Necesito ver cuánto has dilatado.

—¡No quiero que a mi bebé le suceda nada!

—Estoy junto a ti, necesito revisarte... —Ella asintió.

«Lávate las manos primero, Anderson...» —gruñó Víctor en su memoria, cuando Anderson estuvo dispuesto a revisar cuánto había dilatado. Él lavó sus manos con la botella de agua a su lado y volvió a su puesto original.

—Respira profundo, bebé. —La instó con cariño y ánimo; ella lo hizo y él introdujo dos de sus dedos y palpó la cabeza del bebé.

«Hay mucho cabello»

«Tiene que pujar en la próxima contracción, ya está ubicado»

—Tienes que pujar en la próxima contracción. —Ella asintió y, él acarició su rodilla, retirando sus dedos y dándole lo que parecía una sonrisa tranquilizadora.

—¿Lista...? —preguntó animosamente, pero solo recibió negativa—. Puedes hacerlo, bebé, tú más que nadie puede hacerlo. —Su vientre se tensó una vez más, preparándose para una nueva contracción—. Puja fuerte.

—¡Tengo miedo!

—No puedo pujar por ti, ¡tienes que hacerlo! ¡Puedes hacerlo! —La vio reposar su barbilla en su pecho y pujar mientras aullaba de dolor.

—No puedo, no puedo, voy a partirme en dos...

—Lo hiciste bien, nena. —Limpió su frente con el dorso de la mano—. Tienes que hacerlo de nuevo. —Esta vez ella asintió, y cuando la contracción llegó, pujó, quizá con más fuerza.

—Lo veo, está aquí, nena, un par más, un par y lo tendremos aquí. —Sus palabras fueron suaves y torpes a la vez—. Eres la persona más fuerte que

conozco, eres incluso más fuerte que las antiguas, Ellas. —Tomó sus dedos mientras ella lo miraba con ojos acuosos y la frente perlada en sudor—. No te alcanzas a imaginar lo mucho que te amo, Gabriella...

—Ya viene.

—Sabes lo que tienes que hacer. —Ella asintió. Y ante la siguiente contracción, todo su cuerpo se contrajo. Un rayo impactó cerca de la abertura de la cueva, al tiempo que la cabeza coronaba la abertura de su sexo.

—Una más —murmuró Anderson metiendo los dedos en la boca del pequeño, —una más.

Gabriella estaba agotada, buscó fuerzas para hacer un último esfuerzo, gritó sintiendo su garganta arder al tiempo que el pequeño y resbaladizo cuerpo de su bebé salía por completo de su interior y Anderson lo atrapaba entre sus manos.

En ese preciso momento, la lluvia cesó, los truenos dejaron de retumbar, el rústico lugar en donde se encontraban pasó a segundo plano, nada importaba. Con el pequeño entre sus brazos, Anderson se sentía pleno, dichoso. Su cuerpo nunca había experimentado tantas emociones juntas.

«La placenta, Anderson» —Lo azuzó, Víctor.

«Cállate, maldita sea, ¿dónde demonios estás?»

«Más cerca de lo que crees, solo dame un par de minut...»

«Víctor... ¿Víctor?»

—Anderson. —Dejó la comunicación mental, para enfocarse en Gabriella. Tenía lágrimas y miraba con adoración al pequeño entre sus brazos —. Quiero verlo.

—Lo siento, lo siento. —Entregó el bebé a Gabriella y ella contó los dedos de las manos y los pies. Una vez más, el tiempo se detuvo para Anderson.

—Es una niña... —murmuró ella. Y él se vio sorprendido, desde que se enteró del embarazo, había pensado en el cachorro como un él. Y como un cachorro; sin embargo, aquí estaba su bebé, su amor y, sabía que no podría sacarlos de esa mugrienta cueva, hasta que la lluvia no cesara.

—Luna...

—Hola, Luna... —dijo Gabriella, mirando a la pequeña entre sus brazos. Anderson dejó un reverencial beso en su frente.

—¿Ella está bien? No lloró... —Él negó con la cabeza. Ahora que la bebé había nacido, ahora que todo parecía estar volviendo a la normalidad, se dio cuenta de que el latido había desaparecido.



—Sí lo hizo... lloró aquí. —Señaló su cabeza con su dedo—. Me guio hasta ti, lamento haberme tardado tanto.

—Llegaste justo cuando te necesitaba... Tiene el color de tus ojos y tu nariz. —Anderson sonrió, nunca en sus más de cuatrocientos años, había pensado que algo como eso podía ser real, sin embargo, Ella estaba ahí. Después de mucho tiempo, estaban juntos.

—Tienes que expulsar la placenta... —Ella asintió—. Sujétala fuerte y puja una vez más.

Una vez que Gabriella lo hizo, le señaló la gruesa cobija que Paul le había dado horas antes, envolvieron a la pequeña, estaba sucia y pegajosa, pero para él no había nada más bonito, no había momento más feliz o pleno que ese.

Sabía que Gabriella estaba agotada, veía cómo ella parecía luchar, para no dejarse vencer por el sueño. La lluvia afuera era fuerte y constante.

La vio llevar a Luna a su pecho y cómo la bebé seguía sus instintos, buscando alimentarse; entonces, se levantó de su lado y movió la pequeña hoguera, avivándola, mientras veía el fuego arder, su cabeza era una maraña de pensamientos, necesitaba salir con su familia de la cueva antes de que Paul llegara.

Si Víctor y él, habían escuchado el llamado del bebé, muy probablemente, Paul también lo había hecho, pero la tormenta parecía no querer detener su furia y, él sabía, que el clima podía hacerle daño a su lobita, su niña.

Era el padre de una niña, ni en sus más remotos sueños, Anderson había imaginado ser el padre de alguien, menos que ese alguien fuese la mitad de su Ella.

Protegería a su familia con uñas y garras, si antes Paul era un hombre muerto, definitivamente, ahora tenía que serlo. Era la única manera de que ellas estuvieran a salvo. Pensó un poco lo que debía hacer, intentó idear un plan para llevarse a sus mujeres antes de que Paul volviera, pero mientras la lluvia siguiera cayendo, iba a ser imposible salir de la cueva.

Tenía que estar preparado para luchar, Gabriella estaba débil, a pesar de que se veía fuerte. Antes de seguir dándole vueltas al asunto, volvió al lado de su mujer y su hija, tan embelesado con la imagen de su nueva familia, que no percibió que su más grande miedo estaba a punto de suceder.

# CAPÍTULO

## 25

Paul observó sus hermosas flores en el suelo y supo que Anderson lo había encontrado, lo había supuesto cuando tropezó con Víctor Pávlov cerca a los límites de la cueva.

El hombre estaba distraído, lo que había hecho mucho más fácil embestirlo. Esperó el momento adecuado, reuniendo todas sus fuerzas antes de abalanzarse sobre él, impactándolo de costado y lanzándolo un par de metros hasta estrellarlo con un tronco alto. Sabía que no lo había lastimado de muerte, pero tampoco podría socorrer a nadie.

Estaría fuera de sí mismo y despertaría aturdido por el golpe, era el tiempo que necesitaba para acabar de una buena vez con Anderson Scott. Inhaló profundamente, percibiendo la maldita nueva esencia, definitivamente, la cría había nacido y, Anderson había encontrado a Gabriella.

La furia se apoderó de su cuerpo, lo que hizo que aumentara la velocidad de sus pasos, hasta el lugar donde había dejado a Gabriella horas antes. Vio a Anderson avivar el fuego y lo observó caminar de regreso a Gabriella, mientras ella le sonreía.

Apretó los puños a los costados, algo en su pecho se quebró; durante el mes que había estado con él, ella nunca había sonreído, su dolor se convirtió en ira, ira por los años que había vivido obsesionado con una mujer que nunca sería suya. La sangre quemó sus venas y percibió el dolor y la traición que como navajas filosas cortaban su piel.

Los mataría, caviló hipnotizado, observando la escena, acabaría con la vida de todos y se libraría de la maldición de amar a alguien que no lo merecía. Se movió con rapidez, cegado por la cantidad de sentimientos que ahogaban su alma, hubiese deseado esperar, buscar el momento perfecto y atacar, pero su cuerpo reaccionó al ver a su enemigo observar con ternura al bebé entre los brazos de la mujer.

Ya con el infierno desatado en su interior y sin razonar, buscó entre sus

roídos pantalones, lo único que sabía que acabaría con el dilema de trescientos años. Había trabajado arduamente hasta convertir las cuatro balas de plata en una afilada hoja de navaja, siempre pensó que la plata era un mito, pero a juzgar por su propia herida, sabía que sería la única que pondría fin a la vida de Anderson. Esperó el segundo exacto y actuó.

Anderson gritó y giró su cuerpo, justo cuando la hoja de una daga penetra su piel, lanzó su brazo hacia atrás, golpeando a Paul en la cabeza y haciéndolo volar un par de metros dentro de la cueva, sacó el material filoso de su espalda, la herida le dolió como si tuviese el cuerpo metido dentro de un horno en llamas, la piel le escocía y el olor a carne quemada envolvió su nariz, al tiempo que lanzaba el objeto puntiagudo lejos de él.

Intentó palparse la herida ardiente, pero Paul volvió a atacarlo con fuerza, golpeándolo en el abdomen. Anderson, esperaba ese movimiento, lo tomó por el antebrazo, levantándolo justo para golpear la herida que Ethan le había causado meses antes.

Vio cómo Paul gemía, retrocediendo unos pasos y agarrándose la herida, mientras él sentía la suya en carne viva, pero sus dolores no importaban, iba a proteger a su familia sin importarle la sensación quemante que lo atacaba, por su mente desfilaron de manera fugaz, los recuerdos de los cuerpos inertes de Manuella, Isabella y Anabella, entonces, negó con la cabeza. Gabriella no sería una de ellas, no antes y no ahora, cuando le había dado el regalo más grande que había podido imaginar. Escuchó el sollozo de Gabriella a su espalda y quiso voltearse y tranquilizarla, decirle que todo estaría bien, pero sabía que Paul aprovecharía ese segundo para atacarlo.

—Bebé —habló sin dejar de mirar a Paul—. Toma a Luna y sal de aquí —murmuró sin importarle el clima, necesitaba mantenerlas lejos de Paul. Sabía que Víctor estaba cerca, intentó comunicarse con él sin éxito alguno, pero lo sentía cerca.

—Tú no te muevas, perra. —La voz gutural de Paul se escuchó amenazante.

—¡Tú cállate, Paul! Esta pelea es entre tú y yo... ¡Vete, Gabriella!

—No. —La voz de Gabriella titubeó—. No me iré, no te dejaré.

—¡Vete, Gabriella! Ponte a salvo, ponla a salvo...

—¡No!

—¡Hazlo! Iré contigo nena, una vez termine aquí, iré contigo... necesito pensar, no puedo pensar contigo aquí.

La escuchó sollozar, sabía que estaba débil, sabía que, si no acababa con

Paul, acabaría con él y luego las mataría sin que las manos le temblaran, podía verlo en sus ojos que estaban vacíos, hacía años que cuando miraba, sus ojos se encontraban en ellos ira, traición, sin embargo, en ese preciso momento, los ojos de Paul eran como carbón, sin vida... Y él debía ser más astuto, más ágil, tenía que tener la mente en blanco y, no podría hacerlo, si ellas estaban cerca, confiaba en Gabriella, sabía que ella mantendría el calor para su pequeña cachorra.

—Ve, amor... —Escuchó pasos detrás de él, Gabriella acarició su espalda sin tocar la herida y él supo que era su forma de decirle que se iría.

Anderson escuchó a Paul reír al otro lado de la cueva, era una risa siniestra y llena de rencor.

—Puedes correr e intentar esconderte, pero te encontraré, Gabriella, lo haré y entonces entregaré en sacrificio tu cría a la luna y luego tú pagarás por años de soledad, años de dolor... —No pudo decir más, pues Anderson se movió rápido y golpeó a Paul en la mejilla, y luego se agachó para intentar golpear nuevamente la herida que Ethan le había propinado, pero Paul fue sigiloso y con rapidez y precisión, hundió su codo en la laceración que minutos atrás le había provocado.

Anderson cayó al suelo, un grito agónico y dolorido desagarró su garganta. Antes de que pudiera levantarse, Paul lo tomó de una pierna, lanzándolo con fuerza contra una de las paredes de la caverna. A lo lejos, Gabriella gritó y Anderson tomó todas sus fuerzas para gritar una última palabra.

—¡Corre...!

Gabriella no quería irse, no quería dejar a Anderson, en su interior, algo le gritaba que se quedara y luchara, a pesar de que se sentía débil por el parto, el frío entumecía sus huesos y Luna lloraba en sus brazos, como si presintiera la pelea que se daba a pocos metros de ella, mientras caminaba a la salida de la cueva, podía escuchar cómo Paul y Anderson bramaban gruñidos y lanzaban golpes. En más de una ocasión quiso girar y volver, ayudar al hombre que amaba de alguna manera, aunque sabía, que más que ayuda, ella y la bebé serían una distracción para él, una que Paul aprovecharía.

El lugar estaba oscuro y había filtraciones de agua, no recordaba cómo había llegado hasta el interior de la cueva, ni cuánto le faltaba para llegar al exterior, la lluvia parecía haber mermado su intensidad, sin embargo, acunó a la bebé entre sus brazos, atrás habían quedado los sonidos de lucha, ahora solo podía escuchar el sonido que hacían las gotas al caer, acompañado del

ruido propio del bosque.

Luna emitió un grito al sentir el inclemente frío de la noche en su cuerpo, su boca pequeña se abrió y sollozó en los brazos de Gabriella, quien la apretó aún más a su cuerpo, ofreciendo su pecho como un consuelo, para la pequeña que se aferró hambrienta.

Miró a todas partes, buscando algo para protegerla de las gotas de lluvia, que aún caían presurosas, pero no había nada con qué cubrirse, así que la acomodó de tal manera, que sus brazos la protegieran del frío, aunque sabía que era inútil, ella misma estaba empapada. Se internaba entre los espesos árboles y elevó una plegaria al cielo, a pesar de no ser muy religiosa, notó que su bebé dejaba de llorar, abrió la manta en la que la llevaba para verla, estaba dormida, pero temblaba por la temperatura.

Gabriella se asustó, no sabía dónde estaba, no sabía dónde estaba Anderson y su calor corporal parecía no ser suficiente para mantener a su hija caliente, una lágrima se derramó por su mejilla, seguida rápidamente por otra más, ella misma temblaba como las ramas de los árboles en medio de la tormenta, le dolían los pies, el cuerpo, sentía que no podría caminar por mucho tiempo.

Cuando pensó que todo estaba perdido para ella, lo vio. Al principio pensó que estaba alucinando, que su visión cansada le estaba jugando una mala pasada, pero era él.

Víctor estaba tirado sobre el pasto frente a un árbol alto, aceleró sus pasos para llegar hasta él, tenía una herida a un costado de su frente, acomodó a su hija en su brazo y zarandeó con el otro el cuerpo de Víctor, la lluvia caía sobre su cabeza y pronto Luna empezó a llorar nuevamente, junto con ella. Gabriella vio cómo las pestañas de Víctor se movieron, siguió llamándolo y zarandeándolo, el llanto de Luna era fuerte como si la pequeña también estuviese alentándolo a despertar, él pestañeó una vez más, antes de abrir sus ojos de manera lenta.

—Gabriella. —Su voz se escuchó ronca—. Eres tú —murmuró sentándose.

—¡Oh Víctor, Víctor! —susurró ella antes de lanzarse a su pecho—. Tienes que ayudarlo —susurró, pero notaba a su amigo desorientado y confuso.

Escuchó el llanto de su bebé y se separó del pecho de Víctor con rapidez, al percatarse de que probablemente la había lastimado.

Víctor se llevó la mano a la cabeza, palpando su herida sangrante y luego

acarició el costado de su pecho, notando el dolor que laceraba su flanco derecho.

—Tienes que ayudarlo, va a matarlo...

—Anderson...

—En la cueva. —Gabriella arrulló a Luna y se giró para mostrar la cueva, no muy lejos del lugar donde se encontraban. Observó a Víctor levantarse y caer, intentarlo de nuevo y volver a caer, él se llevó la mano a la cabeza y negó un par de veces antes de volver a intentarlo, fracasando nuevamente.

—Toma... —dijo entregándole a la pequeña que lloraba en la manta—. Yo iré...

—No, tú...

—Soy una distracción para Anderson, pero también lo seré para Paul... No puedo dejarlo solo, tengo que intentarlo —susurró desesperada—. Cuidala, por favor... Si no regreso, si Anderson no regresa, no dejes que Paul le haga daño, llévatela lejos, donde nadie los encuentre... Promételo, Vick.

—Solo dame un segundo, solo un segundo. —Ella negó con la cabeza.

—Tiene frío, tú la conservarás más caliente que yo. —Dejó un beso en la frente de la niña—. Volveré pequeña niña, volveré con papá... —Víctor no dijo nada, en cambio, se quedó en el suelo, mientras ella sacaba fuerzas y caminaba de regreso a la cueva.

# CAPÍTULO

## 26

Víctor observó a Gabriella irse, mientras él se quedó sentado sobre el pasto con la bebé llorando, en sus brazos, intentó levantarse nuevamente, pensando que, si alcanzaba a Gabriella, la obligaría a ir a un lugar seguro. Logró ponerse de pie con mucho esfuerzo y dejó que su espalda se recargara al árbol que estaba detrás de él, respiraba pesadamente y le dolía todo el costado, tenía la vista desenfocada y estaba muy aturdido. Intentó recordar qué había sucedido, pero solo tenía recuerdos de estar hablando telepáticamente con Anderson.

Su amigo lo necesitaba, intentó moverse nuevamente, pero su cuerpo trastabilló y la bebé en sus brazos lloró con mucha más fuerza. Las palabras de Gabriella resonaron en su cabeza, descubrió el rostro de la bebé, era pequeña y aún tenía restos de la suciedad propia del parto, sus labios estaban levemente amoratados, pero a pesar de todo, lloraba con toda su fuerza.

—Ya, pequeñita... —Atrapó la manita de la bebé, percatándose de que estaba completamente helada—. Vamos a hacerte entrar en calor, mientras me recupero un poco y luego te dejaré en un lugar seguro, antes de ir y ayudar a tus padres. —Arropó el bulto entre sus brazos, intentando calentarla un poco, no supo cuánto tiempo pasó. La lluvia mermó hasta quedar solo como un leve rocío y, la bebé en sus brazos, dejó de llorar, miró hacia abajo para encontrársela dormida, el color había vuelto a sus labios y a la piel de su rostro.

Víctor se irguió una vez más, logrando mantenerse en pie sin tambalear, sabía que tenía que buscar un lugar para dejar a la hija de Anderson y Gabriella, pero estaba en el bosque sin ningún lugar a donde ir, demasiado lejos de la cabaña en donde había retenido a Mía en los últimos dos meses, tenía que pensar y debía hacerlo rápido.

\*\*\*\*\*

Anderson estaba agotado, había dado y recibido golpes casi con la misma precisión de Paul, se había rebajado a su mismo nivel, golpeándolo donde sabía que lo desestabilizaría, usando la fuerza de sus brazos para lanzarlo contra las paredes rocosas de la cueva, pero Paul tenía algo a favor, algo que no tenía él, noches de sueño completo, alimentación adecuada en las últimas semanas y, la más importante, no tenía la mitad de sus pensamientos fuera de la cueva.

Inhaló el dulce aroma de Gabriella, incluso aunque no pudiera verla, sabía que ella estaba cerca y su corazón latió con fuerza al sentirla sola. Por su mente pasaron miles de escenarios. ¿Dónde había dejado a Luna? ¿Por qué había regresado?

Paul aprovechó y arremetió contra él, quien estaba demasiado preocupado para prever sus movimientos, demasiado pensativo como para esquivar el golpe que lo hizo retorcerse de dolor cuando se estrelló contra el suelo y sintió su espalda arder aún más, antes de poder incluso levantarse, Paul, quien tenía el pómulo y el labio partido por los golpes que él mismo le había propinado, lo tomó del cabello, que se había soltado en medio de la lucha.

—Vas a pagar —dijo sin aliento mientras lo arrastraba por el suelo de la cueva. Anderson intentó frenarse, tensar su cuerpo para hacer una especie de freno para Paul, cuyos ojos lucían fríos y vacíos—. ¡Vas a pagar por haberme quitado a la única mujer que he amado! —El dolor en su tono de voz era palpable—. Yo te quería, maldito. —Lo dejó y caminó hacia un lado de él—. ¡Tú eras mi hermano, Anderson! —Anderson intentó ponerse de pie, se acostó de medio lado y llevó una de sus manos a su abdomen, Paul lo pateó, haciendo que cayera de espaldas nuevamente. Anderson cerró los ojos, ahogando el grito de dolor que purgaba en sus entrañas—. Mereces sufrir... mereces ver a tu maldito engendro morir, mereces ver a Ella morir una y otra vez... ¡Sal de donde quiera que estés, Gabriella! —gritó con una sonrisa burlona—. Sal y ven a ver cómo acabo con este maldito traidor. —Anderson se levantó solo para que Paul volviera a lanzarlo al suelo.

Gabriella gritó en su interior al ver cómo Paul golpeaba a Anderson, una vez más, él seguía llamándola, pero ella sabía que no podía dejarse ver. Aunque, lo que más deseaba era correr a su lado, ayudarlo de alguna manera, escaneó la cueva buscando algo que pudiese ayudarla, tenía que moverse rápido sin importar la manera en cómo su cuerpo protestaba por el parto, a lo



lejos, algo brillante llamó su atención. Tragó el nudo en su garganta, mientras veía a Paul acercarse nuevamente a Anderson, quien seguía tendido en el suelo.

—Puedo olerte, Gabriella... Voy a encontrarte, voy a encontrarte a ti y a tu maldito engendro y, después que acabe con él, voy a follarte por todos estos años en los que he preferido matarte, voy a dejar que sea mi marca la que cubra la suya, que mi semen te recubra por dentro, y vas a tener a mis hijos, ¡mis crías! ¡Serás mía por voluntad propia o sin ella!

Vio a Anderson levantarse y arremeter contra Paul, ágilmente, sus dedos penetraron la herida que ella misma había provocado haciéndolo sisear de dolor, Paul llevó la mano a la espalda de Anderson, haciendo lo mismo, ambos rugieron, ira mezclada con dolor, estuvieron en posición de lucha por unos segundos, ambos resistiendo, ambos enseñando dientes.

Paul flexionó su rodilla izquierda, intentando dar en el abdomen a Anderson, pero él fue más rápido y se protegió con su brazo, agarrando la pierna de Paul y lanzándolo varios metros. Antes de desplomarse en el suelo.

Gabriella notó que tenía la respiración acelerada, su espalda ahora sangraba y su cuerpo entero estaba cubierto por una ligera capa de sudor y suciedad.

Ambos combatientes se miraron unos segundos antes de volver a lanzarse el uno sobre el otro, Paul lanzó un puñetazo en la barbilla a Anderson, que se tambaleó aturdido por unos segundos, en los que él aprovechó para volver a atacar. Anderson se cubrió cruzando los brazos a la altura de su pecho, cuando Paul volvió a atacar, lanzó un nuevo golpe en su abdomen que hizo que este cayera con un golpe sordo en el suelo polvoriento de la cueva.

Gabriella desde su escondite, observaba la pelea con las manos convertidas en puños, se sentía inútil sin saber qué hacer, el objeto brillante seguía llamándola como una polilla a la luz. A lo lejos, escuchó la sonrisa irónica de Paul, notó que este se limpiaba la sangre de su labio mientras se levantaba.

—Voy a acabar contigo —rumió con desdén.

Ante los ojos de Gabriella, ambos hombres mutaron.

Anderson de pelaje amarillo y Paul de pelaje oscuro, en un parpadeo, retomaron la lucha, el choque de garras y dientes resonó por el lugar, uno más salvaje que otro, más aguerrido, se movían con rapidez, tanto que para Gabriella era como si simples hojas de papel lucharan en el interior de la cueva.

Ella sabía que Paul estaría concentrado en la lucha, casi al mismo punto de Anderson, se escabulló de su escondite, caminando con la espalda pegada a la pared de piedra hasta alcanzar la daga con la que Paul había atacado a Anderson, su punta era brillante y las esquinas filosas, al menos, la mitad de la daga relucía. Alzó la vista para ver las fauces de Paul a solo centímetros de su cuerpo, tan concentrada estaba en su hallazgo, que se había descuidado.

Anderson lo tenía agarrado de la larga cola peluda, sus ojos la observaban pidiéndole que huyera. Arrastró a Paul lejos de ella, tiempo que usó Gabriella para correr, Paul se zafó del agarre, pero en lugar de ir tras ella, se giró dándole una mordida a Anderson en su cuello.

Anderson cayó al suelo, volviendo rápidamente a su forma humana, la herida botaba sangre a borbotones, él intentó tomarse del brazo procurando desesperadamente detener la hemorragia. Gabriella sabía que las heridas proporcionadas por otro lobo eran mortales, un grito agónico escapó de su garganta, al tiempo que Paul también tomaba su forma humana y caminaba hacia un Anderson mal herido.

—¡Te duele, maldito traidor! ¡Te duele como me dolió a mí tu traición! — Introdujo los dedos en la herida, haciéndolo sisear de dolor—. ¡Tú tenías que morir! ¡Tú! No, Ethan.

—Tú mataste a Ethan, era tu hermano, nuestro hermano...

—¡Él te prefirió, mi padre te prefería, Ella te prefería, ¡mi hermano te eligió, sobre mí!

—No le diste opción... —farfulló Anderson.

Paul lastimó más la herida, acomodándose sobre Anderson. Gabriella no tenía que leer la mente de Paul para saber lo que estaba pensando, quería que Anderson agonizara, quería que sufriera, quería verlo suplicar por su vida, tenía que hacer algo, tenía que hacerlo pronto.

Paul hurgó la herida de Anderson con más ahínco, el dolor y la venganza, estaban plasmados en su rostro; entonces, Gabriella no pensó, solo actuó, porque Anderson estaba sufriendo, haría lo que estuviese en sus manos por evitar su dolor, pensó en su hija, su pequeña bebé refugiada en los fuertes brazos de Víctor, sabía que el ruso cuidaría de ella, ahora era el momento que ella cuidara de Anderson.

Corrió hacia Paul con la carita de su bebé plasmada en su memoria, con el recuerdo del momento exacto cuando Anderson se la entregó y, sin siquiera detenerse a respirar, introdujo la punta de la daga tan fuerte en la espalda del hombre, que estaba torturando a su amor.

Paul exhaló por última vez, sintió cómo su piel estallaba en llamas, la hoja de la navaja giró en la parte baja de su espalda, haciendo que el fuego detonara en todo su interior, gritó al sentir cómo su carne se consumía y llevó su mano hacia atrás intentando tomar el cabello de la mujer que lo acababa de atacar, había estado tan cegado porque por fin su venganza tendría un final, que no pudo evitar el golpe a traición de Gabriella.

Anderson reunió las pocas fuerzas que le quedaban y lo empujó hacia atrás, mientras Gabriella seguía presionando, Paul boqueó por un par de segundos, agarró las muñecas de Anderson, intentando apartarlas, miró los ojos del que una vez había sido su amigo y entonces lo soltó dando un último murmullo, lo que sabía serían sus últimas palabras.

—Te maldigo... —su respiración se agudizó—. Yo, Paul Walker, convoco a mis ancestros, a mi madre naturaleza y a mi diosa regente la luna, para que caiga sobre ti y tus descendientes la maldición de la luna oscura, por tu traición, no morirás sin tormento, los tuyos y tú sufrirán todo tipo de pestes y vagarán por los lugares de completa oscuridad, antes de poder cerrar los ojos y así... —No pudo continuar, Gabriella sacó la hoja de la navaja de su interior, solo para volver a clavarla con mayor fuerza e intensidad, Paul vio cómo su vida se escapaba, sus pulmones se quedaron sin aire y su corazón dejó de latir.

El cuerpo sin vida de Paul cayó a un costado, Gabriella corrió hacia Anderson, quien parecía respirar con agonía.

—¿Qué hago? —dijo colocando sus dos manos sobre la herida.

—Está sangrando mucho, ¿no? —dijo él con palabras entrecortadas.

—Anderson, no me dejes sola, te prohíbo que nos dejes solas. —Vio a Anderson girar su cabeza para observar Paul—. ¿Anderson?

—¿Dónde está, Luna?

—Tenemos que salir de aquí, tienes que levantarte...

—Y tú tienes que irte... Siempre fuiste tú. —Él levantó la mano y acarició su mejilla.

—Anderson. —Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—No llores hermosa, no llores... Te amo, bebé.

—¿Gabriella?

—Víctor... —Víctor se acercó rápidamente arrodillándose a un lado de Anderson.

—Hey, hermano, lo siento. —Anderson negó con la cabeza—. Parece que me perdí una buena pelea. —Anderson intentó sonreír, pero fue una mueca—.

Déjame ver.

—Paul lo atacó, la herida de un lobo... —Gabriella no quiso terminar la frase; en cambio, dejó que Víctor retirara su mano—. ¿Dónde está, Luna?

—¿La bebé? Es un bonito nombre...

—Dime que mi hija está bien. —La voz de Anderson fue un susurró—. Dime que todo lo valió.

—Está bien, la escondí lo mejor que pude —murmuró examinando antes de emitir un suspiro—. Dos centímetros más y hubiese sido una labor titánica para mí sacarte de esta... ¿Crees que puedas levantarte? Necesito llevarte a casa, desinfectar esa herida y tengo que decirlo, querido amigo... Va a doler... Mucho.

Gabriella se levantó, sus manos estaban cubiertas por la sangre de Anderson, por lo que se las limpió en su vieja y roída vestimenta y ayudó a Víctor a levantar a Anderson.

—Él puede desmayarse en cualquier momento, no te asustes, tenemos que llegar a casa cuanto antes, empieza a amanecer y pronto esto estará plagado de turistas. —Gabriella asintió.

—No la asustes, Vick... Llévame con mi hija.

## EPÍLOGO.

Anderson despertó solo en la cama, en algún momento de la noche, había sentido a Luna llegar hasta ellos, habían pasado cinco años desde que habían acabado con la vida de Paul, paradójicamente, también era el cumpleaños de la niña que iluminaba sus días.

Luna Gabriella Scott, era un fenómeno de la naturaleza, aún no sabía si tenía algún don especial, tampoco si algún día se regiría por la noche. Pero eran cosas que no lo preocupaban.

Se estiró en la cama, había regresado anoche en la madrugada, se dio un baño y despertó a su mujer de una de sus mil maneras favoritas.

Gabriella gritó su nombre mientras él se daba un festín con su cabeza enterrada entre las piernas de su mujer, ella acarició el cabello ahora corto, gracias a una de las travesuras de su hija. Respiró profundamente y recordó cómo ella se había deshecho entre sus brazos, en más de una ocasión, la pasión entre ellos parecía avivarse cada vez más a través de los años.

Gabriella era todo y más de lo que él necesitaba; aún, a pesar del tiempo, se negaba a creer que al final habían logrado ser felices. Era una de las razones por las cuales la despertaba a mitad de la noche, después de su acostumbrada carrera por el bosque.

—¿Piensas quedarte todo el día en cama? Hay una fiesta de cumpleaños que celebrar —dijo Gabriella recostada al marco de la puerta de la habitación.

—Ven aquí... —Se alzó con sus codos observando a la mujer.

—¡Oh no, señor! Si me meto en esa cama contigo, no vamos a salir por ahora, tenemos hambre. —Acarició su plano vientre—. Y tu lobita quiere panqueques... Traté de hacerlos, pero dice que no son tan ricos como los tuyos.

—Vamos, nena, solo un beso de buenos días.

—Entonces, ven tú aquí por él.

Anderson se levantó de la cama y caminó lentamente hasta llegar a ella, colocó sus manos en su cintura, exactamente en la piel expuesta entre el pantalón de pijama y la camisa.

—¿A qué hora te colocaste esto? —Besó sus labios con parsimonia y Gabriella suspiró de puro deseo. Parecía casi tan deseosa por él como él por ella.

—Duermo con uno bajo la almohada —murmuró ella sin aliento, cuando él dejó sus labios.

—¿Cómo amanecieron hoy? —Anderson besó su cuello, mientras hacía círculos con sus pulgares en su vientre. Apenas hacía un par de días que él lo había notado, su esencia había cambiado paulatinamente esta vez y, él había estado completamente loco de alegría por ello.

Sintió los pasos sobre los escalones de la escalera, mucho antes de verla, pero prefirió dejarla sorprenderlos.

—Papi. —La melódica voz de Luna lo hizo sonreír. Era feliz, después de tanto tiempo de sufrimiento, por fin podía decir que lo era—. ¿Estás *besuquiando* a mamá otra vez? —Levantó la cabeza para ver a Luna frente a ellos. Cada manito cubría uno de sus ojos tenía un pijama de la princesa Vanellope<sup>[8]</sup> y unas pantuflas de conejito rosa, su largo cabello rubio estaba atado en un moño alto—. Quielo panqueques.

Anderson, soltó la cintura de Gabriella para alzar a su pequeña hija, quien emitió un gritito de sorpresa.

—¿Cómo amaneció mi niña del cumpleaños? —Le dio un beso en el cuello, haciéndole cosquillas.

—Tu balba pica. —Él rastrilló su barba de tres días en la rosada mejilla de la pequeña—. ¡Oh! Llegó el tío, Vick. —Se removió aún más entre sus brazos, en una manera silenciosa de pedirle que la bajara.

—¡No corras por las escaleras! —gritó Gabriella, sabía que aún faltaban unos buenos quince minutos para que Víctor llegara. A pesar de no tener un don en específico, Luna tenía el oído y el olfato de un buen lobo—. ¡Y no abras la puerta! Hace frío... —Anderson la besó, apresó su pequeño cuerpo entre el suyo y la pared, sabiendo que, en un par de horas, la casa estaría tan llena de personas que no podría hacerlo hasta en la noche.

La abuela Ella, quien se había casado con su mayordomo después de vender la casa, había estado viviendo sus días en una isla en el caribe, vendría para la fiesta de cinco años de Luna, junto a ella Jackson, Lucía y Axell... Para Jackson y el resto de la familia de Gabriella, Luna cumplía cuatro años.

—¡Por Dios! Debes dejarme respirar. —Ella murmuró sin aliento, pero con los ojos cargados de deseo—. Ponte un pijama decente y baja... realmente tengo hambre. —Ella pasó las manos por su cabello y dejó un último beso

sobre sus labios.

—Te amo, nena.

—Y yo más, nene... —Le guiñó un ojo con picardía y, él se llevó la mano a la entrepierna, fingiendo dolor. Escuchó su risa mientras bajaba por la escalera y los saltos de su hija en el primer piso.

Después de todos los años de sufrimiento, de pensar que estaba maldito y que no merecía tener una vida feliz.

Anderson tenía una familia y su vida era plena.

## CAPÍTULO EXTRA.

¡Y entonces, mamá le dijo a papá que se fue al diablo!

—¡Luna! —dijo Gabriella con el ceño fruncido, mientras desayunaban panqueques junto a un cansado Víctor, quien observaba embobado a la pequeña de la manada.

A pesar de haber sido un lobo solitario desde que había sido atacado, Víctor había dejado a un lado la soledad, vivía cerca de Anderson, en Port Ángeles, un lugar con un espeso bosque, reservas de indios americanos y una distancia de treinta y dos horas en un viaje rápido.

Siempre le decía a su amigo que, desde la partida de Ethan, se sentía mucho más unido a él, a pesar de que Anderson había sido siempre un alfa, con Víctor las cosas se daban naturales, la verdadera razón de vivir tan cerca, era Mía.

Cuando le permitió irse, pensó estúpidamente que ella se quedaría, que le permitiría disculparse por la burda forma en que la había tratado y que intentaría darle una nueva oportunidad. Le había costado mucho entender que Rose y Mía eran personas diferentes, aunque su esencia, fuese la misma, así que esa noche justo cuando le mostró quién era y le dio la opción de irse o quedarse... Ella se fue.

Sabía que mantenía conversaciones telefónicas con Gabriella, pero nunca le había preguntado por ella y nunca lo haría. Tenía mujeres, novias, pero ninguna llegaba a él lo suficiente, como para olvidarla.

—¿No fue así, tío? —Observó a la pequeña frente a él, tenía la cabeza ladeada y en sus ojos la interrogante era latente.

—Sí, lo creo, el tío Ethan estaba ahí. —Ambos, tanto Anderson como él, observaron la fotografía de Ethan a un lado en la pared.

—Él los salvó a los tres, ¿verdad?

—Así fue... También te salvó a ti, que eras muy chiquitita en mi vientre.

—Mamá, va a tener un lobito. —Anderson cortó un panqueque en pequeños pedacitos y le ordenó que comiera con la mirada.

—Es eso cierto? —preguntó feliz por la pareja.

—Anderson dice que mi aroma ha cambiado, no lo sabré con certeza hasta la próxima semana. —Tomó la mano de Anderson sobre el comedor.



—Si quieres, puedo...

—Me gustaría esperar un poco. ¿Te irás mañana?

—Sí, tengo cosas que hacer en casa, pero si quieres. —Ella negó—. Bueno, me alegra estar cerca, la última vez, Anderson dejó mucho que desear. —Cortó un poco de su propio panqueque y masticó con lentitud. Estaba feliz por sus amigos, pero en el fondo, entre el pecho y la espalda, quería un poco de lo que Anderson y Gabriella habían construido, seiscientos años vagando solo era mucho tiempo.

—¿Quieres más café, Vick? —preguntó Gabriella con la cafetera en mano, la torre de panqueques que Anderson había puesto frente a él, había quedado reducida a solo unos pocos.

—Estoy bien...

—¿Te sientes bien, Víctor? Estás como ido... Deberías comprarte un auto e intentar actuar normal.

«¿Qué es la normalidad?»

«Consigue una chica... Ella no va a volver Vick, ve por ella, si no olvídala»

«Ya la olvidé...»

«A mí no me engañas, hermano»

—Preferiría que usaran las palabras y no las miradas —murmuró Gabriella, llevando la taza con café a su boca.

Víctor sonrió y llevó su mano hasta la mejilla de Luna, retirando un poco de salsa de maple que tenía ahí, lamió su dedo cubierto de miel y luego comió un poco de tocino.

—Entonces, ¿cuál es la temática de la fiesta?

—Plincesas, tío Vick...

—¡Oh Dios! Cómo pude ser tan tonto, obvio, serían princesas. —Se golpeó la cabeza—. ¿Qué princesa serás tú?

—¡Elsa! —dijeron Anderson y la niña al mismo tiempo.

—Y hoy nevalá.

—En la radio dijeron que...

—Va a neval, mami. —Y con esa afirmación, llevó su último trozo de panqueque a la boca.

Faltaba poco para que llegaran los invitados, el hermano de Gabriella había llegado junto con su familia y su abuela, faltaba pocas horas para dar comienzo a la fiesta, estaba terminando de vestirse para la ocasión, cuando

Luna entró a la habitación.

La niña estaba ataviada en un largo vestido azul, zapatillas plateadas y su cabello estaba completamente recogido en una trenza.

—Oh, su majestad... —Víctor hizo una reverencia cuando la niña se detuvo frente a él.

—Hoy va a neval, tío. —Él miró por la ventana, el cielo estaba despejado y la temperatura había subido un par de grados desde el desayuno.

—¡Oh, pequeña...! ¿Quieres ver tu regalo? —No quería decirle que era poco probable que lo hiciera, solo venía a Whitehorse para las ocasiones especiales y eso era Acción de Gracias, Navidad y el cumpleaños de su sobrina favorita.

La niña asintió ante el ofrecimiento de ver su regalo y, Víctor buscó en su equipaje, que había llegado mucho antes que él. Sacó una caja forrada con papel de regalo de corazones y un gran lazo rosa. Y se lo tendió.

—Ábrelo, peque.

Vio cómo la niña se sentó sobre la cama y desenvolvió el regalo con sumo cuidado, demasiado para una niña de su edad, sacó la base negra y el control y lo miró con cara de: “Tío, te han estafado” Víctor sonrió y quitó la caja de sus manos

—Ven, sostén la base. —Tomó el control remoto y accionó uno de los botones, entonces, una luz rosa iluminó la estancia hasta formar la figura de un lobo echado en sus dos patas traseras aullando—. ¡Feliz cumpleaños, pequeña Luna! —Su voz se contrajo y sintió que los ojos le picaban por lágrimas sin derramar—. Este lobo siempre aullará para ti.

La niña se lanzó a su cuello, llenándolo de besos y, él enterró su nariz en su cabello, Luna siempre había tenido un aroma peculiar, ella desprendía una fragancia similar a la lluvia y él amaba colocar su nariz ahí y aspirar el dulce aroma entre sus mechones, la lluvia siempre le había dado paz, ese tipo de paz que no conseguía desde que aún era humano.

Escucharon el timbre de la puerta y luego la voz de Anderson se escuchó desde el primer piso.

—Luna, ¿dónde estás, pequeña niña? Han venido a verte, pequeña.

—Me llama papi —dijo Luna en su oído—. Vamos, tío Vick. —Lo tomó de la mano, sacándolo de la habitación.

Víctor se dejó arrastrar por la pequeña, hasta llegar al comienzo de la escalera.

No tenía que verla para saber que era ella, su aroma lo golpeó con fuerza

y bajó los escalones de manera automática. Luna soltó su mano y corrió hacia su mamá, quien estaba en la entrada de la cabaña, abrazando con fuerza a una pelirroja que él conocía perfectamente.

—Mía... —Su nombre salió de su boca como una plegaria, miró a la mujer que primero odió y luego deseó que lo amara. Ella estaba exactamente igual que hacía cinco años. Había cambiado el color de su cabello a rojo, pero todo lo demás era igual.

Por primera vez entendió a Anderson, no importaba cuánto cambiara físicamente, ella seguiría siendo la misma, su esencia no cambiaba.

Vio a Gabriella presentar a Luna y, a Mía acariciar a la pequeña, antes de pasar por su lado sin si quiera temblar.

Estuvo toda la fiesta en otro lugar, en un claro en el bosque, rodeado de jazmines. Los niños corrían por todo el patio trasero de Anderson y, en algún momento de la fiesta, él huyó hacia el ático.

Necesitaba paz, dejar de respirar su aroma por unos segundos, tocó algunas de las teclas del piano de Anderson, pero él nunca había tenido oído para la música o talento para el arte. Abrió las puertas dobles del ático que daban al balcón y se acercó a la baranda.

Gabriella estaba con la chica de los pasteles, Anderson parecía platicar con el comisario de policía y Luna corría con alguno de los invitados, el patio estaba lleno de telas en tul rosa y algunos globos de diferentes colores, había demasiadas personas, entró al ático y cerró las puertas, empezó a caminar entre los lienzos hasta la ventana que daba a un costado de la casa, si lo hacía rápido nadie lo notaría. Estaba a punto de saltar cuando la puerta se abrió.

—No saltes. —La voz de Mía era melodiosa y suave, se detuvo con las manos apretadas en el marco de la ventana—. No tienes que irte.

Víctor evitó respirar por su nariz, pero sabía que no sería por mucho tiempo. En vez de ello, caminó de nuevo hacia las puertas y las abrió, permitiendo que entrara la mayor cantidad de aire.

—Nunca te di las gracias por dejarme escapar —dijo ella, colocándose a su lado. Víctor notó que su mano temblaba, pero ella se agarró fuertemente del barandal del balcón.

—Yo no te dejé escapar, Mía, yo simplemente te di la opción de decidir una vez supiste toda la verdad, y tú tomaste tu decisión; así que, no puedo dejar de preguntarme. ¿Qué haces aquí?

—Yo, no lo sé... simplemente nunca he podido olvidar ese momento, el instante en el que tú te convertiste en un maldito lobo.

—Creo que fue al revés...

—El orden del producto no altera el resultado —contestó ella con ironía.

Él pasó la mano por su rostro, solo unas horas con ella cerca, y se sentía agotado.

—Preguntaré una vez más. ¿Qué haces aquí?

—¿Curiosidad?

—Oh, Mía...

—Vale, ya te lo dije, no lo sé... Gabriella es lo único parecido a un familiar y, tú me das mucho miedo, pero a ella la adoro y quería ser parte de la vida de su hija, quiero poder venir a las fiestas y mi terapeuta dijo...

—¿Terapeuta?

Ella se peinó el cabello con las manos.

—No es fácil asimilar lo que vi, lo que me hiciste vivir esas semanas, yo solo quiero olvidar lo que pasó, quiero vivir sin miedo y, él dijo que tenía que enfrentarlos, así que estoy aquí, a tu lado, temblando como una puta hoja en la tormenta y, tú estás preguntándome qué jodido hago aquí, y supongo que vine a enfrentarte.

Víctor se permitió respirar un segundo.

—¿Enfrentarme? —Ella asintió—. ¿Y si hacemos algo mejor?

—¿Qué?

—Si hago que me perdones... —Bajó su mirada hacia las manos de Mía, que temblaban levemente, entonces, colocó la suya propia sobre la de ella, notó cómo ella se estremecía completamente, pero no se apartó y, por más ilógico que pareciera, eso le dio algo que había perdido hace mucho tiempo... Esperanza. Aun así, la retiró y se giró para ver su costado.

—Soy Víctor Pávlov, amigo de Anderson. —Extendió su mano hacia ella.

—Mi nombre es, Mía Hiller... —Su voz titubeó—. Amiga de Gabriella. —A pesar de que tardó en tomar una decisión, Mía tomó la mano que le brindaba. Al tiempo que pequeños copos de nieve empezaban a caer.

Miró hacia abajo y vio a Luna saltar, intentando atrapar los copos, mientras gritaba que ahora sí era Elsa. Y cuando devolvió su mirada a Mía, notó que ella no había retirado la mano.

Sí, en ese preciso momento, Víctor tuvo esperanza.



## **SOBRE LA AUTORA**

**Aryam Shields** se define a sí misma como una escritora de corazón y Contadora de profesión, que le gusta pasar sus días entre números y sus noches entre letras. Nació en Barranquilla, una ciudad costera de Colombia. Vive junto a sus padres, su hermana y sus dos hijos de cuatro patas.

Es una apasionada por el cine y la repostería. Su gusto por la lectura afloró a los doce años cuando, llevada por su maestra de español, se vio inmersa en el mundo de los libros y las historias de fantasía, romance y acción; pero no fue hasta hace cinco años que empezó a escribir en las plataformas virtuales con pequeños *fanfiction*.

Su primera obra publicada fue la biología Enseñame: “Entrégate y Quédate” con la que logró ser *Best Seller* en Amazon, siguiendo con Nueve Meses, que estuvo dos meses en el puesto número uno de los más vendidos y Recuérdame, con quien fue participante del Concurso Indie de 2017 en la plataforma de Amazon, logrando mantenerse entre los veinte títulos más vendidos, durante todo el concurso, luego siguieron sus novelas: Contrato, Seductor Domado, Contigo Aprendí, el Relato titulado The wedding, que es la unión de sus dos biologías y, su recopilación de novelas cortas que lleva por nombre: Entre una y mil maneras de amar.

Aryam sigue escribiendo, desarrollando desde ya el que será su próximo sueño.



- 
- [1] El hielo negro se refiere a una fina capa de hielo vidrioso en una superficie.
  - [2] Jason Voorhees es el protagonista multihomicida de la serie de películas de terror "Viernes 13
  - [3] Yukon News es uno de los dos periódicos de propiedad independientes publicados en Whitehorse.
  - [4] Derek Hale es uno de los personajes principales de la serie Teen Wolf.
  - [5] Extracto tomado del libro Naturaleza de un licántropo.
  - [6] Stacy Malibú es una muñeca de juguete que aparece en la serie de dibujos animados Los Simpson. Es una parodia de la muñeca Barbie de Mattel
  - [7] Isabella "Bella" Marie Swan Cullen es el personaje principal de la serie Crepúsculo, escrita por Stephenie Meyer.
  - [8] Personaje animado de la película Ralph el Demoledor.